

SILVIA
GARCÍA RUIZ

*Una
heredera
con muy
malas
pulgas*



zafiro[♥]

Índice

Portada

Biografía

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Epílogo

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Biografía



Silvia García siempre ha creído en el amor, por eso es una ávida lectora de novelas románticas a la que le gusta escribir sus propias historias llenas de humor y pasión.

En la actualidad vive con su amor de la adolescencia, quien la anima a seguir escribiendo, y compagina el trabajo con su pasión por la escritura. Reside en Málaga, cerca de la costa, donde le encanta pasear por la orilla del mar, idear nuevos personajes y fabular tramas para cada uno de ellos.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:
<<https://www.facebook.com/profile.php?id=100004625625675&fref=ts>>

Capítulo 1

Vivir en un tranquilo y bonito pueblo como Whiterlande, lleno de multitud de casitas de estilo colonial, de dos plantas, todas idénticas y de un anodino y omnipresente color blanco, era bastante aburrido. Que el pueblo siempre permaneciera igual, con los monótonos comercios de toda la vida y los mismos habitantes, que solamente cambiaban en el número de arrugas que tenían, resultaba tedioso. Y, por último, que lo más emocionante que pasara en ese lugar fueran las estúpidas peleas de mi perfecta hermana pequeña, Elisabeth, con el vecino de al lado, Alan Taylor, era sencillamente patético.

Pero eso, definitivamente, simplificaba mucho la vida en Whiterlande.

Desde pequeños, los niños de este entrañable paraje en el que nunca cambiaba nada sabían dos cosas: a qué iban a dedicarse de mayores y con quién querían casarse.

Yo, Dan Lowell, el típico hijo mediano de un ama de casa y un hombre de negocios, tenía muy claras tres ideas:

La primera era que quería ser veterinario, ya que en mi camino siempre se cruzaban decenas de animales desvalidos y, aunque yo intentara evitarlo, sus tristes caritas siempre me convencían para llevarlos a casa, algo con lo que mi madre no estaba de acuerdo en absoluto. Especialmente en el momento en el que mi hogar comenzó a parecer un pequeño albergue, pero ésas son cosas a las que un niño de apenas doce años no les presta atención.

La segunda idea de la que estaba convencido era que, por nada del mundo, me casaría con una mujer con el carácter de mi madre. Cuando Sarah Lowell se enfadaba, sus indignados gritos resonaban por toda la casa y, si era mi padre el causante de sus airados reproches, éstos podían durar días o incluso semanas.

La tercera, y tal vez la más importante de todas, consistía en que nunca me enamoraría: estaba harto de ver cómo mi padre hacía una y otra vez el idiota detrás de mi madre en todo momento. Y eso que ya llevaban muchos años de matrimonio.

En definitiva, ésas eran las tres grandes decisiones de mi vida, que, como siempre hacía, tomé precipitadamente un día en el que nada parecía salirme bien. Lo malo de los planes que haces cuando eres un niño es que ninguno de ellos acaba saliendo

como habías pensado.

Dan Lowell lo había vuelto a hacer, no tenía remedio. Pero ¿cómo podía dejar a una pobre cría de gato abandonada bajo el aguacero que caía por más que los gritos de su madre fueran la injusta recompensa por sus actos? Aunque apenas tenía doce años, ese inquieto niño de cabellos rubios y hermosos ojos azules ya sabía a lo que quería dedicarse en un futuro. Él sería el mejor veterinario del mundo, y así podría cuidar de todos los animales sin que nadie lo reprendiera por ello nunca más.

Dan intentó intervenir en el monólogo sobre la responsabilidad que su madre le estaba soltando con el fin de explicarle que ése era su deber, pero la mirada que le dedicó su padre junto a algún que otro gesto un tanto cómico le advirtieron de que, si lo hacía, sería peor. Así que Dan decidió guardar silencio mientras miraba fijamente las baldosas de la cocina que se encontraban detrás de su madre y pensaba una vez más en las musarañas.

Cuando los gritos de su madre finalizaron y ella lo observó con su feroz mirada, retándolo a decir algo en su defensa, él pronunció la frase universal que todo niño listo aprende, ya sea culpable o inocente de sus trastadas.

—Lo siento mucho, mamá, perdóname —suplicó Dan utilizando vilmente su mirada de lastimado angelito para conseguir conmoverla—. Es que estaba solo y abandonado, y no tenía a su mami, y recordé que yo tengo una amorosa madre que siempre me cuida y...

—¡Eso no funcionará esta vez, Dan Lowell! —señaló Sarah molesta, cruzando los brazos algo irritada mientras hacía ese inquietante y repetitivo movimiento con el pie que indicaba que cada vez estaba más furiosa—. ¡Ésas son justamente las mismas palabras que me dijiste cuando trajiste al perro, a ese irritante conejo que no para de comerse mis plantas, el nido de pájaros que ahora descansa en nuestro árbol, al camaleón de tu hermano, al hámster de tu hermana y a la cabra que, gracias a Dios, pude encasquetar al viejo Oswald para que la llevara a la granja de su tío! ¡No sé cómo consigues toparte con tantos bichos, si sólo te mando a hacer simples recados a la vuelta de la esquina! La última vez acordamos que no traerías más animales abandonados a esta casa, ¡y espero seriamente que cumplas tu promesa!

—Pero mamá, míralo: es tan pequeño e indefenso, y no tiene a nadie que lo cuide... —rogó Dan acercándole la mojada cría de gato, que descansaba en su sudadera, intentando ablandar su corazón y eliminar la firme mirada de su madre.

Sarah Lowell sólo tuvo que echar un vistazo a ese desamparado animal, que con sus lastimeros maullidos exigía su atención, para rendirse finalmente a las súplicas de su hijo, un manipulador nato a la hora de conseguir lo que quería.

—Bueno, ¡está bien! Se quedará en casa. —Sarah suspiró, cediendo al fin a las pretensiones de su hijo—. ¡Pero solamente hasta que le encuentres un buen hogar! Y, hasta entonces, tú y ese mojado animal quedáis castigados en tu habitación. ¡Y olvídate de tu paga durante un mes!

—¡Pero mamá...! —se quejó Dan ante el injusto castigo, recibido únicamente por llevar a cabo una buena acción.

—¡Ni peros ni nada, Dan! Has roto tu promesa, así que atente a las consecuencias... y espero seriamente que éste sea el último animal que traes a casa. Esto no es una granja y, cada vez que llegas con uno de ellos, supone una responsabilidad de la que luego te desentiendes. Todos los gastos de este gato saldrán de tu paga y tendrás que cuidarlo adecuadamente. Y, ahora, ¡a tu cuarto! Haz entrar en calor a ese bicho mientras yo llamo al veterinario.

Dan subió enfurruñado la escalera hacia su habitación, pateando fuertemente cada escalón para expresar así su enfado por el resultado de sus actos. En cuanto llegó a su dormitorio, dio un enérgico portazo, luego se cambió sus ropas mojadas y secó al tembloroso gatito con uno de sus jerséis limpios. Mientras permanecía sentado en el suelo de su cuarto a la espera de la visita de su padre, un hombre amable que siempre bromeaba con él ante los enojos de su madre, pensaba en el terrible carácter de ésta.

¿Por qué tenía que ser tan intransigente y no comprenderlo en absoluto? ¿Por qué su padre no había elegido a una mujer más dulce y cariñosa, como las madres de sus amigos? ¡No! Él tenía que escoger a la de peor temperamento y casarse con ella...

Mientras Dan no cesaba de protestar por su mala fortuna, su padre entró en la habitación portando una pequeña estufa que puso en el suelo junto al minino, al que también rodeó con una mantita. Luego se sentó junto a él y ambos guardaron silencio hasta que finalmente Dan decidió expresarle todas y cada una de sus quejas sobre su abusivo castigo.

—¡No es justo y tú lo sabes, papá! ¿Por qué mamá tiene que ser tan cabezota?

—Bueno, hijo, tienes que reconocer que es ella quien finalmente acaba cuidando de todos tus animales.

—¡Pero no sé por qué me regaña si sólo estoy haciendo algo bueno! Además, no puede detestarlo tanto: ayer la encontré hablando con el conejo y, para variar, a él no le gritaba. ¿Por qué no te pudiste casar con una mujer que fuera más dulce y cariñosa?

John Lowell se carcajeó ante las protestas de su hijo y, después de sonreír como si fuera el hombre más afortunado del mundo, respondió a esa cuestión.

—Porque me enamoré de tu madre —dijo simplemente, haciendo que Dan frunciera el ceño ante esas palabras desconocidas para él.

—Pues yo no pienso enamorarme y, si me caso, he decidido que sea con una persona dulce y cariñosa que nunca grite y que sólo tenga palabras amables para mí.

—Yo también pensaba así cuando tenía tu edad, hijo; mi mujer ideal tenía todas y cada una de esas características.

—Entonces, ¿qué narices pasó? —recriminó Dan a su padre por no haberse ceñido a su plan.

—Que conocí a tu madre y todos mis planes se fueron a pique.

—¡Eso no me pasará a mí! Yo sólo me enamoraré de mi mujer ideal, ¡y de ninguna otra! —declaró Dan, firmemente decidido.

—Eso suena muy aburrido —indicó John mientras se levantaba del suelo con una intrigante sonrisa en los labios—. Espero que, cuando encuentres a esa chica, no dudes en presentárnosla a tu madre y a mí. Mientras tanto, continúas castigado —recordó John antes de salir del cuarto de su hijo, que aún seguía enfadado por su injusto castigo, esta vez con sus dos progenitores.

Segundos después de cerrar la puerta, Sarah lo esperaba impacientemente en el pasillo, paseándose de un lado a otro con esa mirada llena de cariño y preocupación que solamente puede tener una madre.

—¿Cómo está?

—¿Él o el gatito? —se burló John, ganándose una reprobadora mirada de su esposa—. Ambos están bien, un poco mojados, pero bien —contestó amorosamente John mientras abrazaba a Sarah.

—¿Está muy enfadado?

—Un poco, pero ya se le pasará. ¿Sabes? Ahora nuestro inconstante hijo asegura querer enamorarse sólo de mujeres dulces y cariñosas.

—Bueno, por lo menos eso es un poco más probable que su idea de la semana pasada de que quería ser Spiderman, o que la idea de Elisabeth, con su lista de cualidades para su príncipe azul.

—No sé yo qué decirte. Nuestro hijo sacaría de quicio a un santo y ya se sabe que nos enamoramos de la persona más inesperada. Si no, mírame a mí.

—Entonces, solamente tiene que enamorarse como hiciste tú y pensará que esa mujer es la más dulce de todas —insinuó afectuosamente Sarah mientras se

acurrucaba entre los brazos de su marido.

—Cariño, te amo con todo mi corazón, pero ni loco he dicho alguna vez esa mentira —confesó John, ganándose la mirada más agria de toda su vida y, sin duda, el destierro al sofá por tiempo indefinido.

—Cielo, perdona, yo... —John persiguió a su esposa intentando excusar su metedura de pata mientras ésta se marchaba hacia la cocina, sin duda para preparar la comida que él más aborrecía como venganza. Algo que ni él ni su estómago podrían aguantar durante mucho tiempo.

—Lo dicho: nunca me enamoraré de una persona con mal carácter —confirmó Dan a su gato después de haber asomado su naricilla chismosa al pasillo y haber escuchado a escondidas la discusión de sus padres—. Con todas las mujeres que hay, yo no puedo cometer ese error, ¿verdad? —cuestionó Dan, todavía confuso, a su nuevo amigo, preguntándose cómo su padre había podido llegar a equivocarse así. Eso era, sin duda alguna, culpa de lo que los adultos llamaban «amor».

»Bueno, por si acaso, yo nunca me enamoraré —sentenció categóricamente acabando de raíz con su problema, o al menos eso era lo que pensaba a la tierna edad de doce años...

Mansión de los Wilford

Mildred Wilford, una excéntrica y adinerada mujer de unos cincuenta y cinco años, observaba con gran atención su nueva responsabilidad: una reticente mocosa muy mal vestida que la miraba con desconfianza desde sus tristes ojos marrones por debajo de su revoltoso pelo negro como el tizón.

Esa niña, de tan sólo seis años, había sufrido la desgracia de perder a sus padres en un estúpido accidente automovilístico. Un conductor borracho había chocado contra su coche, acabando con la vida de ambos en un instante y saliendo él indemne... Aunque Mildred y el incommensurable ejército de poderosos abogados de su bufete ya se estaban encargando de hacer condenar a ese inconsciente asesino para lo que le quedara de vida, todavía quedaba un gran problema por resolver, y ése no era otro que la insolente pequeña que estaba ante su puerta, mirándola con bastante frialdad.

A pesar de que Victoria, que así se llamaba la pequeña, fuera la hija de su joven sobrina Delia, ella no tenía demasiada madera de madre. Mientras que su hermana Marlo se había casado muy pronto y había tenido a su adorable Delia, quien había seguido los pasos de su madre en cuanto a la precocidad de formar una familia,

Mildred había preferido desarrollarse en su carrera como eminente abogada. Luego encontró el amor de una forma un tanto tardía; adoraba a su esposo, que siempre la apoyaba en todo y nunca la había abandonado, incluso cuando el médico les reveló que nunca podrían tener hijos.

Su marido era un hombre excepcional, único entre todos esos ineptos y estúpidos machistas que todavía creían que las mujeres debían restringir su vida a la cocina. Su amado esposo, ante las protestas de los más altos miembros de la junta directiva de su bufete, sonreía y, en el momento en el que se quejaban de su aguerrido comportamiento, simplemente los advertía de que se estaban enfrentando a una Wilford.

Ya que el agresivo carácter de su marido era conocido por todo el ámbito judicial gracias a los múltiples casos ganados en ese terreno, que ella adoptara su apellido al casarse había conseguido abrirle más de una puerta en su carrera, haciendo de ambos una pareja temible, tanto por su prestigioso nombre como por la gran fortuna familiar unida a éste.

Su queridísimo esposo había aceptado con una gran sonrisa la idea de ejercer de padres, aunque fuera a una edad tan avanzada, pero ella no terminaba de tener claro eso de la maternidad. Por eso había intentado que esa chiquilla quedara bajo el cuidado de personas más jóvenes y experimentadas en esa labor, así que en principio la dejó en manos de sus familiares por parte paterna. Pero, por desgracia, luego se dio cuenta de que todos ellos solamente eran unas sanguijuelas sin corazón que, después de quedarse con la pequeña Victoria durante unos días y ver que el dinero de su herencia no podía ser tocado por sus avaras manos, se habían despreocupado de sus cuidados.

Algo que Mildred Wilford nunca podría permitir era que ningún miembro de su familia fuera despreciado, sobre todo por alguien que sin duda alguna era inferior a ellos en todos los sentidos. Así que, ni corta ni perezosa, Mildred había ordenado a sus empleados traer a la niña a su nuevo hogar.

Y ahí estaba, enfrentándose a la vacía mirada de una cría que todavía no había podido derramar ni una sola lágrima a pesar de todo lo que había perdido. No sabía cómo consolarla, cómo hablarle o cómo cuidarla. No tenía ni idea de cómo tratar con un niño, así que Mildred, simplemente, cogió su maleta y le enseñó su nueva habitación, llena de todos los lujos y caprichos que una chiquilla podía llegar a desear. La dejó allí y fue a su despacho para atender sus asuntos y, cómo no, para obtener algún que otro consejo de su querido esposo.

—¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar consolando a esa pequeña? —preguntó su marido, conocedor de sus miedos.

—No sé qué hacer con esa niña. No ha abierto la boca desde que ha llegado y eso que la he llevado a esa habitación llena de todos esos caros juguetes.

—Mildred, esa cría aún está en *shock* por lo ocurrido a sus padres. Además, por los informes que estoy recibiendo sobre sus familiares, no creo que lo pasara demasiado bien estando a su cuidado.

—¿Le hicieron algo? —quiso saber Mildred, tremendamente preocupada por la salud de la pequeña Victoria.

—Eso es lo que estoy tratando de averiguar.

—¡Como esos desaprensivos le hayan tocado un solo pelo, quiero que los destruyas, que los arruines, que los encarceles para siempre...! —continuó furiosa la combativa mujer ante la atenta mirada de su esposo.

—Tus deseos son órdenes para mí, querida mía —anunció el acaudalado señor Wilford besando con cariño la mejilla de Mildred—. Creo que lo mejor para esa niña será que la adoptemos y que tome nuestro apellido, así nadie podrá tocarle ni un pelo, como tú dices.

—Pienso que eso tendrá que decidirlo ella. Aunque sea un poco pequeña, quiero darle la opción de decidir qué quiere hacer con su vida. Demasiadas cosas le han sido impuestas últimamente para que nuestro nombre sea una más de ellas.

—Bien, lo dejo a tu elección. Después de todo, desde ahora tú serás su nueva madre.

El orgulloso hombre sonrió pícaramente, mientras veía cómo su aguerrida esposa protestaba por sus palabras. Él sabía que, en el fondo, era ella misma quien más deseaba representar ese papel que el destino se había negado a concederle hasta entonces.

Victoria Meliott, sentada en esa lujosa cama, se preguntaba cuándo irrumpiría en la habitación una bandada de niños reclamando cada uno de los juguetes de la estancia y prohibiéndole tocar cualquiera de ellos. Se mantenía callada para que nadie le gritara que hablaba mucho o que su voz le producía jaqueca. No tocaba nada para que nadie la reprendiera ferozmente por romper algo sin querer. Permanecía quieta para que nadie la echara nuevamente a la calle, y estaba decidida a comportarse de la mejor manera posible para quedarse en esa casa y tener al fin un

nuevo hogar.

La cama de ese cuarto era el sueño de toda niña: parecía el lecho de una princesa, con un dosel, sábanas rosas y mullidos y esponjosos cojines. El suelo estaba cubierto por una cálida y suave alfombra también rosa; las blancas estanterías se hallaban repletas de muñecas engalanadas con los más hermosos vestidos y, junto a ellas, descansaban magníficos peluches de osos, unicornios y decenas de otros animales desconocidos para ella. Victoria tenía unas ganas tremendas de hundirse entre ellos y jugar con esas muñecas, que, sin duda alguna, serían mil veces mejores que las de sus estúpidas primas.

De repente, la puerta de la habitación se abrió y entró una mujer de unos cuarenta años, vestida con un delantal y portando una bandeja. Su cara era afable, por lo que no tuvo tanto miedo como ante su tía Mildred. Pero aún dudaba sobre si debía hablar, por si decía algo inadecuado y esa mujer era parecida a sus otros familiares, que siempre sonreían ante todo el mundo y que únicamente ante ella mostraban su resentimiento.

—¡Hola, pequeña! Trabajo en esta casa y me llamo María. Tu querida tía Mildred me ha mandado traerte un aperitivo por si tenías hambre antes del almuerzo. Te lo dejaré aquí —anunció la agradable mujer dejando una bandeja repleta de succulentos manjares con los que la boca se le hacía agua, ya que apenas había desayunado antes de ser arrastrada hacia su nueva residencia.

»Si tienes alguna pregunta que hacerme o alguna duda, aquí estoy: ¡puedes preguntarme lo que quieras!

—¿Cuándo conoceré a mis otros primos? —inquirió Victoria, llena de tristeza, en un susurro apenas perceptible.

—Lo siento, cariño, pero tú eres la única niña de esta casa —contestó algo entristecida la servicial María, lamentando no poder ofrecerle la compañía de otros niños como ella a esa pequeña y dulce chiquilla.

—¿Me lo jura? —replicó Victoria, levantándose de su cama un tanto animada.

—Sí, querida. La señora Wilford no tiene hijos y...

—Entonces, ¿todos estos juguetes son para mí? —quiso saber la pequeña, esperanzada de que sus sueños de librarse de los molestos niños que siempre se metían con ella finalmente se hubieran cumplido.

—Sí, por supuesto. Esta habitación y todo lo que hay en ella te pertenece.

—Gracias —susurró Victoria, recobrando su compostura y sentándose nuevamente en su lugar.

Cuando la mujer se fue y la niña se aseguró de que al fin estaba sola, corrió por toda la habitación gritando de alegría y finalmente se zambulló con deleite en los mullidos y esponjosos cojines que tanto la habían tentado. Fue un día maravilloso, en el que disfrutó hasta saciarse con una succulenta comida que incluía una gran variedad de postres, jugó hasta la extenuación con sus nuevos juguetes y conoció a su nueva familia, que parecía ser bastante agradable, sobre todo su tío, quien le contaba divertidas historias sobre sus viajes. En cambio, su tía Mildred se mantenía un tanto alejada de ella, como si Victoria tuviera alguna enfermedad contagiosa o algo así. A la pequeña no le agradaba demasiado su chillona voz o su estirado comportamiento, así que siempre la miraba desde lejos, algo reticente.

La felicidad de la chiquilla duró poco. Exactamente unas seis semanas.

Ése fue el tiempo que tardaron sus familiares paternos en volver a reclamar su presencia junto a ellos. Victoria trató de posponerlo cogiendo un gran berrinche y agarrándose fuertemente a la pierna de su tío. De ese modo, pudo esquivar por algún tiempo el momento de volver a ver a esos malvados personajes, pero finalmente ellos rompieron su maravilloso mundo irrumpiendo en su castillo de la forma más ruin posible.

Su prima Lucinda, una inmensa mole llena de grasa y acné cinco años mayor que ella, volvía a intimidarla una vez más, mientras Victoria observaba desde un rincón de su cuarto cómo sus apreciadas muñecas eran maltratadas sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

—Esta familia tampoco te querrá porque tú eres una niña fea, sucia y pobre — anunció despiadadamente la niña más horrenda de cuantas había conocido.

—Eso tú no lo sabes —susurró la chiquilla mientras abrazaba a su más querida muñeca sin atreverse a levantar mucho la voz.

—¡Sí lo sé, porque yo tengo familia y tú no! ¡Tú eres una huérfana sin hogar a la que nadie querrá nunca! —replicó con aspereza la cría mientras le lanzaba una amenazante mirada a su asustada prima.

—¡Mis padres me querían! —afirmó decidida Victoria, plantándole cara a cada uno de sus temores, y, tal y como su tía le había enseñado en los últimos días, alzó su rostro resuelta a demostrarle a Lucinda cuál era su valor.

—Sí, pero ahora no están y nunca volverán. ¡Y todo fue culpa tuya, por eso nadie te querrá nunca más! —chilló cruelmente la desagradable niña, intentando arrebatarse a Victoria la felicidad que últimamente parecía acompañarla.

—¡Eso no es cierto! —gritó finalmente la pequeña, furiosa, levantándose de su

escondido lugar para enfrentarse a uno de sus mayores miedos.

—¿Te atreves a levantarme la voz, enana? —la amenazó abiertamente Lucinda mientras le arrebatava su más preciada muñeca y la tiraba al suelo despectivamente.

Victoria miró la muñeca que su tía Mildred le había regalado, relatándole en ese momento que ésa había sido una de las preciadas posesiones de su difunta madre, y sus sentimientos, enterrados durante mucho tiempo, terminaron por estallar. Sin saber cómo, Victoria sacó fuerzas de su flacucho y endeble cuerpo para embestir contra su prima y arrojarla sobre la caja de juguetes, que ahora y gracias a ella estaba vacía, ya que todas sus hermosas y ordenadas posesiones se hallaban esparcidas por su siempre impecable habitación.

Lucinda cayó hacia atrás, encajando su robusto cuerpo y su oronda persona en la gran caja de madera. Enfurecida, intentó salir de allí para darle una lección a esa creída mocosa, pero, para su sorpresa, no pudo hacer otra cosa que gritar algunas amenazas y obscenas maldiciones al ver que su cuerpo no podía salir de su forzada prisión.

—¡Sácame de aquí, idiota, o te juro que...! —amenazó la furiosa niña haciendo todo lo posible por salir de esa vergonzosa situación.

—¡No! —gritó rebeldemente Victoria, acercándose a su molesta pesadilla con un rotulador en la mano y una maliciosa sonrisa en los labios que sólo podía significar que por fin esa cría obtendría lo que merecían tanto ella como su estúpida boca. ¡Qué pena que su tía Bertha no pudiera recibir también la lección que sin duda se merecía por sus crueles acciones! Acciones que ella recordaba muy bien, todas y cada una de ellas.

Mildred trataba de tener paciencia, a pesar de no ser ese tipo de personas que poseían un apacible temperamento. Lo estaba haciendo porque se lo había prometido a su adorado marido. De verdad que lo estaba intentando con todas sus fuerzas, pero la estúpida egocéntrica de las narices que tenía delante y que se creía alguien superior a todos los demás la estaba sacando de quicio. Y faltaba muy poco para que su carácter saltara por los aires y acabara echándole a los perros o algo peor.

María, desde un rincón de la estancia, la observaba con una gran sonrisa en los labios mientras no se perdía ninguno de sus movimientos, a la espera de que soltara su tormentoso genio de un momento a otro. Pero Mildred pensaba cumplir la promesa que le había hecho a su marido de ser paciente con los parientes de Victoria y darles

una oportunidad para demostrar que no eran las babosas rastreras que creía que eran.

El problema consistía en que, a cada palabra que salía de la boca de esa insultante señora, únicamente demostraba lo sucias y bajas que podían llegar a ser algunas personas tan sólo por el dinero. Y eso la molestaba profundamente, sobre todo cuando el principal objeto de codicia no era otro que la pequeña fortuna de su sobrina, que nadie podía llegar a tocar hasta que ésta fuera mayor de edad y se casara.

Sentada frente a la despreciable mujer que ostentaba el título de tía de esa niña que poco a poco estaba robándole el corazón, Mildred se estaba aguantando las ganas de servirle eficientemente el té sobre su estúpida cabeza a Bertha Meliott, hasta que un buen número de agravios, dedicados a la chiquilla a quien ya adoraba con toda su alma, comenzaron a salir nuevamente por su boca.

—Admitámoslo, señora Wilford: esa mocosa puede ser bastante difícil de tratar. Sólo sabe quejarse de todo, no sabe compartir y siempre va diciendo mentiras sobre los demás niños. Creo que, si usted nos pasara una pequeña renta semanal, nosotros podríamos meterla en vereda y enseñarle la disciplina de una buena familia.

—Esa niña... —comenzó Mildred tomando aire y contando hasta diez en el proceso de intentar tratar con esa idiota sin mandarla al cuerno—... ha tenido un comportamiento ejemplar en mi casa. Si no se ha comportado de la misma manera en su hogar, debe de ser, simplemente, porque no es el adecuado para ella.

—¿Se atreve a insinuar que no soy una buena madre? ¿Usted, que ni siquiera sabe lo que significa esa palabra? —La mujer se levantó petulantemente, acabando con la poca paciencia que le quedaba a Mildred debido a sus insultantes palabras, que solamente pretendían herirla.

Pero los Wilford nunca mostraban sus heridas en público, tan sólo mordían vilmente en el proceso de curarlas. Parecía que esa estúpida no había oído hablar de su genio, así que, sin duda alguna, tendría el placer de disfrutar de la demostración de éste de primera mano.

Mildred estaba a punto de sacar a relucir su aguerrido temperamento e incumplir así con la promesa hecha a su marido, cuando fueron interrumpidas por la pequeña Victoria, que por primera vez en semanas lucía una gran sonrisa en su rostro.

La niña caminaba tan altanera y educadamente como la propia Mildred hacía, portando entre sus manos un rotulador con el que parecía guardar un gran secreto, ya que no paraba de observarlo a la vez que sonreía con gran malicia mientras lo removía, inquieta, entre sus manos. Sin duda había estado atendiendo a cada una de sus lecciones sobre la sofisticación y la elegancia, ya que se sentó muy educadamente

después de saludar a su tía con la perfecta pronunciación y entonación que ella utilizaba para las visitas más indeseadas.

Al parecer esa pequeña la había estado observando más de lo aconsejable, ya que copiaba uno por uno sus educados modales que, en ocasiones, podían interpretarse como un poquito arrogantes ante la sociedad.

—Bueno, querida tía, ¿a qué se debe el placer de tu visita? —interpeló Victoria a su tía Bertha.

—¡Niña, no seas tan presuntuosa y trata a los adultos como se debe! —reprendió ofendida la molesta visita.

Mildred se quedó de pie junto a su sobrina, apoyándola, pero esperando a ver lo que esa chiquilla, con un genio que hasta ahora no había demostrado tener, hacía con su desagradable pariente.

—Cómo puedes ver, aquí estoy de maravilla: tengo todo lo que una niña puede desear y no pienso marcharme de este lugar.

—¡Eso lo decidirán tus parientes! Nosotros, sin duda alguna, sabremos lo que más te conviene —declaró Bertha, apretando fuertemente los puños a cada uno de sus lados.

—No. Al parecer mis parientes sólo consiguen ver lo que más les conviene a ellos, por lo que me he tomado la molestia de decidir por mí misma y quiero que éste sea mi nuevo hogar. Así que te ruego, tía Bertha, que desistas de quedarte con mi herencia... Perdón, quiero decir, conmigo —rectificó la pequeña sin mostrar que hubiera habido error alguno en sus palabras, imitando perfectamente lo que había oído de tía Mildred días atrás.

—¡Tú! ¡Mocosa desagradecida! ¡Con todo lo que he hecho por ti! —gritó airadamente la ofendida mujer intentando golpear a la pequeña, algo que parecía ser habitual, ya que ella se encogió esperando su respuesta.

El brazo de tía Mildred se interpuso en su camino. Luego, y ante el asombro de todos, le propinó a Bertha una fuerte bofetada que resonó por toda la elegante mansión.

—¿Cómo se atreve? —chilló indignada la mujer, cubriéndose la enrojecida mejilla.

Mildred se disponía a poner a esa engorrosa persona en su lugar, algo que con toda seguridad alguien debería haber hecho hacía tiempo, cuando los gimoteos de una quejumbrosa niña que se movía con algo de dificultad, indudablemente debido a la cara caja de juguetes que se hallaba acoplada a su trasero, se dirigió hacia ellas.

—¡Mamá! ¡Mira lo que me ha hecho Victoria! —se quejó patéticamente la cría que le sacaba dos cabezas y treinta kilos a la delicada chiquilla a la que acusaba.

Como el rostro de la pequeña mole de grasa, que aún intentaba sacar sus posaderas de la caja, estaba pintado con el mensaje «Si lo lees es que soy idiota», del mismo color verde que el rotulador que su sobrina portaba, nadie pudo refutar su culpabilidad. Mildred estuvo a punto de renegar, un tanto enfadada, del malicioso comportamiento de su nueva ahijada cuando las molestas palabras de esa mujer volvieron a alterarla. Pero lo que le hizo decidirse a sacar finalmente a relucir su turbulento temperamento fue la respuesta de una criatura que irremediabilmente decía la verdad.

—¡Usted debe castigarla severamente para que esto nunca vuelva a pasar! — señaló iracunda Bertha, intentando desacoplar el trasero de su hija de la prisión en la que se hallaba.

—No comprendo por qué —intervino Victoria—, si tú, tía Bertha, no castigaste nunca a Lucinda cuando me encerró en el armario, o cuando rompió mis juguetes, o en el instante en el que quemó la única foto que me quedaba de mis padres o incluso por aquella vez en la que por poco me caigo por la escalera con uno de sus empujones...

—¡Mi niña nunca haría ninguna de esas cosas! ¡Ella es una cría ejemplar! ¡No como tú, que fuiste la culpable de la muerte de tus padres sólo por el capricho de un simple juguete y...!

—¡Suficiente! ¡Tienen dos minutos para salir de esta casa antes de que decida echarles a los perros! —sentenció Mildred, desafiándola con la mirada a que dijera una sola palabra más que dañara los sentimientos de Victoria.

—¿Son éstos los modales que piensa inculcarle? —gritó airadamente la obtusa señora.

—No, por supuesto que no —comentó irónicamente la adinerada dama mientras aleccionaba a Victoria sobre los buenos modales dentro de la alta sociedad—. Querida, los Wilford no sacamos nunca la basura, sino que llamamos a otros para que hagan el trabajo sucio por nosotros. Así que ahora ve educadamente al despacho de tu tío... y comunícale que le diga a Mortimer que la basura se niega a marcharse.

Victoria abandonó la estancia con una sonrisa y, saliendo de la habitación con la elegancia que le había mostrado su tía, se dirigió a cumplir con su recado lo más rápidamente posible.

—¡Usted! ¡Usted! ¡Es una...!

—¡Recuerde con quién está hablando! —la amenazó Mildred, recordándole el

poder de su apellido.

—¡Las dos son tal para cual! —gruñó despectivamente la ofuscada tía Bertha consiguiendo al fin con uno de sus empujones romper la caja que oprimía el trasero de su hija.

—Algo indudable, ya que Victoria es una Wilford y somos famosos por nuestro mal carácter ante cierto tipo de situaciones... en especial, ante aquellas que alteran nuestro apacible temperamento.

—¡Esa niña es una Meliott y yo...!

—Usted no hará nada si sabe lo que le conviene, y mi sobrina Victoria llevará mi apellido desde mañana mismo, cortando cualquier lazo posible con su familia paterna. Si tiene alguna objeción, coméntelo con alguno de mis innumerables abogados. Ahora, como veo que ya ha llegado Mortimer, le pediré que les muestre el camino hacia la salida, por si lo han olvidado —declaró amenazante Mildred, poniendo fin a esa estúpida e innecesaria conversación, porque, antes de que esa mujer entrara por la puerta, ella ya sabía que esa pequeña se convertiría en un nuevo miembro de su prestigiosa familia.

—Mortimer, muéstrales la salida a estas dos... señoritas. Y no te olvides de pasarles la factura de la caja de juguetes que han roto. Después de todo, pertenece a Victoria y creo que ya hay demasiada gente que se ha aprovechado de mi sobrina... Algo que no permitiré que ocurra nunca más... —concluyó Mildred, lanzando una última amenaza y dejando en el aire las consecuencias que podía conllevar el hecho de contradecir su mandato.

—¿De verdad seré una Wilford? —preguntó una esperanzada Victoria a su tía, cogiéndose cariñosamente de uno de sus brazos.

—Eso es algo que indudablemente tu tío arreglará mañana —respondió Mildred.

—¡Seré la mejor Wilford de todos! —anunció alegremente Victoria, adentrándose entre saltitos de dicha en su nuevo hogar.

—¿No le ibas a dar la opción de elegir? —bromeó el esposo de Mildred, alzando una de sus cejas de forma impertinente ante las precipitadas acciones de su mujer.

—Y se la he dado: en ningún momento ha dicho que no. Además, después de ver a esa familia, yo también querría deshacerme a toda prisa de mi apellido.

—¿Y cómo sabes que eso es lo mejor para ella?

—Porque, indudablemente, con o sin nuestro apellido, esa niña es una Wilford en

todos los sentidos —contestó dignamente Mildred, elevando su altivo rostro ante las pullas de su marido.

—Mildred... —la amonestó su esposo, algo molesto con su orgullosa respuesta.

—No te preocupes. Sin duda aprenderá todo lo que tiene que saber un Wilford, y lo hará de la mejor: de mí —alardeó Mildred ante su resignado marido.

—Eso es precisamente lo que más me preocupa —confesó el señor Wilford, siendo consciente de que esa pequeña acabaría teniendo, sin duda, el mismo endiablado temperamento que su insufrible, pero queridísima, esposa. Fue entonces cuando compadeció al pobre idiota que osara enamorarse de Victoria cuando fuera mayor. Algo que, sin duda, le seguiría preocupando aun después de su muerte, porque, a partir de ese día, esa niña sería su pequeña Victoria, a la que siempre vigilaría aunque ya no estuviera allí para verla cometer cada uno de los estúpidos errores en los que siempre caían los Wilford al encontrar el amor.

Capítulo 2

Mansión de los Wilford, veinte años después...

Yo, Victoria Olivia Wilford, una prometedora abogada con un gran futuro por delante, aún no llegaba a comprender cómo me había metido en aquel lío.

Después de terminar mi carrera con excelentes calificaciones en una de las más caras y prestigiosas universidades del país, había acabado trabajando para el bufete de mi tía Mildred. Eso no estaría nada mal si no fuera porque me tocaba representar a esa alimaña rastrera y babosa que era el nuevo protegido de mi tía... un interesado y sucio personaje que apareció un buen día en la puerta trasera de la gran mansión de una vieja adinerada y se aprovechó de su buen corazón.

Todos los días de mi vida, desde que mi anciana y desvalida tía... bueno, tal vez no tan desvalida como aparentaba, pero sin duda alguna se trataba de una anciana que empezaba a chochear... en fin, todos los días le advertía a tía Mildred sobre la malicia de su protegido, Henry, pero ¿ella me escuchaba? No. Tía Mildred miraba a ese conspirador personaje y, tras observar detenidamente sus tristes ojos de macho abandonado, me gritaba: «¿Cómo puedes acusar a Henry de algo así?», y yo quedaba como la malvada y pérfida sobrina ante todos, mientras él siempre se salía con la suya.

Estaba hasta las narices de tener que cuidar siempre del apestoso de Henry; ese animal no tenía educación alguna y se negaba a aprender hasta lo más básico. Para colmo de males, mi tía me había ordenado que estuviera a disposición de Henry las veinticuatro horas del día, por lo que, desde hacía algo más de un año, no tenía vida propia, sino que tenía que ir siempre corriendo tras ese... ¡ese apestoso!

Todos se burlaban de mí en el bufete, a pesar de que tía Mildred era la accionista mayoritaria y de que su difunto marido fuera uno de los socios fundadores. Yo, por mi parte, levantaba dignamente la cabeza y caminaba orgullosa por los amplios pasillos entre los despachos de abogados, preguntando a los graciosos si ellos tendrían lo que había que tener para tratar con Henry y su mal genio. Entonces me deleitaba al verlos encogerse ante la idea de que mi tía les mandara representar a su protegido, porque Henry, a pesar de su corta edad, ya se había metido en más de un lío judicial por su

turbio temperamento.

Henry era joven, paticorto, de ojos tristes y orejas demasiado grandes para su bien. Muy peludo, aunque empezaba a sospechar que sufría de una calvicie prematura porque siempre iba dejando pelos por todas partes. Para mi desgracia, el mimado de mi tía se encariñó conmigo en cuanto me vio y, por más que procuraba dejarle claro que lo nuestro era imposible, él siempre insistía en ir detrás de mí, a todas partes.

En más de una ocasión había intentado quedarse a dormir en mi habitación, pero yo lo había echado furiosa de mi cuarto, prohibiéndole la entrada de por vida. Él, por su parte, parecía no entender las indirectas, ni las directas, y siempre se quedaba quejándose hasta altas horas de la madrugada en la puerta de mi dormitorio para mostrarme su amor.

¡Estaba decidido! En cuanto terminara ese estúpido encargo que me había endosado mi tía, me iría a vivir sola. Con mis veintiséis años, ya era hora de abandonar el nido y dejar tras de mí las locas peticiones de tía Mildred y las innumerables quejas de su protegido.

Esa mañana me levanté un tanto ojerosa, debido a que Henry se estuvo quejando hasta altas horas de la noche frente a mi puerta cerrada. Agradecida de no tener que ir al bufete, ya que era sábado, me di una rápida ducha y me dirigí alegremente hacia la espléndida cocina de esa grandiosa mansión victoriana que era la casa de mi tía.

María, la cocinera, me sonrió como cada mañana y me sirvió un café bien cargado y unas tostadas francesas, mientras yo, como cada día, ignoraba a Henry a pesar de que éste intentaba captar mi atención de todas las formas posibles.

Finalmente, furioso al ser ignorado, me robó una de mis tostadas y se marchó con decisión hacia los jardines para disfrutar de un maravilloso desayuno que no le pertenecía.

—Como siga así, no va a poder entrar por la puerta —señalé a María, la agradable mujer que me había cuidado desde que llegué a esa casa con seis años. Ella se rio de mis insidiosos comentarios.

—Vamos, mujer, no seas tan dura con Henry. Tu tía le ha puesto una nueva dieta que le impuso el médico, y el pobre lleva malhumorado todo el día.

—Y él, ¿cuándo no está de mal humor? Por cierto, ¿dónde está mi adorable tía? —pregunté irónicamente a María, porque ambas sabíamos que mi tía no era una de esas ancianas tiernas y encantadoras, más bien todo lo contrario.

—Esta vez no podrás librarte de ella, Victoria: te está esperando en su despacho. Creo que tiene un caso importante para ti.

—¡Oh, fabuloso! ¿Qué será ahora? ¿Recogerle la ropa del tinte? ¿Recurrir una multa de tráfico? O tal vez sea algo emocionante, como demandar a las dulces niñas que venden sus galletitas puerta por puerta porque mi tía ha engordado diez kilos y cree que ellas son las culpables y no los bollos de canela que se engulle a escondidas... —repuse sarcásticamente mientras desayunaba.

—Puede que esta vez sea algo distinto. Tu tía está reunida con su abogado —dejó caer María, atrayendo con ello toda mi atención, ya que no se reunía nunca con él si no tenía una cuestión seria que discutir.

—Será mejor que no me demore mucho, ya sabes cómo se altera tía Mildred cuando la hacen esperar —comenté saliendo de la cocina mientras terminaba de engullir mi tostada y me limpiaba las manos disimuladamente en mis viejos vaqueros.

Cuando llegué a la puerta del estudio, recompuse un poco mi vieja ropa de estar por casa: una antigua sudadera de la universidad, unos raídos vaqueros que sin duda habían visto tiempos mejores y unas sucias zapatillas de deporte que me proporcionaban ese aspecto tan vulgar que tanto desaprobaba mi adorable tía.

Aunque sin duda alguna recibiría una regañina por mi atuendo, sería mucho peor si la hacía esperar demasiado. Porque nadie, nunca, jamás, hacía esperar a Mildred Wilford. Así que llamé educadamente a la enorme puerta de roble macizo tras la que se encontraban mi tía y su abogado y, tras oír su chillona y reprobadora voz que me daba *dulcemente* la bienvenida con un impertinente «¡Llegas tarde!», me adentré en la estancia para recibir una inquisidora mirada.

Junto a mi venerable y *afable* tía se hallaba Harry, su abogado, con el que compartía el mismo número interminable de arrugas y la misma mirada inquisitiva. No obstante, el hombre la ocultaba muy bien detrás de sus enormes gafas, que le hacían parecerse cada vez más a un topo cegato.

Mientras me quedaba hipnotizada por unos instantes mirando la brillante y reluciente calva del viejo compinche de mi tía y me preguntaba cómo era posible que brillara de esa forma y si podía averiguar el producto que usaba para aplicarlo a mis zapatos, tía Mildred dijo algo importante que al parecer necesitaba mi aprobación, ya que los dos se quedaron mirándome en silencio, esperando una respuesta. Como no quería parecer una imbécil ni explicar que la calva de Harry era hipnótica, simplemente asentí. Tremendo error, porque había dado mi consentimiento a otro de los descabellados planes de tía Mildred.

En el momento en el que el abogado se marchó y parecía que yo me había librado de la reprimenda, intenté fugarme lentamente por la puerta del despacho que daba al jardín.

—¿Adónde te crees que vas, jovencita? —gritó mi tía indignada, ordenándome tomar asiento—. Todavía tenemos que ultimar los planes del viaje. ¡Tienes muchos kilómetros que recorrer antes de encontrar la casa adecuada!

—Gracias, tía —repliqué, gratamente sorprendida ante su amabilidad al querer hallar una casa adecuada para mí, ya que yo le había comentado en más de una ocasión en los últimos días mi decisión de dejar su hogar—. Pero yo ya estoy buscando una casa. He visto un dúplex cercano al bufete en muy buenas condiciones y, aunque parece algo caro, es ideal para mí y...

—¿De qué demonios estás hablando?! ¿Es que no has escuchado ni una sola palabra de lo que te hemos dicho Harry y yo? —me reprendió tía Mildred, dirigiéndome una de sus fulminantes miradas.

—Bueno, verás, tía, yo...

—¡Como siempre, estabas en las nubes! Bien, para variar, te repetiré lo que hace unos instantes hemos acordado en este despacho —ironizó mi tía mientras me sermoneaba—. He decidido que, cuando yo muera, todo mi dinero y mis bienes se repartirán a partes iguales entre Henry y tú.

—¡Tía Mildred, estás loca! —exclamé, furiosa ante la excentricidad de dejar parte de su fortuna a un extraño aprovechado.

—Henry se porta muy bien conmigo y, desde que llegó a esta casa, he recobrado las ganas de vivir. Además, me recuerda a tu difunto tío, que en paz descansa.

—¡Tía, no digas tonterías! ¡Tú nunca has perdido las ganas de vivir! ¡Seguirás dando guerra hasta tu último aliento! Pero Henry...

—¡No se hable más! ¡Es mi decisión y punto!

—Bueno, pero ¿me puedes aclarar qué tiene que ver tu testamento con la compra de una casa? —pregunté confusa.

—He decidido que es hora de que Henry se independice y tenga su propio hogar. He visto un reportaje sobre unas hermosas casas que un hombre reforma devolviéndoles su natural encanto y esplendor de antaño. Son construcciones antiguas, pero con personalidad. Quiero que vayas a ese lugar y le compres una casa a Henry.

—A ver si lo comprendo: le vas a comprar una casa a Henry, ¿y a mí no me regalas ni la suscripción al periódico?

—¡Señorita, usted gana un buen sueldo y es lo suficientemente independiente

como para mantenerse por sí sola! Henry, por el contrario, es un pobre desvalido que ha sufrido mucho en la vida. Además, ¡yo no crie a ninguna niña mimada, sino a una mujer firme y capaz!

—Gracias tía, pero...

—Ni se te ocurra intentar librarte de este encargo, ya has aceptado... y, si lo haces bien, tal vez Harry comience a darte algún que otro caso importante en el bufete —mencionó mi tía, tocando mi vena avariciosa.

—Bueno, ¡está bien! Iré a ese sitio perdido de la mano de Dios y compraré una casa —comenté resignada.

—Me parece perfecto. Whiterlande aparenta ser un apacible pueblecito, algo muy adecuado para mi querido Henry. Pero, por si acaso no fuera ése el caso, Henry te acompañará.

—¡Estás de coña..., ¿no?!

—¡Jovencita, cuida ese lenguaje! ¡Yo no crie a una niña deslenguada, sino a una señorita, así que compórtate como tal!

—Pero tía... Henry y yo no nos llevamos bien, y yo no puedo ir de viaje en estos instantes porque tengo... ¡tengo una cita muy importante a la que no puedo faltar! —me inventé sobre la marcha para salir del paso, ya que las únicas citas que tenía últimamente eran con un dulce helado de chocolate delante de mi carísimo televisor viendo antiguas películas de amor.

—¡No me mientas, Victoria Olivia Wilford! No sales con ningún hombre desde hace años. Concretamente, desde que ese estúpido de Peter Talred te engañó pocos días antes de vuestra boda. No sé por qué te sigues lamentando todavía: era un inepto y un aprovechado que únicamente se interesaba por tu dinero. O, más bien, por el mío. Lo supe en cuanto entró por la puerta.

—Pues me hubiera venido muy bien que me lo hubieses dicho entonces, así tal vez me hubiese ahorrado el mal trago de encontrármelo en la cama con mi examiga Jennifer.

—Esa niña tampoco me gustó nunca. Era un poco...

—Putón.

—¡Victoria, esa boca! —me reprendió mi tía una vez más, aunque yo sabía que, en el fondo, me daba la razón—. Descocada, ésa es una palabra más correcta para referirte a ese tipo de personas.

—Tú llámala como quieras, tía Mildred, que yo seguiré pensando lo mismo de ella. Y no te digo lo que pienso de mi ex, porque definitivamente el jabón no sería lo

suficientemente eficiente como para borrar ese vocabulario de mi boca y tal vez pasaras a la lejía.

—¡Jovencita, quiero ver niños correteando por esta casa! —señaló finalmente tía Mildred, sacando por fin a la luz el problema fundamental y el motivo por el cual no dejaba de castigarme con Henry.

—Siento decírtelo, tía, pero creo que eres demasiado mayor para eso. Aunque, ¡quién sabe!, hoy en día la ciencia ha avanzado mucho... —bromeé con mi tía, que carecía de sentido del humor.

—¡No digas tonterías, Victoria! Lo que yo quiero es verte a ti casada y con algún que otro retoño.

—¡No pienso casarme jamás, tía Mildred! ¡Después de haber estado a punto de cometer el mayor error de mi vida, no voy a volver a caer otra vez en la trampa del matrimonio!

—Aún eres muy joven para pensar así, Victoria. Tal vez deberías ver mundo...

—No, gracias, estoy muy bien aquí. Pronto me mudaré y ya no tendrás que preocuparte por con quién salgo o deo de salir.

—Muy bien. ¿Quieres abandonarme y dejar sola a una pobre y desvalida anciana? ¡Pues vete!

—¡Vamos, tía! Las dos sabemos que tú nunca serás una mujer desvalida y dudo mucho de que, en una casa con cinco sirvientes, estés sola en algún momento. Lo de anciana no puedo rebatírtelo, pues tienes setenta y cinco años. ¿Sabes? He visto una hermosa residencia... —Me mofé de la ofuscada mujer a la que no le hacían ninguna gracia mis burlas.

—Bien, Victoria Olivia Wilford, ¿quieres una casa tú también? Pues te la compraré donde tú quieras, pero a cambio irás a ese pueblo y cumplirás con mi encargo de comprar una casa al gusto de Henry.

¿Quién podría resistirse a un trato así? Y más después de quedarme casi arruinada por una casa que había comprado con la ilusión de un futuro y que después únicamente me recordaba una amarga traición. Aunque la venta se realizó con la rapidez requerida, perdí dinero con la transacción, acabando en el proceso con todos mis ahorros. Así que, finalmente, accedí una vez más a una de las alocadas ideas de mi tía.

Me puse uno de los caros trajes negros de marca que tanto le agradaban, cogí uno

de los coches más caros y veloces del garaje de tía Mildred, un BMW negro de gran potencia que podía alcanzar más de trescientos kilómetros por hora y que tenía los cristales tintados para preservar la intimidad de mi recalcitrante tía, preparé mi equipaje y el de Henry con celeridad y, después de esperar a que éste se acomodara en el asiento trasero, comencé mi viaje hacia ese pequeño pueblecito, que, después de todo, no podía estar tan lejos, ¿no...?

¡Estaba en el culo del mundo, y todo habían sido problemas!

Poco después de tres horas de camino disfrutando de la velocidad del BMW, Henry comenzó a quejarse y a encontrarse mal. Me libré por muy poco de que echara el desayuno en la tapicería nueva del coche, gracias a mi rápida actuación y a haber parado en el arcén. Tras ese percance, cada vez que pasaba de cuarenta kilómetros por hora, comenzaba a gruñirme exigiéndome tranquilidad en la carretera, por lo que un coche que estaba hecho para volar por el asfalto, iba a paso de tortuga por una vía donde el mínimo permitido eran sesenta.

¡Dios! ¿Qué había hecho yo para merecer eso?

Podía intentar ignorar las múltiples quejas de Henry, que comenzaban a darme dolor de cabeza, pero, si se me ocurría hacerlo, su cara empezaría a tornarse verde y la tapicería se convertiría en la víctima de sus náuseas, así que apreté los dientes y seguí circulando lentamente, ya que me negaba en rotundo a tener que viajar durante Dios sabía cuántas horas en un vehículo que oliera a vómito.

Por si fuera poco, los mapas que me había proporcionado mi tía eran una auténtica bazofia, y todo porque ella no creía en los GPS. Así que, mientras viajaba, muy despacio, tuve tiempo de mirar detenidamente los viejos y arrugados mapas, de pintarme las uñas, retocarme el maquillaje y aún me sobró algún que otro instante para replicar con mi dedo corazón a los idiotas que me pasaban velozmente dándome su firme opinión sobre por qué una mujer nunca debía conducir.

Para mi desgracia, cuando al fin encontré el cartel de «Bienvenido a Whiterlande» y comencé a adentrarme en la salida de la carretera que llevaba al dichoso pueblo señalado en el mapa, oí un nuevo claxon a mi espalda. Ignorando nuevamente las opiniones de los afortunados que no tenían que tratar con Henry, saqué mi dedo corazón a pasear sin prestarle atención alguna al idiota que me reprendía. Desafortunadamente, mi dedo se topó con la autoridad, a la que por lo visto no le agradó demasiado mi hermosa manicura francesa, ya que me ordenó hacerme a un

lado y parar el vehículo.

—Señorita, ¿me puede explicar por qué circulaba a cuarenta kilómetros por hora en una vía donde la mínima velocidad es de sesenta? —preguntó muy serio el indignado policía, aparentemente recordando el fino dedo que lo había saludado tan impertinentemente.

—Verá, señor agente, normalmente iría a la velocidad indicada, pero es que Henry, mi acompañante, está un poco enfermo. Quizá se deba a lo que ha desayunado, creo que ha comido algo en mal estado. O tal vez sea que el jardinero por fin ha decidido cumplir sus múltiples amenazas y envenenarlo por cargarse sus petunias.

—Entonces, usted circulaba lentamente porque... —insistió el policía ante la absurda explicación.

—Henry gruñe y se lamenta cada vez que paso de cuarenta en la carretera y se indispone, así que, por el bien de la tapicería, decidí ignorar el límite mínimo. Después de todo, no voy a hacer daño a nadie por ir un poco más despacio, ¿verdad?

—No, señorita, pero entorpece el tráfico. Por otra parte, si su amigo se encuentra mal, lo mejor sería llevarlo cuanto antes a un hospital —recomendó el policía, preocupado por el estado del pasajero.

—¡No, qué va! Es que él es así: siempre se está quejando por todo.

—¡Señorita! Parece que no le preocupe demasiado su amigo —señaló el policía, un tanto molesto con el comportamiento de esa insensible joven.

—Henry no es mi amigo. Sólo es un molesto inconveniente en mi vida del que no me importaría deshacerme. En más de una ocasión he pensado en estrangularlo con una cadena, pero por desgracia no tengo fuerza para ello; tal vez debería encargárselo a alguien... —comentó pensativamente Victoria.

—¡Señorita! ¡Salga despacio del coche, no haga ningún movimiento brusco y ponga las manos donde pueda verlas! —ordenó gravemente el policía, decidido a alejar a esa psicópata del tal Henry antes de que llevara a cabo sus amenazas y se deshiciera de ese pobre incauto.

—¡Pero señor agente! Es que... —La chica intentó explicar al agente lo absurdo de la situación.

—¡Le he dicho que salga del coche! —gritó histéricamente el hombre sacando su arma sin darle oportunidad alguna a Victoria de explicarse.

—Está bien, está bien... ¡Ya voy! —repuso ella, mientras salía del BMW

resignada a que esa situación se volviera más absurda a cada momento.

—Aléjese del vehículo lentamente.

—¿Lo quiere a paso de caracol o de tortuga? —ironizó la muchacha, harta de la estupidez de ese tipo.

—¡Coloque las manos sobre el vehículo! —mandó autoritariamente el agente a la vez que guardaba su arma al observar que la peligrosa mujer no estaba armada.

No obstante, el rígido agente registró superficialmente el caro traje de diseño de Victoria para asegurarse. Cuando finalizó con su registro, abrió despacio la puerta para consolar a la pobre víctima y llevarla a un lugar seguro lejos de esa chiflada. Tal vez el desafortunado Henry tuviera que ser asistido por un médico o por un psiquiatra, si los maltratos de esa cruel joven se habían prolongado durante mucho tiempo.

El agente quedó sin palabras cuando la puerta del pasajero quedó abierta de par en par y pudo ver al fin a Henry. Entonces se volvió, furioso, hacia la mujer con la certeza de que estaba ante una desequilibrada y observó cómo la despreocupada ricachona se apoyaba con indiferencia sobre su coche mientras lo miraba altivamente con una mordaz sonrisa.

—¡Enhorabuena, agente: acaba de salvar a un rico heredero! Quién sabe, quizá mi tía lo recompense por su inestimable ayuda y todos en comisaría lo elogien. Incluso puede que lleguen a condecorarle —comentó irónicamente Victoria sin poder evitar descargar su mal humor en el pobre infeliz que sólo cumplía con su deber.

—Eso es un perro... —señaló todavía incrédulo el anonadado agente.

—¡Felicidades por su capacidad de observación! Aunque es algo evidente a primera vista, creo que mi tía aún no lo ha comprendido del todo. Tal vez, si tuviera usted la amabilidad de explicárselo, ella dejaría de tratarlo como a la reencarnación de su difunto esposo y me daría un respiro. Después de todo, usted es su salvador, ¿no? —provocó un poco más Victoria al enojado agente.

—¿Se puede saber por qué ese chucho viaja en una silla homologada para bebés y no en un transportín?

—Porque, según mi tía, son indignos para alguien como Henry. Y le advierto que Henry es un perro de raza, concretamente un basset hound, y, aunque dudo de que tenga pedigrí alguno, se lo tiene muy creído y se irrita cuando alguien lo llama chucho.

—Señorita, tendré que multarla por interrumpir el flujo del tráfico y por no disponer del dispositivo adecuado para el transporte de animales.

—Tampoco le agrada demasiado que le llamen animal —señaló Victoria al vengativo agente que ignoraba inconscientemente los gruñidos de Henry.

—¿Y usted cómo lo llama? —preguntó sonriente el agente mientras le tendía la multa que ascendía a una imponente suma de dinero.

—Alimaña rastrera, saco de pulgas, baboso y demás calificativos cariñosos... A mí me los acepta, pero no le recomiendo que usted los mencione. No le cae bien nadie más que yo y ésa, por desgracia, es mi cruz —comentó la chica despreocupadamente, sin inmutarse al ver la exorbitante cantidad que pretendía embolsarse el agente.

—¿Algún problema, señorita? —preguntó satisfecho el hombre relamiéndose con su pequeña venganza.

—Ninguno en absoluto. ¿Debo pagar la multa ahora? —replicó Victoria, divertida con los infructuosos intentos de aquel hombre por amargarle aún más su viaje.

Mientras la joven sacaba de su suntuoso bolso de mano un gran fajo de billetes, el policía no dejaba de observar con irritación al chuchó que lo miraba con reprobación desde el asiento trasero sin dejar de gruñirle amenazadoramente ni un solo instante.

—El perro no puede viajar así, desátelo —ordenó el agente, enfurecido tras ver la cantidad de dinero que manejaba tan negligentemente esa ostentosa mujer.

—¡Ni loca! ¿Sabe lo que me ha costado meterlo ahí? Además, si no viaja en su sillita, se altera con facilidad.

—Si usted no lo saca de esa silla, lo haré yo.

—Yo que usted no lo haría... —le advirtió Victoria mientras él se acercaba peligrosamente a Henry desoyendo sus alterados gruñidos.

—Lo va a lamentar —advirtió nuevamente la muchacha, resignada a lo que ocurriría a continuación. Sin duda alguna, una vez más tendría que defender a Henry ante un tribunal.

Victoria se alejó unos cuantos pasos y dejó actuar al policía sin oponer resistencia, pero Henry era un animal de ideas fijas y nadie que no fuera ella o su tía podían tocarlo a él o a su sillita. Cuando el agente acercó su autoritaria mano a los anclajes de la silla, Henry se revolvió e intentó morder la mano que osaba aproximarse a él. El hombre, indignado, se retiró rápidamente ante la amenaza de unos afilados dientes que no dejaban de seguir el movimiento de su extremidad.

—¡Ha intentado morderme! —exclamó ofendido.

—Es un perro, ¿qué esperaba? —replicó Victoria, cuestionando cada vez más la inteligencia de aquel tipo.

—Tendré que arrestarlo por intentar agredir a un agente, y le advierto que ése es un delito muy grave.

—Está bromeando, ¿verdad? —preguntó Victoria, incrédula al ver hasta dónde

podía llegar el resentimiento del policía por un simple malentendido.

—Ya que usted parece tratar a ese perro como si fuera una persona, yo no seré menos. ¡Bájelo de ese artefacto si no quiere que destruya la fina tapicería de su coche de un tiro y méntalo en mi coche patrulla!

Victoria, habituada a las malas pasadas de Henry, se resignó a visitar una vez más una comisaría como primer lugar turístico del pueblo; desató con calma de su sillita a su eterna pesadilla y, con paso indiferente, se dirigió hacia el coche del agente y abrió con elegancia la puerta.

—Ya sabes lo que toca, Henry —declaró en voz alta al orgulloso can.

Henry le dirigió una mirada altiva a los presentes, como si sus pulgas fueran de una categoría superior a las de los demás, y se sentó obedientemente en la parte trasera del vehículo, ocupando todos los asientos con su orondo cuerpo.

—Tendré que decirle a tía Mildred que la dieta no funciona: cada día estás más gordo —indicó una sonriente Victoria mientras cerraba la puerta en las narices de ese molesto y arrogante chucho.

Desde el interior del coche se oyeron ladridos de protesta como respuesta a los insultantes comentarios de Victoria.

—Bien, si espera un segundo a que cierre mi vehículo, podremos partir hacia comisaría, agente —informó la joven mientras tomaba sus pertenencias del caro coche de su tía y se hacía a la idea de dejarlo abandonado en ese recóndito lugar. Las órdenes de tía Mildred habían sido muy precisas: «¡No te separes de Henry!»; algo que no tomaría al pie de la letra si no fuera porque, cada vez que dejaba a ese perro un segundo a solas, se metía en problemas. Y, por suerte para su tía y para desgracia de Victoria, ella era la protectora y abogada de ese saco de pulgas.

—Señorita, usted no vendrá con nosotros en el coche policial —respondió el agente con una malévolamente sonrisa en el rostro—. En él solamente pueden ir los detenidos, no los civiles.

—¡Ni loca voy a dejar a Henry a solas con usted! —exclamó airada Victoria, enfrentándose al policía ante su estúpido intento de venganza.

—Señorita, me niego a llevarla en el coche conmigo. Y ni todo el oro del mundo podría hacer variar mi decisión —sentenció el policía, sonriente ante esa alterada niña mimada.

—Entonces no me deja otra opción, agente. De verdad que he deseado hacer esto desde el primer instante en que lo he visto, pero... En fin, soy una joven con una educación muy refinada, y esto, definitivamente, no lo aprobaría mi querida tía.

El agente, distraído con las absurdas explicaciones de la atolondrada mujer, no se dio cuenta del fino puño que se dirigía hacia su cara hasta que fue demasiado tarde.

Finalmente, Victoria Olivia Wilford se adentró en el hermoso y pacífico pueblo de Whiterlande de una manera muy especial, ya que iba sentada en la parte trasera de uno de los coches policiales del pueblo. A su lado, Henry acomodaba lastimeramente la cabeza en su regazo, gimiendo como un poseso tras haber vomitado en el suelo del vehículo y sobre sus caros zapatos de ante.

El inepto policía no cesaba de jactarse de su detención ante sus compañeros de la comisaría a través de la radio, ni de burlarse de ella y del saco de pulgas que la acompañaba. Victoria, abrumada por Henry, por la pérdida de sus zapatos y por las carcajadas del agente, no lo pudo evitar: una vez más olvidó las carísimas lecciones de modales que tanto dinero le habían costado a su tía y, cuando el vehículo pasó junto a un cartel que anunciaba «Bienvenidos sean todos a Whiterlande», Victoria mostró una vez más la delicada manicura francesa de uno de sus dedos.

—¡Y una mierda bienvenidos! ¡En cuanto podamos, saldremos los dos de este miserable pueblucho lo más rápido que me permitan las ruedas de mi BMW! —le susurró Victoria al quejumbroso Henry, que, por primera vez, estuvo totalmente de acuerdo con ella.

Capítulo 3

En todos los años que Terence Philips llevaba ejerciendo como jefe de policía en la pequeña comisaría de Whiterlande, nunca había visto detenidos tan singulares como los que entraron esa mañana por la puerta escoltados por Colt Mackenzie.

Colt... el eterno novato que, cada vez que tenía un poco de libertad en el ejercicio de su profesión, metía la pata molestando a algún personaje importante o escarmentando a algún imberbe jovenzuelo con un día de calabozo por una simple riña. La última de sus jugadas había sido multar a un niño de cinco años por tirar un papel al suelo.

Si seguía así, podría llegar a empapelar la comisaría con las quejas escritas por los vecinos debido a su estricta forma de hacer cumplir la ley. Terence lo había enviado a vigilar la desolada carretera que daba entrada a Whiterlande con la esperanza de que no se metiera en problemas, ya que el tránsito era escaso y pacífico, pero, para su desgracia, Colt encontraba problemas allá donde fuera.

En el momento en el que Terence vio a la elegante joven esposada que caminaba malhumorada tras Colt, pensó que se le caía el mundo encima, ya que el caro traje de aquella mujer podría costar como cuatro meses de su sueldo, o quizá más.

Pensar en los culos que tendría que besar para disculparse por los errores de su ayudante lo puso enfermo, pero, cuando vio entrar por la puerta, también esposado, a un perro de ojos tristes y orejas caídas que no paraba de gimotear, decidió que Colt estaba mal de la cabeza y que tendría suerte si solamente le mandaban recoger la mierda de las aceras.

Terence se acercó despacio hacia la refinada señorita en busca de algo de compasión por su parte, hasta que escuchó su altanero lenguaje y presencié sus modales, que para nada eran adecuados para una dama.

—¡Escúcheme bien, agentucho de tres al cuarto! En el mismo instante en el que hable con mi tía, deseará no haber nacido. ¡Tendrá suerte si encuentra trabajo aunque sea limpiando el ilustre trasero de Henry! Pagaré todas las multas que se atrevan a ponerme con un simple chasqueo de dedos y saldré de este despreciable pueblo lo más rápido que pueda... Pero usted... ¡usted necesitará vivir más de una vida para poder pagar ni siquiera los costos que le supondrán las demandas que presentaré

contra su persona, tanto por arresto improcedente como por maltrato animal! Tal vez me apiade de usted cuando se halle en la miseria y le dé trabajo como sirviente de Henry... ¡Y le advierto que él es aún más rencoroso que yo!

—Colt, ¿quién es Henry? —preguntó Terence a su desanimado subalterno, que había comenzado a amedrentarse ante las amenazas de esa princesita maleducada.

—Es el perro —declaró Colt, a la espera de una regañina por parte de su superior al haberse excedido nuevamente en su deber.

—La celda cinco está vacía —anunció Terence a Colt, dándole su aprobación al arresto de esa presuntuosa arpía que sin duda alguna se merecía una lección.

Victoria estaba hasta las narices de ese estúpido chucho, de esa mugrienta celda y, sobre todo, de las carcajadas de esos idiotas que, desde el preciso instante en el que la habían encerrado, no pararon de reírse como locos ante los datos policiales que les mostraban los archivos de su obsoleto ordenador.

—¡Mira! ¡Mira esto! Metí el nombre del perro para reírme un rato de ti, Colt, y... ¿adivinas...? ¡El perro está fichado! —explicó uno de los agentes entre risotadas.

—¿Y sabes lo mejor? ¡El chucho tiene abogada! —añadió otro que no podía dejar de desternillarse.

—Sí, ¡miss Simpatía es la abogada del perro! —indicó otro de los graciosos, señalando a Victoria.

—No me extraña que tenga tan malas pulgas, ¡seguro que se las ha pegado su cliente! —sentenció otro de los policías, revisando nuevamente los datos del distinguido animal.

—Está fichado como perro peligroso por agredir a un cartero... —Las carcajadas resonaron por toda la comisaría a la espera de más.

—A un carnicero... y... ¡espera, espera! ¡Esto es lo mejor: a un Papá Noel!

Los agentes se revolcaban de la risa sin poder parar mientras observaban detenidamente al peligroso sujeto que melosamente refregaba su hocico en el regazo de su ofendida letrada.

—Debo señalar que todas las agresiones se debieron, principalmente, a que los molestos sujetos desobedecieron mis consejos de tener cuidado con el genio de Henry, y todas ellas fueron desestimadas, ya que sucedieron dentro de su propiedad, donde podía ir sin correa y collar reglamentarios —aclaró Victoria intentando disminuir las burlas de esos tipejos, algo que sin duda no consiguió cuando escuchó la

siguiente pregunta.

—¿De verdad se tuvo que poner usted delante de un juez y defender a ese perro?

—Sí, en más de una ocasión me he tenido que poner frente a un magistrado para defender a mis clientes sin importarme si son hombres, mujeres o perros... Mientras paguen mi minuta...

—Mi caniche mordió a mi vecino, ¿podría usted defenderlo? —se burló nuevamente uno de los hombres, animado por las carcajadas de los demás.

Victoria estaba más que acostumbrada a esa clase de comportamientos, así que tomó aire, cerró los ojos durante unos instantes y alzó su rostro con una sonrisa radiante hacia el jocosos personaje que no esperaba una respuesta.

—Si puede pagar mi tarifa, estaré encantada de defenderlo. Yo cobro tres mil dólares a la semana por la defensa de Henry, más gastos aparte... ¿y usted?

La sorpresa ante la enorme suma de dinero consiguió silenciar las risotadas de los ineptos tan sólo durante unos instantes. Por desgracia, Victoria sabía que las risas no cesarían de retumbar hasta bien pasada la noche. ¡Dios santo! ¡Cuántas ganas tenía de salir de ese horrendo agujero!

La llamada telefónica que le correspondía le fue negada hasta que la masa de hombres sin cerebro dejó atrás sus ganas de bromear y por fin recordaron que ella tenía algún que otro derecho civil.

Victoria temblaba con sólo pensar que tendría que contarle a tía Mildred lo ocurrido, pero era eso o aguantar en ese pueblo unos cuantos días. Y permanecer simplemente unas cuantas horas más allí, después de todo lo ocurrido, ya era demasiado para ella.

Cuando salió de su celda, lo hizo con su característica elegancia y arrogancia de niña rica que tanto habían pulido en su lujosa escuela, se sentó en una envejecida silla y cogió un antiguo teléfono que sin duda había tenido tiempos mejores. Marcó el teléfono privado de su tía y esperó a escuchar sus habituales y dulces palabras.

—¿Victoria, eres tú? ¿Se puede saber dónde estás y por qué no me has llamado antes, niña ingrata? ¿Cómo está Henry? No me digas que ya le has encontrado una casa, porque casi no ha podido darte tiempo ni siquiera a llegar a ese pueblo. ¡Seguro que has escogido la primera casa cochambrosa que has visto y vas a dejar abandonado a Henry en ese pobre, húmedo y oscuro lugar! ¡Te advierto de que si dejas a mi Henry...!

—Tía —la interrumpió Victoria—, aunque he estado tentada de dejar abandonado en la carretera a Henry en más de una ocasión, nunca haría eso...

—Ya sabía yo que, después de todo, eras una buena chica.

—Si no te he dejado abandonada a ti, tía, ¿cómo podría hacerlo con un animal indefenso?

—Niña malvada e ingrata... ¿Para qué me llamas?

—Han detenido a Henry.

—Pues sácalo de ahí y ya está.

—También me han detenido a mí —anunció finalmente Victoria, a la espera de que se desatara el mal genio por el que eran conocidos los Wilford.

—¿Cómo han podido detenerte a ti, una eminente abogada de un prestigioso bufete; a ti, la heredera de los Wilford, la sobrina de Mildred Wilford? ¿Se puede saber qué has hecho, Victoria Olivia?

—Le propuse al agente hacerle un trabajito si me quitaba la multa y, como no funcionó, le ofrecí a Henry... ¿Quién podía imaginar que el agente Colt tendría ese tipo de gustos? —comentó descaradamente Victoria ante las anonadadas miradas de cada uno de los policías, que no dejaban de escuchar con máxima atención cada uno de los detalles de esa escabrosa conversación que se suponía era privada.

—¡Victoria! —la reprendió tía Mildred, sabedora de que ésa era una más de las tretas de su escandalosa sobrina.

—El agente detuvo a Henry por agresión, se negó a llevarme en el coche policial con él y tuve que pegarle un puñetazo para que lo hiciera, aunque en calidad de detenida. Y no me reprendas, tía, porque desgraciadamente ésta es la verdad.

—Te mandaré dinero. ¿Quieres que envíe a alguien del bufete? ¿A Malcom, tal vez?

—Con el dinero bastará. ¡Ah, tía! Y respecto a lo de buscarle una casa a Henry en este pueblo: olvídale. Ni a mí ni a Henry nos agrada lo más mínimo este lugar.

—¡Pero Victoria Olivia! ¡Tienes que quedarte un tiempo y buscarle un buen hogar a Henry! El trato...

—Después de lo ocurrido, no hay trato que valga, tía. En cuanto pueda, me largo de aquí.

—Entonces tal vez deba pensarme seriamente la idea de mandarte el dinero. Después de todo, si no eres capaz de llevar a cabo una pequeña tarea como la de encontrar una casa, ¿por qué debería dejarte manejar mi dinero o recomendarte para ascender en el bufete?

—¡Tía Mildred! ¡Eso es chantaje!

—Bien, agradezco que te hayas dado cuenta. ¿Y bien, Victoria? ¿Qué me dices?

—Que yo también te quiero mucho, tía —replicó despreocupadamente sin darle en absoluto una contestación a su tía antes de colgar el teléfono.

Uno de los agentes condujo a Victoria nuevamente a su celda y, como era habitual en ese tipo de hombres, no pudo evitar abrir la boca y bromear con su situación.

—Su cliente también tiene derecho a una llamada, ¿quiere llevarla a cabo ahora o más tarde? —se carcajeó el iluso, pensando que así se burlaría de ella. Pero, para su desgracia, Victoria ya estaba acostumbrada a ese tipo de bromas desagradables.

—Sí, le agradecería que condujera a mi cliente a la mesa y marcara el mismo número que marqué yo. Bastará con darle a rellamada. Le aconsejaría que aguante el auricular a una distancia prudencial para que no le muerda, y que corte la llamada después de los quince minutos reglamentarios. Sólo Dios sabe cuánto tiempo pueden tirarse esos dos al teléfono si se les deja solos —indicó Victoria al agente, muy seria.

—Bromea, ¿no? ¡Es un perro! —señaló el policía, sin un atisbo de sonrisa en su rostro.

—No. Como usted muy amablemente ha indicado, Henry tiene derecho a una llamada y, si no le es concedida, estará incumpliendo los derechos otorgados a todo detenido. No es culpa mía que ustedes lo hayan arrestado como a una persona, reconociendo así implícitamente sus derechos. Así que eso es lo que hay: si no le permiten su llamada, los demandaré, y no tenga dudas de que ganaré. Soy muy buena en mi trabajo y, además, no sería la primera vez que me encontrase en esta situación. Ya me ha sucedido antes —repuso Victoria al aturdido agente, y añadió—: Ahora se aguantan, por listillos... ¡Henry! ¡Tu llamada! —anunció la chica al elegante saco de pulgas cuando se adentró en la celda que compartían. Y Henry, obedientemente, siguió al policía por los pasillos de la comisaría para llevar a cabo su llamada, sin duda alguna llena de gemidos lastimeros y gruñidos ofendidos por lo ocurrido. Después de todo, él era un perro de alta alcurnia.

Victoria preguntó amablemente a los señores agentes cuánto tiempo tendría que estar en una de esas mugrientas celdas, a lo que amablemente le contestaron «hasta que Walter vuelva de su viaje».

Nadie se molestó en explicarle quién demonios era el tal Walter y adónde había ido, así que Victoria, simplemente, se sentó en el viejo camastro y comenzó a contar los desfasados dibujos de cada una de las baldosas del suelo de su celda. Cuando iba por la manchita número trescientos cuarenta y cinco, llegó a la conclusión de que el diseño de esas baldosas era, sin duda alguna, digno del suicidio.

Henry no tardó mucho en volver acompañado por un hombre de uniforme un tanto

disgustado, el cual cerró bruscamente la celda tras dejarlo entrar. El can se sentó despacio en el suelo junto a los caros y arruinados zapatos de su abogada, y no paró de relamerse una y otra vez, por lo que Victoria llegó a la conclusión de que seguramente había conseguido robar la merienda de algún incauto. Algún grasiento bocadillo lleno de calorías que ponía fin, una vez más, a su dieta.

—Podías haberme guardado un poco, ¿no? —recriminó una Victoria hambrienta a su sarnoso compañero.

El altanero cánido la miró por encima del hombro como si esas palabras no fueran con él, y volvió a relamerse de gusto a la vez que descansaba su cabeza de nuevo sobre sus cortas y peludas patas.

—¡Pues, como me traigan comida, no pienso darte ni las migajas! —comentó Victoria, ofendida con la actitud de Henry—. Bueno, ¿y ahora qué hacemos? Tía Mildred se niega a darnos el dinero de la fianza si no nos quedamos en este odioso pueblo hasta encontrarte una casa.

Henry la miró espantado ante el anuncio de las intenciones de Mildred. Puso exactamente la misma cara de terror que ponía cuando lo llevaban al veterinario.

—Ya le dije que ninguno de los dos quería permanecer en este inmundo lugar, pero no me hizo caso alguno. Ya sabes que cuando se le mete algo en la cabeza a tía Mildred, es imposible hacerla entrar en razón. Tendremos que aguantarnos y ceder.

Henry se levantó ofendido y comenzó a ladrar alrededor de Victoria dando su honesta opinión.

—No tenemos otra opción; si no, ¿cómo crees que vamos a salir de aquí? —preguntó Victoria, enfadada por la testarudez de su compañero.

Henry dio vueltas sobre sí mismo como si estuviera desarrollando algún astuto plan, aunque Victoria concluyó que únicamente quería morderse la cola, abrumado por el tedioso aburrimiento de ese encierro, ya que él no podía contar las manchitas del suelo como ella.

Finalmente, Henry terminó de dar vueltas sobre sí mismo, se tumbó en el suelo haciéndose el muerto y comenzó a gemir como si lo estuvieran torturando.

Victoria lo observó impasible desde su lugar en el viejo camastro.

—No funcionará, Henry. No son tan idiotas... —afirmó la elegante mujer tras ver la patética actuación de su compañero de penurias.

Pero Henry ignoró sus comentarios y siguió interpretando su papel. Al cabo de unos minutos, unos seis agentes aparecieron en la celda.

—Pues sí. Tenías razón, Henry: sí que son idiotas —susurró Victoria mientras se

acomodaba en su camastro para ver cómo se desarrollaba el espectáculo. Si algo bueno tenía Henry era que, con él, uno nunca llegaba a aburrirse, no señor.

—¡Señorita, rápido, haga algo! ¡Su perro está enfermo! ¡Por sus gemidos parece que le ocurre algo grave! —expresó el jefe de policía, preocupado.

—Sí, es algo habitual en él. Necesitaré una revista de moda femenina, un sándwich de pollo vegetal con mayonesa *light* y un botellín de agua mineral.

—Señorita, ésas son unas peticiones un tanto extrañas para curar a un animal...

—¿Quiere que se cure, sí o no?

—Sí —confirmó el agente, muy preocupado por lo que podía llegar a pasarle si al adinerado chucho le ocurría algo estando bajo su responsabilidad.

Terence mandó a uno de sus hombres rápidamente a por el pedido de la abogada. Cuando finalmente llegó, ante el asombro de los agentes, Victoria se tumbó en el camastro de su celda para devorar ávidamente el bocadillo a la vez que ojeaba la revista con despreocupación.

—¡Señorita! ¡El perro! —insistió Terence, un tanto molesto con la situación.

—Ah, sí. Está fingiendo —dejó caer Victoria ante la perplejidad de todos, que no dieron crédito a sus palabras tras oír nuevamente los gritos de dolor del pobre chucho.

—¡Parece que sus dolores van a peor! ¡Lo mejor será llamar a Dan! —sugirió uno de los jóvenes agentes tras dirigirle una mirada llena de resentimiento a la letrada adinerada que no dejaba de ojear su revista.

—Sí, ya que parece ser que esa chica no es de mucha ayuda en estas circunstancias —comentó otro, observando con antipatía a la imperturbable mujer.

—Se lo vuelvo a repetir una vez más: Henry está fingiendo.

—¡Sus aullidos son demasiado lamentables para que sean fingidos, muchacha! —señaló Terence ante la obstinada joven.

—Ustedes mismos, pero yo no pienso pagar la factura del veterinario. Será mejor que lo facturen como gastos de emergencia o algo así.

—¡Nunca he conocido a una mujer tan fría e insensible como usted! ¡Mientras yo dirija esta comisaría, ningún animal o persona sufrirá bajo mi custodia! —declaró orgullosamente el jefe de policía tras cerrar nuevamente la celda para ir en busca del afamado Dan, de quien parecían pensar que haría algún milagro con ese animal.

En cuanto los hombres desaparecieron de la celda, Henry corrió a postrarse junto a sus zapatos para reclamar algún que otro bocado.

—¡Ni las migajas! —le recordó duramente Victoria mientras devoraba de un solo

mordisco lo que quedaba de su bocadillo.

Dan Lowell no se hallaba en el mejor día de su vida.

Con tan sólo treinta y dos años, ya era el propietario de la única clínica veterinaria del pueblo. Hasta hacía un año, había estado dirigiendo el negocio junto al viejo y experimentado Eduard Tyler, un amable anciano conocido por todos los lugareños, ya que había ejercido en esa clínica durante casi cuatro décadas. Pero, de un día para otro, Eduard decidió marcharse del pueblo para estar más cerca de su hija, que vivía en las afueras. Así que Dan, un joven descuidado que únicamente se había preocupado hasta entonces de cuidar a los desvalidos animales del municipio, había pasado a hacerse cargo de las finanzas de la clínica, la compra de las medicinas, las citas de los clientes, las facturas, etc. Y no había parado de cometer errores, errores y más errores.

Tal vez fuera por su buen corazón o por su naturaleza despreocupada, pero la clínica veterinaria, que hasta hacía poco era un negocio rentable, comenzaba a tambalearse en dirección a la bancarrota. Y Dan empezaba a desesperarse, entre facturas sin pagar y clientes a los que no sabía si cobrarles porque carecían de medios suficientes para ello.

Uno de sus mayores errores, y la peor pesadilla de todas, era haber contratado a Nina, su actual ayudante. Era una rubia despampanante con una talla cien de sujetador y el coeficiente intelectual de una piedra... bueno, al menos las piedras servían para algo, pero ella... Nina no sabía contestar al teléfono, confundía las citas y, cuando intentaba ordenar la clínica, ésta acababa peor que antes.

Dan no era capaz de recordar por qué motivo llegó a contratar como ayudante a alguien tan poco cualificado. Bueno, tal vez fue porque le puso ojitos, le contó una historia lacrimógena y, por último, su profundo escote le mostró dos muy buenas y poderosas razones para hacerlo.

¡Maldita sea! ¡Seguro que, si las entrevistas las hubieran hecho su hermana Elisabeth o su hermano Josh, nunca hubiera acabado cargando con un lastre como Nina! Por lo menos últimamente recibía algunos ingresos extra debido a la gran cantidad de hombres solteros que visitaban la clínica para coquetear con su ayudante. En las últimas semanas podía jurar que había reconocido diez veces al mismo perro en un día, traído por un tipo distinto en cada ocasión.

Al menos esos clientes no habían tenido la horrible idea de adoptar un animal

cada uno para después abandonarlo. No, en lugar de eso habían cogido al viejo *Smochi*, el labrador del señor Hilton, el antiguo profesor de música, y lo habían disfrazado de decenas de maneras diferentes para hacerlo pasar por un can distinto en cada ocasión. ¡Cómo si el viejo y gordo *Smochi* pudiera pasar desapercibido en algún lugar! *Smochi* siempre sería *Smochi*, aunque le pusieran rastas, mechones de colores o lo vistieran de cien formas distintas.

Dan intentó darse un respiro del lío de clientes insatisfechos por la confusión de citas que había en el vestíbulo, entró en su despacho, se sentó ante un escritorio inundado por un caos de papeles y abrió el primero de sus cajones, que no contenía otra cosa que no fueran chocolatinas de distintas marcas y sabores. Un vicio al que no se olvidaba de recurrir cuando estaba altamente estresado, como en esa ocasión.

O zamparse una chocolatina o tener sexo desenfadado, no había más solución a su estrés y, por desgracia, aunque Nina estuviera de muy buen ver, no era su tipo y nunca se atrevería a mezclar los negocios con el placer. No después de cómo le iban las cosas. Definitivamente no quería más líos en su clínica.

Cuando estaba degustando el dulce sabor del chocolate almendrado con caramelo y crujiente galleta en su interior, llamaron a su teléfono móvil. Un aparato que sería de lo más útil si lo llevara encima, pero, como siempre, estaba debajo de la montaña de papeles. Dan se resignó a abandonar su momento de paz y buscó rápidamente entre la pila de documentos hasta dar con su móvil.

—¿Sí? Dan Lowell al habla —contestó tan alegremente como siempre, no fuera a ser uno de los clientes que tanto necesitaba.

—Usted no me conoce, pero soy una mujer muy adinerada.

—Me alegro por usted —comentó Dan, un tanto molesto por lo que sin duda era una broma telefónica.

—¡Jovencito, no estoy bromeando! Me llamo Mildred Wilford y estoy buscándole un marido adecuado a mi sobrina.

—Señora, llamar a números de móvil aleatoriamente para hallar a algún incauto no me parece muy buena idea, ni siquiera aunque su sobrina sea un bombón.

—¡Mi sobrina es una señorita elegante, bella y distinguida! Y, además, es la única heredera de una cuantiosa fortuna... junto a Henry, por supuesto —señaló la mujer, un tanto ofendida.

—Entonces, señora, déjeme preguntarle algo: ¿por qué su sobrina no está casada

aún? ¿Dónde está el gran defecto de ese dechado de virtudes al que no puede emparejar?

—Su carácter es un tanto molesto —replicó la anciana—. Además, se niega en rotundo a casarse y cree que todos los hombres son unos inútiles.

—Ah, y me llama porque usted supone que yo le haré cambiar de opinión por... —intervino Dan impertinentemente, divertido con la inusual conversación.

—Leí un artículo en un periódico local donde usted aparecía como un hombre de gran corazón, que atendía a los animales gratis a pesar de estar pasando apuros económicos y verse casi en la bancarrota. ¡Ése es el hombre que quiero para mi sobrina!

—Que yo recuerde, el artículo no hacía mención alguna a mis finanzas —replicó Dan, molesto.

—Señor Lowell, lo he investigado, ¿o acaso esperaba que le hiciera esta proposición a cualquiera? Mi sobrina necesita a alguien especial y ese alguien, sin duda, es usted.

—Señora Wilford, me siento honrado por recibir esta propuesta, pero no tengo intención alguna de casarme.

—¿Ni por diez millones de dólares?

Tras un instante de pausa, Dan contestó.

—Ahora no tengo dudas de que esto es una broma telefónica... Venga abuela, ¡dígame!, ¿quién la ha contratado?, ¿mi hermano Josh?, ¿o tal vez mi cuñado Alan? ¡Ya sé! Ha sido Elisabeth, ¿verdad?

—Señor Lowell, aunque sea difícil de asimilar, esto no es ninguna broma. Más tarde o más temprano conocerá a mi sobrina. Cuando lo haga, piense en mi propuesta... Tal vez lo ayude a decidir volverse un hombre casadero. Le recomiendo encarecidamente que, cuando conozca a Victoria, no le hable de mi proposición. Se molestaría bastante conmigo y soy una vieja y solitaria anciana que sólo la tiene a ella. Y a Henry, por supuesto.

—Señora, prometo que no le contaré esta absurda conversación a nadie. Después de todo, o es una broma pesada o está usted como una cabra...

—¡Jovencito! ¡Es usted demasiado impertinente para mi gusto! Definitivamente se llevará bien con Victoria —anunció con firmeza la anciana poco antes de poner fin a la conversación.

Dan se recostó en su silla pensando en la vieja loca que lo había tentado.

¡Diez millones de dólares! Con esa cantidad de dinero podría pagar todas sus

facturas y abrir por lo menos diez clínicas, atender gratuitamente a todos los pacientes que deseara, hacer grandes donativos a algún que otro refugio y terminar de pagar su pequeño hogar. O comprarse uno nuevo, o diez, ¡o cien!

¿Cómo sería esa tal Victoria para que ofrecieran tanto dinero por aguantarla? Sin duda alguna su tía mentía y era un trol con faldas... aunque, hoy en día, la cirugía estética podía hacer milagros y... Pero ¿en qué demonios estaba pensando? ¡Todo ese asunto de la llamada telefónica tan sólo había sido una broma! Nadie que estuviera en sus cabales pagaría diez millones para que un desconocido se casara con una hipotética sobrina y, si así fuera, a saber cómo sería esa mujer para que valiera tanto dinero.

Una vez dejada de lado la idea de convertirse en un hombre rico, Dan volvió a intentar deleitarse con su chocolatina a medio comer, pero nuevamente fue interrumpido por el estridente tono de su móvil. Dan esperaba que en esa ocasión no fuera otro tarado con alguna loca propuesta descabellada que hacerle.

—Dan Lowell al habla, dígame —contestó de nuevo con una sonrisa en el rostro.

—¡Dan, tienes que venir a la cárcel! ¡Hemos detenido a un perro que ha resultado estar enfermo! No para de aullar de dolor y creemos que se está muriendo, pero su dueña no hace nada, sólo ojea una y otra vez una revista de moda y nos dice que el animal está fingiendo. ¡Dan, tienes que venir rápido, no sabemos qué hacer...! ¡Por favor!

—Terence, ¿me puedes contestar a una duda que tengo? ¿Por qué narices habéis detenido a un perro? —quiso saber Dan, frustrado porque su descanso finalmente hubiese concluido.

—Por agredir a un agente.

—Y su dueña, ¿dónde está en estos instantes?

—En la celda con él.

—Dile que se asegure de que el animal respira correctamente y que compruebe con regularidad su pulso hasta que llegue. Y vosotros no os acerquéis: los perros, en medio de la agonía del dolor, se muestran especialmente agresivos con los desconocidos.

Antes de poner fin a la llamada, oyó cómo Terence ordenaba con desesperación a la mujer que se encargara de su mascota en medio de los agónicos gemidos de sufrimiento del animal, y cómo una tranquila y dulce voz contestaba apaciblemente:

—Está fingiendo...

Quién demonios sería esa insensible joven que se negaba a atender a un inocente

animal en lo que podían ser sus últimos instantes de vida, pensaba Dan mientras abandonaba con celeridad el caos de su clínica para atender a un nuevo paciente por el que, seguramente, tampoco llegaría a cobrar, ya que los fondos de la policía estaban bastante mermados desde hacía un tiempo.

En fin, no se había hecho veterinario para ganar dinero, sino para ayudar a los animales desvalidos que tanto adoraba desde niño.

Capítulo 4

Definitivamente, fue odio a primera vista.

En cuanto Henry vio al rubio y guapo veterinario de hermosos ojos azules, metro ochenta y cinco de estatura, cuerpo de infarto con marcados músculos, porte atlético y sonrisa de ensueño, no tardó ni un segundo en declararse su más acérrimo enemigo. Henry empezó a gruñir como un desquiciado en el preciso momento en que el atractivo espécimen masculino se acercó a él. Yo, por mi parte, lo observé con atención desde el maltrecho camastro sin perderme ni un instante sus estúpidos movimientos.

El hombre se acercó poco a poco a Henry, quien seguía simulando estar enfermo, pero en esta ocasión mezclaba sus falsos gemidos de agonía con algún que otro gruñido de advertencia hacia el incauto que osaba aproximarse con intenciones dudosas.

El veterinario se agachó en el suelo a la altura del saco de pulgas mentiroso y no tuvo otra idea mejor el muy idiota que acercar la mano despacio hacia Henry para que la oliera. Ese chucho sarnoso no olía siquiera las salchichas antes de engullirlas, mucho menos una sucia mano que había estado vete a saber dónde, con lo escrupuloso que era el muy condenado.

Estaba convencida de que le mordería. Pensé que lo mejor era advertirle sobre las malévolas intenciones del baboso animal. Al ser veterinario, seguro que sabría distinguir cuándo un animal estaba fingiendo y escucharía con atención mis palabras. No como esos necios policías que no cesaban de dirigirme miradas fulminantes por no hacerles caso a ese estúpido animal y sus quejas.

—Yo que usted no lo haría —comenté despreocupadamente sin dejar de ojear una sublime oferta de lencería que había en la página trece.

—No sé si es usted cruel o simplemente insensible, pero este perro está sufriendo y yo debo hacer algo para mejorar su estado, el cual parece no interesarle —me amonestó el guapo y rubio idiota, creyéndose superior.

—¿Cuántas veces tengo que decirlo para que me crean? ¡Está fingiendo! —exclamé finalmente, cabreada con un hombre que podría ser el sueño de cualquier mujer si no fuera porque su masa cerebral era bastante escasa.

—¡Señorita! Tengo la suficiente experiencia con animales como para saber cuándo uno está fingiendo, ¡y este agónico dolor no es un cuento! —sentenció, muy seguro, el rubito.

—¡Y yo llevo años viviendo con este detestable saco de pulgas y me sé cada una de sus despreciables tretas! ¡Y le digo que ésta es una de ellas! —grité enfadada levantándome del camastro dispuesta a agredir a aquel energúmeno antes de que lo hiciera Henry.

—Si no va a hacer nada, será mejor que se aparte, insufrible mujer —señaló el veterinario desde el suelo, donde su mano comenzaba a correr cada vez más peligro, pues los gruñidos de Henry iban en aumento.

—¡Basta! —exclamé, harta de tanta insensatez—. ¡Usted no se va a acercar a Henry, sobre todo porque, si lo hace, le arrancará la mano de un mordisco y la verdad es que no quiero tener que volver a defender a este chuchito ante un tribunal! —dije interponiéndome entre ese idiota y el protegido de mi tía, que, para desgracia de todos, aunque se creyera humano, seguía siendo un perro.

—¡Señorita, apártese para que cumpla con mi deber! —exigió el Capitán América.

—¡No! —grité nuevamente, amenazándolo esta vez con la revista de moda, que había enrollado para utilizarla con Henry si se comportaba inadecuadamente. Pero, por el camino que estaban tomando las cosas, tal vez acabaría usándola para aleccionar a ese neandertal.

—¡O se quita de en medio o lo haré yo! —gruñó muy alterado el hasta ahora inocente rubito.

—¡Oh, quiero ver cómo lo intenta! —fanfarroneé ofuscada apretando con fuerza mi improvisada arma.

Nuestras retadoras miradas se cruzaron y todo pasó demasiado rápido. El caos se desató a mi alrededor en cuanto el musculito me alzó del suelo para apartarme de su camino y yo desaté el mal genio característico de los Wilford sobre su persona golpeando sin piedad su cabeza con la revista de moda. Henry, mi eterno enamorado, no dudó en atacar al hombre que tanto le había desagradado desde un principio mordiendo su pierna y negándose una y otra vez a soltar su agarre.

Los agentes no tardaron mucho en entrar en la celda para contener el desorden. Cinco hombres inútiles que nos rodeaban, quietos como estatuas, sin saber qué movimientos realizar mientras un inepto se negaba a dejarme en el suelo a pesar de estar siendo agredido.

Cuando vi la sangre de ese tipo corriendo por su pierna, decidí poner fin a aquel absurdo antes de desmayarme, ya que la visión de la sangre siempre me alteraba de esa manera. Además, si yo caía inconsciente, seguro que esos asnos acababan acribillando al pobre Henry para que soltara la pierna del rubio desagradable.

—¡Suficiente! —grité un tanto histérica metiéndole finalmente la revista en el ojo al energúmeno que se negaba a soltarme, consiguiendo con ello liberarme de su agarre y poner mis pies en el firme suelo.

»¡Y tú, Henry, suéltalo si no quieres probar el suplemento de las pasarelas en tu estúpida persona! ¡Y basta de cuentos! ¡Saldremos de aquí en cuanto podamos y punto! ¡Como sigas molestando, informaré a tía Mildred sobre todo lo que comes y te daremos pienso nada más! ¡Y del barato! —amonesté seriamente al arrogante can, el cual me dirigió una despectiva mirada por encima del hombro y se alejó altaneramente hacia un rincón de la estancia.

»En cuanto a usted... —dije, amenazando aún al sorprendido veterinario que se hallaba tumbado en el suelo como resultado de mi ataque—... ¡cuando digo que Henry está fingiendo, es que está fingiendo! —lo reprendí con severidad antes de arruinar toda mi heroica intervención desmayándome sobre el guapo rubio, después de ver nuevamente la sangre de su pierna.

—¿Está fingiendo? —preguntó otra vez Terence Philips a Dan mientras éste depositaba con delicadeza a la mujer en el destartado camastro de la celda.

—No, el desmayo no es simulado —concluyó Dan al ver el cuerpo inerte de tan activa fémica.

—¿A qué se puede deber?

—Terence, la verdad, no tengo ni idea. Yo trato con animales, así que, a no ser que quieras que le ponga la antirrábica o la desparasite, llama a mi hermano. Él es el médico.

—¿Y si, mientras Josh viene, se muere o le da un ataque?

—¡Por Dios, Terence, no le va a pasar nada! Tal vez sea un simple desvanecimiento por falta de alimento o por deshidratación si no ha comido nada desde que la detuvisteis.

—Ha devorado un bocadillo hace poco y ha bebido regularmente. ¡Yo trato a mis detenidos con dignidad!

—¿De verdad? Terence, será mejor que llames a Josh. Yo me quedaré con ella

hasta que se recupere. Por cierto, ¿cómo se llama? Será mejor que sepa su nombre por si se despierta desorientada e intenta mordirme.

—Dan, ella no es un perro —señaló el jefe de policía.

—Pero tiene dientes y es bastante agresiva. Quién sabe lo que puede ocurrir... —recordó Dan haciendo mención al ataque recibido por esa gata salvaje unos minutos antes.

—Se llama Victoria Olivia Wilford, y el perro, Henry Lancelot Wilford II.

—¡Joder con el chucho, con razón se lo tiene tan creído! ¿Crees que, si le hago una reverencia, dejará de gruñirme cada vez que me acerco a ella? —dijo Dan mientras señalaba a la altiva mujer que, en su inconsciencia, no parecía tan distante.

—Yo diría más bien que aprovecharía para morderte el trasero. ¡Pero alégrate, Dan: tu trasero sería mordido por un heredero de alta alcurnia! O eso es lo que dice ella.

—¿Crees que podría sacarle algo de pasta si lo denuncio? En estos instantes estoy un poco corto de fondos —bromeó Dan, resuelto a que Terence se tranquilizara.

—No lo sé. Pregúntale a la chica cuando despierte. Después de todo, es la abogada de tan prestigioso chucho —informó Terence poco antes de salir de la celda, dejando a Dan a solas con dos peligrosos animales de alto pedigrí.

—Ahora entiendo tu mal humor, princesa. No obstante, no me gustan demasiado las gatas salvajes —comentó Dan mientras apartaba con delicadeza el pelo de Victoria de su hermoso y delicado rostro—. Aunque contigo podría llegar a cambiar de opinión —declaró, observando con atención las exuberantes curvas que ocultaba el caro traje de diseño.

Un gruñido de advertencia proveniente de uno de los rincones de la pequeña celda le advirtió de que, definitivamente, no tenía permiso para tocar a tan aristocrática mujer.

—Cálmate, chucho, tengo un escalpelo y sé cómo utilizarlo. Tan sólo hoy, he castrado a cinco como tú. Si no quieres ser el sexto, será mejor que dejes de amenazarme. Además, si le pasa algo a tu dueña, ¿quién va a cuidarla? ¿O es que acaso crees que lo puedes hacer mejor que yo? —preguntó irónicamente Dan a tan notorio animal.

Henry ignoró sus burdas palabras y pasó altivamente junto a Dan sin dejar de gruñirle en ningún instante. Se dirigió con paso insolente hacia Victoria. Cuando estuvo junto a ella, se alzó sobre sus dos patas traseras y, apoyándose en el viejo camastro, comenzó a lamer su distinguido rostro a la vez que gimoteaba como un

poseso.

—Henry, saco de pulgas, déjame en paz —susurró la joven mientras poco a poco despertaba de su inconsciencia.

Dan observó incrédulo cómo Victoria volvía en sí tras los lametones de ese baboso cuadrúpedo.

—¡Princesa, por fin has despertado de tu sueño! Intenté reanimarte, pero Henry se me adelantó —bromeó Dan al ver cómo Victoria limpiaba las babas de su rostro con las mangas de su elegante y caro traje de marca.

—Qué raro, yo creía que eras tú el que me estaba reanimando. Por eso me desperté —insinuó Victoria, destruyendo la arrogante sonrisa de Dan.

—Princesa, no sé con qué tipo de hombres has estado hasta ahora, pero, si yo te besara, definitivamente no me confundirías con ningún otro. Ni siquiera con los personajes de alto pedigrí con los que sueles salir —declaró ese sujeto, acercándose peligrosamente a Victoria y desoyendo los gruñidos de su rival.

—Yo nunca saldría con un hombre como tú —comentó engreídamente Victoria repasando con desaire la imponente figura del orgulloso veterinario.

—¿Como yo? ¿Qué quieres decir con eso? ¿Que nunca saldrías con un hombre guapo, divertido, atractivo y enérgico? —se mofó Dan, intentando ocultar con ello lo molesto que estaba por esa despectiva afirmación.

—Yo nunca saldría con un hombre que solamente es capaz de sonreír, que siempre se lo toma todo como una broma y que desoye los consejos sensatos porque siempre cree tener razón...

—Espera un momento, has hablado conmigo... ¿durante cuánto tiempo: un minuto, dos? ¿Y ya crees saberlo todo de mí? Para tu información, princesa, tú tampoco eres mi tipo: una mujer altiva, arrogante y amargada que seguro que dentro de unos años se convertirá en una solterona que vivirá sin más compañía que la de un viejo y gordo gato... Perdón, tal vez debería decir perro —comentó Dan con malicia tras los gruñidos de Henry—. Una mujer así no es atractiva para mí en absoluto.

—¡Prefiero eso a convertirme en una descerebrada que sigue a un ignorante neandertal creyendo todas sus mentiras, convirtiéndose solamente en una más de las estúpidas mujeres de su harén! —exclamó ella furiosa, recordando a otro estúpido y alegre hombre despreocupado de su pasado.

—¡Espera un momento, preciosa! ¡A ti te han dejado...! Sí, es eso ¿verdad? ¡Por eso estás tan amargada! Después de conocer tu dulce carácter, únicamente puedo felicitar al agraciado hombre que supo salir corriendo a tiempo de no acabar junto a

una bruja de lengua afilada.

—¡Retira eso! —gritó histérica Victoria, cogiendo nuevamente la revista de moda dispuesta a hacérsela tragar a ese ser despreciable si eso era lo que hacía falta para que se callara.

Cuando Victoria se levantó decidida a presentar batalla, recordó la herida de la pierna de ese detestable troglodita, lo revisó convencida de que ya habría puesto medios para curar tan inconveniente molestia antes de atenderla y se sorprendió al ver que la pernera de su pantalón aún estaba manchada de sangre y la herida no había sido atendida.

—Tu herida... —comentó Victoria temerosa, señalando la pierna de Dan.

—No te preocupes, sólo es superficial —replicó despreocupadamente el hombre observando con atención cómo el rostro de Victoria se tornaba pálido como el de un fantasma.

—Sangre... —señaló aterrada poco antes de volver a caer como un peso muerto en los brazos de Dan.

—Bien, ahora sé con certeza que tu desmayo no era fingido —murmuró él depositando nuevamente a Victoria en el duro colchón de la celda.

A la espalda de Dan resonaron unos gruñidos de advertencia que lo hicieron desistir de acomodarse junto a la señorita Desdén, a la espera de que recuperara la conciencia. Así que se dirigió hacia el frío suelo de la celda y se sentó en él para ojear la revista de moda femenina a ver si tenía suerte y veía a alguna modelo guapa en bañador o ropa insinuante mientras aguardaba a que la bella durmiente se despertara.

Henry no dejó de vigilarlo en todo momento y, mirándolo por encima del hombro, se subió a la estrecha y pequeña cama donde yacía Victoria. Se tumbó junto a ella y no apartó sus ojos acusadores de Dan mientras le gruñía envalentonado desde su privilegiada posición.

—No te preocupes, saco de pulgas: ¡es toda tuya! —informó Dan enfrentando la mirada amenazadora de su declarado enemigo.

Desde su posición en el frío suelo, Dan no podía dejar de observar una y otra vez a la princesita desdeñosa que todavía no había recuperado la conciencia. Victoria Olivia Wilford se llamaba... Dan se percató en ese momento de que ése era el apellido de la anciana que lo había llamado antes: Wilford. Y también el nombre que

ella le había mencionado, Victoria, por lo que Dan empezó a pensar que la extraña llamada que recibió antes tal vez no fuese una broma, después de todo.

Que alguien estuviera dispuesto a pagar diez millones de dólares a otra persona para que se casara con Victoria le resultaba inaudito, pero lo más increíble era que alguien quisiera casarse con ella aunque le pagaran esa cantidad. ¡Por Dios! Su lengua era más venenosa que la de una serpiente. Era arrogante, orgullosa, mandona y siempre creía tener la razón. Seguro que era de esas fémimas que siempre dicen «Te lo dije» y que señalan una y otra vez todos los defectos de una persona para minarle la moral.

Era hermosa, eso era algo innegable, con su bella melena de liso y sedoso pelo negro que le llegaba hasta los hombros y su dulce y fino rostro de distinguida princesita, con unos grandes ojos marrones y unos delicados y jugosos labios.

Se trataba de una atractiva mujer que no podría tener más de veinticinco o veintiséis años. Su cuerpo estaba lleno de seductoras curvas, ocultas tras un traje de corte un tanto severo de ejecutiva millonaria. Si tan sólo pudiera deshacerse de esa molesta y firme chaqueta que aplanaba su figura y lo desorientaba sobre el tamaño de sus pechos... ¿Llenarían su mano si los acariciaba o le harían falta ambas para abarcar la redondez de sus senos? ¿Serían sus pezones pequeños y rosados, o grandes y del color del melocotón maduro?

Sus piernas eran largas y firmes, ¿cómo se agarrarían a su cuerpo si hicieran el amor? Y su redondeado trasero era bastante tentador, sobre todo cuando utilizaba esa lengua viperina que tanto lo alteraba, ¿cómo se vería ese culito desnudo en su regazo mientras era azotado? ¿Se callaría si golpeaba bien fuerte o, por el contrario, gemiría y gritaría su nombre? Y esa deliciosa boquita tan insolente... ¿cómo le gustaría silenciarla dándole algo con lo que estuviera ocupada!

Su miembro se emocionó ante tan lascivos pensamientos, deseando comenzar con tan elaborada fantasía, y fue en ese instante cuando Dan supo que tenía problemas. Nunca había deseado tanto a una mujer como para fantasear con ella tan sólo unos momentos después de haberla conocido. Vale que tenía una imaginación un tanto vívida y que en su adolescencia había tenido muchas chicas, pero últimamente ninguna le llamaba tanto la atención como para fantasear con ella.

En los últimos años solía tener aventuras de una noche: salía, conocía a una chica hermosa y acababa con su frustración y el estrés de su trabajo gracias a una tórrida noche de sexo. Luego volvía al trabajo y pocas veces recordaba cómo era la chica de la noche anterior. Pero, con esa temperamental princesa de piel de porcelana, no

tendría ningún problema a la hora de recordarla, porque, sin haber hecho nada aún, no podía sacarse de la cabeza la idea de acostarse con ella.

¿Sería que sus dos meses de abstinencia le estaban afectando? Sí, sin duda era eso. A alguien como él definitivamente no podía interesarle una señorita arrogante y mimada como ésa, que no hacía otra cosa que morder a todo el mundo. De todas formas, lo mejor sería alejarse de esa joven tan peligrosa. No quería acabar liado con una damita tan arisca como ella, que a cada palabra destilaba veneno. Ni aunque eso diera lugar al mejor sexo de su vida.

En definitiva, no valía la pena arriesgarse, así que, en cuanto su hermano llegara a esa pequeña celda, él desaparecería y la señorita Tentación y él no volverían a encontrarse nunca más. No merecía la pena arriesgar su libertad, ni siquiera por esos hipotéticos diez millones de dólares. A él nadie lo compraría, y menos una damita con un genio tan temperamental como ella... aunque esa boquita seguía tentándolo mucho más que el dinero.

—Parece ser que por fin has aprendido cuál es tu lugar, hermanito —bromeó Josh Lowell al ver a Dan sentado en el suelo de un apartado rincón de la estancia.

Mientras Dan ojeaba una revista absorto en sus pensamientos, no le quitaba ojo a la joven inconsciente que ocupaba la cama de la estrecha celda.

—Muy divertido, hermanito; acompañaría gustoso tus bromas si no fuera porque llevo una hora encerrado en este estrecho calabozo a la espera de que aparecieras, vigilado por un perro que se cree superior a la raza humana y una bella durmiente que, cuando despierta, se convierte en una bruja.

—No creí que fuera algo de urgencia por los síntomas que me describió Terence, y me encontraba algo ocupado quitándole la escayola a la señora Matson, así que decidí dejar el cuidado de la chica en tus manos. Por lo que veo, aún no ha recuperado la conciencia, tal vez me equivoqué...

—No te preocupes. Se recuperó hace rato y parecía estar en perfectas condiciones porque me gritaba como una posesa; luego vio la sangre de mi pierna y volvió a desvanecerse. Creo que es una de esas féminas con fobia a la sangre.

—Vaya, no sabía que tú también necesitaras de mis cuidados. ¿Qué te ha ocurrido? —preguntó Josh, confuso, al observar la herida en la pierna de su hermano.

—*Eso* me ha ocurrido —indicó Dan enfurruñado señalando al insolente Henry, que en esos momentos osaba hacerse el inocente ante terceras personas.

—¿Te mordió el perro o ella? —bromeó Josh mientras atendía su herida.

—Fue el chucho. Ella intentó dejarme ciego con esta cosa. Por suerte pude desarmarla —informó Dan alzando la arrugada revista de moda.

—¡Vaya, hermanito! ¡Veó que al fin has encontrado una mujer que no cae rendida a tus pies! —comentó Josh mientras sonreía con satisfacción a su libertino hermano.

—Bueno, se desmayó encima de mí, así que literalmente sí que cayó a mis pies —repuso Dan, observando con intensidad a la inconsciente mujer que en esos instantes no parecía tan arisca.

—Cuando volvió en sí, ¿pudiste comprobar si se encontraba bien?

—Como intentó atacarme de nuevo, creo que no me equivoco si te aseguro que está en perfectas condiciones. Aunque quizá habría que ponerle la antirrábica. Y comprarle un bozal.

—Dan, ¿no será que, después de andar todo el día con animales, no sabes cómo tratar a una mujer?

—A las mujeres las trato con delicadeza y educación. A esa fiera salvaje, ni con un látigo sería capaz de domarla. Tiene un carácter de mil demonios. Y un guardián un tanto altivo que cree que sus pulgas tienen más alcurnia que yo.

—Y probablemente la tengan... —apuntó insultantemente la hasta ahora desvanecida mujer.

—¡Cuidado, Josh! ¡No te acerques! Tal vez muerda, y un mordisco de ella seguro que es más peligroso que el del chucho. Después de todo, su lengua destila veneno.

—Por suerte para usted, mi tía me llevó a prestigiosos colegios para que aprendiera a ser una dama, así que mi distinguida educación me impide decir lo que pienso de un hombre como usted —dijo orgullosamente la altiva princesa de hielo, recuperada por completo de su desmayo.

—Qué desperdicio de dinero por parte de su tía —replicó impertinente Dan, haciendo enfurecer a la estirada señorita.

Victoria Olivia Wilford se levantó del lecho altamente ofendida y, con paso decidido, se encaminó hacia el joven veterinario. Como la revista ahora descansaba en las manos de Dan, ya no podía valerse de ella para amenazar a tan energúmeno neandertal, así que alzó uno de sus dedos de forma arrogante y golpeó con insistencia el pecho de ese inepto, a la vez que enumeraba todos y cada uno de los errores que había cometido ese estúpido hombre.

—¡Pedazo de obtuso, mentecato ignorante! ¿Acaso no le advertí de que el perro estaba fingiendo? ¿No le dije que no se acercara para que no le hiriera? ¿No me

interpuse entre Henry y usted para que no saliera lastimado? Y así es como me lo agradece... —expresó enfurecida mientras se enfrentaba a unos enojados ojos azules.

—Señorita, nada de eso hubiera pasado si usted hubiese educado a su perro en condiciones y se hubiera hecho cargo de él —declaró con petulancia el insufrible veterinario.

—¡No es mi perro! ¿Cuántas veces tengo que repetirlo? ¡Es el perro de mi tía! —declaró Victoria una vez más, pues antes había sido ignorada.

—Entonces, su tía es una mujer muy descuidada que no sabe nada acerca de cómo educar a una niña mimada como usted... y mucho menos aún de cómo hacerlo con un chuchoso sarnoso venido a menos.

—¡No se atreva a meterse con mi tía! ¡La única que tiene derecho a hablar mal de ella soy yo! —gritó Victoria a la vez que apretaba con fuerza los puños, tentada de agredir a alguien nuevamente ese día. Pero, como eso sólo le hubiese acarreado más preocupaciones, desistió de ello y bajó la cabeza intentando contar hasta veinte y respirar profundamente. Pero nada de ello le sirvió para tranquilizarse cuando el rubio impertinente alzó su rostro con una de sus fuertes manos y le sonrió lleno de satisfacción.

—¡Vaya! Veo que por fin he conseguido silenciar esa lengua tan venenosa... —se jactó alegremente Dan ante el silencio de la enervante joven.

—Creo que nunca debería olvidar sus propios consejos... —advirtió Victoria con el brillo de malevolencia característico de los Wilford en sus insolentes ojos.

—¿Cuál de ellos? —alardeó un altivo Dan ante el silencio de su triunfo.

Y la joven le contestó mostrándole con amabilidad y sublime educación cuál había sido su error: mordió su impertinente mano con fuerza, ante el asombro de todos, y luego se alejó dignamente no sin antes advertir a Henry.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no muerdas la inmundicia que encuentres a tu paso? Si sigues haciendo eso, sin duda enfermarás —anunció con ironía mientras se limpiaba la boca con la manga del caro traje de diseño.

Después simplemente se sentó con una sonrisa de eterna suficiencia en los labios mientras se resignaba a esperar la nueva condena por su imprudente agresión, pero es que ese hombre, definitivamente, era capaz de sacar lo peor que había en ella y, por lo visto, también de Henry, ya que no dejaba de gruñirle amenazadoramente desde su rincón.

Por lo menos Henry y ella estaban totalmente de acuerdo en una cosa: saldrían cuanto antes de ese roñoso pueblo y, en cuanto pudieran, pondrían la mayor distancia

posible entre ese estúpido hombre y ellos. Porque, si se veía obligada a pasar un poco más de tiempo con él, quién sabe lo que su loco y alterado temperamento le llevaría a hacer.

—¿Lo has visto? ¿Lo has visto? ¡Me ha mordido! ¡Te dije que era peligrosa! Rápido, Josh, ¡ponme la antirrábica antes de que me pegue su mala leche!

—Lamento decirte, hermanito, que creo que te lo tenías merecido —contestó alegremente Josh mientras le dirigía una mirada amable a la agresora.

—De los dos, usted es el listo, ¿verdad? —preguntó Victoria, interesada al observar a un hombre de apariencia muy similar a la del desquiciante veterinario, pero cuya persona era, sin duda, más madura y adecuada.

—Yo soy médico. Mi hermano, veterinario. Creo que eso lo explica todo —se burló Josh de su indignado hermano.

—¡Eso sólo quiere decir que, mientras tú atiendes a la señora Matson, yo atiendo a...!

—La señora vaca —intervino Victoria impertinentemente.

—¡Y eso me lo dice la abogada que tiene como cliente a un perro! —señaló Dan sonriendo finalmente al recordar la extraña situación de esa molesta mujer.

—Ese perro me paga mis caros trajes de marca, mi nuevo dúplex y mi BMW. ¿Le puedo preguntar lo que le paga la señora vaca cuando va usted a visitarla? —preguntó jocosamente Victoria, burlándose de la impertinencia de ese tipo que aún no sabía cuál era su lugar, algo que sin duda ella no tardaría en mostrarle. Su sitio estaba bajo sus caros zapatos de mil dólares o, en su defecto, a cientos de kilómetros de ella.

Eran los sujetos como él los que Victoria tanto detestaba. A simple vista suponían una tentación, y su simpatía llevaba a una mujer a olvidarse de lo esencial: los hombres eran animales traicioneros por naturaleza. Ese atractivo espécimen intentaba parecer amable y honrado, pero seguro que era un mujeriego empedernido al que no le importaba aplastar los sentimientos de cualquier mujer.

Sólo porque ella no había entrado en su rol de chica indefensa, él la había tratado como todos los demás estúpidos que la rodeaban en su día a día: con burlas crueles e intentos de aplastar su autoestima creyéndose superiores a ella.

Pero si por algo eran conocidos los Wilford era por su determinación a no dejarse pisotear por nadie, y mucho menos por el quitapulgas de un pequeño pueblucho... Y pensar que en algún momento llegó a intentar ayudar a ese idiota para que Henry no lo mordiera. ¡Estúpida! ¡Estúpida! Ya debería haber aprendido la lección: los guapos de brillante sonrisa, sin duda, eran los peores.

Terence Philips no tardó en interrumpir el tenso ambiente que no habría tardado mucho en explotar si no fuera por la conversación apacible de Josh, que intentaba alejar a ambos de los apasionados insultos que tanto parecían adorar.

—¡Víbora! ¡Prefiero mil veces carecer de dinero que ser un amargado como usted!

—Yo no soy una amargada, pero dudo de que usted llegue a tener alguna vez ni siquiera la décima parte del dinero de Henry.

—¿Me está comparando con un perro? —gritó Dan, indignado.

—No, eso sería algo desafortunado para Henry. Además, ¿de qué se queja? ¡Usted me comparó con un reptil!

—¡Bruja!

—¡Neandertal!

—¿No sería mejor para todos que os calmarais un poco? —intentó mediar Josh para hacerlos entrar en razón—. Vamos, que os estáis comportando como chiquillos y...

—¡No te metas! —gritaron a la vez los dos antagonistas, poniéndose por primera vez de acuerdo en algo.

—¡Por fin ha vuelto Walter! —comentó en ese momento casi sin aliento el viejo Terence mientras se adentraba rápidamente en una celda que en esos instantes se hallaba un tanto sobrecargada—. Le hemos explicado todo lo ocurrido y quiere ver a los acusados ahora.

—¡Bien! ¡Por fin podré salir de este fastidioso agujero! —dijo Victoria, molesta por la tardanza del todopoderoso Walter—. ¡Vámonos, Henry! Muy pronto estaremos a kilómetros de distancia de este horrendo lugar —expresó insolente, mientras el soberbio perro la acompañaba hacia la salida de su confinamiento.

Los hermanos Lowell no apartaron sus ojos de la atractiva visión que era observar el altivo pero atrayente caminar de la orgullosa diosa que se alejaba muy convencida de su victoria.

Dan estaba dispuesto a alejarla de sus pensamientos para siempre, cuando recordó algo que tal vez podía llegar a alegrarle el día.

—Oye, Josh, ¿Walter no es el anciano juez que nos castigó a un año de trabajos de limpieza en su casa por romperle una ventana con nuestra pelota de béisbol cuando yo tenía diez años?

—El mismo. Es ese anciano al que nadie puede hacer entrar en razón en cuanto se le mete algo en la cabeza. Aún recuerdo que se negó a aceptar el dinero de nuestros

padres y nos hizo trabajar noche y día por esa ventana.

—¿Ése es el juez excéntrico que, si se aburre, se inventa castigos insólitos para los insolentes que osan hacerlo trabajar?

—Sí, ése es. El juez Walter obligó a Jenquis a vestirse de mujer durante seis meses para que dejara de meterse con las camareras de Zoe, ¿recuerdas?

—Ese hombre irascible que odia que lo alejen de su caña de pescar... —expresó en voz alta Dan.

—Sí, y he oído que hoy estaba pescando en su lugar favorito. No sé si verdaderamente Terence no lo encontraba o es que no se atrevía a alejarlo de su *hobby* por miedo a las represalias.

—¡Oh, esto no me lo pierdo...! —se entusiasmó Dan, frotándose las manos ante la idea de ver el resultado del juicio de la princesita arrogante a la que de nada le serviría el dinero frente a la presencia del viejo y cascarrabias juez tan temido en su infancia.

Capítulo 5

Walter Thomson observaba con ojo crítico desde su elevado estrado a la extraña pareja de criminales que tenía ante él, un poco molesto por haberse visto obligado a abandonar un hermoso día de pesca cuando estaba muy cerca de conseguir una grandiosa pieza. En sus setenta y siete años de vida, nunca había visto malhechores tan singulares como aquellos dos que lo miraban desdeñosamente desde su baja posición: una señorita bastante elegante y un perro de aspecto soberbio, que esperaban con impaciencia que él diera comienzo a esa pequeña vista en la cual se decidiría la fianza y el día del juicio.

—¿Me pueden explicar qué hace ese chucho aquí? —exigió el estricto juez a Terence Philips.

—Él es uno de los detenidos por agresión a un agente, señoría. El otro es esta señorita —anunció el jefe de policía, ganándose una interrogativa mirada de un hombre que aumentaba su enfado con cada palabra que se pronunciaba y que revelaba lo ridículo de esa absurda situación.

—¿Quién es el estúpido que ha detenido a un perro? —requirió el juez, furioso porque su hermoso día de pesca había sido arruinado por una sandez.

—Colt Mackenzie, señoría —anunció Terence, explicándolo todo en dos palabras.

—Opino, señor juez, que ya hemos esperado bastante en una pequeña celda por una acción que no se hubiese producido si no hubiéramos sido debidamente provocados. Simplemente, impónganos la fianza que considere oportuna y nosotros saldremos rápidamente de aquí, olvidando la ineptitud de sus agentes —intervino en ese momento Victoria.

—¡Que yo sepa, señorita, el juez aquí soy yo! ¡Y aún no le he concedido la palabra, así que le ordeno que guarde silencio si no quiere volver a su celda de inmediato! ¿Quién es su abogado, señorita?

—Yo represento a Henry y a mí misma en esta vista previa, señoría.

—¿Me puede explicar alguien quién narices es Henry? —exigió el juez, algo perdido.

—Es el perro, señoría —señaló Terence, recibiendo un airado gruñido del

ofendido animal.

—Le rogaría que no lo llamara «perro» —repuso Victoria—. A Henry no le gusta que usen con él ese término tan denigrante.

—Y a mí no me gusta que me llamen «viejo gruñón», pero no puedo negar que lo soy —manifestó el juez negándose a otorgarle otro tratamiento a Henry que no fuera el de perro.

—¡Señoría! ¿Quién se atreve a tratarle con un calificativo tan inadecuado...? —Victoria intentó suavizar así el ambiente, pero fue interrumpida de lleno por un jocoso impertinente ya conocido.

—¡Mira, Josh! Parece que todavía no ha comenzado lo bueno. ¡Corre, no me quiero perder cómo ese viejo gruñón le da una lección a la víbora estirada!

—¿Decía usted...? —preguntó burlonamente el juez, rechazando por completo los intentos de Victoria de atenuar su enfado.

—Mejor ignórelo, señoría. Los necios sólo saben decir sandeces —comentó Victoria en voz alta haciéndose oír por todos.

—¿A quién llamas necio, princesita maleducada? —exclamó Dan, obviando la seriedad de la situación y dirigiéndose con paso ligero a través de la sala hasta enfrentarse a la mirada airada de esa pesadilla de mujer.

—Estoy demasiado ocupada como para pelearme contigo ahora mismo. Si esperas un rato, podré vapulearte con mi superioridad tanto intelectual como económica. Ahora, por favor, retírate —ordenó la princesa, como si de un lacayo se tratase, señalándole la salida.

—¡Con quién narices te crees que estás hablando! —gritó Dan, furioso, apretando fuertemente sus airados puños—. ¡Yo no soy tu perro!

—No, definitivamente él tiene más modales que tú. ¿No ves que esto es una vista cerrada? ¿Qué narices haces tú aquí? —exigió Victoria, levantando su voz y poniéndose a su mismo nivel.

—Te recuerdo que fui agredido por tu perro, y por ti, dicho sea de paso.

—¿Y de quién es la culpa, simio insensible? ¿O es que acaso no advertí mil veces de que Henry estaba fingiendo?

—¡Tú, bruja pretenciosa...!

—¡Tú, cretino ignorante...!

El juez Walter frotaba su distinguido mentón absorto en la pelea y, cuando Walter Thomson hacía eso, era una indudable señal de problemas.

—¿Siempre están así esos dos? —preguntó Thomson al jefe de policía.

—Desde el preciso momento en que se vieron. Parece que fue odio a primera vista —se burló Terence, sin dejar de prestar atención a la interesante disputa de tan divertidos adversarios que parecían tener un vocabulario muy florido.

—¿Qué crees que pasaría si se vieran obligados a convivir juntos durante un tiempo? —preguntó el juez, reflexivo.

—Lo más probable es que estallara una guerra entre ambos.

—Esa pareja me recuerda mucho a nuestra famosa doña Perfecta y nuestro agitador Salvaje.

—Sí, nos divertimos mucho con sus trastadas hasta que descubrieron que estaban hechos el uno para el otro.

—Ahora el pueblo está muy tranquilo y desde hace mucho tiempo la pizarra de Zoe está vacía —apuntó el juez, rememorando el tablero que Zoe colocaba en su bar, donde todos llevaban a cabo apuestas sobre las jugarretas que se hacían dos afamados vecinos del pueblo hacía ya algunos años.

—Esa pizarra me hizo muy feliz en más de una ocasión en la que aposté por Alan Taylor *el Salvaje* —recordó Terence.

—Yo siempre lo hacía por doña Perfecta: esa mujercita era muy imaginativa a la hora de darle su merecido a ese rebelde jovencuelo —comentó el juez.

—Desde que se casaron y formaron una familia, todo está demasiado tranquilo. En ocasiones tienen sus disputas, pero ya no es lo mismo —declaró Terence, un tanto apenado.

—Sí, la gente está bastante aburrída. Tal vez por eso me llamáis a cada instante y no me dejáis pescar en paz en días tan hermosos como éste —gruñó Walter, aún resentido por la pérdida de su amada pieza.

—Walter, piensa muy bien lo que vas a hacer: ella es una niña mimada, y él, el risueño niño bonito de Whiterlande. Nunca serán capaces de aguantar más de una semana juntos.

—Sí, tienes razón, Terence... Que sean tres meses, pues.

—Además, hay un perro de por medio...

—Más emoción para Zoe y su pizarra con este extraño trío.

—Pero Walter, ella sólo está de paso... y Dan tiene problemas con su clínica.

—Es verdad —reconoció el juez. Tras un instante de meditar sobre el asunto, dijo —: No te preocupes, ¡déjalo todo en mis manos!

Esa simple afirmación hizo que Terence temiera todavía más su sentencia. Pero cuando el juez Walter Thomson alzó el mazo, todo estaba decidido. Con toda

seguridad, esos dos iban a ser sentenciados a estar juntos para apaciguar el amargo humor de Walter al haber perdido un espléndido día de pesca. «¿Por qué narices no habré esperado un día más para hacer llamar a Walter?», se lamentó el jefe de policía mientras atendía al ineludible dictamen del juez.

—¡Silencio! —gritó airadamente el magistrado haciéndose escuchar y poniendo fin a la interminable disputa—. ¡Aquí el único que tiene derecho a hablar soy yo! ¿Entendido? —amonestó severamente a los presentes en la sala—. Dan Lowell, ¿me puedes explicar qué demonios haces aquí? —exigió, mirando con ojo crítico al sonriente entrometido.

—Sólo quería conocer la sentencia que le impondrá a esta bruja y comprobar si le daba su merecido, señor juez —comentó jocosamente Dan—. Después de todo, yo soy la víctima aquí: ella y su perro me atacaron.

—Qué raro que un muchacho que no podía alejarse de los problemas, y al que he tenido en más de una ocasión en esta sala, quiera ver ahora el veredicto de uno de mis juicios —replicó irónico Walter sin perder de vista a uno de sus indisciplinados jovenzuelos más reincidentes—. En fin, entonces, si he entendido bien, tú quieres que esta señorita te resarza por su agresión.

—Con una disculpa pública bastará, señoría —afirmó de forma arrogante, observando con suma atención la irritada cara de su rival.

—No, no... —negó el juez Thomson—. Eso no es suficiente, jovencito. Sin duda tus heridas son graves o no hubieras venido hasta aquí, a mi juzgado, a mi sala de audiencias, para interrumpir uno de mis juicios —recordó sobriamente el juez, haciéndole ver finalmente a Dan que se hallaba en problemas.

—No importa, señoría. Esto... ya no quiero nada... —declaró intentando retroceder antes de que el mazo cayera.

Pero no fue lo suficientemente rápido y el mazo cayó a la velocidad del rayo mientras Walter Thomson, con una malvada sonrisa, decretaba el castigo de los impertinentes que habían osado interrumpirle en su maravilloso día de pesca.

—¡Es increíble que ese juez no me dejara siquiera explicarme antes de dictar la sentencia! —se quejaba abiertamente Victoria mientras seguía hacia la comisaría al, sin duda alguna, instigador de su rápida condena.

—¿De qué te quejas, princesa? ¡Soy yo el que tiene que aguantar tu presencia durante tres meses! ¿Se puede saber de qué narices me va a servir una ayudante que se

desmaya a la vista de la sangre y un perro?

—¡No estaba hablando contigo, lo hacía con Henry! —informó despectivamente Victoria, dirigiéndole una furiosa mirada a Dan.

—Ésa es otra. ¡Bastantes problemas tengo ya en la clínica como para que me espantes a los pocos clientes con tu mal humor y tu lengua viperina! Así que, cuando empieces mañana a trabajar para mí, haz el favor de convertirte en miss Simpatía.

—Sí, claro. Eso es tan probable como que Henry pierda cinco kilos, que tú tengas un alto coeficiente intelectual o que los cerdos vuelen... Elige la que más te convenga y, cuando se cumpla, yo seré miss Felicidad para ti. Mientras tanto, deja de atosigarme. Bastantes problemas tengo en mi vida como para tener que perder mi preciado tiempo con alguien como tú.

—¡Se puede saber qué significa eso! —exclamó Dan—. ¿Quién narices te crees que eres? ¡Yo he trabajado mucho y muy duro para llegar donde estoy! En cambio, tú...

—¿Insinúas que yo no me he esforzado para llegar donde estoy? —lo interrumpió Victoria, indignada—. ¡Que tenga dinero no significa que todo me sea servido en bandeja de plata! ¡Tuve que ir a las más rígidas escuelas, mis vacaciones las pasaba con tutores estirados que no sabían tratar con una niña, así que para ellos solamente era un pequeño adulto! Y, para poder entrar en el bufete de mi tía, tuve que sacar las notas más altas de mi promoción, si no, no hubiera sido digna de ser una Wilford. Y tú, frívolo *playboy*, ¿sabes siquiera lo que es que decenas de personas se burlen continuamente de ti por hacer los trabajos más bajos de una vieja excéntrica?

—Si no te gusta, ¿por qué simplemente no lo dejas todo?

—Quiero demasiado a mi tía como para dejarla sola, por muy loca que esté. Además, ¿quién ha dicho que no me guste trabajar en el bufete? Si hubieras visto cómo corrían a esconderse esos estúpidos condescendientes cuando mi tía insinuó que yo iba a abandonar mi puesto como abogada de Henry y que ella iba a designar uno nuevo de entre ellos... —Victoria sonrió maliciosamente, recordando las múltiples excusas que había escuchado para alejarse de ella en esos momentos y los malintencionados comentarios que había acallado con el simple recordatorio de la presencia de Henry.

—En verdad, eres una víbora —comentó Dan, asombrado ante el regocijo de Victoria.

—No, señor Lowell. Simplemente soy una abogada —replicó alegremente mientras entraba por la puerta de la comisaría seguida de cerca por el chucho sarnoso

y su nuevo carcelero.

—Pero una víbora muy bonita —susurró Dan mientras observaba desde lejos el sensual movimiento de las caderas de esa excitante mujer.

Victoria Wilford era una tentación en la que no le convenía caer si no quería acabar convirtiéndose en el juguete de una niña mimada. Tal vez lo mejor sería convencerla de que renunciara a ese trabajo y le suplicara otro al rígido juez que siempre era benévolo con los ruegos de las mujeres. Sin lugar a dudas, tendría que pedirle ayuda a su cuñado. Tras años de hostigar a su hermana desde la infancia hasta la adolescencia, Alan era el más idóneo para saber cómo hacer enfurecer a una fémica.

Colt, el agente que había llevado a cabo la detención de esa insólita pareja, no estaba contento con el resultado de la sentencia. Sin duda alguna, debería haber sido algo más dura, ya que a él aún le dolía la mandíbula del puñetazo que le había propinado esa amargada niña rica... pero, después de haber sido seriamente reprendido por sus superiores por haber realizado esa detención, no se atrevía a decir nada, y mucho menos a informar a sus jocosos compañeros de que los puñetazos de esa damita dolían como el mismísimo demonio.

La detenida seguiría en Whiterlande durante tres meses al menos. Colt no pensaba quitarle la vista de encima durante ese tiempo. Seguro que ese malévolo perro y esa pérfida mujer harían alguna de las suyas.

Si era necesario, vigilaría la clínica veterinaria las veinticuatro horas del día, y, ¡quién sabía!, tal vez le produjera alguna satisfacción ver cómo desaparecían ese aire altivo y ese impecable aspecto cuando se viera obligada a limpiar jaulas sucias o a batallar con las jóvenes fisgonas del lugar que trataban a Dan como si fuera suyo. O quizá fueran las chismosas ancianas que lo sobreprotegían como al niño bonito de Whiterlande quienes finalmente espantarían a esa niña rica.

Seguro que esa joven nunca había tenido que bregar con una de esas viejas brujas impertinentes que se excusaban en la edad para entrometerse en todo y ser muy irrespetuosas. Sí, definitivamente, en cuanto oyera a alguna de esas cotorras, abandonaría el lugar con celeridad.

Mientras Colt pensaba en las múltiples excusas que podía usar para dejarse caer por el club de té de esas ancianas e insinuarles la llegada de esa arpía, la malvada bruja hizo su aparición por comisaría para recoger sus pertenencias y después se

dirigió hacia él con una dulce sonrisa un tanto sospechosa mientras extendía sus disculpas.

—Siento haberle agredido, señor agente, y sin duda mi comportamiento no ha sido digno de mi estricta educación. Henry también lo siente. ¿Verdad, Henry? —pregunto Victoria al can y éste bajó dignamente la cabeza mostrándose adecuadamente arrepentido—. Le ruego nos disculpe por las molestias que le hayamos ocasionado y por nuestra inapropiada conducta.

—Acepto sus disculpas, señorita, pero que no vuelva a suceder. —Colt sonrió alegremente, sintiéndose superior.

—¿Podría hacerme un favor, señor agente? Voy a estar demasiado ocupada buscando un lugar adecuado donde alojarnos Henry y yo. ¿Le importaría llamar a mi anciana y desvalida tía y comunicarle que nos encontramos bien y cuál ha sido la decisión del juez?

—Es algo inusual, señorita, pero lo haré —decidió Colt, apiadándose de la detenida y regodeándose en su victoria.

—Se lo agradezco enormemente —expresó Victoria con dulzura mientras se alejaba de la comisaría, a la vez que el incauto agente comenzaba a marcar el número que le había dado.

En cuanto salió de allí, Victoria mostró una maliciosa sonrisa mientras le comentaba a su compañero de penurias:

—Bueno, ahora recibirá su merecido —declaró Victoria mientras escuchaba desde fuera los balbuceos confusos de Colt, propios de todo aquel que osara hablar con su tía.

—¡No, no, señora Wilford! ¡No han secuestrado a su perro y su sobrina está bien! Ella no llama por... ¡No, señora Wilford, no es necesario llamar al FBI! ¿Mi número de placa? ¿Una denuncia millonaria? Pero yo...

—¡Uy! ¿No crees que nos hemos pasado un poco? —preguntó Victoria al soberbio can, quien parecía no estar de acuerdo con ella, pues dirigió una última y furiosa mirada hacia la comisaría antes de erguir altivamente su faz y alejarse pretenciosamente de la entrada sin dignarse esperar a Victoria.

—No, señora Wilford, no fui criado por simios... No, señora Wilford, no tengo ningún tumor cerebral... Sí, señora Wilford, estoy totalmente seguro de ello... No, señora Wilford, no creo que mis padres me dejaran caer de cabeza al suelo cuando era un bebé, ni que mis compañeros me golpearan con bates de béisbol en el cráneo en los momentos en los que no tenía puesto el casco reglamentario...

Después de una hora de insultos de una anciana chiflada a la que no se atrevía a contestar y tras las burlas de sus compañeros, que decían a ciencia cierta: «Te la han jugado, Colt», finalmente consiguió contarle a la anciana lo sucedido... ¿Y recibió un agradecimiento por su parte? No. Recibió un simple «¿Y para eso me llama?», y luego fue severamente reprendido por la anciana, que le informó de que, si bien él podía perder el tiempo, ella no, y que su tiempo era sumamente valioso en comparación con el de los demás.

Cuando logró colgar el teléfono, Colt comprendió un poco más el carácter de esa niña mimada. ¡Ella tenía que lidiar con eso todos los días! Si no fuera igual de perversa que su tía, quizá sería una santa. Fue poco después de pensar en ello cuando Colt cayó en la cuenta de que las viejas cotillas de Whiterlande no tendrían nada que hacer si pretendían intimidarla, y las jóvenes celosas que siempre se amontonaban cerca de Dan, sin duda alguna, huirían despavoridas en cuanto esa mujer abriera la boca. En definitiva, nadie en Whiterlande tenía un genio tan atroz como la querida tía Mildred. Colt concluyó que Victoria Olivia Wilford sólo se iría de Whiterlande cuando Victoria Olivia Wilford quisiera... ni un minuto antes, ni un minuto después.

—Bueno, Henry, y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó Victoria a su compañero de fatigas en cuanto se alejaron de la puerta de la comisaría disfrutando nuevamente de su merecida libertad.

El cánido alzó su estirada faz, la miró con gesto interrogante durante unos segundos y luego pasó a olisquear y perseguir su cola.

—Vale, eso significa que te importa un comino lo que nos pase. ¡Perfecto! ¡Como siempre, tendré que arreglar todos tus líos! —se quejó una vez más Victoria mientras apuntaba en la agenda de su móvil las opciones a seguir—. Creo que lo primero será encontrar a alguien que nos lleve al lugar donde está estacionado nuestro vehículo. Aunque parece un pueblo pacífico, quién sabe lo que pueden hacerle los bárbaros lugareños a un vehículo tan lujoso. Lo segundo será encontrar un sitio para dormir, y dudo de que mi móvil de última generación sea capaz de señalarme siquiera la existencia de algún hotel aceptable en este pueblucho de tres al cuarto, así que, para nuestra desgracia, tendremos que pedir ayuda a ese rubio presuntuoso.

Henry, que hasta el momento permanecía impasible ante el monólogo de la chica, cesó de perseguir su trasero y gruñó con desaprobación.

—Me es indiferente lo que opines. Ésa es nuestra única opción, ¿o prefieres

volver a llamar a tía Mildred?

Ante la idea de volver a escuchar las reprimendas de la anciana una vez más, el chucho se tumbó deprimido en la acera junto a los pies de Victoria y comenzó a llorar desconsolado.

—No me vengas ahora con tus gimoteos, ¡todo esto es culpa tuya! Si no hubieras intentado morder al policía, nada de esto hubiese sucedido —lo reprendió ella con firmeza, aumentando así el nivel de sus lamentos—. Además, lo quieras o no, estamos obligados a trabajar para ese insufrible tipo durante tres meses, ¡así que hazte a la idea!

Henry refunfuñó y manifestó algún que otro gruñido de descontento con la situación en la que se encontraban, abandonó su pasividad junto a los pies de Victoria y comenzó a rodearla una y otra vez en pequeños círculos, sin duda alguna contándole todas y cada una de sus quejas con el alterado tono de sus ladridos.

—Me da igual lo que pienses de todo esto. Y te lo advierto desde ya... —replicó firmemente Victoria señalándolo con su acusador dedo—: ¡No pienso permitir que empeores la situación en la que nos encontramos, así que, a partir de ahora, tendrás que ser amable con ese hombre! Nada de protestas, ni gruñidos y, sobre todo, ¡nada de mordiscos! Como vea tus dientes dirigirse a algo que no sea tu comida, te juro que te encierro en una residencia canina. ¡Y no pienses ni por un momento que será una de esas caras casas de veraneo con *spa* para perros! ¡Será de las baratas, en las que amontonan a los sacos de pulgas como tú que no hacen otra cosa que atraer un montón de problemas!

El altanero perro se detuvo súbitamente tras escuchar la advertencia de Victoria, abrió los ojos como platos, tremendamente ofendido, y bufó disgustado mientras volvía a tumbarse a los pies de su abogada simulando ser el apacible cliente que nunca llegaría a ser.

—¡Así me gusta, que entres en razón y te comportes como un buen chico! Ojalá los demás fueran tan fáciles de convencer como tú, Henry... —suspiró la chica mientras masajeaba su frente, dolorida por la incipiente jaqueca que le producía el tener que volver a hablar con ese neandertal. Quién sabía, quizá la masa cerebral de ese hombre se había estabilizado y ahora no era tan estúpido.

—De modo que así es como quieres tú a tus hombres, ¿eh, princesa? Obedientemente a tus pies y lamiendo tus zapatos —dijo burlesco el necio veterinario, demostrándole que sus conjeturas estaban muy lejos de ser ciertas. Todavía era más idiota que cuando lo conoció y eso, definitivamente, no decía nada

bueno de su persona.

Henry alzó durante unos instantes la cabeza con ese gesto interrogante y ofuscado que Victoria tanto conocía... ese leve movimiento de su cabeza, en el que miraba fijamente a su presa y luego a ella preguntándole: «¿Puedo morderle ya?». Aunque Victoria se sintió tremendamente tentada de mirar hacia otro lado mientras Henry mordía el culo de ese mentecato, finalmente desistió de su venganza, pues sólo le acarrearía un millar de problemas, así que negó con la cabeza y señaló al suelo. El can refunfuñó antes de volver a apoyar su testa plácidamente sobre los arruinados zapatos de Victoria, pero en ningún momento dejó de observar con atención al enemigo, a la espera de que ella cambiara de opinión.

—Como tenemos que trabajar juntos durante tres meses gracias a tu amable intervención interrumpiendo al juez, estoy dispuesta a ignorar tus insultos y quejas con tal de no aumentar mi condena y pasar el mínimo tiempo posible en este pueblucho. De manera que si fueras tan amable de indicarme dónde puedo encontrar un taxi o alguna empresa de alquiler de vehículos para llegar hasta mi coche, dejaré de importunarte con mi presencia —comentó despreocupadamente Victoria, sin prestarle la más mínima atención a ese molesto sujeto mientras revisaba las llamadas de su móvil, todas ellas pertenecientes a su alocada tía.

—Siento comunicarte, princesa, que, según esa horrenda sentencia, yo soy el encargado de vigilar cada una de tus acciones. No puedes desplazarte a ningún sitio sin mi compañía o aprobación y no estoy dispuesto a dejar que tú o ese chucho escapéis de vuestro castigo. Sobre todo porque el viejo gruñón que hace las veces de juez me ha advertido de lo que puede llegar a pasarme si eso ocurre. Así que olvídate de ir a ningún lado. Después de un duro día de trabajo en la clínica y el extra de lidiar contigo y con esta alimaña, estoy demasiado cansado como para atender tus caprichos.

—Pero mi coche... —se quejó Victoria, dejando a un lado su móvil y prestándole suma atención a ese hombre que se acababa de convertir en su carcelero.

—Tu coche estará en perfectas condiciones mañana por la mañana, que es cuando iremos a recogerlo. Casi nadie pasa por la desolada carretera que da a la entrada al pueblo, y mucho menos los gamberros del lugar, a los que tu vehículo, sin duda, les traerá sin cuidado.

—Sabes que ese BMW cuesta más que tú y tu estúpida clínica juntos, ¿verdad? —preguntó vanidosamente Victoria, guardando finalmente su móvil dispuesta a usar todas sus habilidades de persuasión para hacer entrar en razón a ese obtuso sujeto.

—Mire, señorita Millones, ni por todo el oro del mundo vas a conseguir que yo te acompañe a algún sitio el día de hoy. Y, si pretendes ir tú sola, ya puedes prepararte para andar unos cuantos kilómetros con esos bonitos zapatos —replicó Dan burlonamente señalando sus altos, elegantes e inadecuados zapatos de tacón.

«Calma, calma: respira hondo y tranquilízate —se repetía Victoria una y otra vez, mientras hacía un gran esfuerzo por no agredir de nuevo a ese desquiciante hombre—. Recuerda que eres una Wilford y lo que eso conlleva. Educación, calma y...»

—Lo mejor será que hoy descansemos y, mañana por la mañana, iremos a recoger tu coche antes de ir a trabajar. Además, a estas horas todo el pueblo estará enterado de tu altanero comportamiento con Colt y conmigo, y te puedo asegurar que no vas a recibir muchas muestras de ayuda, sobre todo después de agredirnos con tu afilada lengua de solterona avinagrada. Pero, si quieres ir sola, tú misma, princesa —informó Dan, recorriendo a Victoria con una jocosa mirada.

—¡Mi comportamiento fue ejemplar dadas las circunstancias! —exclamó Victoria con orgullo, alzando su distinguido rostro y olvidado sus educados modales, que en momentos como ése no le servían para nada.

—¿Que tu comportamiento fue qué...? Princesa, si ésas son tus buenas maneras, de verdad que no quiero verte cuando pierdas los formas.

—Señor Lowell, he tenido demasiada paciencia con usted y sus estúpidos consejos. Tal vez esté tan habituado a hablar con los borregos de este pueblo que tenga la absurda idea de que sus palabras ayudan a alguien, pero, desde que le conozco, su tremenda boca solamente ha empeorado mi, ya de por sí, lamentable situación. ¡Así que mejor cállese! ¡Yo misma daré con alguien que me lleve hasta mi vehículo y sin duda encontraré un lugar lo bastante adecuado para Henry y para mí sin sus preciados consejos!

—¡Pues adelante, princesa! —Dan se rio, haciendo una socarrona reverencia a la desagradecida mujer que ya le traía sin cuidado—. Sólo tengo algo más que decirte...

—No me interesan sus palabras, señor Lowell; no pienso escuchar ninguna más de sus necedades. Por hoy ya he tenido bastante —cortó tajantemente Victoria al idiota que no hacía otra cosa que reírse de ella y de sus problemas.

—Mañana a las seis comenzará tu trabajo, y espero veros a ti y a tu chuchó, con esa amable sonrisa y buen humor que te caracteriza —ironizó Dan mientras le tendía la tarjeta de su clínica, siendo objeto nuevamente de la afilada mirada con la que lo sentenciaba a muerte, o al menos a alguna temible tortura.

Victoria cogió con brusquedad la tarjeta y le enseñó la delicada manicura francesa

de su dedo corazón a la vez que le obsequiaba con una hipócrita sonrisa antes de marcharse en pos del cumplimiento de su elaborado plan.

Dan la observó alejarse despacio y no pudo evitar fijarse en cada uno de los movimientos de esa pequeña arpía. Esa mujer tenía algo que lo obsesionaba, que lo intrigaba y lo atraía, y todavía no podía deducir el qué. Ella no era dulce, divertida o amigable, el tipo de mujer que siempre le había gustado. Más bien se parecía a una de esas estrictas profesoras del colegio que tanto lo habían reñido en alguna que otra ocasión.

Victoria volvió a sacar ese caro teléfono móvil de su elegante y minúsculo bolso de mano y Dan se acercó un poco para escucharla murmurar una vez más un extenso y elaborado discurso junto al gordo saco de pulgas que siempre la acompañaba. Sonrió ante la idea de haber hallado una persona que estuviera tan desequilibrada como él y que hablara continuamente con los incomprensidos animales, que en ocasiones parecían saber más de lo que aparentaban.

Dan oyó por encima su detallada planificación punto por punto, un plan que de poco le serviría en Whiterlande después de que los rumores de los viejos chismosos se hubieran esparcido por todo el pueblo, ya que los residentes del lugar no soportaban que ningún forastero se metiera con ellos, por más dinero y poder que pudieran manejar.

Y, para desgracia de esa delicada fiera, de su educada boquita ya había salido algún que otro insulto o molesta maldición hacia Whiterlande y los que allí habitaban. Si Dan no se equivocaba, muy pronto los pocos coches de alquiler del pueblo estarían averiados, y los hoteles, llenos o cerrados.

Esa soberbia mujer, que únicamente sabía hacer ostentación de su dinero y de sus tan cacareados buenos modales, de los que sin duda alguna carecía, no tardaría en recibir una merecida lección de lo poco que valían sus billetes en un paraje como Whiterlande, y él simplemente tendría que sentarse alegremente en su despacho a esperar a que ella y ese chucho aparecieran de nuevo ante él, rogándole su ayuda.

¡Y esta vez la haría suplicar un poco antes de dignarse siquiera a levantarse de su silla!

Dan sonrió optimista mientras se dirigía a su clínica silbando una alegre melodía e imaginándose una decena de veces cómo caería el orgullo de esa princesita mimada cuando volviera con el rabo entre las piernas para pedir su apoyo. Una ayuda que indudablemente le sería necesaria en un lugar en el que todos la veían como el enemigo. Todos excepto él, porque Dan sólo la veía como un molesta carga de la que

muy pronto se desharía, pero, entretanto, pensaba divertirse de lo lindo bajándole los humos a esa altanera damita que lo alteraba como ninguna otra había hecho.

El porqué de ese hecho no le importaba demasiado en esos instantes en los que miraba una vez más su reloj pensando en los minutos que faltaban para ver a Victoria suplicando su auxilio. Porque esa mujer no sería tan testaruda como para no dar su brazo a torcer cuando tanto lo necesitaba, ¿verdad?

Capítulo 6

¡Desquiciante mujer!

Victoria Olivia Wilford era la más cabezota y orgullosa de cuantas mujeres había conocido. Dan llevaba horas sentado en el incómodo sillón de su despacho aguardando a que ella y su chucho hicieran su sublime aparición. Había cerrado la clínica temprano para que la humillación de esa damita fuera menor, y se había enterrado entre decenas de papeles que tenía que revisar, pero no podía concentrarse en nada. Sólo podía pensar en las penurias que esos dos estarían pasando y en por qué narices no se decidían a ir a su clínica cuando ambos eran su responsabilidad y él nunca podría negarles su ayuda.

Estaba comenzando a anochecer y Dan estaba más que seguro de que ninguno de los rencorosos vecinos del pueblo habrían decidido apiadarse de esos dos. No podía mantenerse ni un minuto más en su duro sillón, así que se dedicó a pasear su intranquilidad de un lado a otro de la pequeña estancia, refunfuñando sobre los motivos por los que no debía ir en su busca cuando eso era lo que tanto ansiaba.

Tras oír el primer trueno de la noche, que anunciaba una inminente tormenta, Dan dejó de ponerse excusas a sí mismo y cogió su abrigo dispuesto a hacer una vez más lo que tantas veces había hecho de pequeño: recoger de la calle a unos pobres seres desvalidos.

¡Qué pena que uno de ellos fuera peligroso, y no precisamente el que usaba collar!

Poco antes de salir de su clínica, el teléfono de su despacho comenzó a sonar, por lo que Dan corrió hasta quedar casi sin aliento para contestar con regocijo a las súplicas de la señorita Desdeñosa, que tanto había tardado en darse cuenta de que necesitaba su ayuda.

—¡Por fin llamas, princesa! Parece que te ha llevado tu tiempo entrar en razón. Si me suplicas un poco, tal vez me decida a ir a por ti...

—Creo que te equivocas de persona, hermanito. Y si así es como tratas a tu *princesa*, dudo mucho que vuelva siquiera a hablarte —reprendió severamente Josh a su hermano menor.

—Como yo trate o deje de tratar a esa mujer no es asunto tuyo. ¿Se puede saber para qué llamas a estas horas en las que estoy tan ocupado?

—Para informar al cabeza hueca de mi hermano de que su móvil está apagado, así que posiblemente se haya quedado sin batería. Para recordarte que tienes a dos prófugos a tu cuidado que hace dos horas salieron caminando del pueblo en pos de un vehículo abandonado en una cuneta ahora oscura y desolada. Y para hacerte finalmente la pregunta del millón: ¿por qué no estás allí con tu peligrosa reclusa en vez de contestando al maldito teléfono? —le reprochó Josh, bastante enfadado con la negligencia de Dan hacia una desvalida mujer que era digna de su respeto, ya que en esos tres meses de penurias no sólo tendría que cargar con su molesto animal de compañía, sino que también debería tratar con su despreocupado hermano, que la mayoría de los días ni siquiera sabía dónde dejaba su desastrosa cabeza.

—Estaba saliendo para allá ahora mismo, no hace falta que me gruñas. No sabía que mi móvil se había quedado sin batería y tan sólo estaba...

—Esperando a que una mujer a la que has ofendido se arrastrara ante ti para pedirte perdón, cuando los dos sois igual de culpables en este lamentable asunto. Pues siento informarte de algo que parece no haber comprendido todavía: esa mujer es muy orgullosa y para nada se parece a esas *barbies* sin cerebro a las que estás acostumbrado. ¡Así que no esperes que ella vaya a ti para curar tu ego herido y haz el favor de mover tu estúpido trasero y encontrarla, o llamo a ese irritante juez que tan claramente te ha descrito los tortuosos trabajos a los que te sometería si a esa señorita o a ese chucho les pasaba algo estando bajo tu cuidado!

—¡No serías capaz! —exclamó Dan espantado.

—Por supuesto que no. Ese hombre aún me da miedo, a pesar de que hace años que ya no soy un crío. Pero mi pulso no temblará para llamar a nuestra querida hermanita y contarle todo lo ocurrido hoy. Ella se encargará del resto... Ya sabes cómo es Elisabeth y de parte de quién se pondrá después de escuchar cómo has dejado una vez más una de tus responsabilidades de lado.

—¡Esa mujer no es una responsabilidad, es una tortura, y mi insufrible y entrometida familia también! —soltó Dan enfurecido poco antes de colgar el teléfono y adentrarse en medio de la lluvia en una vieja y destartada camioneta, que apenas funcionaba, para buscar a una impertinente mujer que no lo soportaba y a un altivo perro que simplemente lo odiaba.

¡Todo era culpa de ese hombre! ¡De ese odioso y primitivo neandertal que no había prestado la más mínima atención a sus palabras y únicamente se había quejado

de lo cansado que estaba! ¿Y qué? Ella sí que estaba cansada después de toda una noche sin dormir por culpa de los lamentos de su compañero, de tratar con la cabezota de su tía, que no podía darle por una sola vez la razón, de entrar esposada en un horrible pueblo y de ser tratada desde el principio como la bruja del cuento... ¡Y todo porque no se había amilanado y llorado ante las burlas de los estúpidos que querían meterse con ella y con Henry, sino que alzó dignamente su rostro y defendió su orgulloso apellido como toda una Wilford!

Pero ¿qué sabría ese hombre acerca de lo que significaba que todos se mofaran de uno sin que pudiera hacer nada para detener las burlas? Por lo poco que Victoria había podido vislumbrar, él era el niño bonito del pueblo, alguien al que todos adoraban.

Después de salir de la comisaría, había intentado alquilar algún vehículo en más de un establecimiento, pero, tras dar su nombre para la ficha, sorprendentemente todos los coches estaban ocupados o fuera de servicio. Había caminado más de dos kilómetros antes de hallar a una pequeña pensión en la que admitieran animales.

Se trataba de una agradable casa regentada por una amable anciana. Victoria intentó evitar hasta el último momento dar su nombre o el de Henry, para así hallar un lugar en el que pasar la noche, pero un vistazo de esos inquisidores y ajados ojos hacia sus elegantes ropas lo dijeron todo. Y, antes de que las palabras salieran de la boca de la agradable abuelita, Victoria ya sabía lo que iba a decir: que todas las habitaciones estaban ocupadas, a pesar de que segundos antes la mujer aseguraba justamente lo contrario.

Tan sólo pensar en la sonrisa de satisfacción que pondría ese tipo al verlos aparecer a ella y a Henry para reclamar su ayuda, le hizo desistir de volver a adentrarse en ese estúpido pueblo. Así que siguió andando hacia donde se hallaba su vehículo, pese a que sus pies estuvieran doloridos por sus elegantes pero incómodos zapatos, pese a que Henry no hiciera otra cosa que quejarse o pese a que el estómago de ambos comenzara a rugir con desaprobación ante la falta de alimento.

Victoria continuó caminando cuando, de repente y de un instante a otro, comenzó a caer un auténtico aguacero que los empapó, por completo y en unos segundos, tanto a ella como a su peludo amigo, quien, harto de esa molesta situación, se ocultó bajo un árbol, se tumbó en el húmedo suelo y se negó a moverse ni un milímetro, exigiéndole a Victoria con sus ladridos que llamara de una vez a ese estúpido hombre al que tanto odiaban y que parecía ser su única salvación.

—¡Está bien, está bien! Hasta yo sé cuándo he perdido. No hay más remedio que

hacer esa llamada... —cedió finalmente Victoria, acallando las quejas del molesto can.

Al fin, tras refugiarse junto a Henry debajo del árbol, sacó su móvil y se resignó a hacer la desagradable llamada en la que, sin duda, tendrían que arrastrarse ella y su orgullo para conseguir que ese individuo moviera el culo de su acolchado asiento en busca de su persona.

Suspiró un tanto frustrada y accedió a lo inevitable. Marcó lentamente el número de la arrugada tarjeta y esperó, y esperó, y esperó... ¡Y el muy estúpido seguro que se había quedado sin batería! Eso o simplemente le había dado un número falso para burlarse de ella.

Tras esa inútil llamada, la batería de su propio móvil se agotó, por lo que no pudo contactar con nadie más que la socorriera a ella o al saco de pulgas. Hastiada por todo, Victoria rompió en mil pedazos la inservible tarjeta, metió bruscamente el móvil en su bolso e intentó proseguir su camino, pero su quejumbroso compañero se negó en redondo a moverse.

—¡No me jodas, Henry! ¡Vamos! ¡Muévete! —exigió una exasperada Victoria dando algún que otro toque con sus finos zapatos al orondo cuerpo de Henry.

El molesto perro no se movió ni un milímetro. Simplemente la miró lastimosamente desde el suelo, con su larga lengua hacia fuera expresando su eterno cansancio.

—¡Vamos, Henry! Si encontramos el coche, seguro que estaremos calentitos y cómodos durante toda la noche.

Ante las palabras de confort, Henry alzó su rostro emocionado.

—Tan sólo tenemos que andar un poquito más —anunció Victoria señalándole una mínima distancia entre dos de sus dedos, la cual parecía suponer mucho para Henry, ya que volvió a tumbarse en el suelo.

—Si no me acompañas, te pienso dejar aquí solo durante toda la noche, y puede que haya animales salvajes o algo peor, ¿qué harás entonces, eh? —preguntó la chica utilizando la última de sus cartas, el miedo.

Pero Henry parecía estar más exhausto que asustado, ya que se tumbó rígidamente en una extraña postura de lado y sacó la lengua desfallecido, haciéndose el muerto de una forma bastante teatral pero realista. Sin duda alguna, todo el que pasara junto a él creería que ese saco de pulgas había exhalado su último aliento.

—¡Hacerte el muerto no te libraré de los animales salvajes! Así que dime: ¿cómo piensas llegar hasta el coche si te niegas a moverte?

Henry se sentó de forma lastimera y alzó su afligido rostro con un gimoteo profundo y constante a la vez que alzaba sus patas delanteras en pos de Victoria.

—¡No! ¡Me niego en redondo a cargar contigo y estropear aún más mi traje con tus pelos y...!

Los gimoteos de Henry aumentaron, y sus penosos ojos parecieron tornarse más grandes y desvalidos ante las negativas de Victoria.

—¿A quién narices pretendo engañar? Si finalmente voy a hacer lo que tú quieras... —Definitivamente, Victoria se rindió a lo inevitable, cargando con el lamentable cánido.

»¡Pero que conste que esto no significa que me gustes! —intentó dejar claro ella ante los babosos lametones de Henry, que no hacían sino aumentar su enfado ante esa desagradable situación.

Victoria marchó así decidida hacia el único lugar del que nadie osaría echarla: su lujoso y nuevo BMW último modelo, que la estaría esperando con su habitual esplendor y su cálido equipamiento, lo que lo convertía en un acogedor lugar donde pasar la noche.

O eso era lo que ella pensaba...

—¡Te juro que voy a matarlo! —gritó Victoria, totalmente fuera de sus casillas después de haber caminado más de una hora bajo la lluvia cargando con un perro quejumbroso que sin duda alguna tenía sobrepeso. Lo que desquició por completo a Victoria no fue el sobreesfuerzo que había hecho para llegar hasta donde se hallaba su querido vehículo, ni que su caro traje estuviera lleno de pelos o ella tremendamente empapada y hambrienta.

No.

Lo que más la fastidió fue que ella finalmente tenía razón y su coche, su amado y carísimo BMW, estaba arruinado.

Algún vulgar vándalo había roto la ventanilla del copiloto y abierto las puertas del vehículo de par en par, dejando toda la tapicería húmeda por el fuerte temporal. El capó se hallaba alzado, seguramente debido a un fallido y chapucero intento de puentear el vehículo, que finalmente había acabado con el circuito eléctrico estropeado, ya que el coche no arrancaba ni daba señales de vida. La radio había desaparecido junto con su maleta y el escaso equipaje de Henry, y las ruedas habían sido brutalmente rajadas, seguramente por la frustración de no haber sido capaces de

apropiarse de tan lujoso presente.

Para terminar de fastidiar, los muy cabrones habían utilizado su coche como si de una papelera se tratase, llenándolo de latas de cerveza, envoltorios de chocolatinas y... ¿cáscaras de pipa? ¡¿Eso eran cáscaras de pipa?!

Victoria limpió exhaustivamente su coche con varias de sus toallitas antibacterianas que siempre llevaba en el bolso, y mientras adecentaba ese vehículo, que después de haber sido vilmente profanado nunca llegaría a ser el mismo, no podía parar de mostrar su resentimiento contra el hombre culpable de todos sus males.

—«Tu coche estará en perfectas condiciones mañana por la mañana» —ironizaba Victoria burlándose del tono autoritario que Dan había utilizado con ella—. «Casi nadie pasa por esa desolada carretera, blablablá...» «Tu coche, sin duda, les traerá sin cuidado...» ¡Sí, ya veo lo perfecto que ha quedado mi coche, Dan Lowell! —rugió finalmente, enfurecida.

Tras finalizar la desinfección del vehículo, Victoria y Henry se adentraron en el húmedo y frío interior, acurrucándose en los asientos traseros sin dejar de tiritar por el gélido viento que arremetía contra ellos a cada momento.

—¡Oh, cuánto odio este apestoso pueblo y en especial a ese insufrible hombre! ¡Como me llamo Victoria Olivia Wilford que ese tipo me las va a pagar! —exclamó con enfado mientras frotaba con brío la batería del teléfono con la esperanza de conseguir un minuto de vida de su móvil para pedir ayuda, una ayuda para la que sin duda esta vez no se molestaría en reclamar a ese estúpido neandertal que tan ligeramente la había dejado tirada.

—¡Prepárate, Dan Lowell! Aún no conoces el carácter de los Wilford, pero no vas a tardar mucho en hacerlo —declaró rotundamente Victoria ante los gruñidos de aprobación de Henry, que sin duda también era un Wilford, ya que había heredado el temperamental carácter por el cual eran tan conocidos esos excéntricos millonarios.

Llevaba más de una hora buscando a esa orgullosa mujer.

Había recorrido cada uno de los locales de alquiler de coches del pueblo con la esperanza de que en alguno de ellos finalmente se hubieran apiadado de Victoria y le hubieran alquilado aunque fuera una vieja tartana. Pero, como era habitual en los rencorosos habitantes del lugar, no le habían ofrecido a la caprichosa señorita ni un triste vaso de agua.

«Bueno, su situación no puede ser tan mala si doña Remilgos ha conseguido llegar

a su lujoso vehículo con su chucho. Seguro que ahora mismo ambos están calentitos y abrigados mientras mi estúpido culo y yo nos helamos bajo esta gélida lluvia para acallar mi conciencia, que no me deja descansar hasta asegurarme de que esos dos no se han vuelto a meter en algún problema.»

Tras abandonar la idea de que esa insufrible mujer hubiera conseguido un vehículo, me decidí a buscar algún lugar donde admitieran animales para pasar la noche. La casa de la señorita Hertur, que tanto amaba a los perros, fue la primera en acudir a mi mente. Me concedí un tiempo de descanso, seguro de que Victoria estaría rodeada del calor de ese pequeño y acogedor hogar, sin duda bajo los cuidados de esa amable anciana.

Aparqué en un lugar aislado del camino y disfruté de un merecido descanso comiendo una de mis chocolatinas y bebiendo una Coca-Cola *light* en mi vieja camioneta. Abrigado por el soporífero calorcito de la calefacción, no tardé demasiado en quedarme dormido y desperté ya entrada la noche. Estaba más que dispuesto a volver a mi cálido hogar cuando mi conciencia volvió a darme la lata: tal vez debería asegurarme de que la señorita Desdén estuviera realmente en un lugar seguro antes de desistir de mi búsqueda, así que llamé a la señorita Hertur, algo que sin duda debería haber hecho antes, pero cuya idea no llegó a mi adormecida mente hasta después de un descanso.

La anciana mujer, un tanto molesta por la inadecuada llamada a tan altas horas de la noche, tardó un poco en atenderme, pero no se demoró ni un instante a la hora de informarme sobre cómo había mandado a la calle a esos dos molestos sujetos que habían alterado la tranquilidad de nuestro pacífico pueblo.

¡Mierda, mierda, mierda! ¿Dónde narices estaban esos dos? ¿Tendría que movilizar a medio pueblo para encontrarlos? ¿Es que esa mujer no se podía quedar simplemente quietecita y hacer lo que se le decía? Si me hubiera hecho caso, ahora estaríamos los tres calentitos en mi apartamento y no muertos de frío bajo la lluvia. ¡Total! Por un lujoso coche que seguramente estaría en perfectas condiciones en estos momentos...

Después de despertar a Colt para que le informara del lugar exacto donde había detenido a esos molestos individuos que tantos dolores de cabeza le traían, Dan se apresuró a llegar al sitio señalado, a la espera de poder reprender a esa testaruda mujer que, sin duda alguna, lo estaría pasando mucho mejor que él bajo el cobijo de

su lujoso BMW.

En el instante en el que llegó a la bifurcación del camino que se adentraba en el pueblo, Dan halló una elegante grúa de la ciudad que remolcaba en esos instantes un coche en bastante mal estado. Sin duda, los vándalos de las inmediaciones habían hecho de las suyas, dejando un elegante vehículo para el arrastre.

¡Joder! ¡La señorita Remilgada tenía razón! Seguro que, en cuanto volviera a verla, le echaría en cara cada uno de sus errores, pero ¿dónde narices estaba ella?

Dan aparcó a un lado, preocupado, y bajó con celeridad de la camioneta mientras buscaba con una rápida mirada a esa exasperante mujer y su fiel acompañante. Seguro que no le había pasado nada. Seguro que estaba bien. No podía haberle sucedido nada malo, ¿verdad?

Su alterado corazón se calmó cuando la encontró en el asiento delantero de la grúa, tiritando descontroladamente bajo el cobijo de una vieja manta y el calor de una caliente taza de café que el hombre que remolcaba el vehículo amablemente le había ofrecido de su humeante termo.

Parecía una gatita desvalida mientras miraba amablemente al hombre que la ayudaba y le dedicaba una hermosa sonrisa. ¿Por qué él todavía no había visto esa dulce expresión en su rostro? ¿Por qué demonios a él únicamente le sacaba las uñas y le mostraba unos ariscos gestos que sólo conseguían irritarlo?

Quizá su dulce comportamiento se debiera a que las circunstancias al fin habían conseguido ablandar su carácter, así que, dispuesto a aprovechar el momento, Dan se acercó despacio a ella, una mujer llena de amabilidad y encanto... hasta que lo vio. Entonces, unos gruñidos provenientes del chucho que descansaba en el asiento del copiloto le advirtieron de que no era bien recibido, y el adorable y dulce semblante de esa hermosa joven se convirtió en el de una agria amargada cuando irónicamente le gritó:

—¡Oh, mi héroe! ¡Al fin has venido a salvarme! Pero créeme cuando te digo que tu presencia ya no es necesaria —expresó despectivamente, despidiéndolo con un gesto de su altiva y delicada mano.

Dan, enfurecido por las circunstancias y calado hasta los huesos, no tardó en cargar sobre sus hombros a la molesta y mojada gatita salvaje que no dejaba de arañar y morder su espalda como señal de protesta, algo a lo que estaba acostumbrado, ya que en su trabajo era algo habitual el tratar con animales un tanto descontrolados. La sentó bruscamente en su camioneta y subió la calefacción a la vez que le tendía una de sus chocolatinas. Dan esperaba que, si llenaba su boca con algún

dulce, ella no podría reprenderlo y pronunciar esas molestas palabras que a él tanto le desagradaban.

—¡Te lo dije! ¿Verdad? ¡Finalmente yo tenía razón!

—¿En qué, princesa? —repuso despreocupadamente el hombre, intentando evitar su reprimenda.

—¡Oh, tú, exasperante y obtuso hombre! ¿Has visto cómo ha quedado mi coche? ¡Y todo es por tu culpa!

—Te puedo asegurar que yo no he tratado un vehículo así en mi vida. ¿Y quién puede garantizar que esa gamberrada no fue perpetrada poco después de que dejaras el coche abandonado en la cuneta, en cuyo caso tu enfado no tiene razón alguna y podríamos habernos librado de esta helada lluvia si simplemente hubieras esperado hasta mañana? —replicó Dan, acabando con sus intentos de desahogar su mal genio sobre él.

—¡Oh, te odio! ¡Te odio a ti y a todo este maldito pueblo! —gritó Victoria mientras lágrimas de frustración se mezclaban con las gotas de la fría lluvia que aún mojaban su rostro—. ¿Es que no puedes dar tu brazo a torcer y concederme la razón cuando sabes que la tengo? ¡Todos los hombres sois iguales! —declaró, apartando el rostro de la firme mirada de Dan, sintiéndose afligida por el dolor del recuerdo de otro tipejo muy parecido al que ahora se hallaba ante ella, un hombre al que había amado aunque, para él, Victoria solamente hubiera sido un divertido juguete con el que entretenerse.

Dan cogió su cara de forma dulce y delicada entre sus manos, hizo que se enfrentara a él y, con una jovial sonrisa, puso fin a esa estúpida disputa.

—Tú tenías razón, yo soy un idiota. Ahora vámonos a un lugar calentito y seguro antes de que pilles un resfriado —dijo, a la vez que limpiaba sus lágrimas con uno de sus dedos.

Victoria lo miró asombrada y a la vez ensimismada por el calor que irradiaban sus ojos y la delicadeza de sus actos. Estuvo tentada de cambiar su cerrada opinión de que todos los hombres eran unos cerdos, hasta que su fiel enamorado intervino con sus ladridos, haciéndole ver la realidad de la situación.

—¡Jo, con lo bien que me había quedado! Y tienes que venir tú y estropearlo. ¡Si casi se había tragado esa empalagosa mentira y había conseguido que me dejara en paz con su discursito de «yo tengo razón y tú no»! —reprendió jovialmente Dan al cánido que se hallaba a sus pies, empapado, sin dejar de mostrar ni por un instante sus gruñidos de advertencia.

—¡Oh, eres un ser despreciable! —gritó Victoria, guareciéndose más bajo la vieja manta.

—Pero ¿a que soy buen actor, princesa? —Dan, risueñamente, le guiñó un ojo.

La respuesta de Victoria fue cerrar lo más rápidamente que pudo la ventanilla de la camioneta y mirar altivamente al frente a la espera de que ese hombre la llevara a un lugar donde pudiera descansar debidamente de sus estúpidas sandeces.

—Bueno, ¿y tú qué opinas, saco de pulgas? ¿Soy o no soy un buen actor?

Henry le gruñó nuevamente y, tan harto de su comportamiento como Victoria, le mostró con contundencia su opinión, simplemente alzando una pata y haciendo sobre una de sus botas lo que siempre hacía sobre los árboles del jardín de su gran mansión: marcarlo apropiadamente. Así lo reconocería de antemano si intentaba acercársele. Luego le gruñó una debida advertencia y subió con algo de dificultad a la parte trasera de la camioneta, desde donde no dejó de vigilar en todo momento cada uno de sus movimientos.

Definitivamente, ese hombre era tan estúpido e inadecuado como todos los que había conocido, y a Henry parecía molestarle más que ningún otro, ya que, en vez de marearse y vomitar como normalmente hacía, mostraba su enfado hacia ese sujeto mordiendo disimuladamente la tapicería de ese viejo cacharro que los llevaba a algún acogedor lugar en el que entrar en calor. El chuchó no cesó de mostrar su desagrado hacia ese individuo que no hacía otra cosa que mirarla solapadamente una y otra vez con un rostro serio y lleno de preocupación cuando creía que ella no lo veía. Después, cuando sus miradas se encontraban, sonreía burlonamente riéndose de ella.

¿Cuál sería la verdadera cara de ese sujeto: la estúpida sonrisa o el serio hombre preocupado?

En fin, Henry seguía a lo suyo arrancando poco a poco trozos de los maltrechos asientos sin que ese cretino se diera cuenta de nada. Finalmente, antes de que Henry arrancara otro pedazo de la tapicería de esa tartana que los llevaba a su nuevo destino, uno que esperaba que estuviera a decenas de kilómetros de ese hombre al que tanto detestaban, el odioso tipo volvió a hablar, estropeando el agradable momento de paz del que disfrutaban hasta entonces.

—Por lo que puedo deducir, no has encontrado ningún lugar donde pasar la noche, ¿verdad? —recordó jocosamente Dan a su enfadada acompañante.

—Pensaba pasarla en mi cálido y acogedor coche, el cual un estúpido me aseguró

que estaría en perfectas condiciones. Pero... ¡oh!, sorprendentemente ese idiota se equivocó y, como yo decía en un principio, mi BMW está arruinado. ¿Quieres que te recuerde el nombre de ese imbécil? —ironizó Victoria, recordándole una vez más que ella había tenido razón.

—Vale, princesa, lo siento. Siento ser tan estúpido y estar tan cansado por mi vulgar trabajo que únicamente quisiera derrumbarme exhausto en mi acogedora cama. Siento ser tan idiota porque, a pesar de ello, me he pasado horas empapado bajo la lluvia buscándote a ti y a tu chucho desde que desapareciste. Y lo que más siento en estos momentos en los que estoy hambriento, mojado y cansado, es el haberte encontrado a ti y a esa masa de pelos que no cesa de gruñirme y destrozar la vieja tapicería de mi auto. ¿Sabes por qué? Porque eso significa que tú y tu chucho ahora volvéis a ser mi responsabilidad.

—Yo...

—Mejor cállate, princesa, si tu bonita y altanera boca no tiene nada bueno que decir —declaró Dan enfadado, borrando de su rostro esa afable sonrisa con la que siempre deleitaba a todos—. Iremos a mi apartamento, y pasarás la noche allí junto a ese peludo presuntuoso —informó con firmeza Dan sin dar lugar a queja alguna por parte de sus forzosos invitados—. Mañana me encargaré de encontrar un agujero lo suficientemente profundo donde quepáis los dos. Eso sí, me aseguraré de que sea sumamente elegante y alejado de mi persona y, claro está, no me olvidaré de indagar cuántas estrellas tiene para que sea apto para tu remilgada naricita. ¿Tienes algo que objetar?

Victoria se acurrucó más bajo la vieja manta que comenzaba a enfriarse por sus mojadas ropas, bufó enfadada por el trato recibido y le dirigió una de esas furiosas miradas que lo sentenciaban a muerte poco antes de poner la música más estruendosa y lamentable que encontró en la vieja radio de la camioneta, dando lugar a que Dan adquiriera el peor dolor de cabeza de la historia.

Eso sí, ella no añadió ni una sola palabra más.

Capítulo 7

Poco después de que finalizara la tormenta, Dan llegó al pequeño y viejo apartamento que se encontraba encima de su clínica en compañía de la perpetua condena que eran sus forzosos invitados. Su hogar no era nada sofisticado, sino más bien algo práctico, algo conveniente para quedarse más de una noche en vela vigilando a los pacientes debido a su escaso personal, pero en ningún caso apto para acoger a dos personas.

Cuando sus invitados se adentraron en sus dominios, miraron por encima de sus altivas naricillas remilgadas la desordenada y simple habitación provista de un horrendo sofá color moho que hacía las veces de cama, una diminuta cocina que contenía un hornillo de un solo fogón y una arcaica nevera, y una barra americana con dos taburetes algo deteriorados. Ello, junto con algún que otro cuadro familiar, conformaban todo el mobiliario de la estancia.

Dan decidió esperar unos instantes hasta que se hicieran a la idea de que eso era todo su piso para comunicarles que, de las dos puertas que se hallaban tras el destartalado sofá, una era un minúsculo baño y la otra un simple armario.

—¡Dios! ¡Es peor de lo que me imaginaba! —exclamó asqueada la señorita Desdén mientras cogía con dos dedos el cartón de comida para llevar de Pollos Jumbo y lo tiraba a la basura, algo que sin duda debería haber hecho él mismo hacía días, reconoció Dan para sí, ya que lo compró el sábado y estaban a... ¿jueves?

—¡Esto es una pocilga! —recriminó Victoria a su anfitrión a pesar de ser una invitada no deseada.

—Perfecto, preciosa, pues si no te gusta... tú misma —replicó Dan desplomándose en el sofá y señalándole la puerta a ella y a su eterno guardián, que había comenzado a olisquear la basura sin duda en busca de los restos de pollo grasiento.

—Bueno, por una noche no creo que pase nada —se resignó Victoria por no tener otra opción—. ¿Podrías indicarme, por favor, cuáles serán mi habitación y mi baño?

—Por supuesto, preciosa, ¡faltaría más! —contestó jovialmente Dan mientras se levantaba con rapidez del sofá y lo convertía en una conveniente cama de dos plazas.

Las sorpresas del día parecían haber hecho finalmente efecto en la señorita Desdén, ya que de su boca no salió ni una sola palabra. De hecho, su boca aún

permanecía abierta cuando Dan le mostró el acogedor cuarto de baño con su plato de ducha, donde sólo cabía una persona, el inodoro, con la tapa levantada, y el lavabo, lleno de productos de afeitarse y bastoncillos del oído usados.

—Sólo será una noche, sólo será una noche... —murmuraba ella, que finalmente había recuperado el habla, mirándolo con aversión tanto a él como a su piso.

—Bueno, princesa, ¿qué lado prefieres: el derecho o el izquierdo? —preguntó despreocupadamente Dan lanzándose sobre la maltrecha cama que no cesó de chirriar estruendosamente con cada uno de sus más leves movimientos.

—¿Qué?! —gritó Victoria asombrada, sin poder terminar de creerse el atrevimiento de ese hombre.

—Cielo, sólo hay una cama y, como comprenderás, yo no voy a dormir en el suelo después de un duro día de trabajo. Y menos aún por unos invitados a los que he sido obligado a hospedar. Así que dime, princesa, ¿derecha o izquierda?

—¡No pienso dormir contigo! ¡Esto no puede ser todo tu piso! ¡Tiene que haber algo más, otra habitación! Sin duda esta puerta es... —exclamó Victoria desesperada cogiendo la manija de la puerta del sobrecargado armario que se hallaba tras ella.

—Yo que tú no lo haría... —sugirió Dan poco antes de que ella desatendiera su consejo y una montaña de ropa le cayera encima.

—¡Dios! ¿Por qué a mí? ¿Qué he hecho yo para merecer esto si soy una niña buena que casi siempre obedece a su tía e intenta mantenerla contenta a pesar de sus estúpidas excentricidades? —protestó Victoria con exasperación mientras trataba de salir de la montaña de ropa bajo la que estaba sepultada.

—Bueno, princesa, te lo advertí. Además, deberías alegrarte de que ayer hiciera la colada y de que todo esté más o menos limpio y ordenado.

—¡Sí, ya veo lo limpia y ordenada que está toda tu casa! —comentó desdeñosamente mientras apartaba de sí la ropa interior de ese despreocupado, teniendo cuidado de no tocarla más de lo necesario con dos de sus distinguidos dedos—. Porque esto es todo tu piso, ¿verdad?

—Ajá, princesa —confirmó Dan—; a los pobres trabajadores que no ganan sueldos millonarios a veces sólo nos da para ir tirando.

—¿Has pensado en dedicarte a otra cosa que sea más productiva? ¿O has intentado, al menos, ser un poco más aseado y organizado? —preguntó con acritud Victoria.

—¡Pero cielo, creí que te habías dado cuenta! ¡Si ayer limpié! —Dan sonrió burlonamente, acomodando sus manos tras la cabeza de una forma un tanto perezosa

mientras observaba con gran deleite el malestar de doña Remilgos.

—Tu forma de limpiar apesta. ¡Levántate y ayúdame a arreglar este caos del que sólo tú eres culpable! —ordenó altaneramente Victoria, señalándolo con uno de sus impertinentes dedos.

—Va a ser que no —se negó Dan con una sonrisa socarrona—, ya te advertí de que no abrieras el armario. Ahora tú solita te encargarás de volver a ponerlo todo en su sitio. O también puedes dejarlo así. A mí realmente me es indiferente.

—¿Cómo puedes vivir así? ¡Eres un adulto, no un alocado adolescente que únicamente vive para los videojuegos y la comida basura! —se quejó Victoria saliendo al fin de la montaña de ropa y apoyándose en uno de los estantes del armario, donde sus ojos se toparon con un ordenador portátil y una montaña de juegos, junto con alguna que otra bolsa de chocolatinas y aperitivos variados.

—Retiro lo dicho: tú aún no has crecido —afirmó molesta, cuando observó más detenidamente la portada de uno de los videojuegos de ese perturbado donde una rubia tetona mantenía una pose provocativa vistiendo un minúsculo bikini. Lo mejor, sin duda, era la información adicional de tan perturbadora carátula, que anunciaba entre exclamaciones: «¡¡Ahora con tecnología de Tetas Bamboleantes!!».

Victoria lo fulminó con una de sus miradas, dispuesta a hacer dormir a ese sujeto en el plato de ducha si hacía falta, porque por nada del mundo compartiría algo con ese pervertido, y menos aún una cama.

—¡Me niego absolutamente a compartir cama contigo, en especial después de haber visto eso!

—¿El qué, princesa? —preguntó Dan, tratando de aparentar inocencia, algo que indudablemente falló cuando le sonrió ladinamente a la espera de una respuesta.

—¡Esto! —dijo Victoria arrojándole el insultante videojuego a la cara.

—¡Ah! Esto fue un regalo de mi cuñado Alan, para burlarse de mí. —Se rio con despreocupación mientras devolvía distraídamente el juego a su respectivo lugar.

Victoria suspiró aliviada ante su error. Dan simplemente era un hombre un tanto descuidado, pero sin duda era todo un caballero...

—Aunque no puedo decirte que no me gustara —susurró sensualmente junto al oído de Victoria, haciéndole cambiar una vez más la opinión que tenía sobre él.

Definitivamente, él era un cerdo con todas las de la ley y por nada del mundo dormiría en la misma habitación que ese tipejo. Respirar el mismo aire que él ya era demasiado para su persona, mucho menos aguantar una más de sus insensibles bromas.

—No te preocupes, princesa, yo ordenaré por ti, ya que te veo algo amargada... ¡Perdón! Cansada —dijo Dan, poniendo en sus manos con brusquedad una de sus enormes camisetas y unos pantalones de deporte—. Anda, dúchate mientras yo arreglo este desastre y te preparo la cena —propuso alegremente comenzando a colocar la ropa con el mismo orden que tenía antes de caer sobre su invitada, es decir, ninguno.

Victoria miró aprensivamente cómo ese tipo arrojaba, de cualquier manera y sin preocupación alguna, su ropa hacia el interior del armario. Negó con la cabeza, hastiada de todas las desdichas que le habían sobrevenido ese día, y deseó que la mañana siguiente no le deparase una tortura mayor. Pero sinceramente, si tenía que pasar todo el tiempo junto a ese personaje, dudaba mucho de que su día mejorara en algo.

Dan sonreía complacido mientras cerraba una vez más su sobrecargado armario con algo de dificultad. Si la princesita quisquillosa seguía molestándose por cada insignificancia, no tardaría demasiado en librarse de ella y de su molesto y pulgoso amigo. Así, él podría volver a su tranquila vida, donde lo único de lo que tenía que preocuparse era de su montaña de deudas y de su inepta empleada, además de algún que otro cliente que lo evitaba para no tener que pagarle alguna de sus facturas pendientes.

Dan decidió hacerle la cena a esa molesta mujer antes de que su respingona naricilla de alta alcurnia se metiera en su minúscula nevera y se diera cuenta de que en su interior únicamente había cerveza, algún que otro fiambre, un bote de crema de cacahuete, una botella de ketchup, algún que otro rancio pepinillo y un trozo de queso mohoso. Si el desorden del armario le había parecido algo inexcusable, la escasez de sus provisiones sin duda sería algo imperdonable para tan exigente persona.

Mientras Dan preparaba un sándwich con los restos que había en su nevera que todavía no estaban en mal estado, observó con detenimiento cómo ese chucho, con el cual se profesaban un odio mutuo, abría la papelera con una de sus patas para dar al fin con los restos del grasiento pollo de Jumbo que tanto deseaba. Dan sonrió con maligna satisfacción cuando, justo antes de que ese animalejo introdujera la cabeza en su basura, él cerró la tapa colocando encima una enorme maceta, regalo de su madre, a la que nunca había hallado un lugar apropiado.

Hasta ahora.

Henry se volvió hacia él, ofendido, y le ladró un tanto molesto. Luego se apaciguó un poco al observar que Dan tenía en sus manos algo que detectó como comida; se sentó obedientemente a la espera de su cena y no dejó en ningún momento de seguir

con su hambrienta mirada los dos bocadillos que ese hombre paseaba de un lado a otro.

—Lo siento, chucho, pero esto no es para ti. En mi clínica tengo algún que otro saco de pienso para mis pacientes. Aunque siento comunicarte que es del barato.

Ante la información de lo que sería su cena, Henry pareció reconocer la palabra «barato» como si se tratase de un agravio imperdonable hacia su persona, ya que abrió sus ojos altamente ofendido y alzó su rostro despectivamente hacia Dan mientras se volvía con altivez y se dirigía con gran dignidad hacia la cama, intentando ignorar el hambre que sin duda tenía.

Cuando el perro consiguió subirse al colchón con algo de dificultad, Dan tiró suavemente de la manta donde el pulgoso había acomodado sus posaderas hasta que cayó al suelo.

—Ésa no es tu cama, pero te puedes quedar con la manta si quieres —se regocijó Dan mientras se tumbaba en su lecho ocupando el mayor espacio posible, a la vez que disfrutaba de su cena esperando a que esa gatita salvaje hiciera su aparición.

Esa exasperante mujer seguro que protestaría una vez más sobre el lugar en el que dormirían. Pero eso era muy fácil de resolver: únicamente había una cama y él estaba demasiado cansado como para aprovecharse de la situación, y mucho más cuando la mujer era una gata salvaje que le bufaría ante la más insulsa de las sonrisas que procedieran de él. Así que fin de la cuestión: Dan en su lado de la cama y ella, en el suyo, y por primera vez en años haría lo que nunca hacía con ninguna de sus mujeres: simplemente dormir plácidamente.

O eso pensaba Dan hasta que la señorita Remilgos se convirtió en una gran tentación en el instante en que salió del baño envuelta por una nube de vapor vestida con una de sus camisetas, regalo de su hermano Josh, quien adoraba obsequiarle con prendas con mensajes idiotas.

«Soy un inútil y puedo demostrarlo», rezaba la de ese año, que sobre el cuerpo de Victoria no quedaba nada mal. De hecho, poco después de ver cómo el mensaje de ese trozo de tela era acogido por esos succulentos pechos que finalmente tenía el placer de intuir sin la estrechez de ese apretado traje, una parte concreta de su adormilado y cansado cuerpo se despertó.

Por desgracia, no era la adecuada para esa situación en la que la mujer de sus sueños podía convertirse también en la de sus pesadillas. Sobre todo, si llegaba a darse cuenta de la elevada atención que acababa de atraer hacia su persona.

Dan ignoró a su activo amiguito, que parecía tener vida propia cuando se trataba

de esa f emina, e hizo nuevamente alarde de algunos de sus mordaces comentarios antes de desaparecer con rapidez tras la puerta del baño en busca de una ducha bien fría que calmara su alocado deseo por esa inadecuada mujer con la que nada tenía en común.

— Tu cena, princesa! —anunció sonriente Dan a doña Quisquillosa, señalando el insulso sándwich con una extraña apariencia nada apetecible cuyo contenido Victoria se apresur  a indagar, con bastante cautela, levantando una de sus rebanadas aprensivamente.

»Tu comfortable lecho... —continu , mostrándole las arrugadas sábanas de su maltrecha cama, a la que Victoria dirigió una mirada de reticencia mientras se sentaba en uno de los taburetes a degustar su comida.

»Y, cómo no,  t  príncipe! —se al  burlescamente el veterinario, apuntando al chucho que, a los pies de la cama, no dejaba de dirigirle miradas de devoción a Victoria. Aunque Dan no estaba muy seguro de si esos observadores ojos adoraban más a su amada dueña o al emparedado que Victoria no terminaba de decidirse a probar.

»Te dejo unos minutos a solas en mi castillo.  Ten cuidado!  No te pierdas en él si acaso desoyes mis consejos y curioseas tras sus numerosas puertas! —se carcajeó Dan mientras entraba en el baño y escapaba de esa tentadora arpía a la que oyó murmurar «bufón» poco antes de que se atragantara con su creación culinaria. Pero  a quién no le gustaba la crema de cacahuete con pepinillos y kétchup?  Una delicia!

 Dios santo!  Ese hombre era un desastre que tendría que soportar durante tres largos e interminables meses! Y todo porque a un puntilloso juez le había molestado que lo interrumpieran en su día de pesca... En fin, cosas peores había tenido que sufrir procedentes de su querida tía y de alguna de sus excéntricas ideas.

Lo peor de todo era que ese hombre despreocupado y sin sentido alguno de la responsabilidad o el orden era demasiado parecido a su exnovio: la misma sonrisa fácil, el mismo hermoso rostro, las mismas embaucadoras formas de tratar a la gente de su alrededor... Todas esas cualidades, que para otra mujer podían resultar tremendamente atrayentes, a ella le repelían, porque Victoria había aprendido muy bien la lección y sabía que, detrás de esa seductora apariencia, solamente se ocultaba un hombre superficial y traicionero como había sido Peter en su momento.

Había conocido a Peter en sus años de práctica como becaria en el bufete de su

tía. Poco después de que ella se incorporara a la empresa, Peter hizo su aparición como un nuevo fichaje para la prestigiosa firma de abogados Wilford.

Ese farsante la había conquistado con bonitas palabras y con hermosos gestos, la había tratado como a una reina y le había sacado esa sonrisa que a veces en el trabajo le era difícil mostrar debido a todas las estúpidas bromas e impertinencias que tenía que aguantar por parte de sus compañeros por ser una niña rica.

Peter había conseguido que saliera de su rutina para convertirse en una alegre y enamorada joven a la que no le importaban los chismes que la rodeaban, para luego darse de bruces con la realidad. La única verdad era que los hombres ideales no existían y que únicamente eran unos cerdos consumados.

Peter había demostrado con creces lo idiota que ella había sido cuando, poco después de declararle su amor eterno con un hermoso anillo de compromiso, la había traicionado en la lujosa y nueva casa que estaban reconstruyendo para que se convirtiera en su nuevo hogar. Allí mismo, en el que hubiera sido su dormitorio, lo encontró revolcándose en su cama con, ¡oh, sorpresa!, la atractiva mujer que les había vendido ese inmueble como un idílico sueño de futuro y que, para profundizar aún más en la herida, no era otra que su amiga de la universidad, Jennifer. En el momento en el que sus ojos toparon con esa tórrida escena, todos sus sueños se rompieron en mil pedazos. Ella se marchó de esa casa para no volver jamás, dejando atrás todos sus sueños.

Lo más triste fue escuchar una y otra vez las excusas de un hombre que sin duda nunca la había amado y darse cuenta repentinamente de la verdad: cuando esos ojos la miraban, jamás la habían visto en verdad a ella, tan sólo su dinero.

Después de pasar un mes llorando a moco tendido, su tía la obligó a salir de la cama y a enfrentarse con la realidad. Vendió la casa que había comprado ella sola, quemó la cama que había llegado a odiar y volvió al trabajo con la cabeza bien alta, ignorando todos los humillantes comentarios que ese desaprensivo había hecho circular, comentarios que insinuaban que ella había roto el compromiso sin razón alguna en el último momento, ya que era una niña mimada a la que le gustaba jugar con los hombres.

Curiosamente, los rumores cesaron en el instante en el que Peter fue trasladado al departamento más bajo después de una de las visitas sorpresa de Mildred Wilford. Y, aunque era algo inadecuado, Victoria agradeció profundamente la influyente mano de su tía, que hizo que el día a día en su trabajo se volviera menos dificultoso.

En cuanto terminó con las prácticas, Victoria fue contratada en el bufete. Y aunque

sólo se dedicaba a cumplir recados insulsos para su tía, estaba muy contenta por aprender con los mejores. Hasta que llegó Henry y las burlas comenzaron de nuevo. Sólo que esta vez ella había aprendido y se había endurecido, y las acalló por sí misma sin esperar a que nadie la defendiera, porque el cuento infantil que trata de ese hombre que llega en su caballo blanco en el último momento para salvarte de tus problemas simplemente no existe, y la realidad es bien distinta.

Victoria suspiró resignada ante su mala suerte, miró una vez más su comida y desechó el nada apetecible sándwich en busca de algo más apto para su paladar.

Tras rebuscar en toda la cocina, logró dar con unas rebanadas de pan y el bote de crema de cacahuete. Esta vez no lo aderezó con ninguna invención culinaria y degustó algo simple pero exquisito para un estómago vacío. Mientras devoraba su cena, vio cómo Henry intentaba alcanzar el olvidado experimento culinario de ese sujeto.

—Yo que tú no lo haría, Henry —advirtió Victoria al chuchito sobre lo que podía llegar a ser un tremendo error.

Henry desoyó el amable consejo de Victoria y, tras alzar su rechoncho cuerpo sobre uno de los taburetes, consiguió al fin pillar la comida, cogió el sándwich con delicadeza entre sus dientes y, tras hacer algún que otro malabar casi imposible para su orondo cuerpo, lo soltó en el suelo. Entonces se relamió dispuesto a saborear su premio y dio su primer mordisco ante la atenta mirada de Victoria, que pensó que por una vez aprendería una lección sobre lo que no debía hacer.

Los aullidos de Henry ante la prueba de tan horrendo bocado fueron tan exagerados que hasta el propio Dan salió apresuradamente del baño creyendo que algo terrible le había ocurrido a ese saco de pulgas.

—¡Te lo advertí! —reprendió Victoria a Henry poco antes de alzar su rostro y ver ante ella a un irresistible espécimen masculino. ¡Qué pena que, como todos ellos, fuera tan falso y traicionero!

Dan salió apresuradamente del baño tras oír un lamentable gemido de angustia.

Como era habitual en él, no podía evitar ayudar a todo animal herido con el que se topase, aunque éste tal vez no lo mereciera en absoluto. Sin importarle mucho ocultar su desnudez ante la idea de auxiliar a ese gordo saco de pulgas antes de que doña Remilgos se desmayara, Dan se cubrió con la toalla lo más rápido que pudo y abrió abruptamente la puerta.

Sin duda alguna, la imagen que halló ante él no era una emergencia en absoluto y

una vez más su intento de ayudar fue menospreciado por esos dos ingratos: mientras Victoria se tomaba un tentempié, indudablemente elaborado por ella, ya que no llevaba cortezas y había sido diligentemente cortado por la mitad, el chucho por el cual se había preocupado le gemía desconsoladamente a un trozo de pan.

Sus movimientos eran persistentes y repetitivos. Se acercaba con cautela, lo lamía, lo mordía y luego se alejaba de él andando hacia atrás como si de una amenaza se tratase, mientras no dejaba de gruñirle y ladrarle a tan dañino alimento. En cuanto sus amenazas terminaban, se sentaba humildemente a los pies de Victoria y era entonces cuando comenzaban los lamentables gemidos que él había escuchado desde la ducha, sin duda alguna suplicándole algún tipo de comida más aceptable para su delicado paladar.

Cuando Victoria alzó su rostro ante su repentina entrada, recorrió su cuerpo con una mirada de deseo que intentó ocultar, pero que permanecía presente sobre todo cuando, nerviosa ante su desnudez, se mordía tentadoramente su labio inferior.

Dan sonrió ante la idea de haber encontrado tal debilidad en la fría apariencia de esa princesita mimada, y despreocupadamente se sentó junto a ella en el otro taburete sin importarle el frío de la noche. Se permitió deleitarse con su nerviosa mirada, que estropeaba sin duda la recta postura que pretendía aparentar cada vez que sus ojos se desviaban hacia su escasa indumentaria.

—Creí que el chucho estaba herido —declaró Dan, acercando un poco más su húmedo cuerpo a Victoria, con la excusa de prepararse algo más de cena.

—Después de probar tu creación culinaria, yo también creí morir. Definitivamente, has matado mi paladar con esa horrenda cosa —comunicó Victoria despectivamente señalando acusadoramente el bocadillo al que Henry todavía ladraba.

—No sé por qué. Es lo que ceno normalmente —anunció alegremente el nefasto cocinero mientras, ante el asombro de Victoria, repetía la creación de esa abominación a la que no se le podía conceder otro apelativo que no fuera basura. Después, sin inmutarse, mordió su sándwich dirigiéndole una mirada de superioridad a Henry con la que lo retaba a ser mejor que él.

Henry se tomó en serio su desafío y lo intentó, de veras que lo intentó, pero definitivamente el asqueroso sabor de esa mezcla de alimentos pudo con él y finalmente se sentó vencido junto a Victoria, a la espera de algo mejor que llevarse a la boca.

—Seguro que después de eso tu comida de régimen ya no te resultará tan poco

apetecible. Incluso el pienso barato te sabrá a todo un manjar —repuso Victoria.

Henry refunfuñó un poco y luego se resignó, admitiendo finalmente su derrota.

—Espero que tengas algo de comida para perros en tu clínica con la que puedas alimentar debidamente a Henry, ya que, como tú bien has señalado, él y yo ahora somos tu responsabilidad.

—Podrías por una sola vez intentar pedir las cosas por favor en vez de ordenarlas o darlas por hechas. Te recuerdo que yo no soy uno de tus criados, y a mí, tu dinero o posición me importan un bledo.

—El dinero lo compra todo, señor Lowell. Eso es algo que he aprendido a lo largo de los años. Incluso, en ocasiones, compra hasta el cariño —confesó Victoria en voz baja perdiéndose en sus amargos recuerdos mientras intentaba aparentar que le prestaba atención a una comida demasiado simple como para dedicarle más que un simple vistazo antes de engullirla.

Dan devoró en dos bocados su cena y volvió rápidamente al baño.

Puso como excusa vestir su frío cuerpo, pero la verdad era que se escondía de los apenados ojos de esa mujer, que le habían mostrado que en su interior había algo más que esa helada apariencia y que le tentaban demasiado a demostrarle que esas palabras llenas de amargura eran del todo falsas.

¿Qué le habrían hecho a esa chica para que confiara más en su billetero que en la gente que la rodeaba...? Mientras que en un principio Dan pensó que el hombre que la había abandonado había hecho bien en huir, ahora no era capaz de apartar de su mente la imagen de esos apenados ojos y sólo deseaba dar con el bastardo que le había hecho daño a su pequeña gata salvaje para darle una lección.

¡Qué narices le estaba pasando! Victoria era la mujer más arisca e irritante que había tenido la desgracia de conocer y, aun así, esos ojos tristes y esa apariencia desamparada lo tentaban tanto como esos animalitos indefensos a los que recogía de la calle y a los que nunca podía resistirse a darles un hogar. Pero, a diferencia de esos agradecidos animales, Victoria nunca reconocería su ayuda y, definitivamente, él no era el hombre adecuado para tal tarea, ya que era demasiado despreocupado y alegre como para que alguna vez llegara a afectarle esa enfermedad que algunos padecían llamada amor.

Esa enfermedad que hacía que los hombres se volvieran idiotas o tremendamente celosos no era para él. Él nunca cometería ese error, y mucho menos con alguien como Victoria, una mujer que daba muchos problemas y que venía con una peluda carga adicional que lo odiaba irremediabilmente.

Tras vestirse y dejar de lado el recuerdo de esos hermosos ojos castaños que tanto lo habían afectado, Dan salió dispuesto una vez más a enfrentarse a esa fiera, pero se quedó embelesado unos instantes con la imagen que mostraba esa mujer cuando sus defensas al fin bajaban.

Se había dormido en un lado de la pequeña cama, acurrucada junto a una gran almohada que había colocado en mitad del colchón como una barrera indiscutible que separaba el terreno.

Dormida parecía tan pequeña, tan desvalida, tan necesitada de alguien que la ayudara a volver a creer en las personas... Dan la arropó con dulzura y observó su tierno rostro con más atención, dándose cuenta de que en él quedaban restos de unas lágrimas aún llenas de dolor. Acarició sus finos cabellos con delicadeza y no pudo resistirse a besar con ternura sus labios para desearle unos dulces sueños que acabaran con su dolor.

—Dulces sueños, princesa. Ojalá encuentres a alguien que te merezca... —Luego simplemente se apartó y cerró los puños, frustrado, con una promesa—... y yo, al hijo de puta que te hizo llorar, para darle una paliza.

Victoria suspiró apaciblemente en sueños, luego lo deleitó con una bella sonrisa y acurrucó más su dulce cuerpo contra la afortunada almohada que esa noche sería su única compañera en la cama, ya que, definitivamente, esa mujer era una tentación que se estaba haciendo un hueco en su corazón a cada momento que pasaba, y eso era algo que él no se podía permitir, así que, una vez más, Dan sencillamente se alejó de ella.

La inquisidora mirada de Henry lo siguió por toda la pequeña estancia, desaprobando que se hubiera acercado a su dueña, pero, como parecía estar demasiado hambriento como para jugarse su comida, no protestó y siguió diligentemente a Dan hacia el despacho de su clínica.

Allí, Dan intentó enseñarle su lugar: una roñosa manta en un lado y un cuenco de comida en el otro, mientras él se tumbó en el sofá intentando alejar la imagen de esa tentadora fémica de su mente.

Tres meses era demasiado tiempo para estar cerca de esa persona, un período en el que podía suceder cualquier cosa. Tal vez simplemente debería dejarlo pasar e intentar, como ella había propuesto, llevarse bien y soportarse mutuamente hasta que ese trimestre llegara a su fin.

Sí, definitivamente eso sería lo mejor. Cada uno tendría su espacio y él se encargaría de estar lo más lejos posible de ella. Tendría que dejar de meterse con Victoria y renunciar a la idea de irritarla lo suficiente como para que abandonara el

pueblo. Después de todo, él no era un hombre tan irracional. Era solamente que ella lo alteraba demasiado para su bien.

¡Decidido! A partir de ese momento se portaría con ella tan amablemente como con los habitantes de Whiterlande y utilizaría, si hacía falta, esa sonrisa hipócrita que tanto detestaba pero que le venía muy bien cuando quería conseguir algo. Tal vez la sonrisa lograra calmar su genio. Después de todo, ¿no se atraían más moscas con miel que con vinagre?

Resuelto finalmente a seguir un comportamiento apropiado con su salvaje gatita, ahora Dan tenía que ver cómo trataba con ese chuchó que se creía persona.

Dan lo observó devorar en unos instantes su cuenco de pienso, luego dio unas cien vueltas antes de decidirse a posar su quisquilloso trasero en la arrugada manta y desde allí no dejó de observarlo acusadoramente en todo momento. Finalmente, harto de todo, se levantó dignamente y, cogiendo entre sus fauces la ajada manta, la arrastró hasta donde se hallaba Dan, se peleó con ella mordiéndola con saña y, tras darle unas cuantas patadas y hacerla un arrugado e inservible fardo, se subió con algo de dificultad en el único hueco minúsculo que dejaba el cuerpo de Dan en el sofá de dos plazas.

—Sí, claro, me he negado el placer de pasar la noche junto a tu dueña para acabar durmiendo contigo —ironizó Dan mientras devolvía al insolente can a su lugar, el suelo—. ¡Ése es tu sitio! ¡Ésa, tu manta! Y ahora, ¡a dormir! —ordenó tajantemente Dan, enseñándole finalmente a ese perro cuál era su sitio.

Esa mañana Victoria se había levantado de muy buen humor.

Inexplicablemente, y después de mucho tiempo, había tenido uno de esos sueños que te hacen despertar con una sonrisa. Apenas recordaba algo de él, sólo unas dulces palabras de consuelo y el leve sabor de un beso que parecía muy real. En un principio pensó que ese oportunista de Dan había conseguido saltar su barrera y se había aprovechado de ella, pero más tarde se dio cuenta de que nadie más que ella había dormido en esa maltrecha cama.

Para que viera que no era ninguna desagradecida, después de volverse a poner su elegante traje que había lavado adecuadamente la noche anterior en ese estrecho lavabo y que, aunque estuviera un poco húmedo, era su única ropa, se decidió a hacer un rico y equilibrado desayuno. Por desgracia, la cocina de Dan era un desastre y sólo pudo hacer unas insulsas tostadas y un cuenco de cereales.

Cuando estuvo terminado, bajó un poco antes de la hora acordada en la que empezaría su trabajo, abrió la puerta del despacho de Dan y se quedó sorprendida con los extremos a los que podía realmente llegar la amabilidad de ese sujeto: mientras él se hallaba dormitando en el suelo con el único cobijo de una maltratada manta, Henry se expandía plácidamente en el sofá de dos plazas roncando a pata suelta.

Victoria cubrió a Dan con la manta y llenó el cuenco de Henry, quien no tardó en despertarse al oír cómo la comida caía en su plato. Henry se desperezó despacio y luego saltó por encima de Dan como si de un estorbo en su camino se tratase.

Cuando llegó a su plato y vio en él nuevamente el insulso pienso, Henry protestó con energía, pero al final se portó como un perro educado y tomó lo único que se le ofrecía. Eso sí, sin dejar de refunfuñar a cada momento.

Victoria colocó el desayuno junto a Dan, en una pequeña mesa de café llena de revistas de animales. Luego se dirigió a la recepción de la clínica dispuesta a hacer su trabajo con la mayor eficiencia posible para demostrarle a ese hombre lo que era capaz de hacer una Wilford.

Dan se levantó con el apetitoso aroma de unas tostadas recién hechas. Despertó lentamente de su aletargado sueño y desentumeció su cuerpo, que le dolía como si hubiera dormido sobre una losa de granito. No recordaba que ese sofá fuera tan duro cuando lo compró. De hecho, se había echado más de una siesta en él sin que su cuerpo se resintiera. En el instante en el que al fin se dio cuenta de que estaba sobre el duro suelo de su despacho con la ajada manta de ese chuchito, lo maldijo mil veces antes de decidir que lo mejor para Henry sería la castración.

Para su desgracia, tardó demasiado en despertarse, y un succulento desayuno, que parecía una agradecida muestra de paz de la fría princesa, acabó siendo devorado por ese baboso al que Dan estaba cada vez más decidido a dejar sin descendencia.

—Ése era mi desayuno, ¿verdad? —lo reprendió Dan, molesto—. Y ahora, ¿qué? —preguntó, dispuesto a hacer que ese animal se sintiera culpable. Pero el muy jodido saco de pulgas le acercó su cuenco de pienso medio vacío y lo colocó junto a la mesa.

—¡Ah, eso sí que no! ¡Ya me tienes muy hartito! —exclamó, sacando de su escritorio una réplica en plástico de un bisturí que en una ocasión le regalaron sus amigos de la universidad.

Henry pareció reconocer el instrumental médico, ya que salió despedido en busca de su dueña sin dejar de llorar desconsoladamente.

—¡Te lo advertí! —gritó Dan, dispuesto a aleccionar de una vez por todas a ese animal.

Victoria recibía alegremente a la primera cliente del día dispuesta a hacerle una ficha a su mascota y a enseñarle que las instalaciones eran lo suficientemente adecuadas para su collie de alto pedigrí que había ganado varios concursos de talento. Por suerte, ese can únicamente necesitaba un simple baño y un meticuloso corte de uñas antes de ponerse otra vez en marcha para un nuevo concurso estatal, así que su trabajo sólo consistiría en ser educada y presentarle al serio veterinario antes de darle un baño a ese hermoso ejemplar. Algo fácil de hacer, un trabajo con el que podrían ganar bastante, ya que tal vez hubiera una cuantiosa propina, y en el que nada podría salir mal.

O eso era lo que pensaba Victoria antes de que el *serio* veterinario saliera corriendo de su despacho, bisturí en mano, persiguiendo a Henry como un poseso mientras gritaba.

—¡Y lo pienso hacer sin anestesia, chucho inmundo!

—¡Dios mío! ¿Quién es ese maníaco? —preguntó alterada la cliente mientras abrazaba protectoramente a su querida mascota.

—El veterinario —respondió Victoria mientras bajaba sus ojos avergonzada.

La respuesta de la cliente no se hizo de rogar: un sonoro portazo de despedida resonó en toda la clínica.

—Para mí que este trabajo no va a ser tan fácil como parece —suspiró Victoria, resignada a reprender a ese par de animales, de los cuales ninguno parecía tener modales, en especial el sujeto que increpaba obtusamente a un perro recriminándole el haberse comido su desayuno.

—¡Dios! Y yo que creí que tía Mildred era difícil de tratar... Sin lugar a dudas, al lado de los habitantes de este pueblo, es una santa —concluyó la joven, dispuesta a contar los segundos que le faltaban para marcharse de ese extravagante sitio.

Capítulo 8

Clínica El Pequeño Pajarito

Era un nombre un tanto irónico para una persona de la talla de Dan Lowell, que dio lugar a un sinfín de burlas en mi mente, burlas que no quise expresar en voz alta para no romper la apacible tregua que se había establecido tácitamente entre nosotros, pero que sin duda apuntaría en mi agenda para recordar más tarde, por si acaso esa tregua finalizaba.

Se trataba de un pequeño dispensario con un apacible recibidor, donde un hermoso mostrador de madera para dos personas daba la bienvenida. Un ordenador bastante obsoleto y un fichero antiguo de metal, donde el desorden parecía ser la norma, completaban el mobiliario de la zona de recepción.

Un gran reloj de pared adornado con los ojos de un gato mostraba el lento discurrir de las horas mientras sus bigotes se movían al compás del tiempo. Las sillas colocadas alrededor de una pequeña mesa auxiliar, llena de las típicas revistas de cotilleos de la prensa rosa, parecían muy cómodas.

Para hacer la espera más amena, el preocupado dueño había pensado en todo: a un lado del mostrador había un pequeño mueble con una moderna cafetera y algunas pecaminosas galletitas, tanto para personas como para animales. Por desgracia, los variados productos que podían ser una buena venta complementaria, tales como correas, golosinas o juguetes para animales, habían sido bastante desatendidos al estar colocados de cualquier manera en un viejo expositor de metal junto a la entrada, que llamaba la atención únicamente por el polvo acumulado en él.

La clínica también poseía un pequeño despacho al que, tras echar un simple vistazo, catalogué como caos absoluto. En él, un hermoso escritorio de madera de roble apenas podía mostrar su esplendor debajo de una montaña de archivos y revistas de animales que se esparcían por doquier; solamente el horrendo sofá de dos plazas y la silla giratoria habían logrado evitar ser ocupadas por el desorden.

La estantería que había junto al sofá estaba llena de libros de medicina veterinaria, por lo que decidí que Dan podía llegar a tomarse su trabajo en serio si tan sólo lograba organizar un poco su vida.

La habitación donde finalmente eran atendidos los animales me fue vetada por el insistente veterinario. No obstante, pude echarle un fugaz vistazo cuando él tuvo que ir al pequeño baño de la entrada y me impresionó el orden que allí reinaba en comparación con el resto del local.

La gran mesa de metal estaba limpia y reluciente. Los armarios de los medicamentos e instrumental médico estaban en perfecto estado de revista. Además, había una gran balanza, bastante moderna, en el suelo y, en una estancia contigua, se encontraba un inmenso lavabo, sin duda alguna para el baño de los animales, y unas amplias jaulas. Todo impecable.

Tras decidir que el lugar era apto tanto para mí como para Henry, conseguí una confortable aunque minúscula cama para perros un poco ajustada para su enorme trasero y le ordené no moverse de allí aunque la clínica se incendiara, ya que él era el responsable de todos los problemas en los que siempre acababa metiéndome. Por suerte, Henry me obedeció dócilmente tras ser sobornado con una galletita de perros con sabor a chocolate.

Mi primer día de trabajo me mostró la rutina que debía seguir en la clínica de Dan. Rutina que no podía calificarse más que con el apelativo de un gran caos o, tal vez, de un tremendo desastre: las citas estaban mal tomadas, las fichas de los animales aparecían mezcladas y los precios eran irrisorios para la dedicación que se tomaba ese hombre en atender tanto a los animales como a las mujeres que venían solamente a molestar para escuchar algún chisme sobre la nueva empleada forzosa de la clínica de Dan.

Las viejas chismosas se sentaban apaciblemente, quejándose de todo, mientras no dejaban de acariciar una y otra vez el pelaje de esos gordos gatos que apenas cambiaban de postura en sus regazos. Se dedicaban a mirarme de arriba abajo con sus inquisidoras miradas y a poner en duda cada uno de mis movimientos y de mis intentos de poner orden en ese lugar, algo a lo que ya estaba acostumbrada, así que, para desgracia de esas ancianas, ninguna de sus protestas hizo mella en mí. Después de todo, tía Mildred siempre sería mucho peor.

Las quejas sobre que «el té que les servía estaba frío», que «las revistas no eran lo suficientemente interesantes» o que «las pastitas estaban duras», palidecían en comparación con el ser juzgada al milímetro por los duros reproches de Mildred Wilford al marcar los estándares que debía seguir cualquier persona que poseyera tan prestigioso apellido.

Atendí a esas *adorables* ancianas que sólo sabían criticar con una sonrisa en los

labios e intenté ser lo más amable posible ante sus impertinencias.

Eso pude sobrellevarlo sin problema.

Mi compañera de trabajo, a la que todavía no sabía si catalogar como una tremenda inútil o como una mujer demasiado lista para su bien, me hizo reflexionar sobre cómo piensan los hombres en realidad y aplaudí en silencio su forma de manejarlos con el simple movimiento de sus pestañas.

Increíblemente, la rubia explosiva que trabajaba junto a mí... bueno, que se limaba su preciosa manicura junto a mí, también sabía cómo lidiar con las envidiosas mujeres que la tachaban de descocada.

Cuando Nina se aburría de sus intentos de meterse con ella, conseguía liarlas en unas conversaciones sin sentido en las cuales ellas acababan confusas y desorientadas, preguntándose quién era en verdad la idiota allí. En más de una ocasión, quise hacerles saber la respuesta a esa cuestionable pregunta, pero, como no quería meterme en más líos, me limité a sonreír sutilmente al ver las jugadas de esa muchacha que no era tan idiota como algunos pensaban.

Esa parte de mi trabajo me divirtió.

Lo que no pude soportar fue la insistente jauría de jóvenes en celo que pasaban continuamente por la clínica con sus pequeños perritos de moda que cabían en sus bolsos, únicamente para echarle un vistazo al guapo veterinario al que intentaban una y otra vez atraer con sus encantos, encantos que mostraban con insistencia mientras hacían ojitos al preocupado veterinario, que en algunos aspectos era un verdadero idiota.

Ese hombre no se daba cuenta de que el pequeño pekinés de dulce apariencia que tosía levemente había sido entrenado por su dueña para que él le asistiera y ella pudiera coquetear vilmente con Dan.

No era que tuviese en muy alta estima a ese tipo o que tuviera celos de la hermosa sonrisa que les mostraba, más falsa que todas las que había visto en mi vida. Pero tenía que admitir que, pese a nuestras desavenencias, Dan parecía un buen hombre que sentía un inmenso amor por los animales.

Que su gran cariño se extendiera también a las demás mujeres del planeta era la razón por la que no quería estar demasiado tiempo junto a ese sujeto. Al parecer, las féminas de ese pueblo no estaban tan escarmentadas como yo con los hombres y suspiraban como locas enamoradas cada vez que el veterinario les dirigía su radiante sonrisa.

Dan se mostró como todo un profesional ante la fingida preocupación de la clienta

y la hizo adentrarse en la pequeña consulta para revisar al tembloroso animal. Cuando volvieron a recepción, yo le pasé a la sufrida dueña del pekinés una abultada factura acompañada de una esplendorosa sonrisa, ya que sabía que esa persona volvería una y otra vez sólo para hacerle ojitos a Dan.

—¿Qué es esto? Dan nunca me cobra estos precios tan desorbitados por una pequeña consulta. ¡Hay ocasiones en las que incluso examina gratis a mi *Tuti!* —exclamó ofendida la empalagosa fêmeina, mirándome con recelo.

—Lo siento, pero los precios han subido. La dedicación del señor Lowell es admirable, por lo que creo que se debería pagar en justa medida su minuta —repliqué muy profesionalmente.

La mujer me apuñaló con su mirada hasta que mi compañera, que parecía prestar suma atención a su nueva manicura, intervino.

—Lo siento, Tracy, pero Victoria tiene razón: el pobre Dan apenas llega a fin de mes, por lo que ha decidido subir un poco sus precios. Si no estáis de acuerdo con ello, le haré llegar vuestras quejas... aunque no sé si sus finanzas podrán soportar la pérdida de otro cliente...

A Nina sólo le faltó llorar para aumentar el dramatismo del momento... No, lo retiro: Nina soltó alguna que otra lagrimita, aumentando así la credibilidad de sus palabras.

Finalmente, ante mi asombro, la tal Tracy pagó la desorbitada suma no antes de exigirme una nueva cita para poder ayudar al pobre y necesitado veterinario al que todas adoraban. La agenda semanal de Dan se llenó muy rápidamente ante la perspectiva de no perder su turno para poder consolar al desamparado soltero que tantas dificultades estaba atravesando.

Mientras yo estaba ocupada consiguiendo más dinero para esa lamentable clínica y Nina repasaba una vez más sus uñas, Henry comenzó a hartarse de que nadie le prestara atención y yo comencé a ponerme nerviosa ante la perspectiva de que hiciera una de las suyas.

Primero intentó por todos los medios llegar junto a mí, pero el paso de clientas histéricas se lo impedía. Luego se sentó con cara lastimera y comenzó a aullar, algo a lo que yo ya estaba acostumbrada, por lo que no le presté demasiada atención. Y ése fue mi tremendo error, porque Henry Lancelot Wilford II nunca permitía que nadie ignorara su presencia.

Me miró ceñudamente desde un rincón, advirtiéndome de lo que se me avecinaba. Luego simplemente se levantó con languidez y dirigió su distinguida presencia hacia

las cómodas sillas donde los pequeños yorkshire terriers y algún que otro chihuahua descansaban plácidamente en sus cálidos bolsos de paseo. No temí que los agrediera, ya que Henry sólo mostraba su desagradable temperamento con las personas, así que en un principio respiré aliviada mientras intentaba apretar la agenda de Dan lo más posible para que todas esas idiotas fueran estafadas por igual.

Craso error, ya que Henry comenzó a murmurar en los oídos de los otros animales, a saber qué cosa, y todos comenzaron a aullar como unos descosidos mientras salían disparados en busca de la salida del local. Sus dueñas, ante el comportamiento de sus mascotas, salieron despedidas tras ellas y muy pronto, una sala que segundos antes estaba llena, permanecía ahora vacía con la única presencia de Henry, que me sacó la lengua gratamente satisfecho, mostrándome una de sus sonrisas más perrunas.

Rogué por que Dan volviera a salir de su consulta cuando sus acosadoras hubieran ocupado de nuevo sus respectivos asientos, pero nadie pareció escuchar mis plegarias, ya que él salió minutos después de que Henry volviera a su sitio, comportándose como el perrito bueno que nunca tendría yo el placer de llegar a ver.

—Y, sobre todo, Natalie, no te olvides de aplicarle a *Marie* esas gotas en los ojos tres veces al día para aliviar su leve conjuntivitis —comentaba alegremente Dan mientras acompañaba a su clienta hacia la recepción poco antes de percatarse de que ya no lo esperaba nadie más.

Dan me miró reprobadoramente, con unos fríos ojos azules que me advirtieron de que nuestra tregua estaba a punto de finalizar, y yo tomé aire e intenté explicar lo imposible a ese obtuso sujeto: que todo volvía a ser nuevamente culpa del maldito de Henry y su nefasto humor.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —exigió saber Dan señalándome la sala vacía, enfadado.

—Nada. He sugerido a las clientas que se dieran un descanso y volvieran cuando estuvieras un poco menos ocupado. En unos minutos... —comenté, recordando lo rápido que podían llegar a correr unos perros tan pequeños—... u horas, volverán —corregí con rapidez para no pillarme los dedos con mi flagrante mentira.

—¿Y no habréis hecho tú o tu perro algo para espantarlas, verdad? Lo digo porque las pertenencias de las clientas siguen aquí... —repuso Dan, señalándome los bolsos de mano y los abrigos olvidados.

—¿Yo? ¿Cómo puedes pensar algo tan terrible de mí? ¡Para su información, señor Lowell, siempre soy una empleada de lo más competente ante todas las

circunstancias! —repliqué altaneramente a un hombre que me miraba cada vez con más recelo tras cada una de mis palabras.

—¿Y Henry? —preguntó el suspicaz veterinario, llegando finalmente al quid de la cuestión.

—Henry... Bueno... Él se ha comportado como siempre hace —respondí, evasiva.

—Bien. Entonces estaré en mi despacho esperando a que vuelvan mis pacientes. Avísame cuando lo hagan y...

Dan se detuvo en su discurso cuando vio cómo Henry se acercaba lentamente al bolsito de paseo donde el hermoso yorkshire terrier blanco que Dan acababa de atender había sido colocado por su dueña unos instantes en el suelo. Henry murmuró unas cuantas protestas que hicieron temblar de miedo al pobre animal y finalmente, con el cuarto de sus gruñidos, el pobre animalito salió despedido hacia la calle tremendamente asustado, seguido muy de cerca por su asombrada dueña.

—Sí, ya veo lo bien que se ha comportado Henry, princesa. Parece que compartís las mismas malas pulgas —comentó un sarcástico Dan fulminándome con una de sus irónicas miradas.

—Dan, yo sólo he dicho que Henry se ha comportado como lo hace habitualmente. Nunca he llegado a precisar que su comportamiento fuera bueno —señalé impertinentemente, aludiendo al habitual error que todos parecían cometer ante la cara inocente de ese saco de pulgas.

—Muy bien, señorita Remilgos, muchas gracias por su explicación. Ahora hazme un favor: limpia los estantes y pon algo de orden en esos malditos archivos. Y en cuanto a ti... —declaró un alterado Dan señalando acusadoramente a Henry, quien en esos instantes estaba muy ocupado lamiéndose las pelotas—... ¡desde mañana te queda vetada la entrada a esta clínica! —Henry siguió a lo suyo mientras Dan continuaba su sermón—. Así que olvídate de estar constantemente detrás de los zapatos de Victoria —finalizó, con una páfida sonrisa al ver que, tras esas palabras, el chucho parecía prestarle atención, pues abrió sus ojos altamente ofendido y gimió desconsoladamente junto a mí... durante interminables horas.

Cabreada y sin paciencia alguna después de que ese desaprensivo se encerrara en su despacho abandonándome a las quejas de ese penoso animal, grité furiosa a la inanimada madera que suponía una barrera necesaria para que nuestros genios no se inflamaran más de lo necesario.

—¡Muchas gracias, Dan Lowell! —chillé histérica, tomándome a continuación mi cuarta pastilla para el dolor de cabeza y rogando que Henry quedara afónico.

—¡Muchas de nada! —oí tras la puerta, acompañado de unas fuertes carcajadas.

Habían pasado ya tres semanas desde el lamentable primer día de trabajo de Victoria.

Después de una rápida mudanza por parte de sus molestos inquilinos a una modesta y bonita casa algo aislada, propiedad de su padre, un hombre que simplemente se rio ante la mención de los ataques que había recibido por parte de esos dos animalejos de alto pedigrí, Dan había llegado a una conclusión: ese saco de pulgas sin duda alguna lo odiaba, y más aún después de restringirle el acceso a su adorada dueña.

Como Victoria se negaba rotundamente a dejar solo a ese desgraciado animal, él tenía que permitir que el baboso chucho se quedara en su apartamento mientras su eficiente y forzosa empleada cumplía con sus tareas en la clínica. Ante el asombro de Dan, Victoria tuvo que introducir el número de su clínica en marcación rápida en el teléfono inalámbrico de casa y dejarlo junto al chucho para que éste se tranquilizara.

Si Dan pensó que eso era una medida bastante estúpida, ya que ningún perro era capaz de hacer tal prodigio como efectuar una llamada telefónica, salió de su error cuando vio la interminable factura de teléfono que llegó a su nombre. Según la específica factura, ese chucho se pasaba casi todo el día colgado del teléfono como un adolescente enamorado.

Definitivamente eso era imposible. Ese molesto chucho no podía llamar a la clínica intencionadamente una y otra vez para hablar con Victoria. Y si fuera el caso, ¿de qué narices hablaban esos dos para que la factura fuera de cuatro malditas páginas? Dan salió de su despacho hecho una furia, dispuesto a enfrentarse a la señorita Desdén y hacerle tragar a ese gordo saco de pulgas la factura si llegaba a tocarle mucho las narices.

Y fue en ese preciso instante cuando escuchó la conversación más absurda que podía imaginar, una a la que las asiduas cotillas del lugar no dejaban de prestar suma atención.

—¡Henry, te he dicho mil veces que no me llames más para expresarme tus quejas! ¡Saldré del trabajo cuando pueda y punto! —reprendió seriamente Victoria a su eterno enamorado—. ¡No llores más! Te he dejado bastante comida para alimentar a dos como tú, y te recuerdo que estás a régimen, así que no intentes... —tras un instante de silencio, Victoria exclamó—: ¡Henry! ¡Estoy oyendo cómo abres los

muebles de la cocina! ¡Deja eso inmediatamente! ¡Y no pongas la tele para disimular que estás en el sofá, sé reconocer a la perfección tus gruñidos de niño mimado! ¡Henry! ¡Henry! ¿Me estás escuchando?

Dan negó con la cabeza ante tan absurdo comportamiento como era el hablarle a un perro, y más todavía a través del teléfono. Luego, enfadado, volvió a mirar la factura y tomó una decisión. Le arrebató el teléfono a Victoria y gritó como un poseso.

—¡Escúchame bien, estúpido baboso! ¡Como vuelvas a molestar a mi empleada no dudaré a la hora de utilizar mi escalpelo, así que deja de llamar de una maldita vez! —amenazó furiosamente el ejemplar veterinario ante el asombro de todas las cotillas, que comenzaron a murmurar.

—¡Y tú! —Señaló bastante molesto el airado veterinario, poniendo frente a los ojos de Victoria la exorbitante factura—. Siento interrumpir la romántica conversación que mantenías con tu amorcito. Estaba dispuesto a esperar hasta la empalagosa parte de «Cuelga tú; no, mejor tú...», pero esto me hizo desistir de esperar por más tiempo —ironizó Dan antes de dejar con brusquedad la factura sobre el mostrador—. Haz el favor de atar en corto a ese indeseable cuando vengas a trabajar y, te lo advierto, ¡desde hoy las llamadas privadas están totalmente prohibidas! —terminó, solventando el problema de una vez por todas.

O eso era lo que pensaba Dan hasta que recibió una nueva factura donde esta vez se reflejaba que el perro había logrado hacer llamadas al extranjero... y los chismes sobre su amor no correspondido hacia Victoria comenzaron a rondar por todo el pueblo.

Cuando creí que al fin podría pasar mis días pacíficamente en ese lugar a pesar de las impertinencias de Henry, de las obtusas bromas de Dan, de las viejas cotillas, de las jóvenes acosadoras y de todos los molestos chismorreos que circulaban sobre mí en ese horrendo pueblo, recibí una llamada que hizo que finalmente me rindiera a la locura.

Todo empezó un pacífico lunes, cuando tuve la maravillosa idea de contestar a una llamada de teléfono a mi móvil procedente de un número desconocido, pensando que quizá fuera mi amorosa tía que había vuelto a perder su obsoleto teléfono y comprado uno nuevo que, como siempre, no sabía utilizar. Así que contesté alegremente con una sonrisa, que no tardó demasiado en borrarse de mi rostro.

—¿Diga?

—Hola, Victoria. Soy yo, Jennifer —me saludó mi amiga.

—¿Qué quieres? —pregunté con brusquedad, recordando repentinamente todo el dolor que me había provocado su traición.

—Iré directa al grano porque sé que no me concederás mucho tiempo: quiero que me perdones, Victoria. Quiero que volvamos a ser amigas. Te echo mucho de menos y creo que nuestra amistad nunca debería haberse roto por un hombre.

Ante sus palabras, dudé por unos instantes, parecían tan sinceras, tan arrepentidas... que pensé en perdonarla y, como siempre tras confiar en alguien, volví a quedar como una idiota.

—Creo que tal vez tengas razón. Ya ha pasado bastante tiempo desde nuestras desavenencias y deberíamos pasar página ante aquel lamentable... incidente. Después de todo, Peter no era para tanto.

—¡Perfecto! ¡Entonces, ya que las cosas entre nosotras al final se han aclarado, te voy a invitar a mi boda! Me caso dentro de seis meses... con Peter —me comunicó feliz la muy hija de... Pero me tragué la amargura y contesté con la mayor entereza que pude.

—Te deseo lo mejor. ¡Ah! Y un consejo te doy: no permitas que otra que no seas tú le enseñe una casa. Ya sabes lo que suele pasarle a Peter con las habitaciones nuevas: no le importa demasiado con quién pueda llegar a estrenarlas —ironicé furiosa poco antes de colgar el teléfono.

Cuando alcé mi rostro, tuve la desgracia de toparme con la siempre perfecta sonrisa de Dan, que me recordó a la de un idiota al que una vez amé. Lágrimas de frustración llenaron mis ojos sin que pudiera evitarlo. La oportuna reprimenda que Dan iba a dedicarme por atender llamadas personales en el trabajo nunca salió de sus labios.

—No te preocupes. Ya he aprendido la lección —le aseguré, limpiando de mi rostro el dolor producido por la traición, aunque no de mi corazón.

Luego simplemente continué inmersa en mi trabajo, intentando olvidar la deslealtad, el dolor y el motivo por el que seguramente me había llamado Jennifer, además de para regocijarse en su victoria: los Wilford siempre regalábamos bonitos y caros obsequios.

Tras ver el dolor de esos ojos, me escondí en mi despacho.

Mientras miraba su rostro, tuve que retener mi imprudente cuerpo, que sólo quería

abrazarla con fuerza contra mi pecho y asegurarle que nadie más la haría sufrir. Pero yo no era un hombre adecuado para ella, por lo que me quedé de pie como un idiota mirando sus lágrimas y apretando enérgicamente los puños para no ceder a la tentación.

A lo largo de las semanas no había podido dejar de pensar en ella, y tenerla todos los días frente a mí me complicaba el ignorarla. Por las noche soñaba con quitarle esa rígida apariencia de niña mimada a base de algún que otro duro revolcón entre mis sábanas, que, aunque no fueran de seda, cumplían muy bien su función.

Por las mañanas, su inquietante perfume y sus atractivos movimientos me llenaban de frustración por querer encerrarla en mi despacho para incumplir mi norma de no acostarme con empleadas, y cuando discutía con ella era lo peor: ella era tan tan... eficiente.

Todo lo contrario a mí.

En pocos días había ordenado todos los archivos y mi ruinoso despacho, aumentado las ventas de los artículos de uso animal y conseguido que, por una vez en la vida, los números cuadrasen. Si seguía así, quizá esta vez pudiera llegar a pagar la cuota de mi hipoteca y acabar con esa orden de embargo que ya comenzaba a rondarme.

Victoria era tremendamente competente, tan perfecta que, cuando discutíamos y ella comenzaba a alzarse sobre mí con sus impertinentes insultos de niña mimada, yo sólo deseaba arrancarle esa apariencia de niña rica tumbándola en el suelo y deleitándome con cada uno de los gemidos que podría hacer salir de sus labios con el leve toque de mis caricias. Me había imaginado la manera en la que ella pronunciaría mi nombre en medio de la pasión una y otra vez mientras yo me enterraba profundamente en su cuerpo.

Para mi intranquilidad, esas imágenes calenturientas no dejaban de perseguirme, y estaba tan tentado de ceder a la locura que la simple visión de esos ojos llenos de dolor me habían hecho querer consolarla de mil maneras distintas: con mis brazos, al sujetarla fuertemente contra mi pecho; con mis labios, al borrar cada una de sus lágrimas; con mi cuerpo, al hacerle recordar lo que era ser una hermosa mujer deseada; con mis caricias, al adorar todo su ser...

Quería borrar todo el dolor de sus ojos para siempre, pero alguien como yo no sabía cómo obrar tal milagro. Así que, simplemente, me senté en mi despacho huyendo de mis deseos y rogando por que éstos no me llegaran a tentar demasiado, porque entonces tal vez cometería la locura de intentar ser el hombre que ella

necesitaba.

Capítulo 9

Después de terminar el duro día de trabajo, que había desarrollado un tanto ausente, ya que su mente y su corazón estaban hundidos por la noticia que su supuesta amiga le había proporcionado, Victoria se despidió de Nina y de su hermosa manicura y cerró la clínica quedándose a solas con el apuesto veterinario, que parecía haberla esquivado durante toda la jornada. Tal vez Dan fuera uno de esos hombres que no sabían qué hacer ante las lágrimas de una mujer y verlas tan de cerca lo asustaba demasiado.

Finalmente, dispuesta a dar fin a ese nefasto día y volver a casa para sentarse frente al televisor con un gran bol de helado de chocolate que acompañaría sus quejas mientras le gritaba a las protagonistas de las empalagosas películas románticas que no se enamoraran, coreada por los aullidos de Henry, que parecía estar de acuerdo con ella en esos momentos, Victoria se dirigió hacia el despacho de Dan, donde éste debería estar revisando sus facturas pendientes una vez más. Aunque lo más seguro fuera que estuviera entretenido con alguno de esos estúpidos juegos de su móvil, enviciado como un inmaduro adolescente. Tal vez por eso, la mitad de las veces ese trasto de última generación que siempre llevaba consigo se encontraba sin batería.

Cuando abrió despacio la puerta, Victoria halló ante sí una imagen que le hizo darse cuenta de la dedicación de ese hombre hacia su trabajo: Dan estaba profundamente dormido encima de su libro de cuentas, y entre sus manos descansaba alguna que otra advertencia de embargo de su banco.

Las facturas de los clientes que lo evitaban habían sido divididas y señaladas con unos pequeños post-it en varias categorías: «Definitivamente no pueden pagarme», «Tal vez lo hagan poco a poco» y «Me evitan, aunque los muy cabrones tienen dinero».

Victoria sonrió ante la original forma que tenía Dan de clasificar sus problemas y tocó levemente su hombro para despertarlo.

—Dan, ya es la hora de cerrar la clínica.

Tras ver que sus leves toques no conseguían despertar a ese hombre en absoluto, lo zarandeó un poco, consiguiendo que finalmente se moviera soñolientamente y cambiara de postura.

—Mamá, déjame descansar un poco más —se quejó Dan intentando volver a su agradable sueño—. Estoy teniendo un bonito sueño y aún no quiero despertar...

—¿Y qué estás soñando? —le susurró Victoria al oído, dispuesta a aprovechar la confusión de ese adormilado hombre para enterarse de sus escabrosos secretos.

—Que le devuelvo la alegría a una mujer que ya no recuerda cómo es sonreír... —contestó Dan, despertando al fin de su sueño y enfrentándose a la triste mirada de Victoria, que tantas veces había tratado de evitar ese día.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo hacías? —preguntó Victoria cuando sus ojos se encontraron finalmente.

—Así, princesa —anunció Dan, poco antes de hacer que Victoria cayera en su regazo y sus labios probaran al fin la fruta prohibida que era esa mujer y que tantas veces le había tentado con su sola presencia.

Dan la besó con dulzura, deleitándose con su pecaminoso sabor. Separó sus labios lentamente con los suyos, y su lengua buscó una respuesta a sus atrevidos avances, que sin duda serían fulminantemente rechazados... pero ella tan sólo gimió, aceptándolo por completo mientras respondía a ese beso con la misma arrolladora pasión con la que Dan lo había iniciado.

Él la acomodó en su regazo sin abandonar en ningún momento sus adictivos besos, que le hacían desear cada vez más de esa arrolladora pasión que los envolvía. Atrajo a Victoria junto a él hasta que no quedó espacio alguno para un instante de duda o de remordimiento por lo que sus cuerpos querían.

Victoria se alzaba a horcajadas sobre el cuerpo de Dan en una minúscula silla que apenas les permitía moverse, pero ellos no necesitaban más. Las manos de Dan se movieron solas: mientras una de ellas impedía que Victoria rechazara sus besos sujetando fuertemente sus hermosos cabellos, la otra la despojaba de su elegante chaqueta, que ahora limitaba el placer de poder deleitarse con la visión de su cuerpo.

Victoria gemía, respondiendo con abandono a cada uno de los avances de Dan, y lo ayudó a deshacerse de su ropa sin dejar de jugar con el atrayente hombre que la hacía olvidarse de todo con el simple roce de sus caricias.

Dan arrojó a un lado la fastidiosa prenda y, ante el seductor panorama que representaban los hermosos senos de Victoria tapados por una leve blusa blanca bastante transparente, sus impetuosas manos se deshicieron con rapidez de tal molestia abriéndola con brusquedad para dejar expuestos a su ávida mirada los tentadores pechos cubiertos por un escueto sujetador negro.

Dan no se molestó en apartar más prendas del ardiente cuerpo de Victoria.

Simplemente bajó con sus dientes el lujoso sostén hasta dejar libres sus senos, y sujetó la espalda de Victoria con sus fuertes manos poco antes de comenzar a adorar su cuerpo con las caricias de sus labios.

Dan besó con dulzura sus enhiestos pezones hasta obtener algún apasionado gemido del cuerpo de esa mujer que en esos instantes lo volvía loco con sus movimientos que buscaban con impaciencia la unión de sus cuerpos.

A pesar de que su impaciente y erguido miembro le exigía hundirse una y otra vez en el cuerpo de Victoria, Dan no se apresuró en sus deseos, ya que esa noche era para ella. Él le haría olvidar todo aquello que no fuera la arrolladora pasión que los envolvía, y borraría de su rostro esa tristeza que tanto lo afectaba.

Su boca jugueteó con sus pezones, succionándolos y mordisqueándolos, mientras Victoria arqueaba su espalda ofreciendo su cuerpo a la pasión del momento. Dan no dudó en aumentar su goce acariciando con lentitud una de sus hermosas piernas envueltas en unas caras medias de seda hasta llegar al borde de su falda, que alzó para dar con la ropa interior más atrayente que había visto nunca: un fino y delicado ligero negro sujetaba sus medias; eso lo atrajo... pero el minúsculo y diabólico tanga transparente con un elaborado bordado le hizo olvidar todas sus buenas intenciones de ir con lentitud.

—¡Dios! ¿Esto es lo que llevabas puesto todos los días debajo de tu rígido traje mientras trabajabas? —exclamó Dan jugando con la parte trasera del delicado tanga del que ahora tiraba haciéndola humedecer con el simple roce de la refinada tela.

—Sí... Me gusta... la ropa interior... elegante —gimió Victoria, moviéndose descontroladamente sobre su regazo en busca de su placer.

—Princesa, esta lencería no es elegante: es pecaminosa, lasciva, un tanto pervertida, pero no... elegante —Sonrió lascivamente mientras observaba cómo Victoria se movía encima de él, próxima al orgasmo.

—La dependienta... me aseguró... que era elegante... Y además... yo necesitaba... algo distinto —contestó Victoria entrecortadamente sin poder resistir el placer de las caricias de Dan, que finalmente había desistido de su pérfido juego con su ropa interior y se adentraba en su húmedo interior.

Dan acarició con lentitud su clítoris, haciéndola gritar sobre su regazo, pero, cuando uno de sus dedos estaba a punto de adentrarse en ella, cesó en sus caricias.

—¿Por qué necesitabas algo distinto? —preguntó Dan, negándose a seguir con sus provocadoras caricias si sus preguntas no eran contestadas.

Victoria esquivó su mirada, pero la fuerte mano de Dan volvió su rostro haciendo

que sus ojos nuevamente se encontraran.

—Porque alguien me dijo en una ocasión que yo nunca podría llegar a tentar a un hombre, y por eso yo...

—Mírame —ordenó seriamente Dan, haciéndola desistir de volver a esconder su mirada—. Te puedo asegurar que, a pesar de lo que creas de mí, esta respuesta no la consiguen todas las mujeres, y menos aún una a la que no desee —aseguró Dan, acomodando la mano de Victoria sobre su erguido e impaciente miembro, el cual Victoria comenzó a acariciar con curiosidad.

—En cuanto a lo de ser una tentación, te puedo garantizar que para mí lo eres a cada momento. No ha habido un día desde que te conocí en el que no haya deseado tumbarte en algún lugar de mi despacho para hundirme profundamente en tu cuerpo —confesó Dan intentando ser serio en sus palabras, aunque las manos que sacaban su miembro de su encierro definitivamente lo distraían.

—Demuéstrame que tus palabras son verdad —pidió Victoria, mientras se acomodaba sobre su miembro y lo introducía lentamente en su interior.

—¡Oh, no dudes que lo haré una y otra vez, princesa! —gimió Dan alzando sus caderas a la vez que se hundía profundamente en su interior.

Dan acogió el trasero de Victoria entre sus fuertes manos, marcando el ritmo del placer a la vez que su boca no dejaba de saborear la tentación que representaban esos succulentos pechos que se bamboleaban frente a su cara con cada uno de sus movimientos.

Ella arañó su espalda hundiendo profundamente las uñas en su piel, marcándolo como suyo en medio del placer, algo que a Dan le excitó, ya que su miembro aumentó su tamaño, y él, el ímpetu de sus embestidas.

La diosa que se alzaba casi desnuda sobre él lo llevaba al límite del placer. Sus gemidos y sus gritos sólo incrementaban su deseo por hacerla llegar a la cumbre del goce, así que Dan usó una de sus manos para acariciar el sensible clítoris y hacerla estallar. Ella sonrió en mitad del clímax, una sonrisa tan bonita que Dan no dudó en hacerla llegar otra vez para deleitarse con ella, así que se levantó de la silla haciendo que Victoria rodeara sus caderas con sus largas piernas y la condujo hacia el sofá, donde la acomodó sin salir en ningún momento del placer que representaba su cuerpo.

Victoria lo despojó de su camisa, exponiendo su desnudo torso, y recorrió su cuerpo con una mirada llena de deseo. Dan sonrió satisfecho, y encerró sus dulces manos entre las suyas para evitar que marcara una vez más su espalda, haciéndole llegar antes de tiempo.

Mientras sus ojos no perdían de vista ni por un momento la reacción de su excitada anatomía, Dan llenaba el cuerpo de Victoria con sus lentas acometidas haciéndole olvidarse de todo, tal y como prometió. Cuando el placer estuvo nuevamente cerca de arrollarla, él aumento sus acometidas y ella se perdió entre los brazos de su amante llegando a las cumbres del placer.

Dan intentó resistir un poco más, pero su salvaje gatita mordió su hombro en mitad de su orgasmo y finalmente él se derramó en ella, abandonándose a un placer que nunca había sido tan intenso.

El apuesto veterinario se deleitó una vez más con la hermosa sonrisa de Victoria, hasta que su calenturienta mente se dio cuenta de lo que había hecho...

¡Mierda! Finalmente había roto una de sus reglas, esa que era la más necesaria de todas para que la paz en el trabajo se mantuviera, esa que mantenía que un jefe nunca se acuesta con su empleada por muy buena que ésta esté. Y más aún cuando se trataba de una empleada temporal forzosa a la cual no podría despedir a la mañana siguiente si las cosas se volvían algo incómodas.

Victoria pareció percibir su renuente actitud por lo sucedido, ya que la sonrisa se borró de su rostro y emitió un insolente suspiro acompañado por una leve negación que sólo podía significar lo decepcionada que se sentía por su respuesta ante tal situación.

Dan quiso explicarse, pero ella no le dejó hablar. Simplemente le dio la espalda mientras recomponía su ropa. Él la miró sintiéndose torpe e inútil ante tan incómodo momento, abrochó sus pantalones e intentó buscar su camisa entre el desorden de la habitación.

Victoria se agachó para recoger su cara blusa, que en algún momento de la noche había acabado debajo del sofá, cuando de repente sintió cómo unos fuertes brazos la acogían uniendo su desnuda espalda con el cálido pecho de un hombre que no sabía cómo pedir perdón.

—Sólo quiero hacerte olvidar... —susurró a su oído mientras sus brazos se negaban a dejarla ir.

—Sólo quiero olvidar este día... —contestó ella, acallando las excusas con un beso tras el que los dos volvieron a fundirse en una arrolladora pasión que les hizo dejar de lado todas y cada una de las diferencias que los separaban.

A la mañana siguiente dejé a Dan durmiendo en el estrecho sofá mientras subía al

apartamento, donde Henry me miró con ojos acusadores que no paraban de seguirme impertinentemente por toda la minúscula vivienda de ese embaucador.

El lugar era ahora un desastre de babas, pelos y desorden, todo aportación del furioso Henry, que me ladró una y otra vez su amargo descontento a la vez que parecía decirme con su mirada: «Sé lo que has hecho».

Yo me limité a rellenar su plato con comida para hacerlo callar y arreglé un poco el desastre causado por ese chuchito rencoroso, que no me permitiría olvidar con facilidad lo ocurrido. Luego adecenté mi elegante traje lo mejor que pude, ya que no me daba tiempo a volver a casa antes de que mi jornada comenzase; saqué a pasear a Henry antes de que su vejiga explotase y volví para abrir nuevamente esa clínica, cuyo dueño tantos quebraderos de cabeza me traía.

Mientras paseaba con mi enfurruñado compañero, pensé en la noche pasada, en que realmente ese hombre había conseguido hacerme olvidar mi dolor con sus caricias, con su forma de hacer el amor y con sus bromas, que lograron que me riera en los momentos más incómodos cuando nos envolvía el silencio de una situación embarazosa en la que los dos habíamos pecado de ingenuos al intentar negar nuestro deseo.

Pensé de qué manera podría yo ayudar a ese hombre que tanto me desesperaba y atraía a la vez, y el recuerdo de unas facturas sin pagar acudió a mi mente. Yo sólo quería agradecerle el haberme hecho olvidar. Sabía que esa noche sería única y que no se volvería a repetir, ya que había aprendido de la peor manera posible a no ilusionarme con los hombres, y menos con uno tan parecido a aquel que me traicionó. Pero si algo bueno tenía Dan era que, a pesar de sus falsas sonrisas, podía llegar a ser enormemente sincero. Y su mirada de arrepentimiento me dijo lo que ya esperaba escuchar de sus labios, aunque no me quedé para oír esas palabras salir de su boca: que para él esa noche sólo había sido un error... mientras que para mí sería algo que recordaría siempre, ya que por primera vez en años me había sentido verdaderamente amada por alguien.

Miré el talonario de cheques de mi tía de forma un tanto reflexiva y observé con atención la parte que aún seguía en blanco, pero con la firma de tía Mildred estampada y el absurdo concepto de «gastos para Henry».

Tras pensar en ello sólo unos momentos, me dirigí al banco que tantas preocupaciones le traía a Dan y acabé con sus dificultades con el firme movimiento de mi pluma. En un solo instante solucioné todos sus problemas. Yo no esperaba nada a cambio de mi ayuda, pero sin duda mi gesto sería visto con buenos ojos y nuestra

tregua permanecería, aunque nunca más volvería a repetirse el calor de esa noche que perduraría para siempre en mis más profundos recuerdos.

Dan apareció en su clínica una hora tarde, aunque su eficiente empleada había logrado entretener a los asiduos visitantes con una grata sonrisa. Esa mujer parecía saber cómo manejar a las ancianas chismosas sin ningún problema, así como a los solteros del lugar, que habían empezado a acudir a la clínica tanto por la bella Nina como por la arisca Victoria, quien, a pesar de que en ocasiones los tratara con altivez, siempre parecía tener una sonrisa para ellos. Algo que muy pronto tendría que cortar por lo sano si no quería que Dan comenzara a castrar a todo bicho viviente que se aproximara a ella.

Y es que, desde hacía un par de semanas, Dan no aguantaba las miraditas que le dedicaban algunos de esos libidinosos solteros de Whiterlande a Victoria, pero desde la pasada noche las cosas habían empeorado, ya que cualquier hombre que se acercara demasiado a ella era una potencial víctima para ser golpeada una y otra vez, desahogando así su frustración al haberse levantado solo y sin saber hacia dónde los llevaría esa imprudente noche que nunca podría borrar de su mente.

¿Serían celos la rabia que sentía cada vez que observaba a otro hombre arrimarse mínimamente a ella? No, eso no era posible: Dan no era un tipo celoso. Por si acaso, preguntaría a su cuñado, Alan. Tal vez él tuviera una solución para los posesivos pensamientos que lo abordaban cada vez que la tenía cerca.

Esa mujer no era como las demás.

De sus labios no había salido ni una palabra sobre lo ocurrido. Por lo visto, para ella él había sido una simple aventura de una noche. Esa idea no le agradaba demasiado, pero Dan guardó silencio dispuesto a que la tregua que se había instalado entre ellos permaneciera un poco más. Finalmente, tras despejar su mente con un fuerte café hecho, cómo no, por la eficiente Victoria, dio comienzo a la inmensa lista de pacientes que últimamente se había incrementado y que, en su mayoría, eran todas mujeres solteras un tanto paranoicas que creían que sus mascotas tenían las enfermedades más inusuales.

Ante la atenta mirada de Victoria, Tatiana, una exuberante rubia de gran delantera, se agarró con desesperación a su brazo mientras le contaba con todo lujo de detalles los síntomas de su gata de angora, que lo miraba con bastante recelo desde su transportín.

Victoria observaba con atención a la nueva clienta que se aferraba a Dan como una persistente garrapata. Se sintió tentada de rociarla con un espray matabichos, a ver si así conseguía despegarla, pero se lo pensó dos veces ante la idea de dañar al bello gato gris de hermoso pelaje que la acompañaba y que, sin duda y debido a la molesta mirada que le dirigía a su dueña, ya estaba más que harta de su insistente comportamiento.

—*Fifi* últimamente está muy inquieta. ¡Creo que puede tener algo grave, pues estornuda y tose a cada momento, tiene mocos y le cuesta respirar! Además, le lagrimean los ojos y no para de rascarse con mis muebles de una forma bastante molesta. ¿Crees que estará en celo? —cuestionó la afligida joven mientras no dejaba de refregar su delantera contra el fuerte brazo de Dan, a quien tenía muy bien agarrado.

Victoria y Nina se miraron preguntándose mutuamente y en silencio quién estaría en celo, si la dueña de ese hermoso animal que no cesaba de contonearse contra el cotizado soltero del lugar o la gata, que parecía dormitar en su sobrecargado transportín. Sin duda alguna, ambas llegaron a la misma conclusión: la dueña.

—No te preocupes, Tatiana. Lo más probable es que sea una simple alergia —comentó alegremente el amable veterinario conduciendo a su paciente hacia la consulta.

—¿Tú crees? ¿Y si es algo más grave? Como ves, *Fifi* está muy inquieta.

La gata miró a su dueña con gran pasividad desde su transportín, y le dirigió una cortante mirada que no podía ser interpretada de otra forma que no fuera «Te lo estás inventado todo», y luego, simplemente, estornudó de la manera más falsa posible, exigiendo poco después con sus maullidos la recompensa a la que sin duda estaba acostumbrada.

—No te preocupes, le haré una revisión con todo lujo de detalles para asegurarme de que no es nada grave.

—Creo que tal vez deberías venir a mi casa este fin de semana para asegurarte de su estado. Ya sabes que no tienes que temer nada de mí, Dan. Después de todo, soy virgen y apenas sé tratar con los hombres, y mucho menos tentarlos —confesó dulce y desvergonzadamente la mujer mientras aparentaba una inocencia que sin duda no tenía, ya que, con el poco tiempo que Victoria llevaba allí, ya había escuchado el preocupado cotilleo de algún que otro hombre que aseguraba haber sido «el

primero» en estar con esa tentadora mujer.

Victoria no pudo resistir la ironía del momento y de sus labios escapó una insolente frase.

—Pero bueno, ¿cuántas vidas tiene ese gato?

—¡Míau! —contestó Nina, haciéndose eco de su impertinente broma.

Con ello, las dos se ganaron una mirada bastante furiosa de la ofendida joven y una regañina de su jefe, quien las mandó a ordenar los archivos. Pero, dado que los archivos estaban bastante ordenados, Nina y Victoria simplemente se tomaron un café a la espera de observar con atención la actuación de la siguiente paciente ante el apuesto y soltero veterinario.

¡Al fin tenía un momento de descanso!

Dada la amplia lista de animales que fueron a visitarlo una y otra vez durante esa semana, tal vez los números esta vez cuadrasen y pudiera ponerse al día con alguna de sus facturas, así que Dan se infundió valor antes de levantar el teléfono y llamar al banco dispuesto a suplicar una vez más unos días para aplazar el pago de sus atrasos.

En cuanto comenzó a hablar con el director de la entidad sobre la hipoteca, éste le informó, muy alegre, de que ésta había sido liquidada en su totalidad y de que su clínica, El Pequeño Pajarito, estaba libre de cualquier carga o deuda.

Dan no tuvo ninguna duda sobre quién había sido la persona responsable de ese milagro, la única mujer que podía solucionarlo todo con un simple gesto de su billetera. Colgó el teléfono, bastante molesto con la idea de que alguien hubiera solucionado todos sus problemas en un solo día y de un modo tan simple, poco antes de que comenzaran a hablarle sobre los beneficios de una nueva tarjeta de crédito.

¿Quién narices se creía que era esa ricachona para refregarle su dinero por la cara? Si él no había pedido ayuda a sus más allegados para poner fin al lío de sus finanzas, ¿quién era ella para hacerlo sin su consentimiento? Que Victoria pudiera gastarse mucho dinero despreocupadamente no significaba que él lo aceptara. ¡Ni él ni su clínica eran una maldita obra de caridad, y el que se hubieran acostado no le daba derecho alguno a entrometerse en su vida!

En cuanto pudiera, pensaba dejarle muy claro a esa mujer cuál era su posición, ¡y como que se llamaba Dan Lowell que le devolvería hasta el último centavo a esa remilgada princesita que únicamente sabía hacer ostentación de su alta posición y su cuantiosa cuenta corriente!

De hecho, ¿para qué esperar ni un segundo más por una tregua que sin duda alguna ella había roto al tratarlo atrevidamente como un caso de beneficencia? ¡Dan Lowell nunca se dejaría manejar por ninguna mujer, por mucho dinero que ésta tuviera, ya que él no estaba en venta!

Para poder sobrellevar el día a día en ese pueblo, Victoria aprendió a tener paciencia, mucha paciencia. Especialmente cuando los pueblerinos del lugar la tomaban por idiota, como trataban de hacer en esos momentos.

En ese día había visto al mismo pobre animal por lo menos seis veces. A lo largo de la semana, ese hermoso labrador había pasado por decenas de cambios de imagen nada favorecedores para su bien y, al contrario que el endiablado saco de pulgas que siempre la esperaba en casa para perseguirla continuamente ladrándole cada una de sus exigencias, *Smokie* era un santo.

—¡Hola, *Smokie*! —saludó cariñosamente Victoria a ese tranquilo can con una jovial caricia mientras el joven que lo acompañaba intentaba convencerla de que ese perro con rastas no era el viejo labrador que siempre la saludaba un tanto resignado.

—No es *Smokie*, es... ¡es *Charlie*, mi nueva mascota! Lo he adoptado y he venido para que Dan le haga una revisión...

—Sí, claro —contestó impertinentemente Victoria mientras observaba cómo el joven no apartaba sus ojos de Nina y comenzaba a balbucear algo sobre cuánto adoraba a su mascota—. Pobrecito *Smokie*... ¿Cuántas veces te habrá visitado ya Dan hoy? No deberías dejarte hacer estas cosas... —consoló la atenta mujer al pobre animal, compadeciéndose de su suerte.

—¡Señorita, le digo que es *Charlie*, no *Smokie*! Se parecen porque son primos, ¡pero nada más! —gritó el muchacho haciéndose el valiente delante de Nina para ganar más puntos.

Nina sonrió a Victoria con su característica dulzura un tanto pícara que decía «¿Ves como son idiotas?», luego le dedicó a ese tonto un aleteo de sus pestañas y siguió con su manicura.

Cuando Dan salió de la consulta tras oír al escandaloso cliente, separó con firmeza a Victoria de ese energúmeno y se dispuso a reprender... ¡a Victoria! Dan estaba más que dispuesto a descargar todo su mal humor sobre ella, y la intervención de ese imberbe adolescente era la excusa perfecta.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó, fulminándola con la mirada.

—Dan —intervino el chaval—, ¡esta mujer insiste en que este perro es *Smokie* a pesar de que ya le he dicho varias veces que es *Charlie*! ¡Y se niega a hacerme una ficha nueva! Haz algo con tus empleadas o tendré que irme a otro lugar...

—¿Es que las niñas mimadas como tú no saben hacer bien otra cosa que no sea usar alegremente su dinero? —vociferó Dan, dejando salir toda su furia por un motivo diferente al que allí los atañía.

Victoria observó asombrada el extraño comportamiento de Dan, que desde hacía semanas era ejemplar, y que de un instante a otro había vuelto a ser el energúmeno que conoció en un principio.

Desde que ella trabajaba allí, ese centro ya no era un desastre, algo que todos sabían, por lo que Dan no debería tener queja alguna sobre ella o su labor. Sin duda alguna, y por un motivo que Victoria no llegaba a captar, la tregua que habían establecido se había roto. Pero si él quería volver a enfrentarse con ella y con el mal carácter de los Wilford, Victoria no era quién para negarle ese placer.

—Por unos segundos olvidé cómo hacer la ficha, pero no te preocupes, ya lo he recordado —ironizó Victoria, mientras recitaba en voz alta—: Raza, labrador negro; edad, diez años; peso, treinta kilos; nombre, *Smokie* con rastas; síntomas de su enfermedad, su dueño está en proceso de celo por nuestra atractiva recepcionista Nina... —finalizó Victoria cerrando el archivo ante la atónita mirada del joven, cuya cara se había tornado de un intenso color rojo.

Nina simplemente sonrió al joven para aminorar su vergüenza, y las chismosas del lugar pegaron bien sus orejas cuando vieron cómo el siempre amable veterinario le gritaba, enormemente alterado, a Victoria.

—¡A mi despacho! ¡Ahora!

Victoria alzó su elegante rostro de presuntuosa princesa y caminó con suma elegancia hacia el lugar señalado, a la espera de saber el motivo por el que ese energúmeno había vuelto a convertirse en un inepto, cuando la noche anterior había sido un hombre de ensueño.

Sin duda, algo había ocurrido en las últimas horas que lo había molestado, pero ¿qué?

Ésa era una cuestión que no tardaría en averiguar, porque si algo sabían hacer los Wilford era apretar las tuercas hasta que el individuo interpelado cantaba como un pajarito. Por algo se habían hecho famosos esos prestigiosos abogados cuyos apellidos y sangre corrían por sus venas.

Victoria se sentó frente a Dan con la soltura y elegancia que había aprendido de

tía Mildred. Luego esperó a que éste tomara asiento tras su escritorio y, creyéndose en una postura superior, comenzó su discurso.

—¡Eres la peor asistente que he tenido en la vida! ¡No sé cómo la gente se atreve a volver por aquí! ¡Que sea la primera y la última vez que tratas a alguno de mis clientes como has hecho hoy! Será mejor que te comportes, si no quieres que hable con ese viejo juez sobre lo poco en serio que te tomas su condena...

—¿Ya has terminado? —preguntó Victoria pasivamente, alzándose de su sitio sin que las palabras de Dan hicieran mella en ella.

—¡No! Eres irritantemente presumida, te crees superior a todos, pero indudablemente tienes tantos defectos o más que la mayoría. Y cometes los mismos errores, o incluso más... —manifestó Dan, ahondando en su dolor al recordarle su debilidad ante él y ante otro cabrón de fácil sonrisa.

—Suficiente —cortó Victoria, hastiada de que se excusara en ella para dejar salir su enfado—. Soy la mejor asistente que has tenido jamás, sobre todo porque contratas a la gente pensando con una parte de tu anatomía que no es precisamente el cerebro. Por una vez en años, este despacho no es un basurero, esta clínica está presentable y tus archivos están ordenados. Si quieres gritarme por algo en concreto, prueba a decirme la verdadera razón de tu enfado y no un montón de patrañas para desahogar tu mal genio. Porque, si finalmente lo que quieres es terminar con esta estúpida tregua, ¡ten por seguro que no me quedaré sentada mientras me pisoteas! Si quieres guerra, guerra tendrás...

—¿La verdadera razón...? La verdadera razón... ¡es que desde que te conocí no he tenido un solo día de paz! ¡Eres tan desquiciante que no puedo contigo: lo ordenas todo a tu gusto, cambias la vida de las personas en un santiamén sin pararte a pensar en ello! No sé cómo alguien podría querer pasar el tiempo contigo, a no ser que fuera por tu dinero.

Ante esas palabras, se hizo un repentino silencio entre los dos.

—Yo... lo siento, creo que me he pasado... —se excusó Dan, pasando una de sus manos por sus revueltos cabellos, un tanto frustrado.

Sin saber qué hacer, Dan intentó reparar el tremendo error de sus palabras, pero ya era demasiado tarde. Una vez más, su lengua había sido más rápida que su cerebro y había dicho las cosas sin pensar, borrando la sonrisa de ese rostro que hacía poco había comenzado a recordar lo que era reír.

—Eso ya lo sé, Dan Lowell. Créeme: no eres el primero que me lo dice —lo enfrentó Victoria con su característica mirada altiva, que esta vez estaba marcada por

el dolor de esas palabras, aunque ella se negara a dejarlo asomar en su rostro. Pero los fuertes y airados puños que apretaba a los lados de su cuerpo y la tristeza de sus hermosos ojos castaños la delataban. Ésa era una herida que aún permanecía abierta en su corazón y que Dan había ahondado con la crueldad de sus palabras.

—Lo siento, lo siento, yo... —suplicó Dan, intentando acercarse a ella para que en el calor de sus brazos se recuperara de su dolor. Pero sus brazos fueron rechazados con contundencia, tal vez porque fueron los culpables de esa herida, y entre ellos se instaló el silencio y una fría distancia que los volvía a separar.

—Creo que es hora de volver a mi trabajo. Intentaré hacerlo lo mejor que pueda. En cuanto a mis errores, tú eres uno que no volveré a cometer —finalizó fríamente Victoria, volviendo a su lugar para convertirse nuevamente en una eficiente empleada con una gélida sonrisa en los labios.

Cuando Dan se quedó solo en su clínica después de que la eficiente Victoria cerrara el local, rememoró una y otra vez en su despacho la dureza de sus palabras, y por una vez deseó que alguien lo hubiera acallado como hacían en más de una ocasión sus hermanos para que no metiera la pata.

Su nerviosismo ante todos los cambios que se estaban produciendo en su vida, junto con el enfado por no poder asumir sus deudas, habían soltado su lengua de una forma horrenda y ahora no sabía qué hacer para que Victoria lo perdonase. Porque, sin duda alguna, tenía que conseguir su perdón. Él no podía ser el culpable de que esos hermosos ojos volvieran a nublarse.

Su corazón se encogía ante el distante comportamiento que ella había impuesto entre los dos, aun sin saber por qué necesitaba su perdón. Una llamada a su móvil interrumpió sus apenados pensamientos, aunque de su mente no llegó a borrarse la imagen de Victoria mientras respondía a tan inoportuna persona.

—¡Hola, Dan! Es increíble que hayas contestado después del primer tono, estaba resignado a hacer como siempre y llamar miles de veces a tu móvil o al fijo hasta dar contigo. Veo que, al fin, tu ayudante se ha puesto las pilas, ya que ha conseguido que tengas tu teléfono al día...

—¿Qué quieres, Alan? —Dan cortó bruscamente a su cuñado sin saber cómo hacerle entender que ese día no estaba para bromas, aunque eso nunca era propio de su temperamento.

—Pues verás: Elisabeth está pasando la noche en nuestra casa con algunas de sus

antiguas compañeras del instituto, que han venido para esa estúpida reunión de exalumnos que se celebrará dentro de unos días, y ha tenido la maravillosa idea de introducir a mi hija en lo que ellas llaman «noche de chicas», algo que realmente no quiero volver a repetir en la vida: se han apropiado de la televisión con películas melosas, han hecho comida sana para la cena, todo demasiado verde para mí, y finalmente, cuando he logrado huir escandalizado, se estaban haciendo trencitas mientras escuchaban canciones antiguas de esos empalagosos grupos que yo odiaba en mi adolescencia.

»Así que me he dicho: o me hago una trencita lo suficientemente larga como para ahorcarme o reúno a mis amigos y hacemos una «noche de chicos». Como puedes imaginar, ganó la segunda opción. Por otra parte, Josh está libre y un tanto depre. Creo que ha vuelto a ver a Molly... Ya sabes que siempre que vuelven a verse, él se pone así. Y eso que en el instituto Josh apenas le prestaba atención: después de todo, ella sólo era una pequeña ratita de biblioteca...

—¿Molly? ¿La amiga de Elisabeth? No creí que viniera a esa reunión de exalumnos. A fin de cuentas, solamente pasó unos pocos años en el pueblo y ni siquiera llegó a graduarse aquí. Me pregunto qué narices pasa con esos dos siempre que se encuentran...

—¡Ni idea! Ya sabes que, para tu hermano, el «tema Molly» es tabú. Siempre se niega a hablar de ella. Bueno, ¿qué me dices? ¿Te apuntas a una «noche de chicos»?

—¿Por qué no? Definitivamente, hoy yo también necesito una noche con mis amigos. Tengo muchas cosas que contaros, tal vez podríais ofrecerme algún consejo...

—Si es sobre mujeres, te diré algo: nunca, pero nunca, las hagas enfadar. Y si las haces llorar, estás perdido.

—Entonces creo que acabo de meterme en un buen lío.

—No te preocupes, encontraremos un sitio tranquilo en el que hablar y nos contaremos nuestras desgracias sobre mujeres bebiendo como cosacos. Eso sí, que sea un local discreto o Elisabeth me matará. Ya sabes que tu hermana se entera de todo.

—No te preocupes, tengo en mente el lugar perfecto. Además, he de hacer una parada allí para visitar a una paciente —sonrió Dan pérfidamente antes de indicarle la dirección.

Tal vez eso era lo que necesitaba para sacar de su cabeza esos oscuros pensamientos sobre Victoria: una noche en la que volver a ser el despreocupado hombre que se reía de todo y al que nada le afectaba. Y muy especialmente los tristes

ojos de una mujer que no podía apartar de su mente, y menos aún en esos momentos en los que el culpable de su dolor era él.

Capítulo 10

—Bueno, Josh, ¿has vuelto a ver a Molly? —preguntó Alan, bastante interesado con un tema del que su cuñado nunca soltaba ni una sola palabra, ni siquiera a sus mejores amigos.

—Eso es algo de lo que no pienso hablar con vosotros por mucho que intentéis emborracharme —declaró el médico tras su novena cerveza.

—Has vuelto a verla... —afirmaron Dan y Alan al unísono al ver su reticencia a hablar sobre una mujer que el destino siempre se empeñaba en volver a cruzar en su camino.

—Creo que no hemos venido aquí a hablar de mí, sino de Dan y sus problemas, que ahora son... —replicó Josh, tratando de cambiar rápidamente de tema, sabiendo que, una vez que Dan comenzara a quejarse de sus males, sería muy difícil hacerlo callar.

—¡Me siento sucio! ¡Veréis! Me acosté con una mujer y... ¿sabéis qué hizo ella después de que pasáramos la noche juntos? ¡Pagó todas mis deudas con el banco! —exclamó Dan, dirigiéndose a sus amigos un tanto ofendido por la situación, y bastante borracho tras su décima cerveza en el lugar de reunión.

—Podría haber sido peor —comentó Josh jovialmente, intentando animar a su alicaído hermano.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo?

—Podría haberte dejado dinero en la mesita de noche. Entonces sí que te hubieras sentido como toda una guarra.

—O podría haberte dicho que todo era un error poco antes de salir disparada de la cama —apuntó Alan, recordando los desaires sufridos en alguna ocasión por parte de su mujer.

—En realidad, ella no me dijo nada. Simplemente, a la mañana siguiente, ya no estaba y mis deudas habían sido saldadas.

—Bueno, ¿de qué te quejas? Por suerte, como es uno de tus líos de una noche, ya no tienes que volver a verla. Pero yo tengo que volver a casa con tu hermana, así que... ¿me puedes explicar qué narices estamos haciendo en un local de stripteis? —preguntó Alan, molesto por el sitio elegido para la reunión de la noche.

—Tenía que revisar a la serpiente que Rubí usa en su número, ya que está algo decaída. Además, ¿de qué te quejas? ¿No estamos teniendo la apacible reunión de chicos que me pediste? —respondió Dan con alegría, señalando jocosamente a las mujeres que bailaban sensualmente en el escenario, bastante ligeritas de ropa.

—Con la emoción añadida de que si Elisabeth se entera de esto, pedirá cita con Dan para tu castración —comentó Josh alzando su cerveza junto con la de su hermano mientras se burlaban de Alan.

—No sé cómo os puedo seguir llamando amigos, sois unos hijos de...

—¡Eh, cuidado! Que estás hablando de tu suegra, y si Elisabeth se entera... — bromeó de nuevo Josh, poniendo fin rápidamente a las quejas de Alan.

—Respecto a lo de que no volveré a verla, lo dudo mucho —interrumpió Dan las chistosas bromas con sus lamentos, volviendo al tema de la conversación.

—¿Por qué? ¿Quién es? —quiso saber Alan, interesado por conocer la identidad de la mujer para poder burlarse de su amigo.

—¡No me jodas! —exclamó escandalosamente Josh al percatarse de quién era la dama en cuestión tras ver la cara de arrepentimiento de su hermano.

Josh se levantó con brusquedad de su incómoda silla, algo tambaleante debido al alcohol ingerido, y señaló acusadoramente a su hermano con uno de sus dedos sin soltar en ningún momento la cerveza.

—¡Tú...! ¡Tú te has acostado con Victoria Olivia Wilford! —sentenció, poniendo fin al enigma.

—¿Quién es esa Victoria? —preguntó Alan, como siempre perdido en su mundo.

—Su ayudante —aclaró Josh, dirigiéndole una fría mirada a su hermano con la que sin duda censuraba su comportamiento.

—¿La rubia de gran *pechonalidad*? —inquirió Alan, haciendo con sus manos el inconfundible gesto de «tetas grandes» que todo hombre sabía reconocer.

—No, la otra. —Josh se volvió hacia su amigo, algo irritado por tener que contárselo todo.

—Pero ¿hay otra? —preguntó Alan, finalmente perdido.

—¡Joder, Alan, nunca te enteras de nada! Victoria vino al pueblo, la detuvieron a ella y a Henry y los dos fueron castigados por el juez a trabajar para Dan en su clínica.

—Vale, hasta ahí me he enterado, pero ¿quién es Henry?

—Un insoportable baboso que no la deja en paz ni un momento y con el que tengo que tener toda la paciencia del mundo para soportar su comportamiento —replicó

Dan.

—Entonces, Henry es... —insistió de nuevo Alan, intentando saber algo más de esa interesante historia.

—Henry es un perro —respondió Josh a su desorientado cuñado.

—Vale, queda claro que ese tío es de lo peor, pero ¿me podéis explicar qué papel tiene en toda esta historia?

—No, Alan: Henry es un perr... —trató de dejar claro el bueno de Josh antes de volver a su asiento.

—Mejor olvídale. Ya lo entenderá cuando lo vea —interrumpió Dan, un tanto molesto con su perdido amigo—. Ahora lo importante aquí es coger una borrachera que me haga olvidar que me he comportado como un idiota frente a esa mujer.

—¿Qué has hecho esta vez? —preguntaron al unísono Alan y Josh, acostumbrados a las grandes meteduras de pata del veterinario, debidas todas ellas a su gran boca.

—Veréis, es que no sé lo que me pasa cada vez que estoy con ella. No soporto que otros se acerquen a Victoria. Cada vez que alguno de los solteros del pueblo está junto a ella, me dan ganas de dejarles claro a hostia limpia que ella me pertenece, aunque en verdad Victoria no es nada mío. Y esa cara de tristeza que en ocasiones aparece en su rostro... No puedo olvidarla ni un momento. Solamente deseo hacerla reír. Y lo peor de todo es que me comporto como un adolescente inmaduro siempre que ella está delante, sobre todo ahora que sé lo que usa bajo esos austeros trajes. En fin, todo esto, junto con mi frustración por ser salvado económicamente por su dinero, me ha hecho meterme con ella de la forma más vil posible. Le dije que nadie querría estar con ella a no ser que fuera por su dinero, algo que es realmente falso, ya que en estos instantes no deseo otra cosa que estar a su lado.

—¡Por fin! Después de tanto tiempo, ¡al fin puedo hacerlo! —exclamó Alan, sorprendiendo a todos al levantarse de su asiento para hacer un bailecito de lo más ridículo.

—Te metería un billete en el tanga si no fuera porque has quedado en ridículo frente a todas estas profesionales tan cualificadas —ironizó Dan, haciendo que Alan se diera cuenta de las airadas miradas que las estrípers le dedicaban—. ¿Se puede saber qué narices estás haciendo? —añadió finalmente, irritado por la manera en que se tomaba su amigo su preocupante situación.

—Éste es el bailecito de triunfo que me dedica tu hermana siempre que tiene la razón en algo y yo me equivoco. Y tú, amigo mío, te has enamorado —señaló Alan continuando con su bailecito de la victoria—. ¡Y ahora es mi turno de meterme

contigo! —comunicó su cuñado, tremendamente satisfecho con la situación, ya que sus amigos se divertían mucho a su costa cuando desvariaba de amor por su querida Elisabeth.

—¡No me jodas! —exclamó Dan, ahogándose con su cerveza—. Josh, dime, ¿qué tengo?, ¿un parásito o algo parecido que me hace comportarme como un idiota? —rogó Dan, buscando una salida.

—Por una vez, estoy de acuerdo con Alan, hermanito. Creo que tienes todos los síntomas de un hombre enamorado.

—¿Y se puede saber cuáles son esos jodidos síntomas? —planteó un preocupado Dan a su sonriente hermano.

Después de mirarse con atención el uno al otro sin saber cómo contestar a esta importante cuestión, dirigieron sus interesadas miradas al único hombre casado del grupo. Alan finalmente se sentó resignado, suspiró ante la idea de dejar pasar alguna que otra broma sobre Dan y comenzó a contar lo maravilloso que era sentirse enamorado.

—Vamos a ver... Primero: tienes ganas de arrancarle la cabeza a todo bicho viviente que se acerque a ella.

—Bueno, sí, eso ya os lo he contado. Aunque no creo que sea para tanto.

—Ya te diré yo si es para tanto cuando uno de esos solteros que visitan la clínica consiga una cita con tu Victoria y vaya en serio con ella.

—Ella es una empleada muy eficiente que nunca coquetea con nadie. Pero, por si a alguno de esos energúmenos se le ocurre acercarse a ella, siempre tengo a mano mi escalpelo...

—A eso, querido amigo, se le llama «celos».

—¡Vale! Soy un poquito celoso con respecto a Victoria, pero eso no significa que la ame.

—Pasemos al segundo punto: no soportas que nadie la haga llorar o la entristezca.

—Sí, pero ya sabes que soy así con todo tipo de animales abandonados, así que ésa no vale —se quejó Dan, cada vez más asustado por la realidad que le explicaba su amigo.

—Tres: te hace enfadar tanto que en ocasiones quieres matarla...

—Tú también me haces enfadar y definitivamente no te amo —señaló Dan, animado al haber hallado un fallo en las cavilaciones de su amigo.

—No me has dejado terminar: la mitad de las veces quieres matarla, pero son muchas más las que quieres llevártela a la cama —continuó Alan—. Y el último y

definitivo: que sólo la deseas a ella. Nadie más puede sustituirla, ni en tu mente ni en tu corazón.

—¡Mierda! Estoy jodido... —musitó Dan, admitiendo finalmente la verdad de sus sentimientos.

—No hermano, ¡estás enamorado! —Josh sonrió con alegría, brindando a la salud de Dan por su gran descubrimiento de lo que era el amor.

—En ocasiones, estar jodido y enamorado es lo mismo, Josh —apuntó sabiamente Alan, brindando por sus dos cuñados, a los cuales ya les tocaba sufrir por amor.

—Creo que ésta es una de ellas —confirmó Dan, pasando las manos por sus cabellos con bastante frustración.

—Bueno... y ahora que sabes que estás enamorado de esa mujer, ¿qué piensas hacer? —inquirió Josh, bastante interesado por el camino que seguiría su irresponsable hermano, quien no lo defraudó.

—¡Pienso beber hasta que se me olvide! —informó Dan alzando su cerveza entre los gritos de aliento de sus amigos, que, sin duda y a esas horas de la noche, estaban tan borrachos como él.

A pesar de haberse dormido llorando por las frías palabras de un hombre que le había llegado a mostrar tanta ternura en cada una de sus caricias, su sueño había sido plácido y sereno, algo que indudablemente necesitaba para poder enfrentarse otra vez a ese individuo que se había convertido en un desconocido a sus ojos.

La llamada que recibió a las cuatro de la mañana cuando sólo faltaban dos horas para que su despertador sonara la molestó bastante, pero lo que llegó a ponerla realmente furiosa fueron los estúpidos desvaríos de un individuo que únicamente podía definirse como un estúpido carente de masa cerebral.

—¡Hola, Victoria! ¡Soy yo, Dan Lowell! Te llamo para informarte de que he descubierto que me he enamorado de ti y, aunque no me agrada demasiado, estoy dispuesto a admitir lo nuestro.

—¿Qué es lo nuestro, Dan? —preguntó Victoria, un tanto confusa por la verborrea de borracho de ese sujeto que se atrevía a despertarla a esas horas sólo para corroborar su idiotez.

—Tú y yo, definitivamente, hemos caído en las redes del amor y, aunque seamos

tan distintos, creo que nos merecemos una oportunidad.

—Ajá, ¿y me puedes revelar quién te ha iluminado con esa estúpida idea? —preguntó Victoria, harta de ese absurdo.

—Mis amigos.

—Y otra pregunta, ¿estaban tan borrachos como tú cuando tuvieron esa estupenda inspiración?

—Sí, pero yo muestro todos los síntomas de un hombre enamorado, así que tiene que ser eso, aunque ¿tú crees que puede llegar a ser un parásito intestinal? —preguntó el beodo, un tanto preocupado en su desvarío.

—Más bien un parásito cerebral —anunció Victoria, enojada con la idiotez de ese tipejo y la de su compañeros—. Ahora escúchame bien, Dan Lowell: lo más probable es que tu deseo hacia mí se deba a la novedad del momento. Y si has tenido la estúpida idea de que estás enamorado solamente después de beberte medio bar, eso no es amor, sino una ilusión alentada por el alcohol.

—¡Chicos, buenas noticias! ¡No estoy enamorado, sólo trompa! —Victoria oyó cómo Dan notificaba alegremente a sus amigos las buenas nuevas.

Ella alejó el teléfono de su oído dispuesta a poner fin a esa absurda llamada, cuando oyó una pregunta llena de seriedad.

—Victoria, ¿cómo puedo saber si realmente me he enamorado de ti? —preguntó Dan sin ningún atisbo de risa en su voz.

—Cuando te enamores, no tendrás que preguntarlo, simplemente lo sabrás —contestó Victoria mientras su corazón se encogía ante la verdad que intentaba ocultar: estaba comenzando a enamorarse de Dan... aunque deseaba negarlo, porque sabía cómo acabaría esa relación. El único corazón que acabaría roto, la única alma que terminaría dañada, sería la suya y, a pesar de lo que pensaban todos, el dinero no apagaba ese dolor. Ni ahora ni nunca.

Victoria estuvo a punto de colgarle el teléfono a ese loco hombre que la molestaba a esas horas de la madrugada para expresarle sus quejas de borracho, cuando oyó de fondo cómo alguien lo reprendía con bastante autoridad.

—¿Quiere decirle de una maldita vez a su abogada que venga a por usted? ¡Se lo advierto! ¡Si sigue perdiendo el tiempo con vanas confesiones, se le acabará el período de quince minutos y volveré a acompañarlo a su celda, haya hecho usted su petición de asistencia legal o no!

—¿Se puede saber qué has hecho ahora, Dan Lowell? —susurró Victoria poco antes de que un servicial hombre de la ley se pusiera al teléfono para explicarle lo

ocurrido y darle la dirección donde ese exasperante individuo era retenido junto a sus entrometidos amigos que, al parecer, no podían dejar en paz su vida amorosa.

—De un momento a otro, mi sexy abogada entrará por esa puerta y os vapuleará con su habitual mala leche. ¡Y entonces tendréis que pedirme perdón! ¡Os he dicho más de mil veces que ese tubo acrílico no es para fumar crack! ¡Es para el manejo de una serpiente que llevo en el maletero, y que en estos momentos tiene que estar bastante cabreada por su encierro! —gritaba Dan desde su celda, muy molesto con los policías de Rockdown, el pueblo vecino, con el que todos los habitantes de Whiterlande chocaban una y otra vez debido a las duras cabezas de esos pueblerinos.

—¿Qué demonios hace con una serpiente en el maletero? ¿Es que quiere matar a alguien? —preguntó el inepto policía, poniendo en tela de juicio cada una de las palabras de Dan.

—No es una especie venenosa, aunque sí muy irascible. En cualquier caso, yo solamente la estoy cuidando.

—¿Tiene licencia para tener esa serpiente en su poder?

—¡Joder, pues claro que la tengo! ¡Es lo que llevo intentando decirle durante toda la noche! ¡Soy veterinario!

—Sí, ya... —replicó el policía, escéptico—. Uno de sus acompañantes me ha confesado que es Batman, y el otro, un sapo azul. Y ahora usted me dice que es veterinario.

—¡Joder! ¡Mis compañeros están borrachos!

—Claro, y usted no... Usted estaba totalmente sobrio... —contestó el agente con ironía—. Por eso, cuando lo detuvimos por escándalo público, le estaba confesando su amor a una farola, mientras sus dos compañeros le hacían los coros de una horrenda serenata. Alégrese de que fuéramos nosotros los que acudiéramos para acallarlos y no los vecinos del lugar, quienes ya estaban preparando sus armas reglamentarias para darles un final digno a esos animales moribundos que no les dejaban dormir.

—¡Mierda! Aún sigo cantando como el culo. Ése es un punto de la lista que todavía no he conseguido cumplir... —se quejó Alan, interrumpiendo la conversación con sus delirios de borracho.

—¡Cállate, Alan! ¿No ves que estoy intentando poner fin a nuestra lastimosa situación y tú, con tu gran boca, no ayudas en absoluto? —Dan reprendió

severamente a su amigo y cuñado mientras trataba de suavizar un poco su penoso encierro para no recibir la reprimenda de su severa abogada, que sin ningún género de duda le patearía el trasero en cuanto volviera a verlo, tanto por su absurda llamada como por su lamentable forma de comportarse el día anterior.

—¿Por qué mejor no hace uso de uno de sus derechos y guarda silencio? Lo digo por el bien de su abogada, que tendrá más trabajo si sigue usted empeorando su situación —lo amonestó duramente el policía, consiguiendo finalmente hacer callar a su detenido.

Cuando las puertas de la comisaría de Rockdown se abrieron dando paso a una hermosa mujer con un caro traje de firma, una elegante manicura y un hermoso rostro, todos los anodinos hombres del lugar se quedaron con la boca abierta. Algunos de ellos llegaron a darse de golpes por ver quién tenía el honor de atender finalmente a Victoria.

Leon Griffin fue el ganador, ya que él había hecho la detención de esos sujetos que eran reclamados tan amablemente por esa educada y preciosa mujer. El agente de policía la condujo hasta su mesa y le hizo tomar asiento sin dejar de recorrer en ningún momento ese exuberante cuerpo con una de sus ávidas miradas.

—Bueno, señorita, lamento mucho haberle hecho venir hasta aquí, pero esos hombres fueron detenidos por escándalo público. Estábamos dispuestos a retenerlos unas cuantas horas en el calabozo hasta que se les pasara la borrachera, pero uno de ellos tenía un artefacto sospechoso en su poder. Además, fueron hallados en una zona un tanto problemática del pueblo.

—¿Dónde fueron detenidos concretamente? —preguntó impasible la elegante abogada.

—En el exterior de un bar de estriptis llamado Tetas.

—Ajá, ¿me podría explicar qué es lo que estaba haciendo mi cliente exactamente cuando fue detenido? ¿Y podría mostrarme, de paso, el artefacto sospechoso que ha mencionado? Creo que, si hablo con él en estos momentos, no obtendré ninguna información de utilidad —pidió con amabilidad la hermosa mujer sin inmutarse en absoluto por la información sobre el lugar en el que esos hombres habían sido encontrados.

Esa actitud de Victoria hizo que Leon atendiera con más cortesía a esa hermosa señorita, porque, o bien se trataba de una persona muy fría, o bien ese gesto sólo

podía significar que ninguno de los hombres de esa celda le importaba un comino, por lo cual él tendría una oportunidad a la hora de atraer la atención de esa belleza.

—Verá, señorita...

—Wilford, Victoria Wilford.

—Pues verá, señorita Wilford, esos tres individuos estaban armando un tremendo escándalo y perturbando la paz del lugar. Cuando la policía acudió a la llamada de los vecinos, los encontró cantando junto a una farola, y en la bolsa de uno de los sujetos encontramos esto —contestó Leon, sosteniendo un raro tubo transparente de cincuenta centímetros de longitud compuesto de alguna clase de material acrílico—. Nosotros sospechamos que es algún tipo de artefacto para el consumo de crack, pero el llamado Dan Lowell lo niega rotundamente, alegando que es veterinario.

—Bien... —sonrió amablemente la chica antes de comenzar a fustigarlo con su lengua, justo como había pronosticado su detenido que ella haría—. ¿Me está diciendo que, junto a un local de estriptis llamado Tetas, no había más escándalo que el que se debía a mis clientes? ¿Me está usted asegurando, respecto a la acusación de tenencia y consumo de drogas, que únicamente han encontrado un artefacto sospechoso y que no han verificado las credenciales de mi cliente como veterinario antes de su detención? ¿Y me está usted diciendo que todos ellos fueron detenidos por causa de una llamada? ¿Llamada de quién, si puede saberse?

—Era una llamada anónima, señorita. Y sí, junto al local de estriptis siempre suele haber alguna que otra pelea o escándalo, pero esta vez ellos eran los únicos que se encontraban fuera. Y en cuanto a ese artefacto...

—¿No será éste, por casualidad? —inquirió Victoria, mostrando en su teléfono móvil una fotografía publicada en un manual de veterinaria que explicaba cómo retener serpientes. En ella aparecía el mismo objeto que el asombrado policía sostenía en sus manos.

—Vamos a suponer que el señor anónimo que llamó a la policía lo hizo por otros impresentables que estaban montando jaleo por esa zona, que éstos huyeron ante el sonido de la sirena del coche de policía, cosa que no llegaron a hacer mis representados por hallarse en un estado... digamos que *delicado*, y que usted, como es habitual, hizo una detención de los únicos individuos que se encontraban en las inmediaciones sin realizar ninguna otra indagación ulterior —manifestó Victoria con contundencia y arrogancia—. ¿Verdaderamente, señor Griffin, quiere ser usted conocido por detener a unos hombres cuyo único delito ha sido cantarle a una farola, por muy mal que lo hayan hecho? Háganos un favor a los dos y suelte a esos ineptos

para que yo pueda volver a mi cama, y usted, a su serio trabajo —propuso finalmente la abogada, harta de la cruz que era tratar con esos conflictivos sujetos.

Leon Griffin, que ya de por sí estaba teniendo dificultades para realizar el informe de la detención, no se lo pensó dos veces a la hora de dejar a los sospechosos en libertad. Y más después de ver cómo se las gastaba esa elegante abogada que en unos minutos había reducido su seria detención a una burla que podría llegar a perseguirlo eternamente en su carrera.

—Que esta noche os sirva de lección, chicos —reprendió severamente el agente ante la alegría de los tres individuos al verse al fin en libertad.

—¡Oh, no se preocupe! De eso ya me encargaré yo... —La fría mujer sonrió perversamente, haciendo pensar a los acusados que la celda podría ser una opción mil veces mejor que lo que se les avecinaba.

Dan sonrió feliz tras haber obtenido la libertad después de varias horas de encierro en las que sus lamentables amigos se habían dedicado a entonar desafinadas baladas románticas dedicadas a sus oídos. Pese a que él les había asegurado una y otra vez que no estaba enamorado de Victoria, ellos habían insistido con sus desconcertantes berridos que eso era amor.

Cuando su salvadora consiguió en apenas unos instantes que ellos salieran de su celda sin cargo alguno, Dan pensó seriamente en ponerse de rodillas para suplicar su perdón, pero, tras echar una mirada a su frío rostro y a su maliciosa sonrisa, supo que no tendría que hacer ese sacrificio, ya que ella no se olvidaría de hacerle pagar cada una de sus ofensas.

—¡Vaya! Veo que esta noche se ha divertido de lo lindo, señor Lowell —reprendió sarcásticamente Victoria cruzando los brazos sobre su pecho. Dan se percató de que era el mismo gesto que hacía su madre a la hora de regañarlo por algo.

—Victoria, lo último que necesito en estos momentos es una de tus reprimendas —se quejó, intentando evitar lo que justamente merecía.

—¡Ah, no te preocupes! Yo no soy nadie para reclamarte nada —repuso fríamente con mirada inquisitiva—. Y, puesto que ningún hombre querrá estar junto a mí si no es por mi dinero, y dado que yo, muy lamentablemente, me he olvidado mi billetero en casa, he traído conmigo a varias personas bajo cuyo cargo quedaréis vosotros tres...

—¡No me jodas! ¿A quién has traído? —interrumpió Alan, bastante preocupado por la identidad de los acompañantes de Victoria.

—¡Oh! ¡No pienso estropearos la sorpresa! —comentó pérfidamente mientras tomaba asiento frente a Leon, que le tendía una taza de café sin perderse detalle de la justa lección a la que Victoria estaba sometiendo a sus defendidos—. Creo que, en estos momentos, están aparcando la furgoneta ahí fuera. Pero, si queréis un adelanto sobre quiénes han decidido acompañarme al darles la noticia de vuestro arresto, no me haré de rogar —anunció falsamente Victoria, mientras admiraba su hermosa manicura francesa con sus bonitos dibujos de notas musicales, algo que había aprendido de Nina y que en esos instante la distraía de ver la cara de esos idiotas que suplicaban clemencia aunque no la merecieran en absoluto.

»Bueno, tras recibir la noticia de que Dan había sido detenido, sospeché que no estaba solo, ya que mencionó a unos amigos. Por lo que tuve que indagar quiénes podían ser éstos, así que llamé a casa de los Lowell. Y, ante mi sorpresa, Sarah Lowell se ofreció a acompañarme para cargar con uno de sus hijos.

—¡No jodas! ¿Has llamado a mi madre? ¡Joder, a mi madre! ¡Eso no se hace! —se quejó Dan, un tanto afligido por la regañina que le esperaba y de la que sin duda no podría librarse.

—¡Ah, pero no te preocupes! —lo tranquilizó Victoria tras hacer una pausa para degustar su café—. Ella viene a por Josh... —continuó la maléfica abogada señalando al niño bueno de Whiterlande, que en esa ocasión no se había comportado como tal.

—¡Mierda, Victoria! —se quejó el aludido, recibiendo una mirada de reproche que puso silencio a sus lamentos.

—Inevitablemente, Sarah llamó a su hija Elisabeth para contarle la noticia, con lo que supimos que Alan también estaba con vosotros pasando una gran «noche de chicos» —ironizó Victoria.

—Estoy muerto, estoy muerto... ¡Joder, estoy muerto! —exclamó confusamente el segundo acusado mientras buscaba un lugar lo bastante grande como para esconderse.

—Aún no... pero, cuando ella llegue, no sé qué ocurrirá: Elisabeth estaba realmente furiosa —confesó Victoria, haciendo que Alan quisiera volver a su celda.

—Bien, preciosa, entonces, ¿quién viene a por mí? —Dan sonrió, satisfecho, sabiendo que no quedaba nadie para recogerlo que no fuera su padre, quien sin duda alguna lo comprendería.

—¡Oh! Pues verás: como tenía que salir del pueblo, algo que no me estaba permitido por sentencia judicial, y dado que la persona responsable de mí no se hallaba conmigo, tuve que llamar a...

—¡No me jodas, Victoria! ¡No me digas que has traído contigo al viejo gruñón!

—No... —negó Victoria, haciendo una pausa con la que Dan se confió.

—Menos mal —suspiró aliviado el tercer acusado, sin duda alguna el peor de los tres.

—He traído conmigo al honorable juez Walter, quien está un poco descontento ya que estaba a punto de salir de pesca para aprovechar las primeras horas de sol —anunció firmemente Victoria, poniendo fin a su breve respiro.

—¡Joder! ¡Vuélvanme a meter en la celda pero ya! —exigió Dan, intentando huir del genio de ese viejo gruñón antes de que éste lo encontrara.

—Lo siento, creo que ya es demasiado tarde para eso —señaló impasiblemente Victoria mientras Sarah Lowell, su hija Elisabeth y un enfurruñado anciano que vestía acorde con sus aparejos de pesca se adentraban en el lugar.

Una enfurecida y hermosa mujer rubia de ojos azules y con un embarazo bastante notable entró abriéndose paso entre todo bicho viviente hasta dar con su marido. Tras fulminarlo con la mirada, simplemente exclamó:

—¡*Salvaje* Taylor, a casa!

—Elisabeth, déjame explicarte —suplicaba una y otra vez el señalado, sin conseguir que ninguna de sus excusas fueran escuchadas.

—Josh Lowell, estoy muy decepcionada contigo... —anunció gravemente defraudada Sarah Lowell a su adorado hijo mayor—. En cuanto a ti... —indicó señalando con un dedo acusador a su hijo más rebelde. Luego simplemente negó con la cabeza—. Walter ya se encargará de reprenderte adecuadamente. Yo desisto —declaró frente a todos, abandonando la comisaría tras dar un severo capón a su hijo mayor y arrastrarlo junto a ella.

—¡Tú! —exclamó muy irritado el juez Walter dirigiéndose a Dan. A continuación le agarró con brusquedad de una oreja y lo arrastró con él hacia la salida sin soltar en ningún momento a su presa del brusco agarre, a pesar de que éste se revolviere y gimoteara. Por algo él era un experto a la hora de pescar escurridizas piezas como aquélla.

Cuando la comisaría quedó plácidamente tranquila, Victoria terminó con serenidad su café, disfrutando de su momento de gloria.

—Creo que les hubiera ido mejor si no hubieran hecho esa llamada —comentó Leon Griffin.

—Sin duda alguna —confirmó Victoria despreocupadamente, tras lo que se alzó de su asiento después de dejar su café—. Y espérese usted a que les llegue mi factura...

—En todos los años que llevo de servicio, nunca he visto a una abogada comportarse como usted; me gustan sus métodos. ¿Puede decirme dónde los aprendió? —preguntó sonriente el agente, esperando conseguir con su encanto un poco más de tiempo en compañía de esa sorprendente mujer.

—De mi amorosa tía Mildred, también abogada, que opina que el tiempo de los Wilford no es algo que deba desperdiciarse.

—Me gustaría conocer a su tía —comentó alegremente el ingenuo hombre.

—Créame: no le gustaría conocerla en absoluto —finalizó Victoria, descartando de este modo los intentos de seducción de ese sujeto.

Mientras Victoria se dirigía hacia la salida, sus ojos se toparon con una escena que había tenido la desgracia de ver en más de una ocasión cuando sus servicios eran reclamados por alguna que otra asociación de mujeres a las que su ilustre apellido apoyaba.

—¡Si te vuelves a marchar, te denunciaré! —gritaba airadamente un brusco hombre a su afligida y maltratada esposa mientras la zarandeaba delante de todos sin que ninguno de los presentes hiciera nada para detener ese agravio.

—Y la denuncia, sin duda, será por agresión, ya que, como puedo ver, el ojo de ella ha debido golpear bruscamente su puño... —ironizó Victoria con furia, interrumpiendo la acción de ese descerebrado.

La asustada y delicada joven de rubios y desordenados cabellos la miró aterrorizada con sus temerosos ojos verdes, temiendo que su intervención sólo empeorase más la situación en la que se hallaba.

—¿Quién narices es usted para meterse en mis asuntos? —chilló el energúmeno, cada vez más enfadado porque sus gritos no amilanaran a esa entrometida mujer.

—Una cara y exclusiva abogada que sólo pasaba por aquí.

—¡Pues vuélvase por donde ha venido y déjenos en paz! Ésta nunca podría pagar sus servicios... —se burló el tipejo, denigrando a su esposa con una de sus irónicas sonrisas.

—En ocasiones trabajo gratis, y créame si le digo que los Wilford tenemos muchos recursos —afirmó Victoria, ignorando al hombre y dirigiéndose únicamente a la nerviosa mujer.

—Yo... yo no la necesito. Esto se debió a un accidente... Me resbalé y me golpeé con la puerta del baño... —contestó nerviosa la joven sin dejar de esquivar su mirada.

—Entonces, me marchó. Siento la interrupción —se disculpó Victoria, alejándose de un espectáculo que estaba harta de ver, pero en el que no podía intervenir si la

cliente no lo deseaba. Aunque, en ocasiones, tan sólo necesitaban un empujoncito.

Antes de marcharse, Victoria tropezó con uno de sus altos tacones y, ante las crueles risas de ese agresivo hombre, sólo recibió la ayuda de la temblorosa mano de esa chica, que se apoyó en la suya levemente. Ella miró a Victoria sorprendida cuando notó el tacto de una tarjeta en su mano, que rápidamente escondió de los ojos de su marido, ante un guiño de complicidad de la abogada.

—Los hombres que se comportan como niños son inofensivos —susurró Victoria—. Los peligrosos son los que actúan como animales —finalizó la letrada, dirigiéndole una firme mirada que esta vez la joven no pudo esquivar.

Después Victoria la soltó, agradeciéndole su ayuda, y, desoyendo las burlas del inepto del marido, siguió su camino. Un poco antes de salir por la puerta, comprendió la gravedad de la situación de esa mujer al escuchar cuán alegremente hablaba ese violento sujeto con el jefe de policía, llamándolo hermano, y repentinamente comprendió el temor, el nerviosismo y el miedo de la mujer: si ella decidía al fin pedir su ayuda, definitivamente se metería en medio de un grave problema.

Pero, bueno, eso no era nada que no pudiera sobrellevar una Wilford. Para algo era la digna sobrina de una abogada que era conocida por su belicosa forma de defender los derechos de la mujer, aunque ahora mismo solamente defendiese los de un baboso animal, pensaba Victoria mientras observaba una vez más los numerosos mensajes del buzón de voz que le había dejado un quejumbroso Henry, que se lamentaba de su ausencia. Finalmente, Victoria atendió con resignación a la nueva llamada que recibía en ese momento para calmar al que, al parecer, era su único y sincero enamorado.

Capítulo 11

Dan sufría la resaca más grande de la historia. Se podía decir que se sentía como si todo un equipo de fútbol hubiera bailado encima de su cabeza, y lo peor de todo era que, a pesar de ello, no había conseguido olvidar ninguno de los vergonzosos momentos de la noche anterior: su absurda charla con su hermano y su cuñado, su llamada a Victoria desde la comisaría, su lamentable e inadecuada confesión, su mal comportamiento con ella cuando vino a auxiliarlo y el interminable sermón del juez Walter que siempre recordaría, ya que su oreja izquierda ahora medía un centímetro más que la derecha por lo menos y aún conservaba un color rojizo.

Pese a todo lo ocurrido, lo que más le impactó de esa alocada noche fue descubrir que él se había enamorado por primera vez en la vida y, aunque muchos pensaran lo contrario, el amor no era tan maravilloso como decían.

Dan solamente sabía comportarse como un idiota frente a Victoria, y ella no había olvidado del todo a su ex; de lo contrario, no le habría afectado tanto la noticia de su boda. Además, el dinero entre ellos suponía más un obstáculo que un aliciente y encima el tiempo para conquistar a esa arisca y escarmentada gatita se le acababa.

¡Joder! ¿Cómo narices iba a conseguir que esa mujer se enamorara de él en apenas dos meses si su cuñado había necesitado toda una vida para hacer lo propio con su hermana Elisabeth? Él... ¡Él necesitaba un milagro!

En el mismo instante en el que intentaba despejar su mente para tener una idea de cómo abordar a una mujer que esa mañana le había dirigido una maliciosa sonrisa mientras le informaba con dulzura de que los obreros que habían venido a colocar los nuevos expositores trabajarían duramente durante toda la mañana, sonó su móvil. Eso logró empeorar su ya horrible jaqueca.

Dan tanteó la mesa de su oscuro despacho hasta dar con el infernal aparato.

—¿Diga? Dan Lowell al habla, ¿en qué puedo ayudarle? —contestó desapasionadamente debido a su lamentable estado.

—Por lo que sé, ya ha conocido usted a mi sobrina —dijo la arisca voz de una anciana un tanto molesta—. ¡Yo creía que era un hombre decente, pero, por lo que he podido comprobar, usted simplemente es otro pusilánime que va detrás de su dinero!

—¿Me puede decir quién narices es usted y quién es su sobrina? —preguntó Dan,

confuso ante esa llamada.

—¡Soy Mildred Wilford, y mi sobrina es Victoria Olivia Wilford, la estúpida a la que se ha camelado usted para que le pague todas sus deudas haciéndolas pasar por gastos para Henry! ¡Si usted pensaba que yo era idiota o demasiado vieja como para darme cuenta, tengo que manifestarle que está muy equivocado! Ya que ha conseguido lo que quería de Victoria, me conformaré con que se aleje de ella lo más pronto posible. Considere el pago de los apuros económicos de su clínica como una contraprestación para dejarla en paz.

Dan terminó de despejar su confusa mente con rapidez y, ante las airadas palabras de la anciana que lo acusaban vilmente y le prohibían aspirar a alcanzar lo único que deseaba en esos momentos, contestó con brusquedad, olvidando sus habitualmente amables modales y el galante tacto que solía usar con todo tipo de personas, incluidas las viejas impertinentes.

—¡Señora, yo no uso a las mujeres, ni voy detrás del dinero de nadie! Y, sobre todo, ¡yo no me dejo sobornar por nadie, menos aún por una vieja chiflada que carece de modales! ¡Y tenga en cuenta una cosa: no pienso separarme de Victoria ni por todo el oro del mundo, porque, a pesar de lo que usted piense, ella vale mucho más!

—Muy bonitas palabras... Espero que piense lo mismo cuando desherede a mi sobrina y no tenga donde caerse muerta, porque, si recibo una sola llamada de Victoria anunciándome que quiere casarse con usted, ¡no tenga duda alguna de que lo haré! ¿Qué tiene que decir a eso?

—¡Que me importa un comino su dinero, señora, y puede usted metérselo por el...!
—De repente el móvil le fue arrebatado a Dan con rapidez por unas finas manos que pusieron fin a su ofendido discurso antes de que lograra empeorar la situación.

—Hola, tía Mildred. Si llamas por el pago de las deudas de la clínica, debo aclarar que ha habido una pequeña confusión: lo del dinero fue todo cosa mía, para compensar a este hombre por los agravios que tanto Henry como yo misma le hemos causado. No sé por qué te molestas tanto, cuando ya lo he hecho otras veces sin que te importara demasiado.

—Sólo me preocupo por ti, Victoria. No quiero que otro impresentable te vuelva a hacer daño —contestó Mildred.

—Créeme tía: he aprendido la lección. No permitiré que nadie vuelva a hacerme daño otra vez —replicó Victoria, mirando con firmeza a otro hombre que la había hecho llorar—. Y menos a alguien que se parece tanto a mi ex —anunció, rechazando las súplicas de Dan, que rogaba en silencio para que lo perdonara por su idiotez—.

No te preocupes más por mí, tía. En cuanto termine mi trabajo forzoso, volveré a casa lo más rápido posible, aunque a Henry tal vez lo abandone por el camino —finalizó cortante Victoria antes de colgar y dirigir su mirada hacia un individuo que merecía más su enfado que su vieja e insistente tía.

—Como no te has sorprendido por la noticia, deduzco que ése es el motivo por el que ayer me trataste tan duramente: todo se debió al pago de las deudas de tu clínica.

—No me gusta que la gente me compre, princesa —comentó Dan, todavía resentido con las acciones de Victoria, quien parecía solucionar todos los problemas a base de talonario.

—Te alabas demasiado a ti mismo, Dan Lowell. La noche que pasamos juntos no fue para tanto.

—Entonces, ¿por qué pagaste mi hipoteca? —preguntó Dan, un tanto molesto al ser menospreciado por esa damita.

—Sólo quise ayudar a un buen hombre a salir de un aprieto. Lo he hecho otras veces con personas que se han cruzado en mi camino, y créeme si te digo que con ellas no me acosté. Si te vuelve a llamar mi tía, simplemente ignórala —concluyó Victoria intentando huir de la posesiva mirada de ese sujeto que le hacía reconocer para sí que alguna de las palabras que acababa de decir no eran ciertas, ya que la noche que pasó en sus brazos aún la hacía sentir especial.

Dan agarró su mano cuando pasó a su lado, reteniéndola junto a él por unos momentos.

—Engáñate a ti misma si quieres, tratando de autoconvencerte de que la noche que pasamos juntos no fue nada. Pero no te atrevas a mentirme. Sé que nunca podrás olvidar esa noche, porque yo tampoco seré capaz de hacerlo —confesó Dan, a pesar de que Victoria únicamente le diera la espalda y se negara a afrontar sus palabras.

Mientras se resistía a dejarla ir, Dan notó cómo el cuerpo de Victoria se ponía tenso y su salvaje gatita se volvía para hacerle frente despectivamente. Y, sin apartar la fría mirada de sus ojos, se enfrentó a él.

—No sé qué te hace creerte especial en mi vida, Dan —lo increpó Victoria desasiéndose de su agarre—, pero ten en cuenta una cosa: a mi ex le compré una mansión, y a ti solamente una cochambrosa clínica. Para mí no eres nada del otro mundo y nunca lo serás. Sólo tenemos una relación en la que tú eres mi carcelero, y hasta ésta se terminará muy pronto. Así que, si me disculpas, tengo que volver al trabajo. Cuanto antes termine de cumplir con mi cometido, antes me marcharé de este estúpido pueblo del que no tengo ni un grato recuerdo —declaró Victoria, haciéndole

ver a Dan que él sería olvidado tan fácilmente como los demás cuando ella abandonara Whiterlande sin volver la vista atrás ni por un segundo.

—¿De verdad piensas olvidarte de mí tan fácilmente? —inquirió Dan, molesto con esa posibilidad mientras se interponía en el camino de Victoria. Luego simplemente se apoyó contra la puerta y cerró el pestillo, dirigiéndose luego con decisión hacia la furiosa mujer—. Entonces, tal vez deba hacer algo para que no me desdeñes con tanta facilidad —anunció con una insinuante sonrisa mientras acorralaba a su presa contra la pesada estantería repleta de volúmenes de medicina veterinaria.

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo, Dan Lowell? —preguntó Victoria, sorprendida por su atrevido comportamiento.

—Sacarte de tu error —susurró sensualmente al oído de Victoria a la vez que acariciaba con dulzura su rostro con una de sus manos, negándose a dejarla marchar—. Cuando lo haga, no querré una mansión. Me conformaré con escucharte gritar mi nombre. Eso sí: no me compares con ningún otro hombre, porque yo soy mil veces mejor —expresó Dan finalmente mientras acogía su cara entre sus fuertes manos, obligándola a sostener su posesiva mirada.

—¿Por qué te crees el mejor? —suspiró suspicazmente Victoria sin dejar de enfrentarlo.

—Porque yo no pienso dejarte marchar —prometió Dan poco antes de tomar sus labios con una arrebatadora pasión que la hizo olvidarse de todo excepto de sus caricias, que le recordaban lo que era sentirse viva.

Dan devoró su boca como si hubiera sido un placer que se le hubiera negado durante mucho tiempo. Mordisqueó sus labios con dulzura, haciéndola reaccionar a cada uno de sus besos. Su lengua se adentró en la boca de Victoria exigiendo una respuesta y, si al principio su respuesta fue fría, esto no tardó en cambiar cuando las caricias de Dan le recordaron los momentos de una noche que ella no lograba apartar de su mente.

Él la atrajo hacia su cuerpo para que comprobara la intensidad de su deseo sin dejar de rogar ser aceptado con la dulzura de sus caricias, y ella no pudo negarse a ninguno de sus avances porque, a pesar de que intentara negarlo con toda su alma, su corazón comenzaba a sentir algo por ese idiota que no sabía lo que era el amor.

Dan apoyó a Victoria contra la dura estantería mientras sus manos recorrían muy despacio las curvas de su cuerpo y sus besos descendían por su cuello. Después se deshizo de la ropa de Victoria con lentitud, apartando de su camino uno de esos rígidos trajes chaqueta que tanto le molestaban.

Lo primero en ser desechado fue la horrenda chaqueta que ocultaba gran parte de sus encantos, que fue despreocupadamente arrojada lejos. Luego, desabrochó poco a poco la blusa con su ardorosa boca, besando cada nueva porción de piel que se revelaba a sus ojos mientras sus manos acogían los turgentes senos, acariciándolos tentadoramente por encima de su lujoso sujetador con cierre delantero que no tardó mucho en desaparecer para descubrir los incitantes pechos que tanto lo atraían.

Cuando Victoria fue despojada de su blusa, Dan alzó su cuerpo hasta que sus tentadores pechos quedaron al alcance de su boca, que no dudó ni un instante en devorar con la lujuria que lo invadía en todo momento cuando estaba junto a esa intrigante mujer.

Ella se removió inquieta entre sus brazos, gimiendo por el placer obtenido y por el que reclamaba su cuerpo, y se movió sugerentemente contra la poderosa anatomía de Dan sin poder evitar sentirse cada vez más húmeda y excitada por el modo en que él la hacía delirar, por la tortura que sus labios prodigaban a su cuerpo.

Él lamió con lentitud sus senos, dedicando su tiempo a cada uno de ellos. Luego sopló su cálido aliento sobre los erguidos pezones y, por último, los torturó con sus pérfidos dientes, haciéndola gritar su nombre.

Victoria se derrumbó contra el duro estante, abandonándose al éxtasis de sus caricias, cuando las manos de Dan bajaron por su cuerpo hasta alcanzar el final de la falda, que fue subiendo lentamente hasta su cintura, dejando su nueva ropa interior expuesta a su ávida mirada.

Esta vez Dan no se limitó a apartar la liviana barrera que separaba sus cuerpos, simplemente la arrancó con brusquedad, haciéndola a un lado mientras sus dedos acariciaban el húmedo interior de Victoria, imposibilitándole el negar su deseo.

—Tu cuerpo me dice que esta noche no me olvidarás con facilidad... —susurró Dan sensualmente al oído de esa desesperante mujer, sin cesar en sus caricias—. Ahora quiero saber qué me dirás tú cuando mi cuerpo se hunda duramente en el tuyo haciéndote mía —exigió con firmeza mientras adentraba uno de sus dedos en su húmedo interior, arrancando algún que otro desgarrador gemido.

—Podría... decirte... que esto es... un error... —declaró entrecortadamente Victoria sujetándose con fuerza al hombre que de nuevo le hacía recordar lo que era sentirse una mujer deseada.

—¿Lo harás? —preguntó burlonamente Dan, conocedor de su respuesta.

—No, porque los Wilford... nunca cometemos errores... —respondió con arrogancia Victoria mientras movía su cuerpo buscando el placer que Dan se negaba a

darle.

—Entonces, ¿tu ex qué era? —pregunto maliciosamente Dan, sin dejar de torturar el cuerpo de Victoria al prometerle un goce que nunca le llegaba a conceder.

—Peter sólo fue... un contratiempo... —gimió Victoria al sentir cómo Dan introducía otro de sus ágiles dedos en su interior.

—¿Y yo? ¿Yo qué soy? —preguntó seriamente Dan, exigiéndole una respuesta.

—Aún no lo sé —confesó Victoria revelándole finalmente la verdad que su corazón quería ocultar.

—No te preocupes, yo te ayudaré a averiguarlo —concluyó Dan, alzándola entre sus brazos como si de la carga más preciada se tratase.

Luego simplemente la depositó encima de la áspera alfombra de su despacho, se alejó de ella unos segundos para desprenderse de su ropa y, cuando se acercó nuevamente, la ayudó a desprenderse de las suyas con sensuales caricias que no dejaron de hacerle desear el calor de ese cuerpo que ya conocía.

Dan se alzó sobre ella, besó con dulzura sus labios, su cuello, sus senos, su ombligo y, con ambas manos, abrió sus tersos y firmes muslos, para luego acariciar su clítoris, haciéndola temblar de placer en el proceso y, cuando su cuerpo se movió reclamándolo, Dan utilizó su juguetona lengua para hacerla llegar al orgasmo con lentos movimientos, mientras sus dedos marcaban el ritmo adentrándose una y otra vez en su húmedo interior.

Victoria se convulsionó de puro goce, y fue entonces, mientras las olas de placer todavía envolvían su cuerpo, cuando Dan se introdujo dentro de ella de una profunda y brusca embestida.

Victoria volvió a gritar sumida en el placer de un nuevo orgasmo. Dan marcó el ritmo con sus poderosas arremetidas exigiéndole a su cuerpo que lo acompañara nuevamente a las cúspides del éxtasis y, aunque ella lo miró asombrada, su cuerpo respondió siguiendo cada una de sus demandas.

Dan gritó su nombre mientras se derramaba en su interior, y de sus labios inconscientemente se escapó alguna estúpida confesión de amor. Ella mordió de nuevo su hombro, acallando una vez más las palabras que nunca quería volver a repetirle a un hombre, porque para ella el peor error de su vida había sido el pronunciar alguna vez «te quiero».

Ambos permanecieron abrazados en la áspera y fría alfombra del suelo sin saber cómo expresar los miles de pensamientos contradictorios que rondaban sus mentes.

—Victoria, yo... —intentó comenzar Dan para expresar sus más profundos

sentimientos, haciéndole saber lo que todos ya conocían: que lo que sentía por ella sólo podía ser llamado amor.

Victoria silenció su boca con una de sus manos, sabiendo que todavía no estaba preparada para escuchar nuevamente esas palabras, y él la miró sin saber cómo acallar lo que su corazón ansiaba gritar. Finalmente fueron interrumpidos por un sutil toque en la puerta, desde donde, por primera vez, Nina hizo su trabajo e informó a Dan de que sus clientes lo esperaban.

Dan, por unos instantes, se resistió a dejar marchar a Victoria. Luego besó la misma mano que había acallado su boca y rogó el perdón con cada una de sus palabras.

—Yo no soy especial, pero tú sí, Victoria Olivia Wilford, y definitivamente seré yo el que no podrá olvidarte cuando decidas dejarme atrás —confesó Dan.

Y, sin poder afrontar su mirada demasiado tiempo por miedo a su respuesta, simplemente le dio la espalda a Victoria y comenzó a vestirse en silencio mientras rogaba poder hacerle cambiar de opinión sobre ellos en apenas dos meses.

¡Ese hombre me volvía loca!

Desde el día en que volví a ceder a sus encantos y acabé acostándome nuevamente con él, no dejaba de intentar comportarse como un perfecto caballero sin saber que cada uno de sus actos me alejaba más de él en vez de acercarme, ya que me recordaba al traicionero individuo que una vez lo significó todo para mí: su amable sonrisa, sus elaboradas flores, sus dulces bombones...

Recibía sus detalles con indiferencia, rogando porque volviera a ser ese rudo hombre que me gritaba cuando le desagradaba algo de mi persona o el divertido loco que perseguía a Henry para pelearse por un absurdo desayuno. A pesar de que no estaba preparada para escuchar sus confesiones de amor, tampoco lo estaba para verlo convertirse en uno más de los «idóneos caballeros» que me perseguían únicamente para ver de cerca el color de los billetes de mi fortuna. Aunque, tras la conversación con mi tía y ver lo despreocupado que era con las facturas de sus clientes, supe que Dan era uno de esos raros especímenes a los que no les importaba demasiado mi patrimonio.

Para mi desgracia, el dinero seguía siendo un obstáculo entre nosotros. No tanto por la posible avaricia de él, pues parecía carecer de ella, sino por su estúpido orgullo, que le impedía aceptar mi ayuda cuando tanto la necesitaba.

Todavía estaba un tanto molesta con él por sentirse como si lo hubiera comprado, cuando ése nunca fue mi propósito. Yo solamente pretendía ayudarlo y demostrarle cuánto había significado para mí esa noche que pasamos juntos, aunque tal vez la mejor forma para ello no era hacer uso de mi billetero... pero era la única que había aprendido de mi amorosa tía.

Yo siempre intentaba ayudar a personas que lo necesitaban cuando se cruzaban en mi camino, ya fuera una nueva ala para un hospital, un trabajo nuevo para una agobiada madre soltera o una casa para una vieja anciana que había sido desahuciada. Mi tía nunca me reprochaba mi ligera mano a la hora de hacer uso de su dinero.

Hasta ahora.

Sus constantes llamadas recriminándome el haber gastado uno solo de sus dólares en ese hombre al que tanto odiaba solamente porque no había podido manejarlo a su antojo me sacaban de quicio. Yo solita llegué a la conclusión de que Dan había recibido, con anterioridad a mi llegada a ese molesto pueblo, una de esas impertinentes llamadas con las que mi tía intentaba buscarme con desesperación un marido ofreciendo a cada uno de los incautos que cogían el teléfono una desorbitada cantidad de dinero.

Conociendo a Dan, seguro que se lo habría tomado como una broma mientras se reía de la absurda situación. Sonreí ante la idea de lo que ese despreocupado hombre podría haberle contestado hasta que vi nuevamente una llamada perdida de mi tenaz tía.

Desde hacía unos días trataba de esquivar todas sus llamadas sin lograr del todo librarme de ella, porque, a pesar de que tía Mildred me hubiera enviado a ese pueblo perdido para seguir uno de sus absurdos planes, últimamente no hacía otra cosa que intentar que regresara con Henry bajo sus protectores cuidados. Pero eso me era imposible, debido a mi absurda condena.

Y, aunque nada me retendría en ese lugar cuando terminara mi castigo, sin duda había alguien al que nunca podría olvidar.

Ante el quinto tono de ese insistente aparato de última generación, atendí la llamada de mi testaruda tía, a quien yo le había asignado como tono de llamada la banda sonora de esa afamada película de terror, *Tiburón*. Cada vez que esa inquietante melodía sonaba, ya sabía que mi tía y sus descabelladas ideas estaban más cerca de mí.

Suspiré, resignada a escuchar una vez más por qué debía abandonar ese pueblo lo más rápido posible y la interminable lista de defectos que ella le atribuía a Dan

Lowell tras haber hablado con él sólo unos escasos minutos.

Para desgracia de Dan, mi tía sabía calar muy bien a los hombres y yo estaba de acuerdo con ella en casi todos los puntos de esa interminable lista. Pero si había descubierto una cosa de mí misma estando en ese excéntrico pueblo era que definitivamente me gustaban los hombres imperfectos, o por lo menos ese insidioso cotilla que en esos instantes en los que no tenía nada mejor que hacer daba vueltas a mi alrededor intentando escuchar algo de mi conversación privada, la cual me podía permitir ante su reprobadora mirada porque era mi hora de descanso.

—¿Sí, tía Mildred? ¿Para qué llamas ahora? ¿Es un nuevo falso ataque al corazón? ¿La casa vuelve a estar en llamas? ¿O, una vez más, María ha enfermado de algún virus incurable?

—Me molesté mucho cuando llamaste a los loqueros en vez de a una ambulancia cuando te relaté mis preocupantes síntomas —dijo la anciana—. Tuve que azuzarles a los perros para que finalmente comprendieran que no estaba desequilibrada.

—¿Y te creyeron? —pregunté escéptica, conociendo las maldades de las que mi adorable tía era capaz.

—No, pero tampoco les dio tiempo de pararse a pensar. ¿Se puede saber por qué no viniste a verme en vez de mandar a esos necios a mi casa, Victoria Olivia? —me recriminó severamente mi tía, negándose a admitir que otra más de sus estratagemas no había servido de nada conmigo.

—Tía, te conozco muy bien y sé perfectamente cuándo finges para conseguir algo. Te he dicho una y mil veces que no puedo irme de este pueblo hasta terminar con mi castigo; si no, puedo ser reprendida severamente por el juez y éste podría aumentar el tiempo de mis servicios a la comunidad en Whiterlande.

—¡Dirás tus servicios a ese indeseable! ¡Escúchame bien, Victoria Olivia, no debes permitir que ese tipejo se acerque lo más mínimo a ti! Seguro que es uno de esos hombres encantadores que, como todos, te camelarán con sus dulces palabras y sus insípidos regalos como bombones, flores y esas simplezas que se pueden comprar en cualquier supermercado.

—¿Tú crees? —repliqué irónica y, ante la molesta mirada de Dan, que no apartaba sus oídos de mi conversación, me comí uno de esos insulsos bombones.

—Sí, se ve que ese tipo no tiene originalidad. Aunque en un momento me pareciera apto para ti, ahora puedo ver lo simple que es. Seguro que intenta copiar a esos elegantes caballeros a los que estás acostumbrada, acercándose solamente a ser una copia barata de ellos, así que ten mucho cuidado y por nada del mundo te acuestes

con él —me recomendó mi tía, bastante insistente.

—Sí, tía, lo que tú digas... —repetí resignada como siempre hacía cuando quería evitar uno de sus nuevos sermones.

—¡Victoria Olivia! ¿No te habrás acostado ya con ese inadecuado hombre, verdad? —preguntó tía Mildred, procurando sonsacarme la verdad, ya que yo era tan mala como ella a la hora de mentir a mis seres queridos, así que simplemente hice como siempre y esquivé su pregunta con mi habitual pericia.

—Tía... ¡Lo siento...! ¡Interferencias...! ¡No... escucharte...! —simulé mientras arrugaba un folio contra el auricular.

—¡Victoria, ese truco te lo enseñé yo! —gritó airada mi tía, a la que no se le escapaba una.

—¡Mierda! —susurré al haber sido pillada, algo que el fino oído de mi tía percibió.

—Victoria, ¡quiero que te alejes de ese molesto hombre ya! ¡No estoy dispuesta a verte pasar por otra relación en la que tú eres la única que sufre, así que, si tú no eres capaz de hacerlo, lo haré yo! Quedas advertida... —finalizó un tanto molesta mi querida tía Mildred, mientras yo me preguntaba qué nueva locura había puesto en marcha para conseguir salirse con la suya.

—Tía Mildred, ¿qué has hecho? —pregunté, desesperada por saber la respuesta, a lo que sólo me contestó el pitido del teléfono. Sin duda eso era su justa venganza por no haber hecho caso antes a sus insistentes llamadas.

Golpeé mi cabeza contra el mostrador y, ante la asombrada mirada de Dan, lo señalé acusadoramente con el dedo y lo condené desahogando toda mi frustración sobre él.

—¡Todo esto es por tu culpa, Dan Lowell! ¿Por qué tuviste que responder a esa maldita llamada? —Tras decir esto, me levanté y me fui de la clínica. Necesitaba respirar algo de aire y despejar mi mente ante lo que se me avecinaba.

Tal vez alejándome del culpable de todos mis problemas y de la excéntrica de mi tía lo consiguiera. Antes de irme, mi móvil comenzó de nuevo a sonar, y esta vez reconocí el número, pues ya estaba más que harta de sus repetitivas quejas, así que, como estaba hasta las narices, simplemente le arrojé mi teléfono a un hombre que sin duda alguna comprendería todos sus lamentos.

—¡Cógelo! ¡Es para ti! —le grité a Dan mientras le lanzaba el móvil.

Dan lo cogió al vuelo tras una parábola perfecta y, algo asombrado, contestó al teléfono. Mientras yo abandonaba el lugar, pude oír como él y Henry se gruñían

mutuamente su resentimiento. En ese momento simplemente sonreí al ver cómo Dan se convertía de nuevo en mi querido hombre imperfecto, al que tanto adoraba.

Capítulo 12

Dan, encerrado en su despacho, pensaba que, con toda certeza, los consejos de su cuñado sobre cómo conquistar a una mujer eran una mierda y, respecto de los de su hermano, que podrían servir fácilmente para limpiarle el trasero si estuviesen escritos en papel: «Que fuera amable y cortés, siempre con una adorable sonrisa». Eso lo hacía todos los días y sólo le había servido para recibir sonrisas igual de falsas por parte de Victoria. «Que le hiciera bonitos regalos, como bombones y flores, que seguro que la derretían.» ¡Y una mierda! Aunque Victoria no se los había tirado a la cara, los había mirado con hastío y aceptado con resignación...

¡Qué narices tendría que hacer para conquistar a esa chica!

Los regalos caros a los que ella sin duda estaba acostumbrada quedaban fuera de su alcance, ya que le debía una enorme cantidad de dinero y sería bastante absurdo regalarle algo que lo hundiría aún más en su deuda. Además, en esos instantes tenía lo justo para llegar a fin de mes.

Dan pensó en los escasos recursos de su cartera: con eso podría invitarla o bien a una pizza de la oferta dos por uno en Luigi's y una Coca-Cola, o a un menú en Burger-pollo, donde nadie sabía si realmente la carne utilizada era de dicho animal.

—Sí... ¡Vamos Dan, seguro que cae rendida a tus pies con eso! —susurró sarcásticamente para sí mismo, un tanto deprimido al comparar sus míseros medios con los de los elegantes hombres con los que sin duda Victoria estaba habituada a salir a refinados restaurantes.

Después de sentirse bastante avergonzado, Dan descartó la cena y pensó en un bonito regalo con el que llamar su atención. Como no tenía ni idea de qué ofrecerle, hizo una lista con las cosas que podrían interesarle a Victoria. Luego las desechó todas por falta de dólares.

Tal vez si le hacía algo él mismo, quizá un bonito cuadro con macarrones como el que construyó su sobrina para su hermana..., pensaba Dan, desesperado, recordando finalmente lo inútil que era para esos trabajos manuales en los que siempre acababa comiéndose todos los macarrones.

—Vale, vale. Regalo descartado. ¿Y ahora qué me queda para conquistarla...? — se atormentaba Dan en voz alta —. ¡Ya sé! ¡Sexo! ¡Mucho sexo! ¡Eso sí se lo puedo

dar cuándo sea y dónde sea, ya que cada vez que la veo estoy preparado para entrar en acción y demostrarle lo mucho que la echo de menos! Evidentemente, estoy en celo... —concluyó Dan, que continuó su monólogo—. Lo más lamentable de todo es que, como hacen algunas especies animales, yo ya he decidido cuál quiero que sea mi pareja de por vida. Lo único que me falta ahora es convencerla a ella de que soy el macho adecuado... Definitivamente, esta danza de apareamiento me llevará su tiempo. Por suerte no tengo competencia alguna, tan sólo un olvidado error del pasado al que Victoria no quiere recordar, así que ahora únicamente tengo que poner todo mi empeño en ser su hombre ideal y...

Sus divagaciones, dirigidas al perrito que decía continuamente que sí con su cabeza, absurdo regalo de su hermano Josh que le servía de pisapapeles en su escritorio, fueron interrumpidas por otra más de las necias llamadas que últimamente no dejaban de hacerle su estúpido cuñado y su aún más estúpido hermano, en las que siempre hacían lo mismo: burlarse una y otra vez de él y de sus inútiles intentos de conseguir a Victoria, ofreciéndole de paso algún sabio consejo que nunca funcionaba.

—¿Qué quieres esta vez, Alan? —contestó Dan, harto de la insistencia de su cuñado.

—¡Espera, que conecto a Josh, que está en la otra línea! —pidió Alan.

—Qué sorpresa... no me lo esperaba... —comentó Dan con ironía, ya que siempre que lo llamaban hacían lo mismo porque ninguno de los dos quería perderse ni un momento de esas absurdas conversaciones.

—Bueno, ¿te sirvieron mis consejos? —se interesó su cuñado, intentando sacar pecho ante su experimentada sabiduría.

—Sí, definitivamente tu idea de bombones gustó mucho. Sobre todo a las ancianas que los probaron cuando ella se los ofreció en la recepción de mi clínica.

—¿Y las flores? —interrumpió Josh, tratando de ponerse medallas por su magnífico consejo.

—Ahora adornan el mostrador de entrada de la clínica.

—Tal vez deberías probar algo distinto —dijeron los dos hombres a la vez, haciendo que Dan finalmente resoplara ante sus sugerencias.

—¡No me digáis! ¡Qué genios! Si no me lo llegáis a señalar, realmente estaría perdido... —ironizó Dan, harto de su ayuda, que parecía ser de lo más inútil.

—Bueno, te llamábamos para preguntarte... hummm... —se interrumpió Josh, sin saber cómo continuar.

—¿Tú has hecho algo últimamente que pudiera enfadar a Victoria? —terminó

Alan por su cuñado, haciendo dudar a Dan sobre la verdadera razón de esa llamada.

—No, ¿por qué? —preguntó Dan, extrañado por el comportamiento de ambos.

—¿Estás en tu despacho? —quiso saber Josh, impaciente.

—Sí.

—Entonces enciende tu ordenador y busca en Google el nombre de tu clínica —recomendó Alan, expectante ante la idea de que Dan viera al fin lo que medio pueblo había tenido el placer de contemplar.

—Ah, estáis impactados porque al fin me he puesto al día, ya que Victoria me ha hecho una página web de la clínica, ¿eh?

—Sí... Totalmente impactados... —se rio Josh mientras en la otra línea se escuchaban las estruendosas carcajadas de Alan.

Dan, intrigado con las burlas de su cuñado y su hermano, puso en Google el nombre de su establecimiento, El Pequeño Pajarito. Lo primero que llamó su atención fue que, en el apartado de «Imágenes», aparecía su foto junto a la del ganador de un concurso de penes pequeños, y otra de un set de vibradores de reducido tamaño. Después vio su tan esperada página web junto con cientos de otras que anunciaban todo tipo de cosas de lo más pintorescas, ninguna de las cuales tenía nada que ver con los servicios que ofrecía su clínica veterinaria.

—¡Pon ahora «dueño de pequeño pajarito»...! ¡Y métete en «Imágenes»! —soltó Alan casi sin aliento porque no podía parar de reír mientras le sugería esta opción.

Dan le obedeció... y ¡sí señor! Tal y como Victoria prometió cuando empezó a hacer su página web, su imagen estaba rodeada por un gran número de ilustres personas... Eso sí, todas desnudas y mostrando sus pequeños encantos, de los que parecían estar bastante orgullosos. Y él, Dan Lowell, en medio de tanta polla, es decir, de tanto pajarito, aparecía vestido con su impecable bata blanca y su gran sonrisa, posando como un idiota. Justo a un lado, había la imagen del cartel de la «Décima reunión de hombres con pene pequeño», cuyo eslogan era «No te avergüences de ello: ¡simplemente muéstralo!».

—¡Y si pones tu nombre solo, aparece lo mismo en «Imágenes»! —concluyó su hermano, seguramente mientras se revolcaba de risa en el suelo de su despacho.

—¡Mierda! ¿Quién ha visto estas imágenes? Tal vez pueda darme tiempo a quitarlas y...

—Todo el pueblo —contestó Alan, acabando con sus esperanzas de evitar las burlas de todos sus conciudadanos, burlas que muy pronto alcanzarían las puertas de su consulta.

—¡Pero bueno! ¿Es que nadie mira otra cosa que no sea el apartado de «Imágenes», joder?

—En este pueblo, no, pequeño pajarito —bromeó Josh sin poder dejar de reírse de su hermano.

—¡Joder! ¿Es que sólo sabéis llamar para tocarme las pelotas?

—¡Claro, porque al pajarito no lo encontramos! —se rio Alan, animando las carcajadas de su compinche.

—¡Idos a la mierda! —gritó Dan antes de colgar con brusquedad, hasta las narices de esas innecesarias burlas que él estaba dispuesto a suprimir enseñando su miembro a todo el pueblo si hacía falta para que estuvieran totalmente seguros de que lo que mostraban esas imágenes no iba con él.

Aunque tal vez a la primera que debería aleccionar sobre eso tendría que ser la creadora de tan molesto rumor y eso, sin duda, sabía cómo hacerlo, pensaba Dan mientras salía de su despacho dispuesto a disciplinar una vez más a esa rebelde gatita que merecía una buena lección.

Adiós a eso de ser un perfecto caballero que de nada le había servido. Ahora simplemente sería él mismo y se divertiría en el proceso, reflexionaba Dan mientras se dirigía en busca de Victoria y mostraba en su rostro una ladina sonrisa llena de deseo.

Ese día de trabajo era una espantosa mañana lluviosa, por lo que la clientela de la clínica se reducía al gato gordo y arisco de una de las cotillas del pueblo. Como la mujer ya había sido debidamente atendida con las deliciosas pastitas que, por unos momentos, Victoria se sintió tentada de mezclar con alguna que otra galleta para perros cuando esa insistente mujer le preguntó por décima vez si estaba saliendo con Dan, la joven simplemente se dedicó a atender los consejos de Nina sobre cómo hacerse una hermosa manicura francesa hasta que un energúmeno la interrumpió bruscamente, haciéndola estropear la delicada creación de su dedo índice.

—¡Tú! —exclamó Dan señalándola bruscamente antes de empezar a reprenderla por una cuestión que no era culpa suya, ya que ¿a quién narices se le ocurría llamar a una clínica veterinaria El Pequeño Pajarito?

A lo largo de la conversación, Victoria tuvo más de una vez la tentación de mostrarle lo bien que le había quedado su manicura en el dedo corazón, pero, como eso ya le había traído algún que otro problema con anterioridad, desistió de ello y

escuchó pacientemente todas las quejas de ese individuo.

—¡No me puedo creer que creyera en tu palabra cuando me dijiste que lo mejor para mi clínica era modernizarme y hacerme esa ridícula página web! ¡Ahora soy el hazmerreír del pueblo!

—¿Por qué? —inquirió Victoria inocentemente intentando hacerse la tonta como Nina le había enseñado, a ver si así conseguía que la dejara en paz. Pero, por lo visto, si lo hacía ella, no daba resultado.

—¡Deja de hacerte la tonta! Seguro que en algún momento mientras estabas trabajando en ello te diste cuenta de lo que podía ocurrir con el nombre de mi clínica. ¿Por qué no me lo advertiste?

—Lo intenté, pero tú estabas ocupado atendiendo amorosamente a una de esas garrapatas que únicamente vienen aquí para mostrarte sus encantos.

—¡Por enésima vez: no insultes a mis clientes! Ellos son los que pagan mis facturas. Además, seguro que has tenido algún momento libre para advertirme de ello, ¡pero no lo has hecho simplemente porque no has querido!

—No he tenido nada de tiempo entre atender las quejas de mi tía, las del baboso de Henry y tus sublimes intentos de cortejo, bastante originales y nunca vistos, por cierto —ironizó Victoria mientras deshojaba despreocupadamente una de las flores que ahora adornaban el mostrador, molesta con la situación en la que se encontraba.

—¡Di más bien que me has estado esquivando a mí y a todos mis intentos para tratar de convencerte de salir conmigo desde que nos volvimos a acostar!

—Es muy simple: no quiero volver a escuchar a mi tía dirigiéndome otro más de sus extensos sermones y, si para ello tengo que desterrarte de mi mente, considérate exiliado.

—¿Siempre haces lo que dice tu maldita tía?

—No, pero en cuestión de hombres me suelo equivocar con demasiada frecuencia para mi gusto —comentó Victoria recorriéndolo con una de sus despectivas miradas.

—Creí que después de ese momento que pasamos juntos, me darías una oportunidad —reclamó Dan, apoyando sus manos sobre el mostrador exigiendo al fin una respuesta.

—Y lo intenté —confesó Victoria—. Hasta que empezaste a dedicarme esas falsas sonrisas que les diriges a todos los demás, y a hacerme esos estúpidos regalos que seguramente son los presentes que usas habitualmente a la hora de iniciar una nueva conquista. Así que me lo pensé mejor. Y ahora espero que tú y tu pequeño pajarito permanezcáis lejos de mí. Me comunicaré contigo como toda eficiente

secretaria hace: te mandaré un correo electrónico o te dejaré una breve nota en tu escritorio.

—No me conoces en absoluto, pero está claro que tampoco quieres hacerlo —se lamentó un decepcionado Dan, acercándose más a ella hasta que sus labios casi se tocaron—. Ahora bien, de una cosa puedes estar totalmente segura: el ridículo nombre de mi clínica no tiene nada que ver con mi persona, o yo no tendría la marca de tus uñas en mi espalda —declaró Dan sensualmente junto a su oído, negándose el placer de volver a tomar esos labios que tanto deseaba, pero que lo rechazaban con bastante indiferencia.

—¡Eres un grosero! —exclamó Victoria, tremendamente sonrojada, tratando de esconder lo nerviosa que la había puesto el escandaloso comportamiento de Dan delante de la curiosa mirada de la cotilla del pueblo, que por poco se cae de la silla intentando meter su naricilla chismosa y la de su gordo gato en lo que no le concernía.

Ante el asombro de los presentes, Dan se despojó de su bata, dejándola bien doblada en un lado del mostrador, para luego quitarse su camiseta, mostrando a Victoria la verdad de sus palabras al exhibir las marcas de las uñas que todavía conservaba en su espalda.

—Pero nunca miento, princesa. Ahora me harías un gran favor al eliminar mi página web de la Red, aunque creo que muy pronto todos sabrán que ese ridículo nombre sólo puede referirse a mi clínica y no a mí. ¿Algo que objetar a mi humilde petición? —preguntó burlescamente Dan aprovechándose del momento en el que al fin Victoria había perdido la habilidad de contestar con ágiles réplicas.

—¡Ponte la camiseta! ¡De acuerdo, lo haré! —chilló Victoria, reprendiéndolo por su desvergonzado comportamiento.

—Eso no es lo que querías cuando estábamos solos... Pero, en fin, que no se diga que no sé complacer a las mujeres —suspiró Dan jocosamente mientras volvía a vestirse ante la atenta y furiosa mirada de su eficiente ayudante—. Si quieres algo de mí, ya sabes dónde encontrarme, princesa —se despidió mientras le guiñaba un ojo a su furiosa gatita y observaba atentamente cómo Dora, la anciana más cotilla de Whiterlande, tomaba nota de todo lo ocurrido. ¡Menos mal que para demostrar su valía no había tenido que bajarse los pantalones! Aunque, si hubiera tenido que ser delante de Victoria solamente, sin duda no le habría importado.

¡Bueno! ¡Un problema resuelto! Ahora sólo le quedaba conquistar a esa mujer que en esos instantes parecía estar muy furiosa con sus actos, aunque al parecer no lo bastante, ya que a su ordenador llegaron unos cuantos *e-mails* suyos.

El primero le informaba de que la página web había sido eliminada; el segundo, de que tenía una invitación a un importante acto en el que sin duda querría participar; el tercero y último de parte de Victoria, le notificaba que había sido apuntado a una importante reunión. Un cuarto correo consistía en un agradecimiento por confirmar su asistencia perteneciente a los organizadores de dicha reunión y decía así:

Gracias por confirmar su asistencia a la duodécima reunión de hombres con pene pequeño. Esperamos con ansia su participación.

Dan rio ante la ocurrente venganza de esa mujer. Luego le mandó un correo que la hiciera perder esa compostura de la que tanto se enorgullecía.

Si lo que querías era volver a ver a mi amiguito y comprobar su tamaño, no te hacía falta hacer eso para llamar su atención. Él siempre te espera dispuesto a todo. Eso sí, fuera la manicura francesa, cielo. No sé si esta vez mi espalda podría aguantar tus salvajes caricias.

Dan esperó impaciente la respuesta de su agresiva gatita a lo largo de la mañana, respuesta que no se hizo de rogar: en cuanto Dan salió de su despacho, Victoria le mostró un tanto arisca sus largas y afiladas uñas. Y la de un insultante dedo en particular.

¡Qué pena que eso tan sólo lo excitara más a la hora de tratar de atrapar a tan salvaje mujer que lo volvía loco con cada uno de sus actos, y a la que no estaba dispuesto a dejar marchar ni por todo el oro del mundo, incluido el que parecía ofrecer su adinerada y excéntrica tía!

Dan Lowell la sacaba de quicio.

Sobre todo cuando se hacía el gracioso con sus estúpidas bromas haciéndole perder la compostura, como en esos instantes, en los que no deseaba otra cosa que no fuera patear su trasero con sus finos tacones de aguja, ya que había enseñado a la vieja más entrometida y cotilla del pueblo las marcas que ella había dejado en su cuerpo cuando hicieron salvajemente el amor en su despacho.

No podía haber desmentido de otra manera el rumor sobre su supuesta ínfima masculinidad, ¡no! Él tenía que abochornarla delante de... ¡de todos! Y aunque *todos* significase una aburrida Nina y una curiosa señora y su gordo gato, eso era lo de

menos. Porque en ese fastidioso pueblo muy pronto todos sabrían que ella y Dan se habían acostado y, si la vida en ese insufrible lugar ya era molesta, no podía imaginarse cómo sería cuando se enteraran de que Victoria había osado estar con el niño bonito de Whiterlande.

Los innumerable vejestorios que acudían allí únicamente para chismorrear se multiplicarían y ¡qué decir de las mujeres que buscaban llamar la atención de Dan y de su amiguito! Sin duda más de una intentaría dejar también las marcas de sus uñas en esa firme espalda en la que ella parecía más que dispuesta a limar las suyas en más de una ocasión...

Aún recordaba esos apasionados besos y esas dulces caricias.

Más de una vez había tenido la tentación de aceptar una de sus citas solamente para poder repetir esa noche en la que Dan la hizo sentirse amada. Pero luego recordaba cómo se había roto su corazón en mil pedazos ante la traición de Peter, y pensó que, si lo que sentía por su ex era una milésima parte de lo que había empezado a sentir por ese idiota, lo mejor sería mantenerse alejada de él y de todos y cada uno de sus encantos.

Victoria no quería volver a sufrir, y sin duda eso era lo que pasaría si le permitía a Dan adentrarse en su corazón, porque los hombres tan encantadores como él nunca se quedaban con chicas tan ariscas como ella. Y, por desgracia para Victoria, él últimamente era más insistente de lo habitual y la incitaba constantemente a darle una oportunidad.

Una de las cosas por las que había aceptado el absurdo viaje a ese pueblo perdido de la mano de Dios era para despejar su mente antes de trasladarse a vivir sola. No es que le importara demasiado soportar las excéntricas ideas de su tía, pero antes de tomar la decisión de marcharse definitivamente de casa de su querida tía Mildred, ésta se dedicaba a invitar continuamente a algún que otro vejestorio amigo suyo a cenar en su mansión, que siempre iba acompañado por un joven apuesto que era o un hijo o un sobrino que casualmente siempre estaba soltero, divorciado o viudo. Gracias a Henry, muchas de esas noches fueron bastante entretenidas, ya que nadie que no fuera él podía acercarse a ella.

Ésa era una de las razones por las que había decidido abandonar su hogar. Otra era que quería centrarse en su trabajo y llegar a ser alguien importante en el bufete para que las burlas constantes terminaran y alguien la mirara en algún instante con la admiración que atesoraba su tío, quien llegó a ser un prestigioso abogado que no se dejaba avasallar por nada ni por nadie.

Ya hacía días que su tía no la llamaba y eso era bastante preocupante, porque sólo podía significar que Mildred Wilford estaba llevando a cabo uno de sus extravagantes planes. ¿Cuál sería en esa ocasión?

Bueno, como por suerte se encontraban a centenares de kilómetros, Victoria pensaba que esa vez no le atañería... hasta que el primer hombre de una larga lista la sacó de su error.

Habían pasado unos días desde que a Dan se le ocurrió enseñar a todos lo bien que se llevaba con Victoria mostrando en su desnuda espalda las marcas de las uñas de esa mujer. Desde entonces, sus clientes femeninos se habían multiplicado, tanto las jóvenes que no cesaban de insinuarse sensualmente mientras le susurraban al oído lo largas que tenían sus uñas hasta las mujeres más ancianas, que lo miraban reprobadoramente sin dejar de acariciar a sus mimados gatos en busca de algún jugoso chisme.

Por su parte, Dan descansaba en su despacho eludiendo su trabajo mientras disfrutaba de un frío refresco. Estaba molesto con Victoria, que después de enfrentarse a la prueba de su deseo no hacía otra cosa que esconderse de él detrás de unos viejos archivos llenos de polvo, además de tomarse su venganza, pues todo su alijo de chocolatinas había desaparecido de un día para otro siendo sustituido por un surtido de esas sanas zanahorias enanas que ni loco pensaba tocar.

Por suerte, la pérdida de sus amados chocolates era su único problema. Bueno, ése y el malhumor permanente de Victoria. Las habladurías sobre él y su página web habían desaparecido con gran celeridad, aunque Dan todavía se preguntaba si no hubiera sido mucho mejor deshacerse de esos rumores de alguna otra manera que no hubiera involucrado a Victoria, porque ésta tenía un humor de perros y, cuando no estaba escondiéndose de él, simplemente le gruñía su descontento.

Ahora no tenía que lidiar únicamente con ese chuchó sarnoso que seguía insistiendo en llamar a su clínica con sus quejas matutinas y en destrozar sus muebles, a pesar de sus amenazas, cada vez que algo de lo que Dan le decía le molestaba. No, ahora también tenía que conseguir amansar a una arisca gatita bastante enfurruñada.

Mientras planeaba qué hacer para calmar a esa fiera, Dan buscó una vez más en Google el nombre de su clínica. ¡Gracias a Dios que esa bochornosa publicidad había desaparecido! Aunque su foto aún rondaba por ahí, en alguna que otra página extraña que sus amigos se dedicaban a buscar tan sólo para reírse de él, y del inadecuado

nombre de su lugar de trabajo, que Dan estaba decidido a cambiar.

Por pura curiosidad, Dan escribió el distinguido nombre de su elegante princesa para ver qué aparecía en Internet. Tal vez hallase alguna coincidencia asombrosa con la que él también pudiera reírse de ella.

Cuando comenzó su búsqueda, únicamente vio su extenso currículum, plagado de títulos y másters otorgados por algunas prestigiosas universidades. Se deprimió un poco cuando vio por fotos de viejas noticias la mansión donde vivía y el lugar en el que trabajaba, que no tenían ni punto de comparación con su minúsculo piso y su cochambrosa clínica. Luego se puso celoso ante las fotos de su compromiso, donde Victoria sonreía felizmente mostrando en sus ojos ese brillo especial que sólo surge cuando se está enamorado.

Finalmente, decidido a dejar esa estúpida idea de lado, ya se disponía a abandonar la Red cuando una famosa página de citas que exhibía en uno de sus anuncios el nombre «Victoria» llamó su atención, haciendo que se le ocurriera una idea.

Dan se registró en la web Only you con la infantil y vengativa idea de localizar a una persona poco agraciada que tuviera el mismo nombre que Victoria y así poder burlarse de ella y del distinguido apellido del que tanto presumía. Pero, cuando se adentró en sus archivos, se sorprendió al encontrar un perfil de Victoria como candidata. En él se podía observar a una atractiva mujer con un tentador traje de baño tomando el sol junto a una elegante piscina y, aunque en la foto no posara sensualmente ante la cámara como sí hacían otras candidatas, sino que Victoria más bien dormitaba en una hamaca, nadie podía negar que era la mujer más sensual que había visto en su vida.

Sin dudarle un instante, Dan pinchó en un enlace de «Álbum de fotografías», donde las candidatas podían dejar imágenes de sus mejores momentos. Entre ellas había fotos de su salvaje gatita bastante llamativas, tomadas a lo largo de toda su vida.

Se notaba que eran antiguas y que estaban escaneadas con algo de torpeza; aun así, Dan no pudo resistirse a observar con atención cada una de ellas: Victoria vestida de Mamá Noel en sexto curso, Victoria con la toga de su graduación, Victoria disfrazada de princesa a los diez años... y la que sin duda no podría borrar de su mente, Victoria vestida de animadora, con una de esas minúsculas falditas con las que, a partir de ese momento, tendría más de un tórrido sueño.

Dispuesto a saber por qué motivo se alejaba Victoria de él aludiendo a que no

quería saber más de los hombres y luego se inscribía en ese tipo de páginas, Dan ojeó las cualidades que ella describía en su perfil. En cuanto comenzó a leer ese amasijo de mentiras, no pudo remediar escupir toda su bebida en su teclado mientras intentaba no ahogarse por la sorpresa. Dan soltó a un lado su refresco dispuesto a rebatir cada una de esas cualidades que describían a Victoria, y no pudo evitar recitar cada una de ellas en voz alta.

—«Soy una mujer dulce, cariñosa, que nunca me enfado ni reprendo a un hombre por sus errores. Una mujer que siempre me lo tomo todo con calma y no muestro mal genio ante ninguna difícil situación. Una perfecta ama de casa a la que no le importa recoger todo lo que desordenes con una hermosa sonrisa en mis labios, y adoro a los perros, sobre todo a mi querido Henry, para el cual sólo puedo tener amables palabras» —leyó Dan haciendo una mala imitación de la femenina voz de Victoria.

»“Soy una mujer”, ése es el único punto que no puedo poner en duda —comenzó a replicar Dan, con ironía—. Pero lo de “dulce y cariñosa”... eso aún no lo he visto, ya que seguro que lo esconde tu arisca actitud. Respecto a que “siempre me lo tomo todo con calma y no muestro mal genio ante ninguna difícil situación”, todavía me resuenan los oídos por tus airados gritos, y no, definitivamente no tienes mal genio: tienes el peor. —Dan continuó con su sarcástico monólogo, alucinando con lo que estaba leyendo y lo poco parecido que era con la realidad que él conocía—. “Una perfecta ama de casa a la que no le importa recoger todo lo que desordenes con una hermosa sonrisa en mis labios”... ¡Y una mierda! Cuando te dije el otro día que me ayudarás a ordenar el armario de mi casa, trajiste una bolsa de basura y una caja de cerillas. Eso sí, la sonrisa no se apartaba de tu rostro, aunque era un tanto perversa. Por último, lo de “adoro a los perros”... Sin duda lo haces, pero, eso sí, tus “amables palabras” son siempre bastante bruscas, sobre todo las dedicadas a ese molesto saco de pulgas... aunque no puedo culparte por ello, la verdad.

Después de desahogarse dirigiéndole a su ordenador cada una de sus quejas por ese absurdo conjunto de flagrantes mentiras que era el perfil personal de Victoria en esa página de contactos, Dan, decidido a demostrarle a esa ingrata mujer que él era el hombre adecuado para ella, rellenó sin pérdida de tiempo su perfil y luego realizó el test de compatibilidad, dispuesto a repetirlo las veces que hicieran falta hasta que el resultado le saliera perfectamente apropiado para Victoria, aunque fuera tan sólo una estúpida máquina quien lo dijera.

Tuvo que hacer ese jodido test treinta veces hasta que el artilugio lo emparejó con ella. Finalmente, exhausto de tantas preguntas sin sentido como «¿Cuál es tu

comportamiento sexual?», «¿Cuál es tu color favorito?», «¿Cuántos hijos quieres tener?», «¿Cuál es tu comida preferida?» o «¿Qué harías ante una infidelidad?...», Dan se dispuso a abandonar esa página que nada más que le traía dolores de cabeza cuando vislumbró un apartado que por poco le pasó desapercibido: «Anuncios».

Se adentró en esa sección de la web y, después de leerlo, no tuvo dudas de que Victoria no era la creadora de ese perfil, ya que en el texto se describía lo que Victoria más odiaba que destacaran de su persona: su soltería y su inmensa fortuna.

El anuncio decía así:

No me llames ni me mandes un correo electrónico: ¡simplemente ven a verme! ¡Valgo algo más de diez millones de dólares y estoy soltera!

Un poco más abajo, y en letras bastantes llamativas, se especificaba:

Absténgase Dan Lowell.

—¡Maldita tía Mildred! —murmuró Dan, furioso y dispuesto a relatar a Victoria la descabellada idea que su tía había puesto en marcha.

Luego se lo pensó mejor. Tal vez él pudiera evitarle ese disgusto espantando a todos sus pretendientes. No sería muy difícil, ¿verdad? Después de todo, ¿quién demonios veía esos ridículos anuncios?

No, definitivamente no había sido difícil, ¡sino lo siguiente!

Cuando una avalancha de solteros presuntuosos comenzó a invadir Whiterlande, Dan supo que necesitaría la ayuda de todo el pueblo para alejar a esos hombres de su hermosa Victoria, y más si no quería que ésta se enterara de lo que estaba ocurriendo.

Su cuñado Alan volvió a hacerle ese estúpido bailecito triunfal que tanto había comenzado a odiar antes de darle algún consejo. Su padre le prestó su amada escopeta con la que tantas veces había espantado a los pretendientes de Elisabeth. El juez Walter se limitó a aconsejarle que no le llamara por nada del mundo, y el desgraciado de su hermano Josh, en cuanto escuchó sus problemas, fue corriendo hasta el bar de Zoe para anotar en la pizarra de apuestas de todo el pueblo su complicada situación; lo más probable era que para apostar en su contra.

Fue algo complejo contar con la ayuda de las ancianas chismosas para que lo

informaran de todos los movimientos de esos sujetos, pero, tras confesarles lo enamorado que estaba de esa irascible mujer, las amables viejecitas no dudaron en ayudarlo. Eso sí, después de extorsionarlo un poco con el precio de sus consultas cuando revisara nuevamente a cada uno de esos gordos gatos a los que ellas adoraban.

Las innumerables solteras que siempre acudían a su consulta fueron mucho más fáciles de convencer de lo que Dan creyó en un principio, ya que, en cuanto oyeron que una avalancha de hombres carentes de compromiso acudirían a Whiterlande, se ofrecieron amablemente a quedarse con cada uno de ellos y despojar así a Victoria de cualquier pretendiente que pudiera molestarla.

Todo marchaba según su plan.

Los primeros hombres que osaron preguntar por Victoria fueron bombardeados con chismes por las numerosas ancianas cotillas del lugar, que no dudaron a la hora de exagerar sus mentiras sobre la mujer a la que todavía tenían en su punto de mira. Se divertieron de lo lindo relatando patrañas como que tenía doce hijos, que era más pobre que las ratas o que padecía una enfermedad mental que los médicos aún estaban investigando.

Los pocos que no cayeron ante las calumnias de esas inocentes ancianas quedaron ensimismados ante el hechizo de alguna que otra de las atractivas solteras del pueblo, que exhibían sus encantos con bastante ligereza.

¡Bien! Finalmente con ese plan Dan había conseguido matar dos pájaros de un tiro: se deshacía de las empalagosas propuestas de alguna de sus clientas y lograba espantar a todo bicho viviente que se acercara a Victoria. Incluso algún miembro de la comisaría había aportado su granito de arena mostrando a los ilusos pretendientes la ficha policial de Victoria y del cliente al que defendía. Sin duda, la locura de tener a un perro como cliente les ayudaba a creerse las mentiras que propagaban las nobles ancianas, y coincidían con que Victoria carecía de cordura y que ese vil anuncio solamente era una trampa para atrapar a algún incauto.

Dan estaba bastante contento con el resultado de su plan hasta que la insidiosa tía Mildred volvió a hacer una de las suyas y añadió una dirección en el llamativo anuncio donde se anunciaba abiertamente la soltería de Victoria: la de su clínica.

Indudablemente, tía Mildred lo estaba retando. Eso resultó más incuestionable aun cuando destacó con grandes letras rojas esa insultante advertencia hacia su persona en la que lo invitaba a alejarse de su sobrina. ¡Qué pena para ella que Dan siempre ignorara ese tipo de mensajes cuando no le convenían!

Victoria introducía en el ordenador datos atrasados de las fichas de algunos pacientes cuando por la puerta de la clínica entró un hombre que contrastaba bastante con los habituales clientes del lugar.

Un caro traje Armani engalanaba su apariencia de niño rico, junto con algunos ostentosos complementos, como un reloj Rolex de oro y un broche de corbata de diseño, a juego con unos enormes gemelos.

Si la apariencia de este arrogante sujeto, que no hacía otra cosa que mirar la pequeña recepción por encima de sus distinguidos hombros, le llamó un poco la atención a Victoria, su curiosidad se incrementó cuando se percató de que, en sus manos, portaba un elaborado ramo de rosas, y que junto a él no había mascota alguna.

Ese atractivo caballero le hizo comenzar a sospechar que allí ocurría algo raro. Victoria lo miró más detenidamente para asegurarse de ello. Se trataba de un hombre rubio, de aproximadamente un metro ochenta y cinco de estatura, ojos azules y una bonita sonrisa. Exactamente todas y cada una de las características físicas por las que ella se sintió atraída por su ex en un principio y que no había dejado de alabar en todo momento alrededor de su tía cuando se encontraba locamente enamorada de ese farsante.

—¡Mierda, tía Mildred, no me jodas! —susurró Victoria, intentando huir de la recepción antes de que ese tipejo comenzara con su presentación y unos falsos halagos que sólo perseguían su dinero.

Victoria se tapó el rostro con una de las viejas carpetas e intentó pasar junto a las viejas cotillas que, tal y como ella predijo en una ocasión, invadirían la clínica de Dan en busca de algún suculento escándalo. Desafortunadamente, en su huida se interpuso uno de los adorables perros labradores de la señora Manfred, al que pisó el rabo en sus prisas por alejarse de un nuevo oportunista que seguramente había sido conducido hasta ella por su adorada tía, que ilusamente creía que ella volvería a cometer el error de enamorarse.

Al bajar la carpeta ante los lamentables gemidos del pobre animal y excusarse una y mil veces con la alterada mujer que la fulminaba con una mirada asesina, Victoria se dio cuenta de que el sujeto la había reconocido como su próximo objetivo, ya que se le iluminaron los ojos mientras se dirigía hacia ella.

«¡Mierda! Tía Mildred lo ha vuelto a hacer», pensó Victoria.

Seguro que había colocado otra vez su foto en alguna página de contactos, y junto a su nombre había añadido una abultada cifra como hizo la última vez que ella se negó

a seguir uno de sus consejos de alcahueta. Ahora tendría que buscar en todas esas absurdas páginas hasta dar con su perfil y borrar todos sus datos de él. Mientras tanto, debería aguantar el asedio de esos insufribles individuos que solamente intentaban conquistar su dinero, y quitárselos de encima uno a uno con alguna que otra imaginativa mentira.

—Veo que las fotos de tu perfil de Only you no te hacían justicia. Aunque tengo que admitir que, entre todas ellas, mi preferida es en la que vistes con ese atractivo uniforme de animadora —comentó atrevidamente el joven, ofreciéndole a Victoria las caras flores que llevaba como obsequio.

Victoria le dirigió una de sus más falsas sonrisas mientras aceptaba el caro presente y pensaba seriamente en quemar todos los álbumes de fotos de su tía para que algo así no volviera a suceder jamás.

Intentó inventar una rápida excusa con la que deshacerse de ese tipo, pero, como apenas había tenido tiempo de prepararse para esa sorpresa de su querida tía, lo único que se le ocurrió fue decir algo que estuviera muy cerca de la verdad para no ser pillada en el engaño.

—Verá usted, ¿señor...?

—Hindman, Andrew Hindman Wellington II —anunció pomposamente el tipejo mientras besaba gentilmente su mano—. Para servirle...

—Señor Hindman, esto es un terrible malentendido. Yo no me he hecho ningún perfil en ninguna página de contactos. Ocurre que mi tía no acepta la relación que tengo con mi actual novio y por eso insiste en este tipo de bromas pesadas.

—Entonces, tal vez debería hacerle caso a su tía y cambiar de novio, señorita Wilford —apuntó engreídamente el insistente individuo mientras la recorría de arriba abajo con su escrutadora mirada, seguramente evaluando cuántos millones valdría cada parte de su cuerpo.

—No siempre es bueno ceder a las locuras de mi querida tía, señor Hindman. Así que ahora que sabe que no estoy disponible, si me hiciera usted el favor de marcharse para que pueda desempeñar mi trabajo, se lo agradecería enormemente —declaró al fin Victoria, algo molesta con la engreída actitud de ese tipejo mientras le devolvía con brusquedad su incómodo presente.

—No creo que desista de usted, querida Victoria. Al fin y al cabo, no todos los días se le presenta a uno el placer de poder disfrutar de una mujer que vale diez millones de dólares... —manifestó insultantemente el mamarracho, avivando el mal genio de Victoria.

—Lo que usted quiera. Pero tengo que advertirle de que en esta clínica trabaja mi novio, y es bastante celoso con cualquier hombre que se acerque a mí, así que lo mejor para usted sería marcharse cuanto antes, no sea que lo pille en uno de esos días en los que pierde la cabeza y la sangre no tarda en correr...

—¡Bah, qué estupidez! Ningún hombre es tan celoso, y menos de algo que aún no le pertenece, porque, por lo que puedo ver, ningún anillo descansa todavía en sus lindos dedos —insistió el persistente hombre apropiándose nuevamente de una de sus manos.

Y así fue como Dan los pilló cuando salió del quirófano, bisturí en mano, tras conseguir curar a un inquieto animal que no permitía que nadie cosiera su herida abierta ni que lo anestesiara, por lo que en el proceso de cirugía le dio bastantes problemas y le manchó todo el uniforme con su sangre de una forma muy escandalosa. De esta guisa salió Dan, sin ni siquiera cambiarse porque Nina le había informado de lo que ocurría en la recepción justo cuando se disponía a dejar su teñido instrumental para esterilizarlo.

El guapo veterinario marchó decidido hacia ese tipo que no era capaz de aceptar las negativas de Victoria, más que dispuesto a hacerle comprender, a ése y a cuantos hombres se le pusieran por delante, que cuando Victoria decía «no» era «no», y punto.

Así que esperó hasta que ese sujeto se percatase de su presencia, algo que no tardó en ocurrir cuando se adentró en la sala de espera provocando más de un grito de exagerado asombro de las propietarias de sus pacientes que atrajeron la atención de ese individuo hacia él, haciendo que su cara se descompusiese en cuanto Dan le sonrió con una páfida sonrisa aprendida de las pésimas películas de terror que su hermano Josh le obligaba a ver en alguna que otra ocasión, momento que aprovechó para enseñarle su fiel herramienta de trabajo.

Luego, simplemente hizo una pequeña observación que convenció al insistente visitante de alejarse con gran rapidez de su clínica.

—Por lo que veo, usted es el siguiente —anunció un molesto Dan, fulminando con la mirada la osada mano que agarraba la de Victoria.

En verdad era un comentario de lo más común en el trabajo que Dan desempeñaba, pero, por lo visto, el pesado no pensó igual y soltó con rapidez la mano de Victoria, dejando atrás sus empalagosas flores poniendo pies en polvorosa para no volver jamás.

Cuando el rostro de Dan, lleno de satisfacción, se giró para volver a su trabajo, una inquisitiva mirada de una desconfiada gatita lo reprendió.

—Tú lo sabías, ¿verdad? —preguntó Victoria, recelosa ante la actuación de Dan.

—No sé de qué me hablas —intentó eludir Dan sin dar una respuesta en concreto.

—¡Tú sabías lo que había hecho mi tía, pero lo que no sé es por qué narices no me lo has contado! ¡Dime todo lo que sepas! —exigió Victoria molesta.

—Me niego a hablar a no ser que sea en presencia de mi abogado —bromeó Dan, tratando de evitar el mal carácter de Victoria.

—¡Yo soy tu abogada, idiota! —gritó ella, atrayendo la atención de todas las cotillas del lugar, que no despegaban sus ojos ni oídos de esa enervante discusión.

—Entonces me niego a hablar hasta que mi abogada y yo estemos desnudos en mi cama —sugirió Dan pícaramente mientras devoraba a Victoria con una de sus ávidas miradas.

—¡Eso sólo ocurrirá en tus sueños, Dan Lowell! —declaró ella enfadada, dándole la espalda despectivamente mientras volvía a su sitio tras el mostrador.

—Y, por lo visto, también en la mesa de mi despacho —replicó el joven y soltero veterinario dando lugar a otro jugoso cotilleo que avivaría los cuentos de esas chismosas que siempre rondaban la sala de espera.

Finalmente, Victoria volvió a esconderse detrás de los archivos, y esta vez era por su rostro avergonzado por las maliciosas palabras de ese hombre, porque cada una de ellas era cierta, ya que ellos habían probado en más de una ocasión la mesa de ese despacho. Era algo de lo que no se arrepentía, pero de lo que comenzaba a avergonzarse. Y más después de ver cómo ese bruto no podía mantener la boca cerrada cuando el momento lo requería.

Y ése era uno de esos momentos, pensaba Victoria en el instante en que una nueva llamada de su tía, esta vez dirigida a la clínica de Dan, fue atendida por el orgulloso propietario sin que ella pudiera hacer nada por evitarlo.

Capítulo 13

Dan estaba más que harto de esa molesta y latosa Mildred Wilford que no hacía otra cosa que ponerle trabas en su camino a cada paso que daba para conseguir conquistar a su sobrina. Entre esa chiflada mujer que le exigía alejarse de Victoria y el molesto perro que se creía su protector, eran pocas las oportunidades que tenía de acercarse a su irritable gatita, aunque aprovechaba al máximo cada una de ellas.

Cuando atendió la llamada de la exigente tía de Victoria, que esta vez requería resultados acerca de la búsqueda de la casa de Henry, Dan no se lo pensó dos veces a la hora de convencer a su cuñado de que él sería el hombre idóneo para mostrar las casas que Alan y su padre vendían.

Alan aceptó entregarle las llaves de las propiedades que había reformado sin pensárselo dos veces, quizá porque estaba impaciente por escuchar más de esos jugosos chismes que últimamente circulaban por el pueblo. Su padre, el socio mayoritario, fue, no obstante, un poco más difícil de convencer y Dan tuvo que utilizar todas sus armas para conseguir esas llaves, incluido el juego sucio en el que era experto desde pequeño.

—¡Papá, venga ya! ¿Qué trabajo te cuesta darme las llaves de tus propiedades? Después de todo, Victoria ha venido expresamente a comprar una de tus casas, y vender una no puede ser tan difícil —se quejó Dan mientras perseguía a su padre incansablemente por todas las habitaciones de su casa rogándole una oportunidad.

—¿Ves? Por eso no te voy a dar esas llaves: ¡serías un pésimo vendedor! ¡Eres demasiado despreocupado!

—Papá, ¡tus casas se venden solas! Conque me aprenda alguna que otra característica y se la diga al azar, tendré la venta asegurada. Además, es por la felicidad de tu hijo pequeño... No sabes lo que me está costando pasar algún tiempo a solas con esa mujer: ¡entre las cotillas del pueblo, sus pretendientes, tía Mildred y el baboso de Henry, no dispongo ni de un mísero minuto de su tiempo!

—¡Dan, no vas a utilizar mis negocios como excusa para conseguir una de tus conquistas! —lo reprendió severamente John Lowell, sintiéndose ofendido con el comportamiento infantil de su crecido hijo.

—¡No es una más, papá! ¡Es *esa* chica! —señaló Dan, recordando la

conversación que una vez tuvo con su padre sobre la mujer ideal.

—¡Oh! ¡No me digas que mi benjamín al fin ha encontrado el amor! ¡Ven, siéntate y cuéntamelo todo sobre esa mujer! —le pidió alegremente John mientras se dirigía hacia el banco del porche con una fría cerveza para cada uno—. Seguro que es una joven fantástica si ha conseguido finalmente llamar tu atención. ¿Es tan dulce y amable como tú querías cuando eras pequeño? Dime, Dan, ¿cómo es ella?

—Bueno, Victoria tiene muy buenas cualidades... —comenzó a decir Dan tomando asiento junto a su progenitor—. Aunque ahora mismo no recuerdo ninguna. Es una mujer un tanto arisca que no sé cómo domar, pero me divierto mucho intentándolo. Tiene la mala costumbre de alardear de su dinero cuando alguien la molesta demasiado, y con unas pocas palabras puede conseguir que uno quede como un idiota en unos segundos. De hecho, a su lado quedo como un estúpido la mayor parte del tiempo. Y tiene ese defecto tan desquiciante que siempre odié en las mujeres, ese «ya te lo dije» que pende siempre de su mirada cuando cometo algún error que, según ella, es inadmisibile. Y... —A mitad de su discurso, Dan observó el rostro lleno de satisfacción de su padre, que lo contemplaba con una gran sonrisa, y supo que en esos instantes se estaba regodeando en su victoria.

Dan se pasó una de las manos por sus cabellos, frustrado, y finalmente se rindió a lo inevitable.

—Vale, papá, tenías razón: me he ido a enamorar de una mujer que no es ni dulce ni cariñosa. Pero tú ya sabías que eso llegaría a pasar, ¿verdad? —preguntó Dan, molesto con esa sonrisita que su padre no borraba de su rostro.

—Conociendo tu carácter y lo parecido que eres a mí, no lo dudé ni por un momento.

—¡Pues podrías haberme advertido de que enamorarme era jodidamente complicado y que ella se digne a corresponderme, aún más!

—Bueno, hijo, veamos cuáles son tus problemas a la hora de conquistarla. Cuéntame —lo animó John, recostándose en el banco del porche decidido a aconsejar a su hijo en los problemas de corazón.

—Vale. En resumen: su familia no quiere que me acerque a ella, su perro me odia, ella está enfadada conmigo y por su mente aún ronda el recuerdo de un exprometido. ¡Ah! Y creo que también se interpone entre nosotros el dinero...

—Bueno, que ella gane un poco más de dinero que tú tampoco es para tanto en esta época, y...

—Papá, nos separan unos diez millones de dólares...

Después de escuchar esa desmesurada cifra, John acabó atragantándose con su cerveza.

—¡Joder, Dan! ¡Pega el braguetazo ya! —bromeó divertido.

—¡Papá! —lo reprendió su hijo—. ¡No me hace ninguna gracia! ¿Sabes cómo me siento ante eso? Al contrario que otros hombres que la persiguen sólo por su fortuna, a mí me intimida su dinero, y el problema es que yo solamente la quiero a ella.

—Bien, pues demuéstreselo.

—¿Cómo? Si hasta su tía cree que únicamente voy tras sus billetes.

—No pienses en lo que ella está acostumbrada a recibir. Dale cosas sencillas que estén a tu alcance y que nunca le hayan ofrecido antes. En cuanto a su tía, cuando esa muchacha se dé cuenta de cuánto la amas, no dudará en hacérselo saber a sus parientes.

—Gracias por tus consejos, papá —respondió Dan mientras reflexionaba y pensaba en un regalo adecuado para conquistar a Victoria, y que estuviera a su alcance—. Ahora más que nunca necesito que me entregues esas llaves.

—Hijo mío, nunca deben mezclarse los negocios con el amor, así que mi respuesta sigue siendo no.

—De verdad que lo siento papá, pero necesito esas llaves —se disculpó Dan, justo antes de jugar sucio para conseguir su deseo—. ¡Mamá, mi padre se niega a darme las llaves de sus casas reformadas porque piensa que soy un inútil! —gritó Dan a pleno pulmón, sabiendo que su madre lo oiría desde la cocina.

—¡John Lowell! ¿Cómo puedes decirle eso a nuestro hijo? —lo riñó airadamente Sarah Lowell, amenazándolo coléricamente con el cucharón de madera mientras se dirigía al porche para amonestar con severidad a su marido.

—Sarah, yo no he dicho eso...

—Entonces, ¿se puede saber qué le has dicho a nuestro hijo para que esté así? —preguntó Sarah, al ver a su afligido hijo, que ahogaba sus penas en una cerveza sentado un tanto cabizbajo en el banco del porche junto a su desaprensivo padre, quien mostraba una sonrisa.

—Sarah, eso es mentira. Sólo está así porque yo...

—¡Me ha dicho que no me deja esas llaves que yo necesito para enseñarle una casa a la mujer que amo y con la cual puedo llegar a casarme y darte muchos nietos, mamá!

Con esas palabras, John se ganó una fulminante mirada que parecía desterrarlo al sofá de por vida, así que finalmente cedió ante lo inevitable y le mostró las llaves de

su preciado negocio, no sin antes vengarse de su embaucador hijo.

—Bien, si quieres vender una de esas casas, tendrás que aprenderte sus dosieres... —declaró con firmeza, poniendo en las manos de su hijo un sinfín de gruesas carpetas, quedando así plenamente satisfecho con la cara de asombro que mostró Dan ante la idea de memorizar cada uno de esos tomos dedicados a la historia y arquitectura del lugar.

—Cuando los memorices, te daré esas llaves que tanto deseas —lo retó John, mostrándole las llaves que estaban tan cerca pero a la vez tan lejos.

—No te preocupes, papá. ¡Lo haré! —afirmó Dan, algo molesto porque las cosas no hubieran salido como él había planeado, pero totalmente decidido a hacerse con esas llaves que le permitirían pasar un tiempo a solas con la mujer que amaba.

Cuando Dan se hubo marchado, no sin antes cerrar con violencia la puerta de su coche mostrando así su descontento ante la sucia treta de su padre, Sarah Lowell se acercó a su marido, intrigada por lo ocurrido.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Sarah, confusa con el comportamiento de su hijo, que en ocasiones seguía siendo como el de un niño pequeño.

—Nuestro hijo al fin se ha enamorado —contestó orgullosamente John mientras abrazaba a su mujer.

—¿Y esa mujer es tan dulce y amorosa como él deseaba cuando era pequeño? —se interesó Sarah, preguntándose sobre el tipo de chica que finalmente había hecho caer en el amor a su hijo, esa irremediable locura de la que él tanto huía.

—Ni por asomo: se parece a ti —anunció despreocupadamente John, sin caer en la cuenta de la gravedad de sus palabras hasta que ya fue demasiado tarde.

—¡A partir de ahora duermes en el sofá! —declaró la airada mujer con rotundidad mientras huía de las excusas de su marido.

—¡Pero Sarah...! —se quejó lastimeramente el derrotado hombre, maldiciendo una vez más su estúpida boca, que en ocasiones lo delataba. John esperaba que su hijo no fuera igual de ligero con sus palabras o, como él, tendría más de un problema a la hora de tratar con una mujer de difícil temperamento como era su querida Sarah.

Finalmente, Dan había empezado a estudiar como un loco quedándose más de una noche en vela para conseguir esas estúpidas llaves, ¿y qué había conseguido a cambio? Pues que Victoria mirara recelosa sus ojeras todas las mañanas pensando que estaba teniendo una aventura con alguna de sus clientas.

Aunque su eficiente ayudante no dijera ni una sola palabra acerca de ese hecho, lo hacían por ella las múltiples cotillas que pasaban por su consulta fijándose hasta en los más nimios detalles y dándole algún que otro consejo barato sobre lo que debía hacer.

¿Es que todo el maldito pueblo estaba pendiente de su relación amorosa? ¡Joder! ¿No tenían otra puñetera cosa que hacer o con lo que divertirse?

Las continuas intervenciones de sus vecinos le hicieron llegar a la conclusión de que la pizarra de apuestas de Zoe estaba nuevamente en pie y todo el pueblo había comenzado una vez más con sus juegos, y, para su desgracia, la aburrida población de Whiterlande parecía tenerlo a él en su punto de mira, y era de su relación con Victoria sobre lo que todos hablaban sin dejar de analizar en todo momento cada una de sus acciones y de sus estúpidas meteduras de pata.

Porque no había duda de que, junto a esa mujer, siempre acababa haciendo el imbécil de una manera u otra. Muestra de ello era cómo había tenido que aprender decenas de datos inútiles sobre arquitectura neoclásica y la historia de cada uno de esos maravillosos lugares para que la elección de la casa de Victoria fuera la más adecuada.

—Te dije que no hacía falta que vinieses. Si me hubieras dado las llaves, yo habría venido con Henry sin molestarte en tu merecido día de descanso —comentó Victoria por décima vez, intentando acabar así con la cara de disgusto que no parecía borrarse del rostro de Dan durante todo el recorrido.

—Y yo te dije que no me importaba acompañarte para visitar estas propiedades, ya que mi padre y mi cuñado no podían venir, pero nunca me esperé que la elección de la casa la hicieras de esta manera —contestó Dan disgustado, señalando al digno animal que no paraba de recorrer el jardín trasero olisqueando todos los árboles y arbustos sin decidirse del todo si le gustaba o no ese lugar—. Supongo que a Henry no le importará la historia de esta casa o el prestigioso arquitecto que diseñó esta fachada de estilo neoclásico, ¿verdad? —planteó Dan irónicamente mientras fulminaba al indeciso perro con una de sus miradas.

—Pues no —corroboró Victoria mientras veía cómo Henry descartaba con su remilgado hocico una vez más una de las hermosas propiedades de la lista—. Ésta tampoco le gusta —conjeturó Victoria cuando Henry se limpió sus patas traseras en el césped y siguió su camino hacia el coche sin volver la vista atrás.

—¿En serio vamos a visitar así cada una de las casas de esta lista? ¡Si ni siquiera has visto el interior!

—La casa es para Henry, no para mí, así que él decide.

—¡Pero esto es absurdo! Sabes que tu tía y tú estáis como una cabra, ¿verdad? Y mimando a este perro de la forma en la que lo hacéis sólo conseguís que se dé más aires de grandeza. Este chucho únicamente necesita mano dura y un buen adiestramiento para dejar de ser un problema.

—¡Ja! Puedes intentar adiestrarlo cuando quieras, Dan Lowell. Eso sí, no olvides en ningún momento que él es un Wilford y, por lo tanto, es superior a ti en todos los sentidos —contestó dignamente Victoria mientras se dirigía hacia su lujoso coche de alquiler, donde Henry los esperaba con impaciencia.

—¿Y ahora qué he hecho para que te enfades conmigo? —preguntó inocentemente Dan mientras retenía su brazo intentando evitar su huida.

—Puede que mi tía sea una excéntrica con mal genio, pero no está loca, y, si ella o yo mimamos en demasía a este perro, es nuestro problema. Además, ellos dos son la única familia que tengo, ¡así que no te metas con ninguno de los dos, Dan Lowell!

—Perdóname, princesa. Como siempre, soy un burro que no mide sus palabras... —se disculpó Dan limpiando las leves lágrimas de frustración que los ojos de Victoria dejaban entrever—. Pero esta vez me voy a disculpar contigo y con este chucho en condiciones. Te puedo asegurar que la siguiente casa de la lista será la elegida. Tan sólo dame unos minutos antes de pasarte por allí y lo tendré todo listo —anunció enérgicamente Dan tras besar con dulzura los labios de Victoria como si de una ínfima caricia se tratase, poniendo rumbo a la siguiente casa que visitar.

Victoria, un tanto confusa con su comportamiento, lo vio alejarse con rapidez mientras aún dudaba de si darle una oportunidad o no a ese impredecible hombre al que todavía no acababa de comprender. Ni a él ni su locura.

Finalmente decidió que no perdería nada por concederle lo que pedía y se adentró en el coche con Henry, decidida a conducir muy despacio hacia el lugar donde ese atolondrado hombre la esperaba.

Cuando Victoria llegó a la siguiente propiedad de la lista, halló ante sí una bonita y apartada casa. Estaba un poco alejada del pueblo, y tenía una hermosa fachada de un estilo clásico que se adecuaba con el entorno que lo rodeaba, haciéndola parecer parte de éste. La naturaleza viva de los árboles que crecían junto a ella era perfecta,

ya que parecía que éstos daban la bienvenida a ese hogar, convirtiéndolos en una parte más de ese maravilloso paisaje de ensueño. A Victoria le encantó ese lugar escondido al que le gustaría nombrar como suyo, pero Henry, el quisquilloso Henry... Ésa era otra historia que todavía estaba por verse.

Cuando Victoria le abrió la puerta al chucho, éste salió disparado hacia el exterior. En un principio parecía que ese sitio iba a ser la excepción, como Dan había señalado. Ella siguió con algo de dificultad a ese baboso por los alrededores de la casa hasta que Henry dio al fin con una enorme caseta para perros que parecía una pequeña imitación de la mansión. Henry la ignoró y se adentró como un rayo por el jardín.

Victoria, viendo la gran aceptación que tenía esa propiedad por parte del molesto saco de pulgas, entró en la casa para ver las instalaciones y planificar las posibles reformas que se deberían realizar para que Henry viviera allí de acuerdo con los gustos de su tía.

En cuanto entró por la puerta de esa pequeña mansión, Victoria supo que Dan nuevamente había hecho uno de sus movimientos para que ella cayera bajo su embrujo. Dudó si aceptar la abierta invitación que éste le hacía descaradamente para que ella se arrojara de nuevo a sus brazos, luego vio que el camino de bombones que la dirigían hacia la planta de arriba estaba formado por algunas de sus delicias favoritas, así que se dejó engatusar una vez más por ese hombre y caminó despacio, recogiendo a su paso cada una de las tentaciones de chocolate con las que Dan osaba sobornarla para que se adentrara en lo desconocido de esos inmaduros juegos de amor.

El dulce recorrido de bombones la condujo hasta una de las habitaciones del segundo piso. En ella, el atrevido conquistador había colocado sobre la moqueta de la vacía habitación un pequeño mantel y sobre éste había dispuesto un pequeño almuerzo como si de una comida campestre se tratase. Y allí, junto a esa tentadora muestra de paz, el hombre que era culpable de todas sus locuras la esperaba de rodillas y con una copa de vino en las manos como si en verdad ella fuera una princesa, y él, un simple vasallo.

—¿Me perdonas, princesa? —preguntó pícaramente Dan mientras cogía una de sus manos.

—Me lo pensaré —contestó juguetona Victoria, cediendo ante la impulsiva muestra de amor de ese hombre y dejándose arrastrar una vez más a sus brazos.

Dan hizo que Victoria cayera sobre su regazo y se dispuso a alimentarla en un

tentador juego de caricias y pecaminosos bocados en el que esperaba hacerla olvidarse de todo y ceder al fin a la salvaje locura que se producía entre ellos cuando sus cuerpos cedían a la lujuria.

Victoria sonrió ante el atrevimiento de Dan: nada de restaurantes caros o aburridas citas rodeados de la decadencia y el lujo de un ostentoso lugar que tan sólo la hastiaba. Con él parecía que todo era siempre distinto, nuevo e inesperado.

—Pensé en invitarte a un restaurante carísimo para almorzar, pero, como mi presupuesto en estos momentos es más bien escaso, decidí arramblar con el contenido del frigorífico de mi madre y prepararte este pequeño almuerzo —explicó despreocupadamente Dan mientras introducía una uva en la boca de Victoria.

Ella, alegre ante la inesperada sorpresa que le demostraba una vez más que ese hombre no era como los demás, no pudo resistirse a morder levemente uno de esos dedos sin poder evitar limpiar con su lengua el jugo de uva que se derramaba por él.

—Victoria, he preparado esto para poder hablar seriamente contigo y... —intentó explicarse Dan mientras ella mordía sugerentemente una fresa—. Y... para poder disculparme debidamente contigo por todo, y... y... ¡Eso es algo que no puedo hacer si no dejas de chupar de esa manera esa maldita fresa con la que me estás volviendo loco! —se quejó Dan tremendamente excitado después de ver cómo esa mujer era capaz de degustar la más insulsa comida como si de un pecaminoso manjar se tratase.

—Es que las fresas con nata me encantan —declaró despreocupadamente Victoria mientras mojaba una nueva fresa en el bol de nata y la lamía obscenamente, deleitándose con su sabor.

—Bueno, como te iba diciendo, creo que estoy preparado para mantener una relación seria y estoy seguro de que tú...

—¡Humm! Estas fresas me vuelven loca, y la nata es exquisita... —comentó sensualmente Victoria mientras gemía de placer ante el sabor de su manjar favorito.

—De que tú eres la mujer... —Dan trató de continuar con su confesión, algo que definitivamente no pudo hacer cuando un poco de la jugosa nata que Victoria degustaba con tanto placer cayó en su escote, haciendo que su mirada se fijase en la nueva y seductora ropa interior de esa atrevida mujer, que no hacía otra cosa que tentarlo continuamente con sus rígidos y austeros trajes que escondían su atrayente cuerpo y su pecaminosa lencería francesa.

—¡A la mierda mi discurso! —exclamó Dan mientras le daba la vuelta en su regazo y se enfrentaba a su pícara mirada—. ¡Prefiero disculparme con hechos! —concluyó Dan rindiéndose al libidinoso dulce que representaba esa mujer que tanto

amaba.

Dan hundió su boca entre sus pechos y lamió atrevidamente la nata de su escote. Luego, sin poder detenerse, arrancó esa austera chaqueta del cuerpo de Victoria, haciendo que los caros botones saltaran de ese fino traje en su impaciencia por ver de nuevo las seductoras curvas que ella siempre le ocultaba.

Victoria no se resistió a sus avances, sino que lo acercó más a su cuerpo sin poder evitar abrazarlo como si él fuera todo lo que necesitaba en esos momentos. Bajo la chaqueta, apenas llevaba una fina blusa de seda blanca que muy pronto fue descartada de su cuerpo por unas fuertes manos que sólo buscaban su placer.

El fino y atrayente sujetador de encaje fue arrancado de su cuerpo con atrevimiento por la ágil boca de Dan, que no dudó a la hora de desabrochar el cierre delantero con sus juguetones dientes. Las fuertes manos de Dan retuvieron la cintura de Victoria, mientras su lengua adoraba los jugosos senos y se divertía con los gemidos de deseo que Victoria dejaba escapar de sus labios al ser devorada por Dan con la avidez y el deseo del tiempo que tanto los había distanciado.

Lentamente, él fue alzando su rígida falda hasta mostrar la licenciosa ropa interior que tanto lo atraía. La acomodó en su regazo mientras una de sus manos se adentraba en su húmedo interior en busca de la prueba irrefutable de su deseo. Mientras, Victoria sujetaba con fuerza sus hombros a la vez que se movía insinuantemente contra su erguido miembro en busca de un placer conocido.

Dan no pudo evitar avivar aún más el deseo de Victoria con su ávida lengua y sus traviosos dientes al jugar con sus erectos y tentadores pezones, que lo retaban sin cesar al moverse solícitamente junto a su rostro cada vez que Victoria efectuaba uno de sus insinuantes movimientos en los que se rozaba contra su erguido miembro, aumentando su necesidad.

Finalmente, Victoria se rindió al placer cuando uno de los dedos de su amante se introdujo en su interior a la vez que sus senos eran mordidos lujuriosamente, y su clítoris, agasajado con los roces del miembro de Dan.

Éste la retuvo junto a él mientras ella gritaba su nombre en medio del éxtasis y, cuando su cuerpo descansó lánguido sobre el de su amante, Dan le dedicó una pícaro sonrisa poco antes de empezar a torturarla, guiado por el hambre de los días transcurridos en los que sus cuerpos habían olvidado cómo era el dulce sabor de las caricias.

Dan la despojó lentamente de cada una de las prendas que continuaban ocultando algunas partes de su cuerpo. Luego la tumbó junto a los manjares como si de una

tentadora vianda más se tratase y le dirigió una ladina mirada mientras del bolsillo de su pantalón sacaba un inusitado pañuelo negro.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Victoria, algo confusa cuando él tapó sus ojos, cegándola por completo y agudizando sus otros sentidos.

—Enseñarte lo divertido que puede ser jugar, princesa —susurró tentadoramente a su oído mientras alzaba sus brazos por encima de su cabeza.

—Yo no juego. Eso no es para mí —negó Victoria con la cabeza, recordando algo irritada cómo la había traicionado su exprometido retozando vilmente con su amiga, asegurándole en el proceso que todo había sido por culpa suya y de su aburrida vida sexual.

—No me gusta que pienses en otro mientras estás conmigo... —advirtió Dan, mientras la hacía olvidarse de todo al reprenderla con un leve mordisco en uno de sus pezones.

—Lo siento —se disculpó Victoria, apartando su rostro hacia un lado.

—No, no te alejes de mí —pidió Dan, arrebatándole un beso con el que reclamaba su rendición—. ¿Sabes, princesa, que en ocasiones se puede vislumbrar claramente en tu rostro cada uno de tus pensamientos? Y ésta es una de ellas. Si no sabes jugar no es culpa tuya, preciosa mía, simplemente se trata de que el compañero que elegiste para ello no era el adecuado. Me complacerá mucho enseñarte cada uno de mis lascivos juegos y ver cuánto puedes aguantar en el proceso. Ahora no te muevas, princesa, o tendré que empezar de nuevo una y otra vez...

—¿A qué te refieres...? —Las palabras de Victoria se cortaron de golpe cuando sintió la fría nata siendo esparcida por sus pezones con una helada cuchara de metal. Éstos se irguieron ante la gélida caricia de ese inanimado juguete en el que se había convertido una simple cuchara de postre.

Dan siguió esparciendo con lentitud ese pecaminoso dulce por todo su cuerpo: rodeó sus pechos y bajó por su cintura hasta llenar su ombligo con él. Luego abrió sus piernas y pasó la helada nata por sus muslos hasta dar levemente con la dulce nata en su húmedo y receptivo interior, algo que la hizo gemir ante el asombro y la impaciencia de que el hombre al que deseaba comenzara a degustar el tentador postre en el que la había convertido. Por último, para coronar su atrevido juego, colocó un pequeño trozo de fresa en precario equilibrio en cada uno de sus pezones y le advirtió juguetonamente:

—Si las fresas se caen, tendré que volver a empezar...

Después, sin darle tiempo a protestar por su perverso juego, comenzó a degustar

la nata depositada en el lugar más pecaminoso. Su lengua torturó su clítoris, dedicándose a lamer todo rastro de ese tentador dulce en el que Victoria se había convertido. Ella intentó no moverse demasiado ante las malévolas advertencias de Dan, pero definitivamente fue algo imposible, ya que él utilizó su lengua para devorar todo su cuerpo.

En el momento en que apenas quedaba nata entre sus muslos, la nata del resto de su cuerpo comenzó a derretirse, por lo que Dan pasó a lamer lentamente su cintura, su ombligo, sus senos..., y para cuando Victoria se creía ganadora de ese tentador juego porque las fresas seguían en su lugar, Dan la hizo moverse de la manera más ruin, ya que, mientras descendía nuevamente por su cuerpo, introdujo uno de sus dedos en su interior a la espera de su ávida lengua, que no tardó en aumentar el deseo de Victoria. Cuando la juguetona lengua de Dan agasajó sin piedad su clítoris en busca de su rendición, otro de sus dedos invadió su feminidad, marcando un ritmo avasallador que la hizo convulsionarse hasta el éxtasis, poseída por el placer más exquisito.

Antes de que su cuerpo terminara de ceder al placer, Dan se adentró en ella de una fuerte embestida, llevándola a un nuevo orgasmo con sus fuertes y poderosas arremetidas que la declaraban como suya.

Dan le demostró con todo su cuerpo cada una de las palabras que ella no le permitía pronunciar y, mientras ambos se rendían nuevamente al placer, él cogió sus manos entre las suyas por encima de su cabeza no sin antes quitarle la venda de los ojos para que pudiera ver la única realidad que ella siempre intentaba evitar: que él era el único hombre que habría para ella.

—¡Sólo yo, princesa! —reclamó Dan, tras ver cómo lo observaban sus confusos ojos.

Luego, simplemente la besó declarándola suya con el placer del éxtasis que los envolvió a ambos en un único abrazo.

Cuando Dan se derrumbó junto a ella mostrándole una de sus sonrisas más pícaras, él no le permitió alejarse y la acogió con fuerza entre sus brazos mientras arropaba sus desnudos cuerpos con una vieja manta.

—Tendríamos que vestirnos antes de que Henry se decida a entrar en la casa y a morderlo todo un tanto enfadado —dijo Victoria para alejarse una vez más de sus brazos con vanas excusas.

—No te preocupes: he escondido beicon por todo el jardín. Sin duda alguna, ese chucho tardará un buen rato en encontrar todos y cada uno de mis escondrijos. Además, tú y yo todavía tenemos algo pendiente... Después de todo, las fresas se

cayeron, ¿verdad? —preguntó de forma traviesa Dan, alzándola sobre su desnudo cuerpo.

—Pero...

Todos los pretextos fueron acallados cuando Dan se adentró de nuevo en su cuerpo y sus labios reclamaron la dulce caricia de un beso que la hacía olvidarse de todos sus problemas excepto de, posiblemente, el más grande de todos ellos: ese hombre que la volvía loca y que comenzaba a amar con lo poco que le quedaba de su herido corazón. Su mente se llenó de temor al pensar en que Dan podía, o bien reparar su dolor, o aumentarlo como ningún otro había hecho.

Un temor que muy pronto quedó olvidado bajo el embrujo de sus dulces besos y sus tiernas caricias, que siempre le declaraban su amor de la forma más sincera posible. Tal vez era el momento de escuchar sus francas palabras y abrir nuevamente su corazón; tal vez ya era hora de rendirse ante un nuevo amor, que en esta ocasión parecía ser sincero y carecer del engaño que en una ocasión destruyó todos sus sueños en mil pedazos; tal vez...

Así divagaba Victoria, dudando aún de la verdad de ese nuevo amor que parecía arrollar todos y cada uno de sus sentidos.

Capítulo 14

Finalmente, después de que el chucho sarnoso acabara con todo el bacón una hora antes de lo esperado, se adentró corriendo en su nueva casa irritado por la ausencia de su dueña. Henry abrió la puerta desvergonzadamente, empujándola con sus patas delanteras, y penetró en la habitación donde Victoria dormía plácidamente entre los brazos de Dan.

Dan alzó el rostro, confuso cuando distinguió unos fastidiosos y retadores gruñidos muy próximos a su oído. Se incorporó muy molesto porque las babas de ese engorroso animal mancharan su cara, y se enfrentó a ese chuco con la mirada más fría que podían ofrecer sus hermosos ojos azules.

—¡Tú y yo tenemos que hablar! —señaló muy firme el decidido veterinario, queriendo poner finalmente a Henry en su lugar.

Henry aumentó el volumen de sus amenazas cuando vio cómo Dan abrazaba gentilmente a Victoria, intentando que ésta no despertara de su apacible sueño.

—Tienes que comprender que tú no puedes ser el único macho en su vida — intentó razonar Dan con el perro, inútilmente—. Yo la quiero, y he decidido quedarme con ella para siempre. Además, yo voy a protegerla y no permitiré que nadie vuelva a hacerle daño jamás.

Henry pasó junto a él con algo de dificultad e, ignorando cada una de sus palabras, se tumbó justo en medio de la manta que los cubría, entre ambos, imponiendo un barrera entre Dan y su dueña. Luego se dedicó a gruñir a Dan con intensa malicia, mientras a Victoria simplemente le gemía al oído cada una de sus múltiples protestas por su vil abandono.

Dan se rindió ante la cabezonería de ese cuadrúpedo y, decidido a alejarlo de Victoria para aprovechar al máximo esos momentos con ella, sacrificó su almuerzo dejando un camino de comida hasta la puerta. Henry se resistió todo lo que pudo, pero el sabroso pollo al horno de su madre siempre había sido una tentación para los sentidos, así que, finalmente, Henry cayó ante el delicioso aroma de esa pecaminosa comida y, aun sabiendo que era una trampa, corrió gustoso, devorando cada uno de los trozos de ese delicioso almuerzo. En ese momento, Dan le dio con la puerta en las narices a ese rencoroso perro sin dejar de advertirle.

—Lo siento, pero ahora Victoria es mía.

Para su desgracia, aunque Henry no pudo volver a abrir la puerta después de que Dan echara el pestillo, sí que fue capaz de aullar como un desquiciado mientras no cesaba de arañar el imperturbable obstáculo que Dan había puesto entre él y su dueña.

—¡Cállate ya, saco de pulgas! —refunfuñó Victoria, molesta con su incómodo despertar hasta que unos dulces besos de ensueño recorrieron su cuello hasta llegar a sus labios.

—Buenos días, princesa —saludó alegremente un desnudo adonis rubio sin avergonzarse demasiado al mostrar su cuerpo sin tapujo alguno.

—Buenos días —contestó tímidamente Victoria, incorporándose del duro suelo con sus mejillas enrojecidas al recordar todos los pecaminosos juegos de los que habían disfrutado.

—Lo siento, princesa, pero no pude evitar los lamentos de tu enamorado canino. Por suerte pude desterrarlo de esta habitación, pero he tenido que sacrificar nuestro almuerzo, así que será mejor que nos vistamos y te invite a comer. Elige, que invito yo, por lo que tenemos una gran variedad de restaurantes para elegir —anunció burlescamente Dan mientras se tumbaba despreocupadamente en el suelo colocando sus manos detrás de su cabeza.

—¿Ah, sí? ¿Y cuáles son las opciones? —bromeó Victoria, siguiendo la indiferente manera que tenía Dan de llevar cada uno de sus problemas.

—Pues verás: puedes elegir entre el Burger-pollo o Luigi's. Los dos son restaurantes de gran prestigio en el pueblo, y tengo que señalarte que cada uno tiene una estrella Michelin.

—¿En serio? —preguntó Victoria, confusa por no haber oído nunca hablar de esos ilustres lugares que disfrutaban, según Dan, de una alta opinión entre los restauradores de todo el mundo.

—Sí: tenemos al orondo Brutus, del Burger, y a Conney, de Luigi's. Ambos son dos estrellas del pueblo, famosos por arramblar con todo lo que se les pone por delante y por sus grasientos michelines —se burló Dan, consiguiendo una molesta mirada de la suspicaz abogada.

—Tus bromas apestan, Dan —lo reprendió Victoria mientras se dirigía altaneramente hacia el baño del que disponía esa habitación, con la manta liada en su cuerpo como si de la toga de un gran emperador se tratase. Dan decidió concederle unos minutos antes de reunirse con ella bajo el agua de la ducha para comenzar con alguno de sus atrevidos juegos que, sin duda, la escandalizarían de nuevo.

Antes de decidirse a interrumpir a la sirena que cantaba como un pato mojado bajo el agua, pero que tenía un cuerpo de diosa, Dan se apiadó del chucho sarnoso que se quejaba desconsoladamente junto a la puerta y abrió antes de que sus pezuñas acabaran con los relieves de la puerta de roble y su padre exigiera su cabeza.

Henry entró dignamente en la habitación fulminándolo con su agria mirada perruna y, sin más, se tumbó en el suelo junto a la puerta del baño. Dan simplemente pasó por encima y cerró una nueva puerta en sus narices, haciéndole saber que su intelecto siempre sería superior al de un simple chucho malcriado.

Si a Dan le extrañó que ese animal no los atosigara nuevamente con sus quejas y exigencias junto a la puerta del baño, poco pensó en ello, ya que tenía mejores cosas que hacer. La principal de ellas, enseñar a una arisca gatita cómo de divertido podía ser jugar bajo el agua.

Descansaba mi dolorido cuerpo bajo la cálida ducha aún rememorando en mi mente cada una de las licenciosas caricias de mi amante. No podía evitar sonrojarme ante el recuerdo de cómo sus labios y su lengua habían devorado cada parte de mi cuerpo. Dan era el único hombre que me hacía experimentar algo nuevo con cada una de sus caricias.

Pensé por unos momentos en lo diferentes que eran Dan y el tipo que ya formaba parte de mi pasado: mientras que entre Peter y yo siempre parecía faltar algo a pesar del impecable porvenir que se nos presentaba al compartir el mismo entorno y tener las mismas ambiciones de futuro, entre Dan y yo todo era perfecto.

Y eso que no nos parecíamos en nada: él era irritante, en ocasiones se comportaba como un niño pequeño y su seriedad era altamente cuestionable. Pero, a pesar de todo, siempre me hacía reír en los peores momentos y era una persona sincera, algo que definitivamente en mi mundo escaseaba.

No podía evitar disfrutar como una cría con cada una de las estúpidas peleas que mantenía Dan con Henry, ese altanero perro mimado, ni enfadarme cuando aireaba descaradamente detalles de nuestra relación ante todos, declarándome como suya sin importarle mucho mis protestas.

A veces era un bocazas sin cuidado, que hablaba antes de pensar, y en otras ocasiones era un hombre irresistible cuando sus sinceros ojos no podían evitar decir la verdad, aunque ése no fuera el momento adecuado para ello.

Dan era un hombre «que no debería dejar escapar», según todas las viejas cotillas

de Whiterlande y sus impertinentes consejos sobre cómo llevar mi vida amorosa. Era un hombre «pecaminoso», según las fastidiosas solteras del pueblo que se pegaban a él. Era un hombre al que yo aún no sabía cómo describir, aunque en ocasiones el calificativo de «mío» merodeaba por mi cabeza y en más de un instante había tenido ganas de gritarlo a los cuatro vientos.

Pero me resistía a hacerlo.

Había tantas cosas que nos separaban, que la inseguridad se adueñaba de mí cuando él intentaba decirme esas palabras de amor que toda mujer añora... pero, a pesar de mi insistencia por dejar de lado ese tema tan cuestionable como era el amor, sus penetrantes ojos siempre me miraban confesándome todos los sentimientos que yo intentaba acallar en sus labios.

Poco a poco me fui rindiendo a él y olvidando todo el dolor de un enamoramiento pasado que, comparado con ese fuerte sentimiento que me invadía, tan sólo había sido un capricho juvenil. Hacía unos años me habría hundido ante el recuerdo de un hombre que había representado todos mis sueños para darse a conocer como una farsa. Ahora su recuerdo me era indiferente, ya no me dolía, y su imagen lentamente se iba borrando de mi mente.

En verdad desconocía cómo reaccionaría si viera a Peter de nuevo delante de mí, sólo tenía claro que Dan, con sus constantes muestras de amor, estaba haciendo que se desvaneciera el dolor de mi alma y me hacía recordar el pasado con la leve idea de que simplemente fui una idiota más entre muchas otras que creen en los hombres tan falsos como Peter.

Cerré los ojos bajo los cálidos chorros de agua que despejaban mi mente de todos los malos recuerdos del pasado hasta que unas atrevidas manos me hicieron olvidarme de todo. Unos poderosos brazos me atrajeron hacia un fuerte y conocido cuerpo que siempre me acogía.

Apenas había espacio alguno entre nosotros: su varonil pecho unido a mi espalda, su erecto miembro rozando mi trasero y sus labios posados en mi cuello marcándome como suya con sus ardientes besos.

Una de sus manos acarició mis senos, pellizcando con atrevimiento mis pezones, mientras la otra descendía con lentitud por toda mi anatomía hasta dar con mi zona más íntima. Mi cuerpo esperaba expectante la deliciosa tortura de sus manos cuando, ante mi sorpresa, Dan desprendió la ducha de masajes de su soporte y la dirigió hacia mi lugar más sensible mientras me mantenía apoyada sobre su duro pecho y me exigía mantenerme abierta ante el placer de ese inquietante chorro de agua que me hacía

estremecer a cada instante.

Su otra mano siguió torturando mis pechos y sus labios se dedicaron a darme suaves besos en el cuello, aumentando mi excitación cuando describía en mi oído todo lo que deseaba hacerme en esos instantes.

Cuando volví mi rostro en busca de uno de sus besos para acallar los gemidos que escapaban a mi control, Dan me sonrió pícaramente antes de aumentar la presión de la ducha y abrirme más a ese placer.

Me rendí ante un arrollador orgasmo cuando finalmente sus dedos penetraron en mí, moviéndose sin piedad ante mis gritos de goce. Cuando me derrumbé, exhausta, sobre el cuerpo que siempre me sostenía, él me besó con dulzura en la frente y me indicó que recogiera la ducha que había quedado olvidada en el suelo de ese erótico lugar.

Al agacharme ingenuamente para recoger ese inusual instrumento de tortura, Dan colocó mis manos sobre la mampara llena de vaho y besó mi nuca antes de introducirse en mi interior de una dura embestida, reclamando el placer que había pospuesto hasta ese momento. Sus manos volvieron a jugar con mi cuerpo y su lengua lamió cada una de las gotas de agua de mi espalda. Esta vez llegamos juntos al orgasmo y yo no pude evitar gritar el nombre del único hombre que conseguía volverme loca.

Finalmente, fue él quien me ayudó a lavar mi extenuado cuerpo después de esa relajante ducha que me había hecho olvidar todas mis dudas, ya que ahora sólo podía pensar en Dan y en que, a partir de ese instante, las cálidas duchas ya no volverían a relajarme nunca más, sino a excitarme con alguno de esos pecaminosos recuerdos que él había grabado en mi mente.

Con una satisfecha sonrisa, pensé en las posesivas palabras que había oído confesar a Dan mientras yo fingía dormir unos minutos antes y, al parecer, no podía negar que éstas comenzaban a acercarse a la realidad: yo empezaba a ser suya y de nadie más. Mi alma lo sabía, mi cuerpo no podía negarlo en ningún momento. Ahora sólo faltaba que mi cobarde corazón reconociera esa simple verdad ante todos, aunque eso tal vez llevaría un poco más de tiempo, ya que apenas comenzaba a recomponerse y temía volver a errar ante ese gran desconocido que es el amor.

Cuando Dan salió de la ducha envuelto apenas con una pequeña toalla de mano, fue a la habitación en busca de sus ropas, que había dejado tiradas

despreocupadamente por toda la estancia por las prisas de tener una vez más el dulce cuerpo de Victoria para él, lo que siempre sería una tentación.

En el instante en el que dio con su ropa, o con lo que anteriormente se definía como tal, Dan comprendió por qué ese saco de pulgas no les había molestado en absoluto durante sus escarceos en la ducha. Simplemente, ese endemoniado perro se había vengando de sus anteriores engaños y así lo mostraba su camiseta, que ahora era un inservible trozo de tela lleno de babas y mordiscos.

Dan rebuscó por toda la estancia hasta que dio con un camino de trozos de tela desmenuzados que habían sido dejados por ese animal a lo largo de la casa. Tras hallar todos los pedazos de su camiseta, encontró parte de sus pantalones, así como sus calcetines y zapatos vilmente destrozados.

Finalmente, halló en el jardín trasero al culpable de tal hazaña, que estaba intentando ocultar la última de sus prendas, lo que lo declaraba como único responsable de ese delito. Sus calzoncillos estaban siendo enterrados junto a un viejo roble sin que Henry dejara de gruñirles en ningún momento. Por lo visto, ésa era la única prenda que no se atrevía a morder, aunque sí a estropear con sus impertinentes patitas que no dejaban de cavar una fosa cada vez más profunda para su desterrada ropa interior, única prenda más o menos intacta que tenía Dan en esos instantes.

El atractivo veterinario se dirigió fríamente hacia ese irascible chucho y, tal y como había aprendido en uno de los libros de adiestramiento canino que se había leído, utilizó una voz firme y clara acompañada por un gesto de la mano... aunque a Dan no le quedó muy claro si éste era el adecuado, ya que el chucho se limitó a gruñirle y a seguir con lo suyo.

—¡Jodido perro de la narices! ¡Te he dicho que vengas! —gritó airadamente después de ordenarle unas diez veces que fuera junto a él y ser ignorado totalmente por ese baboso animal.

Bastante enfadado, Dan dejó a un lado la poca paciencia que le quedaba y se dedicó a perseguir a ese chucho inmundo por el jardín, prácticamente desnudo. Al final, en una de las carreras, la toalla que llevaba enrollada se le desprendió de la cintura y el mugriento perro, que no había corrido rápido en su vida, fue más veloz que Dan a la hora de recogerla del suelo y adentrarse en la casa. Luego, regodeándose en su victoria, cerró la puerta con sus cortas patas traseras, dejándolo a él desnudo y fuera del que, al parecer, había finalmente escogido como su nuevo hogar.

—¡Jodido perro de las narices! —gritó Dan muy enfadado, dirigiéndose hacia la puerta delantera rogando porque ésta permaneciera abierta o porque Victoria se

hubiera dado cuenta de su ausencia y fuera a socorrerlo una vez más.

»¡Por favor, que no me vea nadie más hacer el ridículo de esta manera! —suplicó Dan en voz baja mientras se resignaba a hacer nuevamente el idiota delante de aquella mujer por culpa de ese perro.

Pero sus ruegos parecieron no ser atendidos, ya que el sonido de un coche irrumpiendo en las inmediaciones del lugar llamó su atención. Sobre todo porque ese coche nunca pasaría desapercibido para él.

—¡Mierda, papá! ¡Joder, tú no!

John Lowell no estaba del todo seguro de que hubiera sido buena idea dejar esa importante venta a su hijo Dan, a pesar de que éste había hecho un enorme esfuerzo para resolver un complicado examen de más de diez páginas que él mismo le había impuesto, demostrando lo hábil que podía ser para los estudios cuando le daba la real gana.

John aún se sentía algo inquieto por haber entregado las llaves de sus casas al más alocado de sus hijos. Josh era el mayor y el niño responsable. Elisabeth, su niñita perfecta, mientras que Dan... Dan era el tarambana, el que siempre hacía lo que quería sin escuchar nunca a nadie.

John se había apiadado de él y le había concedido la responsabilidad de llevar a cabo esa venta por tres motivos. Primero, el inamovible y perpetuo gesto de su esposa que se lo exigía, con su típica mirada de «A mí no me tocas ni un pelo hasta que hagas lo que yo digo». Segundo, la inevitable curiosidad que tiene todo padre por conocer cómo es la mujer de la que se enamora su hijo, y, en tercer lugar, la razón más importante: ¿de cuántas formas haría su hijo el idiota antes de que esa joven se decidiera a quererlo? Había muchas formas de hacer el imbécil delante de una mujer y, conociendo a su hijo, seguro que Dan estaba al corriente de todas.

John aparcó su vehículo despreocupadamente a un lado del camino, sabedor de que ésa era la casa que Dan había elegido como la venta más adecuada para la clienta. Dado que Dan era conocedor de sus gustos, John confió plenamente en él y lo señalaron como la mansión con más posibilidades de ser elegida.

Hasta ese momento su hijo había hecho un trabajo espléndido bajo su tutela. Ahora solamente le faltaba por ver cómo acababa cerrando el trato en una elevada cifra que les reportase un gran beneficio.

Después de llamar a su hijo mayor, quien le aseguró que su hermano sin duda se

encontraría en ese lugar en ese preciso instante, John, ni corto ni perezoso, se dirigió hacia la casa para ver con gran orgullo cómo su hijo Dan finalizaba su arduo trabajo con éxito. Entonces él podría darle la enhorabuena, recuperar las otras llaves de las deshabitadas casas y volvería a su hogar para informar a Sarah de sus buenos actos para que ésta dejara por fin de desterrarlo al duro sofá todas las noches.

Con paso decidido, John se dirigió hacia la puerta principal, pero, tras tocar durante un rato el timbre y ver que nadie le abría, siguió el camino que llevaba hacia el hermoso jardín trasero, donde encontró una escena que nunca se llegó a imaginar que vería de nuevo... Después de todo, su hijo ya no tenía diez años y, sin duda, se bañaba él solito. Ahora, la pregunta clave que se hacía John era: ¿qué narices hacía Dan, desnudo, escalando el canalón más próximo a la ventana?

—Sí señor, tal y como me prometiste: tu técnica de venta es única, hijo mío. Eso sí, no esperes que yo la siga y comience a enseñar el trasero a mis clientes. Soy demasiado viejo para eso —declaró John Lowell irónicamente haciendo que su hijo cayera de culo en el frío césped del jardín.

—¡Papá, te lo puedo explicar! —intentó justificarse Dan, tapando sus vergüenzas con sus dos manos mientras recitaba alguna que otra vana excusa sobre su aventura.

Dan se encontraba muy alterado por su embarazosa situación, y realmente preocupado por si acaso su padre llevaba encima el móvil con cámara que su hermano le había regalado en su último cumpleaños. Sobre todo porque, conociendo a su familia, su padre no tardaría mucho en utilizarlo para informar a los demás de su hallazgo.

—¡Ha sido todo culpa de ese chucho sarnoso de Henry, que me robó mi ropa mientras estaba en la ducha!

—Ajá, y te estabas duchando por...

—¿Tú qué crees, papá? —señaló desvergonzadamente Dan a su padre.

—Bueno, sólo tengo una pregunta que hacerte: ¿comprará alguien esta casa, sí o no? —preguntó amenazadoramente John mientras sacaba el móvil con cámara que al parecer ya sabía utilizar con bastante habilidad.

—No lo sé papá. El comprador es el perro... —confesó Dan al fin, firmando su sentencia de muerte.

—Ajá, ¡sonríe! —exclamó alegremente John antes de tomarle una foto a su hijo—. Cuando vendas alguna de las casas que he dejado a tu cuidado, la borraré. Mientras tanto, piensa que ésta puede ser la felicitación que enviemos a todos las próximas Navidades.

—¡Joder, papá! ¡Podrías ayudarme un poco, para variar!

—Ya lo he hecho y mira cómo has quedado. Además, ya te dije en una ocasión que nunca hay que mezclar los negocios con el placer.

—Por supuesto, papá, está claro que me he acostado con Victoria sólo para venderle la casa... —comentó irónicamente Dan.

Y como sólo podía pasarle a un hombre con tanta mala suerte como él, Victoria apareció a su espalda justo cuando esas ofensivas palabras salían de su boca.

—¡Mierda, Victoria! Yo sólo le estaba intentando explicar a mi padre que...

—Que has hecho una espléndida venta. Aunque tu forma de vender es un tanto inusual, no puedo decir que no esté satisfecha —anunció petulantemente Victoria mientras le arrojaba la sábana entre la que los dos se habían amado—. Añadiré los gastos de tu ropa de mercadillo al dinero de la compra de la casa —añadió insolentemente, firmando con despreocupación un cheque que depositó en las manos de John Lowell.

—Ha sido un placer hacer negocios con usted, aunque no puedo decir lo mismo de su hijo —concluyó Victoria, bastante enfadada, apretando firmemente la mano de John—. ¡Oh, qué bonita foto! —comentó maliciosamente Victoria mientras observaba con atención el móvil de última generación de John.

—Me gusta mucho este teléfono, pero creo que es demasiado complicado para mí. En estos momentos ni siquiera sé cómo borrar una foto. —John intentó desviar hábilmente el tema para no enfadar a su cliente.

—¡Oh, no se preocupe! Ya le ayudaré yo a borrarla —se ofreció Victoria.

—¡No papá, no lo hagas! —advirtió Dan a su padre, consciente de las maldades de las que era capaz esa mujer cuando estaba enfadada. Pero sus súplicas llegaron demasiado tarde y, cuando le arrebató el móvil de su padre a Victoria, su vergonzosa venganza ya había sido llevada a cabo.

—¡Me las pagarás! —murmuró Dan, enfadado con el afilado carácter de esa gatita que estaba más que dispuesto a domar, mientras ésta se alejaba sin preocupación alguna hacia su coche seguida de cerca por ese maldito chuchito desoyendo todas y cada una de sus advertencias, que parecían no quitarle el sueño.

—Pero ¿qué pasa, Dan? Si después de todo ha borrado la foto... —dijo su padre tras recuperar su móvil.

—Sí... tras enviarla a cada uno de tus números de contacto.

—¡Joder! Tu madre es una mujer de carácter, pero la tuya es una...

—No lo digas, papá... no lo digas. Simplemente tiene muy malas pulgas y punto.

—Si tú lo dices... Pero espero que esa mala leche no sea genética o será un infierno tratar con esa familia.

—No te preocupes por mí, papá. En cuanto venga su tía, le daré tu dirección: yo con una Wilford tengo más que de sobra.

—¡No me jodas, espero que esa tía no tenga su mismo carácter!

—No te alteres, el suyo no es igual al de Victoria —ironizó maliciosamente Dan esperando el suspiro de alivio proveniente de su progenitor—. Definitivamente, su tía Mildred es peor que Victoria, pero no se puede negar a venir a este pueblo. Hace poco le envié una invitación que estoy seguro que no podrá rechazar...

—¡No! ¡Le digo por enésima vez que no estoy interesada en ningún hombre! ¡Y por el sonido de su juvenil voz debería avergonzarse de sus atrevidas palabras! ¡Yo podría ser su abuela! —Mildred Wilford interrumpió su discurso y, ante las osadas palabras de ese hombre, espoleadas por un vil anuncio en el periódico, se dispuso a reprenderlo con gran contundencia, decidida a aleccionar a ese jovencuelo—. ¡Jovencito! ¡Alguien debería lavarle esa sucia boca con jabón! —Definitivamente, algunos hombres no tenían remedio, pensaba la experimentada mujer tras oír alguna obscena propuesta, demasiado atrevida incluso para ella—. ¡De ninguna manera pienso ir en su busca para lavarle ninguna parte de su cuerpo! —gritó Mildred bastante furiosa antes de colgar su teléfono; la anciana parecía haber recibido su merecido por primera vez.

»¡No te rías, María! ¡No me hace ninguna gracia! —le señaló acusadoramente a la mujer del servicio, que se desternillaba a su costa, algo que Mildred permitía porque María era más una vieja amiga que una empleada.

—No puedes negar que ese hombre tiene valor y mucha imaginación a la hora de devolverte tus sucias jugadas —repuso María, entre risas—. Obviamente es cosa suya, porque por nada del mundo mi niña osaría tratarte así por mucho que consiguieras enfadarla.

—¡No me gusta que ese joven se crea con derecho a hacer lo que le plazca con mi sobrina! Y todavía no tengo muy claro que no vaya tras su dinero.

—Lo que no te gusta, Mildred Wilford, es que has encontrado un hombre al que no puedes manipular para que haga lo que tú quieras, y eso, querida amiga, te saca de quicio —apuntó despreocupadamente María, disfrutando de una dulce taza de té.

—Todos los hombres tiene un precio. Sólo tengo que averiguar cuál es el de este

tipo y alejarlo de Victoria —comentó decidida la anciana.

—Pues, al parecer, este hombre no se rige según tus normas, porque te está demostrando con sus rebeldes actos lo poco que le importa tu dinero o posición —dijo María—. Además, no te quejes tanto: en un principio bien que lo elegiste como candidato para Victoria tras leer un ridículo artículo de prensa.

—Sí, pero Dan Lowell descubrió su verdadera personalidad cuando pagó con mi dinero todas sus deudas.

—A ti lo que te molesta es que no pudiste sobornarlo desde el principio con esos diez millones que siempre pones como anzuelo para que los hombres vayan detrás de Victoria.

—¡Ese vil y despreciable Dan Lowell me dio gato por liebre cuando rechazó mi dinero para luego obtenerlo de la forma más ruin posible, anulando nuestro posible trato! —gruñó indignada Mildred, ignorando las palabras de su amiga—. Eso me puso furiosa, pero la realidad es que no quiero que mi querida niña vuelva a sufrir por culpa de un hombre.

—Y, sin embargo, te contradices al comportarte como un molesto grano en el culo que no cesa de hostigar a Victoria con el matrimonio y los hijos —puntualizó atrevidamente María.

—Creo que ya es hora de que mi sobrina avance y deje atrás el recuerdo de ese cerdo insufrible, a quien no he despedido de mi bufete porque es un espléndido abogado con muchos clientes importantes y adinerados. Aunque no creas que no he tenido más de una discusión con Harry sobre mandarlo a Siberia...

—Si crees que es hora de que Victoria rehaga su vida, tienes que dejarla elegir libremente al hombre adecuado para ella.

—¡Y lo hago! ¡Le he mandado más de una decena de pretendientes para que se decida, aunque, al parecer, ese irritante Dan Lowell consigue espantarlos a todos!

—Lo que le has enviado a tu sobrina son decenas de interesados que no harán otra cosa que atosigarla y hacerla dudar de los hombres más aún. ¡Gracias a Dios que ese muchacho se ha librado de la mayoría de ellos!

—Entonces, ¿qué se supone que tengo que hacer? ¿Mirar desde lejos cómo vuelven a hacerle daño a mi pequeña?

—Sí, querida. En eso consiste ser padres: en algún momento tenemos que dejar a nuestros hijos volar por su cuenta.

—¡Me niego! Ya hice caso de tus consejos en una ocasión quedándome al margen y callándome todo lo que pensaba de ese hombre al que ella había elegido y sólo me

servió para verla sufrir durante años por la pérdida de un idiota que hubiera sido mejor que nunca hubiera conocido. ¡Ahora no pienso mantenerme al margen de esta situación hasta que esté completamente segura de que ese hombre es el adecuado para mi pequeña!

—¿Y cómo piensas hacerlo? ¿Enviando a alguno de tus abogados a espiarla? ¿Contratando a un detective...? —bromeó María con alguna de las descabelladas ideas que su anciana amiga había tenido en los últimos meses.

—No, María, pienso ir yo misma a ver cómo es ese individuo. Después de todo, me ha remitido una invitación que no puedo rechazar... —declaró furiosa la vieja adinerada mientras golpeaba su taza de café contra la mesa donde descansaba el periódico de la mañana. Éste estaba abierto por la sección de contactos, donde se podía leer un escandaloso anuncio en el que su número de teléfono era ofrecido con grandes letras. El provocador reclamo decía así:

Abuelita adinerada y aburrida con ganas de marcha. Llámame y cuéntame tu escandalosa propuesta; si me gusta, puede que te regale diez millones de dólares...

Mildred Wilford se enfadó de nuevo por el escandaloso anuncio cuando su móvil volvió a sonar, mostrando otro número desconocido en su pantalla. Rechazó apresuradamente la llamada sin molestarse en atenderla... después de todo, era la vigésima llamada obscena que recibía a lo largo de la mañana. Luego se dirigió con paso ligero a su despacho, desde donde pensaba llamar a Harry dispuesta a demandar a ese periodicucho si hacía falta con tal de que su nombre y su teléfono fueran eliminados de esas funestas páginas en donde la gente osaba anunciar sus más impúdicos deseos.

Mientras hablaba de su problema con su fiel abogado y amigo, éste le confirmó que el contratiempo sería resuelto a la mayor brevedad posible, y le advirtió de que algunos componentes de la junta directiva del bufete habían tratado de contactar con ella por un asunto importante.

Mildred miró su buzón de voz, segura de que alguno de los representantes de la junta le habría dejado un mensaje contándole esa situación que requería su presencia y, para su sorpresa, se percató de que tenía unos cincuenta mensajes almacenados en él.

—¡Maldito Dan Lowell! —gritó airadamente Mildred Wilford, esta vez más que

decidida a alejar a ese impresentable lo antes posible de su querida e inocente sobrina. Una sobrina que al parecer aún no había aprendido a juzgar a los hombres adecuadamente... pero para eso estaba ella: para corregir todos y cada uno de los errores de Victoria.

Y nadie podía negar que Dan Lowell era un gran y tremendo error en la vida de una Wilford. Eso sí, un error que pronto podría solucionar.

—¡Prepárate, Dan Lowell! ¡Voy para allá! —anunció maliciosamente la anciana mientras arrugaba la molesta declaración de guerra de ese joven entre sus manos y la arrojaba a la papelera de su despacho, convencida de devolverle con creces cada uno de sus atrevidos actos.

Capítulo 15

Dan se había comportado como un idiota y su estúpida boca lo había vuelto a traicionar. Ahora le estaba resultando terriblemente difícil que esa irascible mujer volviera a dirigirle la palabra. Y todo por un comentario que hizo en el momento más inoportuno.

Después de que ese chuchito endemoniado lo dejara con una sábana como única vestimenta, él intentó correr detrás de Victoria para explicarse, pero un hombre desnudo no llega muy lejos detrás de un caro y elegante coche, ni siquiera usando su vieja furgoneta que se cae a pedazos.

Cuando Dan finalmente pudo llegar a su pequeño apartamento, se encontró con algún que otro gracioso mensaje de voz en el estúpido contestador del teléfono a propósito de esa desagradable foto que, al parecer, ahora recorría todo el pueblo. Los más irritantes, cómo no, eran los de sus queridos cuñado y hermano, que parecían ponerse de acuerdo últimamente a la hora de tocarle las pelotas a más no poder.

Mientras su hermano le sugería un nuevo trabajo como estríper profesional y se inventaba imaginativos nombres, como Emperador Erectus Máximus, su cuñado había decidido que él sería el primero en apoyar su nueva carrera metiéndole la calderilla de su bolsillo en el tanga.

Tras borrar esos malditos mensajes mientras reflexionaba sobre el modo de fastidiar a esos dos imbéciles y dejarles definitivamente clara la idea de que no se metieran más en su vida privada, Dan se dirigió hacia su nevera para sacar una fría cerveza y acabó derrumbándose en su maltrecho sofá pensando una vez más cómo deshacer el inmenso lío en el que lo había metido su boca.

Todo era tan perfecto hasta el momento en el que Victoria tuvo que escuchar esas inoportunas palabras saliendo de su boca... Y ahora sólo le quedaban unas cuantas semanas para que ella se marchara para siempre, porque, si algo había dejado claro Victoria desde el principio, era que, en cuanto cumpliera su condena, no volvería a aparecer por ese remoto lugar nunca más. Y eso Dan no lo podía permitir, porque estaba seguro de que si esa mujer desaparecía de su vida, sin duda alguna se llevaría su corazón con ella.

Bien, de acuerdo. Era el momento de planear una elaborada estrategia para

conquistar a una mujer como ella. Por lo menos sabía dónde vivía, dónde trabajaba y alguno que otro de sus deseos más profundos. Sólo tenía que acercarse a ella de una forma en la que nunca pudiera rechazarlo y que ablandara su tierno corazón.

Vale, no tenía ni puñetera idea de cómo hacerlo, y pedir ayuda a sus amigos estaba descartado por completo. Y más ahora, que sólo se burlarían de él por esa ridícula foto que seguramente muy pronto adornaría el gran tablón de anuncios del bar de Zoe. Además, tanto los consejos de sus amigos como los de sus familiares eran una auténtica porquería, así que se decantó por la opción más obvia: pedirle consejo a las dieciséis latas de cerveza que permanecían sin abrir en su nevera para ver si ellas le daban una buena solución a sus problemas o, por lo menos, le hacían olvidarse del ridículo que había hecho ese día intentando convencer a Victoria de que él era el hombre que ella necesitaba. Aunque el final había sido bien distinto: lo único que le había demostrado era que él era un idiota redomado y que nunca tendría remedio.

Dan brindó por su amada una vez más antes de acabar de un solo trago con lo que quedaba de su cerveza e ir a por las otras quince que le esperaban pacientemente en la nevera.

Victoria reprendía una vez más a Henry desde la nueva cama de su recién estrenado hogar por sus malas e inadecuadas acciones, sin poder dejar de lamentarse en ningún momento por las palabras de un idiota que siempre le hacía daño con la ligereza de sus opiniones.

Después de marcharse con rapidez del lugar mientras el idiota corría detrás de su coche envuelto únicamente con una sábana y gritando su nombre como si fuera una escena de esas estúpidas novelas de amor, ella había decidido enterrarse en su trabajo, resuelta a abandonar ese pueblo lo antes posible.

Victoria había encargado los muebles de la casa de Henry haciendo que los llevaran a su ubicación en cuestión de unas pocas horas y, tras firmar todos los trámites necesarios para la adquisición de ese inmueble, se había mudado de inmediato a su nueva casa, en donde ocupaba temporalmente la habitación en la que había hecho el amor con ese insufrible hombre... un lugar que en esos instantes le traía tantos dulces recuerdos que no podía parar de llorar a moco tendido a la vez que se enojaba airadamente al rememorar aquellas insultantes palabras que todavía retumbaban en su cabeza.

Tal vez Dan sólo estaba contestando a su padre sin pensar, como tantas veces

hacía. Pero la idea de haber sido utilizada de nuevo por un hombre, y por su dinero, le hizo recordar todo su amargo pasado. La idea de que Dan se hubiera acostado con ella sólo para conseguir una venta, ahora que lo pensaba en frío, era totalmente ridícula, ya que las casas que ofrecía ese negocio familiar eran las elegidas por su tía desde un principio y él no ganaría nada con ello, tan sólo su familiar más cercano.

Pero haber escuchado que describía su relación a su padre como un simple escarceo le había sentado muy mal, sobre todo porque cada vez que caía en los brazos de ese hombre sentía como si sus almas conectaran y que lo que tenían juntos era algo más que sexo. Pero, aparentemente, para él no era lo mismo, a pesar de que en ocasiones intentaba confesarle esas palabras que tanto la atemorizaban.

Así que Victoria, cobijada en su nueva cama, aleccionaba a Henry, mientras éste intentaba subirse a su lecho una vez más sin conseguirlo, sobre lo que no era adecuado que hiciera un Wilford, sin saber si pegarle con el periódico o premiarlo con una succulenta comida por la despreciable jugarreta que le había hecho a ese hombre arrebatándole toda su ropa y poniéndolo en evidencia ante los demás.

—Henry, no debes robarle la ropa a la gente, y menos aún destrozarla —lo reprendía severamente Victoria sin importarles demasiado los lamentos de ese quejumbroso animal—. Sé que esas lágrimas son de cocodrilo. Has avergonzado a Dan cuando no se lo merecía y...

Henry interrumpió su discurso con algunos agudos ladridos de protesta mientras le dedicaba una de esas inquisitivas miradas que decían: «Tú también lo has hecho».

—Vale... tal vez se lo merecía un poquito —acordó Victoria, señalando una pequeña distancia entre sus dedos índice y pulgar.

Henry no estuvo de acuerdo y volvió a protestar con el estruendo de sus ladridos.

—¡Vale, se lo merecía mucho! Pero tú perpetraste esa despreciable trastada antes de que él se comportara como un idiota, así que, lamentándolo mucho, tengo que castigarte y... ¡Deja de gimotear y esconder mis zapatillas! ¡No te va a servir de nada! Desde hoy no te dejaré entrar en mi habitación.

Ante esa noticia, Henry refunfuñó.

—Dormirás en tu cuarto, y tus llamadas quedarán restringidas.

Eso apenas le molestó.

—Y prepárate a degustar tan sólo pienso de régimen.

Esa terrible noticia hizo que Henry aullara descontroladamente expresando todas y cada una de sus quejas hacia ese ultrajante castigo. Victoria simplemente lo ignoró y, acostumbrada a sus inauditos berrinches, se colocó los auriculares de su iPod en

los oídos, silenciando los lamentos de ese chucho en lo que le quedaba de día.

Henry la persiguió durante todo su día libre.

Si se duchaba, permanecía junto a la puerta del baño quejándose de su desdicha; si veía en la televisión su serie favorita, él interponía su peludo trasero justo en el momento más intrigante de la película, y si intentaba leer una de sus revistas de moda, la encontraba mordisqueada y llena de babas. De modo que Victoria, decidida a vengarse, se preparó una succulenta cena con el chuletón más grande que pudo encontrar y se lo comió lentamente delante de Henry mientras éste le ladraba a su plato de pienso dietético.

Finalmente, enfurecido, el irascible chucho volcó el bol de su comida dispuesto a hacer que Victoria se moviera de su sitio para intentar acceder a su succulenta cena. Victoria, conocedora de cada uno de sus taimados engaños, simplemente lo reprendió con su tenedor, tentándolo con una jugosa pieza de carne que había pinchado en él.

—Tú mismo... Pues te quedas sin cenar.

Tras estas palabras, metió rápidamente el jugoso y tentador bocado en su boca y degustó con exageración esa delicia que se deshacía en su paladar.

Henry la miró a ella y luego a su comida y, resignado finalmente a lo inevitable, empezó a comerse su insulso pienso sin dejar de expresar cada una de sus protestas con sus quejumbrosos gruñidos.

De repente, la apacible cena fue interrumpida por un extraño ruido en la puerta trasera. Parecía como si alguien estuviera intentando irrumpir en su casa, así que Victoria cogió el arma más a mano que tenía en esos momentos, una fina sartén de cerámica, y se dirigió a darle la bienvenida a su nuevo vecino.

Henry, por primera vez, se hizo el valiente y anduvo por delante de Victoria dispuesto a mostrar sus fieros colmillos al intruso que osara irrumpir en su hogar.

Cuando abrieron con brusquedad la puerta trasera dispuestos a dejar inconsciente al asaltante, no hizo falta que hicieran ningún movimiento para que éste (o mejor dicho, ésta) cayera inconsciente a sus pies: una mujer con aspecto muy maltratado se desmayó en el frío suelo de su casa. Su hinchado rostro apenas le era familiar, hasta que ella le tendió una de sus tarjetas de visita con mano temblorosa y Victoria supo sin duda alguna de quién se trataba.

—Ayúdame —suplicó la joven justo antes de desmayarse debido al profundo dolor de sus heridas.

Victoria tomó su pulso y llamó rápidamente al médico del pueblo. Éste le dio indicaciones que ella obedeció al pie de la letra sobre no moverla demasiado y

abrigar su cuerpo para que no entrara en hipotermia. Henry se quedó junto a esa mujer, vigilante ante cualquier movimiento, y ella revisó una y mil veces su tarjeta, ahora manchada con la sangre de una inocente que demostraba el monstruo interior que podían llegar a tener algunos hombres.

Seguramente su estancia en ese lugar se prolongaría durante algún tiempo, sobre todo después de aceptar ese caso que indudablemente sólo le acarrearía un gran montón de problemas, algo a lo que en definitiva ya estaba acostumbrada.

Cuando minutos después Josh Lowell llamó a la puerta, Victoria lo llevó con celeridad junto a la paciente, que permanecía inconsciente en el suelo. Tuvo que tranquilizar a Henry y asegurarle que nadie más dañaría a esa chica para que se apartara finalmente de ella, permitiendo así al médico hacer su trabajo.

Tras decidir que sus heridas no se agravarían si la movían y que su desmayo había sido debido a la conmoción, Josh llevó a su paciente hasta una de las habitaciones de invitados y la depositó delicadamente en la cama mientras procedía a tratar ese magullado cuerpo, enfurecido con las marcas que hallaba en él, ya que cada una de ellas había sido causada por la mano de un hombre sin ningún género de dudas.

—¿Qué sabes de ella? —quiso saber Josh, preocupado por la mujer que apenas había comenzado a recuperar la conciencia.

—Que su marido la pega, y que desde hoy soy su abogada. ¡Ah, sí! Y, además, creo que su cuñado es el jefe de policía de ese otro pueblo al que tanto os gusta ir para celebrar vuestros estupendos «días de chicos» —señaló Victoria recordándole su vergonzoso comportamiento a Josh Lowell.

—¿Sabes que esto sólo te traerá problemas, verdad? —preguntó Josh, preocupado por el temerario valor que mostraba esa mujer.

—Nada que no pueda manejar una Wilford.

—Me parece muy bien que utilices tu gran apellido para poner a basura como ésa en su sitio, pero te diré una cosa, señorita Wilford: cuando los Lowell nos enamoramos, queremos proteger a los nuestros a toda costa, así que prepárate, porque mi hermano no se separará de ti en ningún momento hasta que todo esto termine. Y créeme si te digo que contará con el apoyo no sólo de toda la familia, sino también de todo el pueblo.

—Henry y yo sabemos cuidarnos muy bien solitos —replicó Victoria con acidez.

—No lo dudo —bromeó Josh mientras alzaba su ceja un tanto escéptico al observar la sartén que todavía se encontraba entre las manos de Victoria y que no había soltado en ningún momento.

Victoria se fijó en su improvisada arma y ya se disponía a soltarla para demostrarle a ese impertinente Lowell su valentía cuando oyó un extraño ruido proveniente del exterior. Victoria apretó su sartén con más fuerza entre sus puños y se dirigió hacia el teléfono dispuesta a llamar a la policía, seguida de cerca por Josh, cuando oyó unos alaridos dramáticamente lastimosos, peores incluso que los quejumbrosos sonidos que en ocasiones dejaba escapar Henry, acompañados por una guitarra que era aporreada de la forma más terrible posible.

—Creo que eso es tu hermano —indicó Victoria, resignada ante las estupideces de las que era capaz ese hombre.

Tras escuchar los estruendosos alaridos de Dan, Henry decidió que él no podía ser menos, así que, para obtener el favor de Victoria o, lo más probable, para aumentar su dolor de cabeza, salió disparado por la gatera de la casa hacia el jardín donde se hallaba ese energúmeno cantando una balada de amor totalmente ebrio.

Con el acompañamiento de Henry, *eso* se convirtió en la canción más espantosa y esperpéntica que Victoria había tenido la desgracia de escuchar alguna vez en su vida.

—Y ése, innegablemente, es tu perro —señaló un sonriente Josh, riéndose de las circunstancias que rodeaban esa absurda serenata.

—Sí, ¡y éste es el arma que voy a utilizar para espantar a esos dos quejicas de mi jardín! —repuso Victoria alzando nuevamente su sartén.

—¡No, déjalos! —pidió el niño bueno de Whiterlande, sin duda para llevar a cabo alguna de sus maldades—. ¡Los voy a colgar en Facebook! —informó tras sacar su móvil y comenzar a grabar tan espantosa escena.

—Tú mismo —dijo despreocupadamente ella mientras ignoraba los quejumbrosos lamentos de sus dos enamorados, volviendo a silenciarlos con su iPod para escuchar algo que fuera música de verdad.

Dan tenía la sensación de haber hecho el ridículo de la manera más espantosa posible, pero no podía recordar todo lo ocurrido la noche anterior, sólo que hizo una insensata llamada a su cuñado y siguió alguno de sus estúpidos consejos. También recordaba vagamente las advertencias de su hermana Elisabeth de que no hiciera caso a los consejos de Alan por nada del mundo...

¡Qué narices habría hecho y dónde demonios se encontraba!

El lecho era blando y confortable. Sin duda se trataba de un caro y nuevo colchón, así que lo más seguro era que Victoria se hubiera apiadado de él y permitido que se

adentrara en su cama. Dan se volvió, aún soñoliento, con una sonrisa en el rostro dispuesto a disfrutar de la belleza de su enamorada. Pero, en cuanto se giró, su sonrisa se esfumó de su semblante en un segundo. Su compañero de habitación no era otro que ese chuchito sarnoso que siempre lo molestaba. Henry se hallaba durmiendo a pata suelta en la cama y babeando toda la almohada.

En cuanto vio la decoración que lo rodeaba, supo que se hallaba en el cuarto de Henry y no en el de Victoria. Ninguna mujer que se preciara tendría el suelo de su habitación llena de juguetes para perros, peluches mordisqueados y... ¿eso eran cojines en forma de hueso? Bueno, no sólo los innumerables cojines del suelo tenían esa forma, sino que la gran cama donde ese chuchito podría perderse también era así.

Cuando Dan dejó el cuarto decidido a quejarse a Victoria porque ésta lo hubiera abandonado en el dormitorio de un baboso animal que no le caía demasiado bien, se encontró con la inesperada presencia de su hermano desayunando muy amigablemente con ella en la cocina, algo que no le sentó demasiado bien, sobre todo porque él muy pocas veces recibía esa radiante sonrisa que Victoria le dirigía directamente a Josh mientras veían algún chistoso vídeo de los que últimamente a su hermano le daba por colgar en la Red a cada momento.

—Apenas lo colgué ayer en mi Facebook y ya tiene cincuenta «Me gusta». ¡Y los comentarios son tronchantes! —decía Josh ante las risitas juveniles de Victoria mientras degustaba su desayuno.

—Espero que después de haberme desterrado a la cama de ese saco de pulgas no tengas también la intención de darme pienso para desayunar —dijo Dan bruscamente, interrumpiendo de forma grosera los cuchicheos de ambos.

—Lo siento, el pienso de Henry es dietético y exquisitamente caro. No creo que estés acostumbrado a él. Te he preparado esto para desayunar, pero, si quieres, en la despensa tengo unas galletas para perro sabor chocolate que pueden ser de tu agrado —comentó pretenciosamente Victoria mientras ponía delante de Dan, con algo de brusquedad, un plato de tortitas recién hechas.

—Gracias —contestó Dan, algo avergonzado porque los celos hubieran cegado su comportamiento ante Victoria.

—Me voy a ver cómo está Loren. Mientras tanto, tú explícale a tu hermano por qué su clínica estará hoy llena de todas las cotillas de los alrededores y de algún que otro gracioso con ganas de soltar sus estúpidas bromas —reprendió Victoria, molesta con los dos Lowell que habían invadido su cocina.

—¿Qué haces tú aquí? —inquirió apresuradamente Dan a su hermano en cuanto

ella abandonó la estancia.

—Victoria me llamó anoche por una urgencia médica y, dado que su amiga aún no se encuentra demasiado estable y que tú no estabas en condiciones de proteger a tu mujer, decidí quedarme por si acaso.

—¿Por si acaso qué...? —preguntó Dan, confuso ante esa extraña situación.

—Victoria es muy valiente: ha decidido representar a Loren Lostead en una demanda de divorcio.

—¿Lostead? ¿No es ése el apellido de ese malnacido del pueblo de al lado que siempre la lía cuando viene aquí en busca de provisiones para su granja? No me gusta ese tipo, siempre maltrata a los animales de su granja y luego se queja de que son demasiado débiles e inservibles para estar a su lado.

—Al parecer esa opinión no sólo la aplica a sus animales, sino también a su esposa.

—¿Loren está bien? —preguntó Dan, preocupado por esa pobre mujer y compadeciéndose de su suerte.

—Loren tiene tres costillas rotas, un brazo partido y un esguince en el tobillo. Todo su cuerpo está lleno de hematomas y, aun así, conserva un valor de mil demonios. No sé cómo pudo llegar a la puerta de la casa de Victoria. Y tu mujer no es menos valiente al empeñarse en representarla y acogerla todo el tiempo que dure la demanda de divorcio sin importarle convertirse en el objetivo de ese energúmeno. Me quedé con ella, entre otras cosas, porque estaba muerta de miedo, aunque no daba la más mínima muestra de ello.

—¡Mierda! ¡Debería haber estado ahí para ella y no haciendo el idiota! —exclamó violentamente Dan golpeando su puño contra la encimera de la cocina.

—No te preocupes, tu estupidez acabó quitándole hierro a este desagradable asunto. De hecho, hasta he conseguido sacar alguna que otra sonrisa a nuestra magullada paciente esta mañana. Y todo gracias a ti.

—Te aprovechas vilmente de que no recuerdo nada para burlarte de mí. ¿Puedes decirme al menos cómo acabé en la cama de ese chuchito en vez de en la de Victoria?

—Eso no te lo puedo asegurar. Fuiste tú quien prefirió dormir con tu compañero de penurias en lugar de con esa cariñosa mujer.

—¿Mi compañero de penurias? ¿Se puede saber cómo de borracho estaba? —preguntó Dan, escondiendo con frustración su avergonzado rostro entre sus manos.

—¿De verdad quieres saberlo? —cuestionó maliciosamente Josh, preparando el vídeo de su móvil que todos habían podido observar ya una decena de veces al

menos, excepto el protagonista de tan bochornosa escena.

—No, déjalo. Mejor voy a hablar con Victoria de todo este maldito asunto —decidió Dan, levantándose del cómodo taburete de la cocina—. Por cierto, no me gusta que te acerques tanto a ella, y menos aún que la hagas reír como una idiota con uno de tus estúpidos vídeos —advirtió, un tanto celoso, a su sonriente hermano.

—¡Ay, hermanito! Pero es que no era yo el que la hacía reír, sino tú —dijo vengativamente Josh, colocando el vídeo justo en las narices de su hermano y dándole a reproducir.

Después de ver esa espantosa escena, Dan no sabía dónde meterse. Y cuando se enteró de que el vídeo había sido rápidamente colgado en Facebook, tuvo ganas de morir y de colgar a su hermano por las pelotas...

Como no se decidía entre una u otra opción, simplemente le dirigió una de sus rápidas miradas que lo advertían de una inminente venganza por su parte y se encaminó hacia donde se encontraba Victoria para, una vez más, arrastrarse solicitando su perdón.

Mientras la buscaba por la casa, se preguntó cuándo demonios dejaría de hacer el idiota ante ella y rápidamente, tras recordar cómo en ocasiones su padre todavía seguía haciendo el imbécil ante el amor de su vida, obtuvo una sencilla revelación: nunca.

¡Joder! ¡Cuán complicado era el amor! Ojalá alguien le hubiera advertido de ello antes de que ocurriera o, por lo menos, le hubiera pasado un manual de cómo llevar ese tipo de situaciones sin convertirse en un chiflado.

Cuando Victoria salió de la habitación de Loren, se derrumbó contra la puerta.

Todavía le temblaban las manos de los nervios, la ira, la pura frustración... Un sinfín de sentimientos se agolpaban en ella y sólo deseaba que Loren se alejara lo más rápido posible de ese animal que se hacía llamar su esposo.

Victoria sabía que ella podía intentar defender a esa mujer en los tribunales y que su dinero y el prestigio de su apellido sin duda la ayudarían a la hora de enfrentarse a ese salvaje, pero, si quería ganar a toda costa, necesitaba al mejor abogado, al más rastrero e hipócrita. Necesitaría al que más victorias llevaba a sus espaldas y, para su desgracia, Victoria conocía al hombre adecuado para ese trabajo. Lo había visto en acción en innumerables ocasiones y nunca nunca había dejado títere con cabeza en cualquiera de sus juicios. Se podía meter a toda la sala en el bolsillo en unos

segundos; era falso y engañoso y, sin duda, el mejor.

Si Victoria quería ayudar realmente a Loren a escapar de las garras de ese maltratador, ya era hora de que dejara a un lado todos sus malos recuerdos. Si para ello tenía que enfrentarse a sus peores pesadillas, bienvenidos fueran los malos sueños, porque Victoria nunca dudaría a la hora de ayudar a otros a salir de ese infierno, como una vez su tía la ayudó a ella a desterrar esos malos recuerdos en los que se sentía impotente e indefensa ante la brutalidad de otros.

Suspiró resignada y sacó su teléfono, dispuesta a hacer esa llamada que tanto temía. Tras unos cuantos tonos, ese ser despreciable al fin tuvo el detalle de atenderla y, aunque él era el culpable de su ruptura y de gran parte de todas las desgracias que le habían sucedido desde entonces, su rencor quedaba patente en cada una de sus palabras.

—Hola, preciosa... Veo que al fin, después de algunos años, te dignas hablar conmigo. ¿A qué se debe el gran honor de que una Wilford llame a mi puerta? ¿Podría ser que, por fin, te hayas arrepentido de rechazarme? —inquirió Peter Talred, regodeándose en el momento.

—Te llamo por un caso que estoy llevando y para el que necesito tu consejo —contestó Victoria, haciendo un enorme esfuerzo por comportarse civilizadamente.

—¡Oh, no me digas que al fin la pequeña Wilford ha crecido y le han otorgado una tarea más importante que sacudir las pulgas de ese sarnoso perro!

—No me lo ha asignado el bufete, es un caso que he cogido por mi cuenta y necesito el consejo del mejor abogado en estos temas y, para mi desgracia, tú eres el mejor.

—Me halagas, preciosa, pero, después de que terminaras conmigo de una forma tan brusca, tu tía hizo lo indecible por hacer mi vida imposible en este lugar. ¿Por qué debería yo colaborar contigo?

—Si me ayudas con esto, hablaré con ella para que te deje en paz.

—Pero mi sufrimiento por tus falsas acusaciones merecen algún otro aliciente; después de todo, yo sólo soy un pobre trabajador que se dejó manejar por una niña mimada que únicamente jugaba conmigo —ironizó vilmente Peter, recordándole los lamentables rumores que él mismo había llegado a esparcir en su beneficio en el bufete de tía Mildred para parecer inocente, algo que rápidamente había conseguido por la envidia y el rencor que muchos de ellos le guardaban a tan prestigioso apellido.

—Tú sabes que la única engañada fui siempre yo, por creer cada una de tus estúpidas palabras y promesas...

—¡Por Dios, Victoria! ¿Cómo pudiste creer realmente que alguien como yo se enamorara de ti? Eres la mujer más insulsa y aburrida que he tenido la desgracia de conocer. Lo más emocionante que hicimos fue ir a comprar nuestra casa, y sólo porque gracias a ello conocí a Jennifer —recordó Peter cruelmente, abriendo las profundas heridas de su alma, que llevaban tiempo cerradas.

—Me alegra mucho haber descubierto la clase de persona que eras antes de casarme contigo. Y espero sinceramente que Jennifer también lo haga... Ni siquiera una mujer como ella merece quedarse al lado de alguien como tú.

—Entonces, ¿aún no lo sabes? Creí que me llamabas para intentarlo de nuevo... Jennifer y yo rompimos hace unas semanas, así que estoy de libre nuevo. ¡Soy todo tuyo, preciosa! Ya sabes: para lo bueno y para lo malo, y etcétera...

—Yo sólo te quiero para una cosa en mi vida, y no es precisamente para que vuelvas a mi lado para hacer de mí una desgraciada. Te quiero como abogado porque eres el mejor; como hombre, sin embargo, dejas mucho que desear.

—¿Ah, sí? Dime un solo hombre que haya pasado por tu vida que sea mejor que yo —se regodeó Peter, esperando no recibir contestación alguna a esa pregunta.

—Dan Lowell —contestó Victoria sin vacilar, mostrando una sonrisa en su rostro al recordar al hombre que poco a poco estaba curando su herido corazón.

—Vaya, me has despertado la curiosidad. ¡Quién sabe! Quizá, si me lo ruegas un poco, acepte tu petición.

—¡Se acabaron las buenas maneras, Peter! He intentado pedirte ayuda de una forma razonable a pesar de no querer volver a tener trato alguno contigo, así que ahora simplemente haré una nueva llamada y te recordaré para quién trabajas —anunció con arrogancia Victoria mientras ponía fin a esa conversación, una pesadilla que avivaba esos malos recuerdos que muy en el fondo todavía perduraban en ella.

Victoria había tratado de ser prudente y conseguir que Peter fuese a ayudarla por su propia voluntad, pero, al parecer, eso era algo que no funcionaba con ese sujeto. Lo peor era que ahora tendría que obligarlo a acudir a su llamada, y tener junto a ella a un Peter Talred reticente era dar la bienvenida al desastre, porque toda la paz y tranquilidad que había obtenido en ese pueblo se volvería en su contra en unos instantes, exactamente como había ocurrido cuando lo dejó.

Y lo que más temía de todo eso era perder al hombre que comenzaba a querer con toda su alma. Que su pasado y su presente se mezclaran nunca había sido buena idea. Ahora simplemente era pésima, pero Victoria nunca sería tan egoísta como para no hacer lo que debía por una mujer que la necesitaba.

Tras reposar su cansado cuerpo contra la puerta de la habitación cerrando los ojos al pensar en el inevitable desastre que se le avecinaba, oyó unos pasos que se dirigían hacia ella. Se negó a abrir los ojos hasta que unas caricias en la cara, acompañadas por un dulce susurro en sus oídos, la hizo cambiar de opinión.

—¿Qué te ocurre, princesa? —preguntó Dan, preocupado ante el apenado rostro de Victoria.

—Necesito al mejor abogado para defender a Loren, pero... —comenzó a decir Victoria, esquivando su mirada.

—¿Pero? —la animó Dan para que continuara con su palabras.

—El mejor es Peter Talred, mi exprometido —contestó ella, percatándose de cómo se tensaba el cuerpo de Dan ante estas palabras mientras sus fríos ojos azules la miraban con determinación.

—No me pidas que me aparte de ti, Victoria, porque no lo haré —sentenció, acogéndola en un fuerte abrazo y reclamando sus labios en un posesivo beso que le declaraba sus más profundos sentimientos, los cuales Victoria aún no terminaba de aceptar.

En el momento en el que el beso finalizó y sus ojos volvieron a encontrarse, Dan la arrastró hacia la habitación en la que juntos habían explorado sus más íntimos deseos, acalló sus protestas con profundos y apasionados besos y la dirigió hacia la cama, donde estaba decidido a mostrarle con su cuerpo cuánto la amaba.

Ella silenciaba siempre sus francas palabras, pero nunca podía hacer nada por contener las sinceras caricias que Dan le prodigaba a su cuerpo y que gritaban la verdad de sus sentimientos con cada uno de sus besos: que él la amaba por encima de todo. Pero Victoria sólo se permitía escuchar esas palabras cuando ambos caían bajo el aturdimiento de un abrumador deseo.

Dan la tumbó entre las blancas sábanas de su lecho, y luego la desnudó con lentitud, besando con gran satisfacción cada una de las partes de su cuerpo que quedaba expuesta a su ávida mirada.

Empezó por sus pies, despojándolos de esas feas zapatillas de deporte que tanto le había asombrado ver adornando ese bonito cuerpo que sólo era merecedor de lo mejor. Continuó por los raídos vaqueros, que tan bien se amoldaban a sus interminables curvas, descubriendo con una grata sonrisa esa indecente ropa interior que siempre lo llevaba a la locura.

Dan besó despacio sus piernas y sus muslos, rozando levemente con sus labios el minúsculo tanga que cubría su feminidad. Luego alzó su camiseta, prodigando dulces

besos a su ombligo, y fue subiendo poco a poco por la cintura hacia sus tentadores pechos, que todavía permanecían ocultos bajo un sugerente y minúsculo sujetador de encaje.

La despojó a continuación de su camiseta negra y bajó, con suaves caricias, los tirantes de la pecaminosa ropa interior que ocultaba los jugosos pechos de Victoria. Dan no se molestó en quitar esa molesta prenda de su camino, simplemente la echó a un lado hasta dejar expuestos los senos que tanto lo tentaban, y los mimó con deleite hasta llegar a sus erguidos pezones, que torturó con su juguetona lengua y sus viciosos dientes, obteniendo numerosos y satisfactorios gemidos de placer de sus labios.

Victoria se retorció invadida por la lujuria de las caricias que Dan le prodigaba.

Las manos de su amante bajaron por todo su cuerpo hasta llegar a sus inquietos muslos, que abrió lánguidamente, y, tras arrancarle de un violento e impulsivo tirón el minúsculo y sexy tanga, Dan acarició con ardor su clítoris, notando en su ahora húmeda mano la evidencia del deseo de Victoria.

Mientras su boca no dejaba ni un instante de torturar sus pechos, la impetuosa mano de Dan introdujo un dedo en su interior marcando el ritmo de su goce. Victoria intentó moverse contra la mano de Dan para llegar a la culminación de su placer, pero su malicioso amante se negó a darle lo que tanto anhelaba, pues impidió cada uno de sus movimientos con su fuerte agarre y detuvo sus caricias cuando tanto las necesitaba.

—Dime qué quieres, Victoria —ronroneó ronca y maliciosamente Dan, imposibilitando con sus fuertes manos que ella moviera sus caderas hacia el éxtasis.

—¡A ti, sólo a ti! —gritó finalmente Victoria, rindiéndose a lo inevitable.

Tras escuchar estas palabras, Dan se apartó por unos momentos de su amante para deshacerse rápidamente de su ropa y, mirando sus suplicantes ojos, se hundió con firmeza en su cuerpo de una fuerte embestida que reclamaba a esa mujer para sí y para toda la eternidad.

Dan entrelazó sus poderosas manos con las de su pareja y, mirando con determinación esos bonitos ojos marrones, le expresó sus sentimientos adorando su cuerpo con el candor del suyo.

Victoria se negó a mirar la verdad de esos ojos azules que tanto la tentaban, pero, cuando él le susurró dulcemente al oído esas palabras que ella tanto había intentado evitar, nada pudo hacer para que sus ojos no se enfrentaran finalmente a la verdad.

—Te quiero —confesó firmemente decidido Dan a los oídos de esa excitante mujer sin dejar de adorar en ningún momento su cuerpo con cada uno de sus

apasionados movimientos.

Victoria volvió su rostro, sorprendiendo al hombre que había confesado tan censurables palabras a su roto corazón, y en ese instante comprendió que éste estaba comenzando a curarse, porque no le importó escucharlas de nuevo, aunque todavía no era capaz de decir en voz alta lo que sentía.

Él pareció percibir su dilema cuando simplemente besó sus labios e incrementó sus fuertes arremetidas para que de su boca sólo brotaran gemidos de placer, cuando finalmente su cuerpo se rindió llegando a la cúspide del éxtasis junto a ese necio que la amaba, aunque ella todavía no estuviera preparada para ello.

Observaba detenidamente a mi amada gatita, a la que al fin había podido confesar mi amor.

Tal vez no fuese el mejor momento o el mejor lugar para hacerlo, pero mi corazón me había dicho que era ahora o nunca, así que mis palabras salieron de mi boca tan impetuosamente como hacían a menudo, y dejaron expuestos mis sentimientos ante su asombrada mirada.

Ahora, mientras ella dormía entre mis brazos, cansada y confusa por mis impetuosas palabras, yo la observaba dispuesto a grabar en mi memoria cada uno de sus rasgos y esos preciados momentos por si su respuesta finalmente era alejarse de mi lado, ya que el miedo a ser herida todavía persistía en su corazón.

Ojalá nos hubiéramos conocido antes de que nadie la hubiese dañado para que sus dudas no me llenaran de miedo ante la idea de perderla. ¿Qué podía hacer yo por ella sino esperar a que dejara atrás el pasado y se adentrara junto a mí en un nuevo futuro que nos uniera?

La idea de la espera me mataba, y el saber que ese tipo que tanto dolor le había acarreado se acercaba al pueblo hacía hervir mi sangre. Podía haberle gritado como un irresponsable niño mimado que no quería que lo volviera a ver nunca, pero, aunque eso era lo que yo quería hacer, definitivamente no haría ningún bien a nuestra inestable relación, ya que el afligido rostro de Victoria únicamente me mostró que ella tampoco deseaba ese encuentro. No sabía si alegrarme por ello o apenarme por mi suerte, ya que, si aún le dolía volverse a encontrar con ese idiota, sólo podía significar que todavía sentía algo por él y que no lo había olvidado.

De repente, Victoria se movió inquieta contra mi cuerpo. Sin duda una pesadilla molestaba su plácido sueño, por lo que la acogí entre mis cariñosos brazos y besé con

ternura sus labios como había hecho en otra ocasión. Sus vacilantes movimientos se calmaron, pero un lamentable susurro salió de su boca mientras una lágrima caía por su mejilla.

—¿Por qué, Peter? ¿Por qué? —preguntó Victoria inconscientemente al vago recuerdo de su pasado, haciéndome temer una vez más esa inminente visita.

Limpié con delicadeza su húmedo rostro y le susurré al oído.

—Ni una lágrima más, princesa. Nadie se merece el desperdicio de una sola de tus lágrimas.

Tras esto, simplemente la abracé con fuerza, rogando al destino que nadie la robara de mi lado, porque tal vez yo no fuera el hombre más adecuado para ella, pero no estaba dispuesto a dejarla en manos de un despreciable gusano que sólo la había hecho llorar.

Mientras la abrazaba, ella sonrió acurrucándose un poco más en busca del calor de mi cuerpo. Después, más calmada, sonrió feliz y susurró mi nombre. Mi pecho se hinchó de orgullo por ser yo quien conseguía infundir en su semblante tan bella sonrisa. Luego me dormí junto a ella pensando que para mi amor imposible aún había esperanzas de ver un mañana.

Capítulo 16

Mildred Wilford revisaba concienzudamente que todo estuviera en su lugar antes de ir en busca de su sobrina, dispuesta a eliminar a Dan Lowell del camino de Victoria. Ésta ya había sufrido demasiado por la estupidez de los hombres, y Mildred no estaba dispuesta a observar cómo otro obtuso animal de tres patas dañaba el frágil corazón de su pequeña.

Iba acompañada de Víctor, su chófer, y Harry, su viejo y fiel abogado que siempre la ayudaba a resolver situaciones molestas como la de ese estúpido Lowell del que pensaba deshacerse en cuanto supiera su precio. Porque las personas siempre tenían un precio: sólo debía averiguar cuál era, para concederle sus deseos más profundos e intercambiarlos por la paz y tranquilidad de su sobrina.

María, su fiel amiga y ama de llaves, se había negado en redondo a acompañarla pese a haberla amenazado con el despido. Ella simplemente le había bufado con muy pocos modales y había ignorado sus órdenes desde detrás de una revista de cotilleos. Mildred no quiso discutir mucho con ella por si acaso decidía hacerle el boicot a través de sus comidas, como siempre hacía cuando la molestaba más de lo aconsejado.

Finalmente, decidió que debía llevar consigo a ese viaje de duración indefinida unas tres maletas, que contenían también unas cuantas elegantes prendas para su querida sobrina, quien habría tenido que sobrevivir con ropa de mercadillo, para su desgracia.

Mildred adecentó su aspecto y se dispuso a adentrarse en su vehículo más ostentoso y magnífico, que no era otro que una monstruosa limusina negra que a ella le encantaba llevar a las reuniones de la junta directiva para mostrarles a esos prepotentes quién mandaba en el bufete a pesar de haber dejado el venerable oficio de abogada hacía algún tiempo.

Cuando estaba acomodando su trasero en la tapicería de piel, recibió una llamada a su móvil. Mildred estaba hasta las narices, dispuesta a romper ese trasto en mil pedazos para no escuchar ni una más de las indecentes proposiciones que esos jóvenes desvergonzados le seguían ofreciendo, cuando se percató de que ése era el número de Victoria.

Sabedora de que su sobrina no era dada a las llamadas y que sólo la molestaría en caso de emergencia, Mildred atendió el teléfono un tanto alterada, esperando no haber llegado demasiado tarde al rescate de su pequeña.

—¿Sí? ¿Qué te ocurre, Victoria? No es propio de ti llamarme a estas horas. De hecho, últimamente no es propio de ti llamarme en absoluto —recordó reprobadoramente, sin dejar de preocuparse por lo que hubiera podido suceder.

—Tía Mildred, necesito tu ayuda.

—No te preocupes, voy para allá. ¡Ya sabía yo que ese miserable te haría daño! ¡En cuanto llegue, voy a dejarlo en la más absoluta miseria y...!

—Tía Mildred, tranquila. Dan no me ha hecho nada —la interrumpió Victoria con la voz un tanto alterada, y eso sólo podía significar que alguien le había hecho daño, ya fuera con sus actos o sus palabras.

Mildred dudó ante la afirmación de su sobrina, pero, confiando en ella tan plenamente como siempre hacía, la animó a continuar con la conversación.

—¿Y bien? Te escucho.

—Tía Mildred, he aceptado el caso de una mujer maltratada por su marido y es algo complicado de llevar. Necesito al mejor abogado del bufete aquí, y sólo tú puedes hacer que venga.

—Sabes quién es el mejor abogado de mi bufete, ¿verdad? —preguntó Mildred, convencida de que ya era hora de que Victoria se enfrentara cara a cara con sus miedos más profundos.

—Sí, para mi desgracia, lo sé —suspiró Victoria con cansancio—. He hablado con él y se niega a ayudarme. Por eso te he llamado a ti, tía Mildred.

—Pues mañana nos tendrás a todos allí —aseguró Mildred con firmeza—. Dile al servicio que vaya preparando nuestras habitaciones.

—Tía, esto es un pueblo pequeño y sin encanto. La casa de Henry no es tan grande como la tuya y, definitivamente, no voy a contratar a nadie para hacer algo que puedo hacer yo misma. Con que me envíes a esa alimaña, bastará...

—Creo que aún no me has entendido, Victoria Olivia Wilford... ¡Nada ni nadie me va a impedir ir a ese insufrible pueblo, y que Dios se apiade del que ose interponerse en mi camino, porque me lo llevaré por delante! —declaró con rotundidad la anciana antes de poner fin a la conversación y dirigirse a su chófer—. Víctor, antes de marcharnos tendremos que hacer una breve parada. Hemos de recoger a esa basura de

Peter Talred.

—No creo que esté muy contento de verte —comentó despreocupadamente Harry, acomodándose en el interior de la limusina—. Después de todo, cada mes lo sacas de su despacho de alto *standing* y le mandas alguna desagradable tarea, como revisar archivos mohosos o grapar expedientes antiguos.

—Eso no me preocupa demasiado, Harry. Ese arrogante individuo siempre ha tenido un precio y, para su desgracia, yo sé cuál es. Por eso Peter Talred siempre bailará al son que yo le marque, y en estos instantes mis deseos son llevarlo conmigo a ese insufrible lugar.

—¿Y cuál es el hombre al que no has podido manejar? —inquirió irónicamente su amigo, sabiendo de lo que una Wilford era capaz.

—¡Dan Lowell! —susurró la anciana, molesta—. Pero no te preocupes: eso es algo que tengo toda la intención de cambiar. Además, con mi lastre de última hora seguro que le hago la vida un poquito más interesante. A ver quién tiene más encanto a la hora de la verdad, un elegante y ágil abogado o un pobre y voluble veterinario.

—Por cómo van las cosas hasta ahora, yo diría que el veterinario tiene todas las de ganar —apuntó Harry con una sonrisa.

—¡Oh, cállate, Harry! —ordenó Mildred, un tanto enfurruñada, negándose a reconocer la verdad: que su sobrina estaba enamorándose de nuevo, y esta vez el individuo tampoco era el adecuado para alguien tan tierna y dulce como en el fondo eran todos y cada uno de los Wilford.

«Muy en el fondo», pensaba Mildred mientras repasaba mentalmente todas las torturas que desearía poder infligirles a esos dos energúmenos que se habían mezclado en la apacible vida de su querida sobrina.

Cuando una anciana despótica llegó al pueblo de Whiterlande, todos los cotillas no dudaron en hacer imaginativas elucubraciones sobre quién podía ser aquel adinerado personaje. Corrieron rumores de que esa mujer pertenecía a la mafia, de que era la antigua amante de algún viejo magnate y, por último, los que habían tratado con ella, aseguraron ver un brillo demoníaco en sus ojos que la relacionaba con el diablo.

En el momento en el que esa apabullante mujer comenzó a preguntar por Victoria, pensaron que era un castigo que Dios les había mandado por molestar tanto a esa joven que no parecía ser tan mala como creyeron en un principio. Hasta que, tras

escuchar los absurdos rumores, el agente Colt aclaró finalmente la verdadera identidad de esa mujer: ella no era otra que la afamada tía Mildred...

Ése fue el instante en el que todos comenzaron a temblar y a compadecerse de esa joven que tenía la desgracia de tratar con ese insufrible carácter a diario. Tras ver el terrible comportamiento de la anciana, los habitantes de ese entrometido pueblo al fin entendieron el porqué del agrio carácter de Victoria, y comenzaron a sentir pena de Dan y su loco enamoramiento, pues, sin duda, le acarrearía más de un gran dolor de cabeza, dado que esa beligerante viejecita había llegado al pueblo con ganas de presentar batalla al enemigo y había decidido que ése no era otro que el popular veterinario del lugar.

Las gentes de Whiterlande, al enterarse de tan temibles noticias, tuvieron dos opciones: o correr a contarle a Dan quién acababa de llegar al pueblo, o dirigirse con rapidez al bar de Zoe para añadir la apuesta pertinente en su famosa pizarra. Para desgracia de Dan, el bote de las apuestas era cada vez más generoso, así que nadie lo avisó de la que se le venía encima hasta que fue demasiado tarde...

Dan había dado el día libre a Victoria para que atendiera a su maltrecha huésped de manera adecuada. Se había quedado más tranquilo al saber que Josh permanecería junto a ella realizando un informe médico de cada una de las lesiones y daños de Loren para notificar a la policía de Whiterlande lo sucedido.

Mientras atendía a gatos con sobrepeso y viejos perros de compañía, Dan se dio cuenta de que su clínica no era lo mismo sin su eficiente ayudante, que en ocasiones tanto lo distraía. Recordó la noticia que le había dado Victoria con bastante inquietud y manos temblorosas. Por lo visto, su desagradable exprometido se dirigía en esos momentos hacia Whiterlande, y su amada gatita tenía que volver a enfrentarse a él, algo para lo que no parecía estar preparada.

Dan decidió darle todo su apoyo y no separarse de ella en ningún momento, sobre todo por si ese farsante de tres al cuarto intentaba engañarla de nuevo para que volviera a una vacía relación.

Por nada del mundo pensaba dejar marchar al amor de su vida. Aunque su pasado viniera a reclamarla, él estaba totalmente decidido a quedarse con ella y no la dejaría ir jamás... ¡Mala suerte para el estúpido que rechazó el tesoro que era Victoria! Dan pensaba luchar con todas sus armas por el amor de Victoria, ya fuera con juego limpio o sucios trucos de embaucador. Todo valía en la lucha por el amor de su vida, y un

presuntuoso hombre que sólo pensaba en la fortuna de Victoria no le iba a hacer cambiar de opinión, por mucho prestigio que su nombre tuviera o por más que alardeara de sus billetes.

Dan se preguntó cómo sería ese tipo para haber conseguido tentar a Victoria con la idea del matrimonio que ahora tan rápidamente descartaba. Luego, simplemente lo maldijo por haber hecho de ella una mujer recelosa, que aún tenía miedo de escuchar sus sinceras palabras de amor por temor a que nuevamente jugaran con su corazón.

Aunque ese tema ya había sido solucionado entre ellos, más concretamente el día anterior... cuando él, de forma impetuosa, le confesó sus sentimientos. Pero todavía quedaba entre ellos el vacío de una respuesta que aún no había sido expresada.

Dan nunca antes había confesado a una mujer que la amaba, nunca había sentido por otra lo que sentía por su arisca gatita. Su mundo se volvió patas arriba desde el instante en que la conoció, pero ya no podría sobrevivir ni un solo segundo sin tenerla a su lado. Cada vez que pensaba que los días junto a ella se acababan, se le encogía el corazón y sólo deseaba parar el tiempo para que ambos tuvieran la oportunidad que sin duda se merecían y, así, él podría demostrarle que, aunque estaba lejos de ser el hombre adecuado para ella, podía llegar a aproximarse a ello sólo por el premio que sería permanecer junto a Victoria.

Su día en la clínica fue bastante aburrido... sin ninguna de las molestas llamadas de ese chuchó, sin los impertinentes insultos de Victoria hacia sus clientes o sin esa distinguida naricilla que siempre permanecía altivamente elevada cuando discutía con él. Hasta Nina se lamentaba de la ausencia de su forzosa compañera mientras volvía a limar sus llamativas uñas, esta vez azules.

Cerró una hora antes de lo habitual y corrió a coger una bolsa de su apartamento con algunas mudas de ropa, porque si algo tenía claro era que por nada del mundo iba a dejar sola a Victoria cuando el peligro de un hombre furioso, como podía ser el marido de Loren, se cernía sobre su cabeza.

Tras meter despreocupadamente sus pertenencias en una vieja mochila, se marchó de su desastroso apartamento esperando que Victoria tuviera en su frigorífico algo más que un bote de mayonesa caducado y unas lonchas de queso que comenzaban a tener un extraño color verdoso.

Después de recorrer rápidamente el camino que lo llevaba junto a su dulce gatita mientras pensaba en una decena de excusas para convencerla de que aceptara su presencia en la nueva casa, todas ellas un tanto escandalosas pero que sin duda los dejaría a ambos bastantes satisfechos, Dan aparcó distraídamente en la entrada sin

dejar de percatarse de la lujosa limusina negra que permanecía estacionada junto a la propiedad.

Cuando bajó de su vieja furgoneta vio a un hombre muy próximo a su edad sacando el equipaje de ese ostentoso vehículo sin dejar de murmurar de paso mil y una protestas sobre tan denigrante tarea.

Dan se acercó a él con una amable sonrisa, con la intención de ayudarlo y de averiguar por qué se encontraba allí, pero, en cuanto el hombre sacó su cabeza del maletero ofreciéndole una estúpida sonrisa muy similar a la suya, no tardó en reconocer su cara gracias al escandaloso artículo de una vieja noticia sobre los Wilford que había tenido el placer de ojear.

Sin pensar en lo que hacía, Dan dirigió su rígido puño hacia el hermoso rostro de ese sujeto, haciéndolo impactar con violencia en su nariz. Ese niño de ciudad se tambaleó inestablemente hacia atrás y luego, simplemente, se desmayó.

Como Dan no tenía ganas de mancharse las manos con la basura, lo dejó ahí tumbado en mitad del camino mientras se dirigía con paso firme y decidido al encuentro de la mujer que más lo necesitaba en esos momentos, su amada Victoria, que aun en sus pesadillas seguía pronunciando el nombre de ese idiota que tanto daño había hecho a su corazón. Pero Dan pensaba poner remedio a sus malos sueños de la única manera que sabía: haciendo que, desde ese instante, Victoria sólo pudiera decir su nombre en todo momento.

Dan tocó a la puerta de la nueva casa de los Wilford, decidido a arrastrar a esa mujer hacia la habitación que tan gratos momentos les había proporcionado y a hacerle olvidar la presencia del estúpido de su pasado que había osado volver a su vida.

—¡Tú, yo y tu cama tenemos una cita! —pronunció apresuradamente Dan antes de que la puerta de la casa se abriera por completo y pudiera ver muy de cerca a la persona que tantos quebraderos de cabeza le había traído últimamente ante su pretensión de conquistar a una Wilford.

—Para su desgracia, jovencito, los tríos nunca han sido lo mío —ironizó maliciosamente la anciana que abría la puerta en ese momento mientras repasaba de arriba abajo su persona, que, por lo visto, no se adaptaba a los estándares de los Wilford.

—La querida tía Mildred, supongo —comentó con atrevimiento Dan, levantando una de sus acusadoras cejas en gesto sorprendido.

—El afamado Dan Lowell... —confirmó la anciana, sin dejar de recorrerlo con su

inquisidora mirada—. Creo que por ahora no necesitaremos de sus servicios —lo rechazó firmemente la adinerada viejecita negándose a moverse de la entrada.

—Creo que eso tendrá que confirmármelo su sobrina —replicó igual de decidido Dan, dispuesto a no marcharse de allí hasta haber visto a Victoria.

—¡Victoria! —llamó la distinguida millonaria, visiblemente molesta, alzando su chillona voz con muy poca elegancia.

Victoria estaba harta de la inesperada visita de su tía, que le había traído más de un quebradero de cabeza: desde tener que organizar cada una de las habitaciones para sus inesperados huéspedes hasta verse obligada a elaborar una lista de cada una de las necesidades de éstos. Poco a poco y sin proponérselo, se estaba convirtiendo en la criada de esa casa. Y todo porque había declinado el tener algún sirviente de los que muy formalmente le había recomendado su tía.

Victoria nunca imaginó, cuando llamó a Mildred Wilford para pedirle su ayuda, que ésta se presentaría en ese pueblecito que apenas aparecía en el mapa, junto con un ejército de seguidores, cada cual más molesto que el anterior. Victoria estaba comenzando a echar de menos las solitarias veladas con ese maloliente de Henry, y eso que a ese saco de pulgas no lo tenía en muy alta estima.

A pesar de que tía Mildred le advirtió por teléfono de su inminente llegada, Victoria pensó que sólo se trataba de una más de sus vanas amenazas que nunca llegaba a cumplir... hasta que fue demasiado tarde y una anciana furiosa acompañada de un viejo, cuya calva definitivamente era hipnótica, y un joven chófer que podría hacer las veces de guardaespaldas gracias a su intimidatoria presencia aparecieron en su puerta invadiendo sin miramiento alguno su desprotegido hogar.

Harry se apropió del despacho y de una de las habitaciones. Víctor se hizo cargo de recorrer la casa, para asegurarse de la seguridad del lugar, y reclamó un pequeño cuarto para sus pertenencias y un extraño equipo lleno de cámaras y raros dispositivos de seguimiento. Finalmente, su mandona tía escogió la habitación más grande y ostentosa, y designó la última de ellas para el lastre que llevaba consigo y que se negaba a dejar marchar, ya que era esencial para ese caso.

Tía Mildred, mujer rencorosa y vengativa que aún no había perdonado la ofensa de Peter a Victoria, arrastró tras ella a su ex y, sin consideración alguna, lo obligó a acompañarla hasta Whiterlande. Luego, simplemente se divirtió encargándole las tareas más mundanas, como traer el equipaje, hasta que sus servicios fueran de

utilidad y empezara a hacer su verdadero trabajo.

Victoria intentaba prepararse para el enfrentamiento cara a cara con ese vil sujeto, cuando tía Mildred requirió nuevamente su presencia y ella, como la obediente niña educada que era, no tardó demasiado en llegar hasta donde la aguda voz de su tía la reclamaba.

—Tía, y ahora ¿qué quieres? Estoy demasiado ocupada enseñándoles a Víctor y a Harry sus nuevas dependencias como para atender a otra de tus quejas... —Su irritado discurso fue interrumpido cuando halló ante sí el silencioso enfrentamiento de esos dos colosos que formaban parte de su vida.

Tía Mildred la llamaba para que echara de allí a ese individuo que ella consideraba un peligro en la vida de Victoria, y Dan quería que Victoria confirmara ante todos que él era alguien importante para ella.

Y Victoria solamente tenía ganas de gritar, llena de frustración por la cabezonería de ambos, pues no hacían otra cosa que alterar una y otra vez su plácida vida. ¿Por qué no podía tener una vida normal con una familia amable y un novio al que le gustara agradar a sus seres queridos? ¡No! Ella tenía que tener una alterada tía sobreprotectora y un insistente amante que desconocía el significado de las advertencias que continuamente le hacía sobre los Wilford y su indomable carácter...

—Victoria, dile a este señor que sus servicios ya no son necesarios... —exigió tía Mildred moviendo su mano despectivamente hacia Dan.

—Cariño, dile a esta mujer que yo de aquí no me muevo —retó firmemente Dan, mirando a Mildred con sus fríos ojos azules.

Los dos reclamaron su atención al mismo tiempo. Y Victoria, sin saber qué hacer en esa extraña situación, puso los ojos en blanco ante el infantil comportamiento de esos dos. Finalmente respiró resignada y decidió ponerlos a ambos en su lugar cuando comenzaron a discutir por la posición que cada uno ocupaba en su vida en esos momentos.

—¡Yo soy su querida tía! —declaró altaneramente la anciana.

—¿Ah, sí? ¡Pues yo soy su aman...!

—¡Él es el amado entrenador de Henry! ¡Alguien totalmente necesario si quieres que ese chucho tenga los modales adecuados que debe tener todo Wilford! —interrumpió rápidamente Victoria a Dan, acallando con su mano la gran boca del veterinario, quien la miró molesto por haber sido silenciado con tan tremenda mentira.

—¿Sí? ¡Eso tendremos que verlo! —replicó irónicamente la anciana alzando su inquisitiva ceja—. Por lo pronto, como no queda ninguna habitación libre, tendrá que

dormir en el sofá —anunció alegremente Mildred, con malignos deseos de ver a ese sujeto retorcerse en tan incómodo alojamiento.

—No se preocupe, señora, he dormido en lugares más penosos que ése. Y he enseñado a animales más malcriados que Henry los más correctos modales. Mi especialidad son las gatas salvajes con garras muy afiladas —dijo Dan, lanzándole a Victoria una indirecta, bastante furioso con el lugar al que había sido relegada su presencia, y sin olvidarse de reprender a la causante de esa situación con un sutil mordisco en la mano que había osado silenciar su boca.

Tras esas palabras, Dan pasó despreocupadamente hacia el interior de la casa junto a una anciana que lo fulminaba con la mirada y una joven que lo miraba un tanto inquieta por las atrevidas represalias que podía llevar a cabo tan alocado personaje.

El nuevo individuo que había irrumpido en su vida se apropió del sofá, tumbándose con gran despreocupación encima poco antes de dejar su maltrecho equipaje junto a él, en el suelo.

—¡Ese hombre no tiene modales! —acusó severamente la anciana, recriminando a su sobrina con su sombría mirada por su nefasta elección.

—Sí señora, en ocasiones carezco de ellos —repuso Dan con ligereza, cubriendo su cansado rostro con una revista y procediendo a echarse una siesta delante de todos.

De repente, el hombre que tantas veces le había quitado el sueño a Victoria irrumpió en la casa con una nariz muy magullada, taponada con unos pañuelos de papel y cargando dos pesadas maletas en las manos. Victoria intentó resistir el mostrar la satisfecha sonrisa que su rostro quería revelar al ver que ese individuo había recibido parte de lo que merecía.

Luego se percató de que lo que había en esos sucios pañuelos que tapaban sus fosas nasales era sangre, y ella no podía ver la sangre... Victoria esperaba sentir el duro suelo contra su cuerpo cuando se desvaneció, pero, por el contrario, sintió unos fuertes y conocidos brazos que la acogieron con cariño. Antes de sumirse en un profundo desmayo, Victoria escuchó una extraña conversación que solamente pudo hacerla sonreír.

—¡Eh, tú eres el loco que me ha golpeado! —acusó Peter Talred, señalando a Dan.

—¡Alégrate! Era eso o desparasitarte sin sutileza... Además, he espantado de tu rostro a un peligroso flebotomo que puede transmitirte la leishmaniosis, y gratis... —contestó falsamente Dan, burlándose de su adversario.

—¡Y una mierda! Tú...

—Estoy segura de que el señor Lowell sabe lo que se hace. Después de todo, es veterinario —interrumpió Mildred Wilford, bajando los humos de ese sujeto con una advertencia de su mirada.

—Sí claro, lo que usted diga, señora Wilford —contestó servicialmente el maltratado abogado, sin olvidarse de dirigir una furiosa mirada al que finalmente se había declarado su más acérrimo enemigo antes de desaparecer.

Mildred Wilford observó atentamente cómo ese hombre se sentaba en el sofá negándose en ningún momento a soltar su preciada carga, y cómo le susurraba con cariño a su sobrina palabras tiernas mientras intentaba hacerla reaccionar. Ese sujeto había llegado a coger a su pequeña entre sus brazos con gran celeridad, justo antes de que ésta cayera al suelo. Quizá, después de todo, se hubiera equivocado con Dan Lowell, ya que trataba a su niña con dulzura y sin duda había hecho en el rostro de ese vil gusano de Peter Talred lo que ella misma deseó hacer con sus quebradizas manos en el momento en el que se enteró de la traición que tanto dolor había provocado a su sobrina.

Asombrada, Mildred vio cómo ese hosco hombre dejaba tumbada a Victoria en el sofá para ir con celeridad a la cocina a por un vaso de agua. Sin duda intentaría despertarla con el cariño que había demostrado instantes antes hacia ella... por lo que grande fue la estupefacción de tía Mildred cuando vio a Dan Lowell arrojar directamente al rostro de Victoria el contenido del vaso, haciendo que ésta despertara con brusquedad de su inconsciencia.

—¡Perfecto, princesa! Ahora que al fin has despertado, ¿por qué no desalojas el sofá? Mañana tengo que madrugar, ya que soy el entrenador de ese chucho de alto pedigrí, ¿recuerdas? —dijo un enfadado Dan, recordándole a Victoria cuánto le molestaban sus mentiras.

Tía Mildred volvió a cambiar de opinión rápidamente y, en unos segundos, ese sujeto que se atrevía a reprender tan severamente a una Wilford fue incluido de nuevo en la lista negra de la anciana y etiquetado como «el tipo de hombre que jamás sería digno» del tesoro que podía llegar a ser su querida sobrina.

Capítulo 17

Dan estaba hasta las narices de ese saco de pulgas que no hacía otra cosa que tocarle las narices a cada instante. Mientras él se paseaba de un lado a otro del salón repasando los consejos de un famoso entrenador, Henry lo miraba aburrido tumbado plácidamente en el sofá y dedicándole algún que otro bostezo a su ir y venir, a la vez que le advertía con su altanero semblante de que no iba a hacer ni puñetero caso a sus estúpidas órdenes, por muy firmes y claras que éstas fueran.

Dan, dispuesto a realizar el trabajo que se le había asignado, había acabado comprando un costoso libro de adiestramiento, que apenas se podía permitir, sólo para intentar enseñarle a ese chucho cuál era su lugar. Y el resultado siempre era el mismo: Henry no le hacía ningún caso... ni a él, ni a los irrefutables métodos de ese adiestrador que, según los expertos, era capaz de domar al sabueso más rebelde.

Dan llevaba ya una semana durmiendo en ese sofá, que a decir verdad era mucho más cómodo que su maltrecha cama, y desayunando junto a la amargada tía Mildred, que no hacía otra cosa que intentar que abandonara su hogar.

También estaban Víctor, un obseso de la seguridad, y el apacible anciano que parecía ser Harry, al que todo le daba exactamente igual salvo las insufribles órdenes de la anciana, que obedecía sin rechistar.

Luego estaba su preciosa Victoria, aún molesta con su brusca forma de despertarla del desmayo que sufrió, pero que a cada instante buscaba su presencia con su mirada para saber que él estaba junto a ella, y, por último, el despreciable gusano que era ese hombre al que todos los idiotas de ese pueblo habían decidido comparar con él.

Sí, vale que el aspecto de ambos era similar; que los dos dedicaban unas amigables e hipócritas sonrisas a las ancianas, niños y bonitas mujeres; que a la hora de tratar con las personas eran bastante sociables, haciéndose en unos pocos minutos amigos de todos... pero Dan nunca trataría a una mujer como Peter Talred había hecho con Victoria.

Dan creyó que ese tipo no sería rival alguno para él, ya que la historia entre ellos había finalizado hacía años. Pero, aunque ese personaje hubiera dañado a su mujer profundamente con sus acciones, no se podía negar que todavía estaba bastante interesado en ella. Sobre todo cada vez que Victoria no se percataba de que sus

movimientos eran acechados por una ávida mirada de deseo.

Dan se sentía cada día más tentado de volver a golpear a ese energúmeno para dejarle claro que nunca más volvería a formar parte de la vida de Victoria Wilford, porque ahora era suya, aunque ella intentara ocultarlo todavía tras las dudas sobre su amor.

Al parecer, en lo único que ese chucho parecía estar de acuerdo con él era en el odio que ambos le profesaban a ese indeseable que, aunque intentara disimularlo, solamente iba tras las faldas de Victoria nuevamente.

Intentando despejar su mente de la tentación de pedirle prestada la escopeta a su padre para espantar a ese sujeto, Dan procuró una vez más aleccionar a ese vago animal, que se burlaba constantemente de él y de sus esfuerzos desde su cómodo sitio, desde donde lo miraba con petulancia a la espera de su próxima orden, que, con toda seguridad, ignoraría.

—¡Bien, empecemos por lo básico! «Todos los perros tienen que ser capaces de reconocer su nombre para responder a la orden dada por su dueño, o para prestar atención cuando su dueño lo llame» —leyó Dan en voz alta, repasando lo más elemental de ese extenso manual de quinientas páginas—. Vale, ¿cómo narices sé si reconoces tu nombre? —preguntó Dan maliciosamente mientras observaba con gran atención la pasividad del perro—. De acuerdo, vamos allá: Henry, apestas, eres gordo y sin duda el objeto inanimado más incómodo de ver de esta habitación.

Henry alzó su cabeza altivamente, ultrajado por sus palabras, y le dedicó un amenazante gruñido de advertencia poco antes de volver pasivamente a su anterior posición.

—Bueno, pues tu nombre lo reconoces... Ahora toca enseñarte a obedecer. «Las órdenes deben ser cortas y secas, acompañadas por señales visibles. Diga el nombre de su perro y luego dé la orden con firmeza.» ¡Perfecto! —comentó Dan, dejando el libro sobre una mesa cercana y procediendo a hacerle caso una vez más a ese tomo sobre adiestramiento canino.

»¡Henry, ven! —ordenó con firmeza, acompañándolo de un gesto de la mano.

El chucho alzó su perruna cabeza al haber oído su nombre y, como vio que no era otro que Dan quien lo había pronunciado tan ligeramente, volvió a acomodarse no sin olvidarse de dedicarle algún que otro bostezo a su funesta forma de enseñar.

—¡Henry, ven! —volvió a ordenar Dan, recurriendo al mismo gesto y sin recibir señal alguna de cooperación de parte de ese saco de pulgas.

»Bueno, como veo que no me haces ni puñetero caso, tendremos que utilizar un

refuerzo positivo.

Dan sacó de su ajada bolsa de viaje una de las chucherías para perro que tan amablemente ofrecía en su clínica a sus pacientes y, regresando a su posición anterior en mitad de la habitación, volvió a pronunciar la orden con el mismo ímpetu anterior, acompañando esta vez el gesto de su mano con la visión de un jugoso premio.

—¡Henry, ven! —repitió de nuevo, observando con atención cómo ese chucho reaccionaba por primera vez tras ver la jugosa recompensa. Se incorporó y desperezó lentamente cada una de sus patas. Luego bajó con gran parsimonia del sofá.

»¡Cuando tú quieras! ¡Sin prisas, que tenemos todo el día! —exclamó Dan con gran frustración cuando, a menos de cinco pasos de su recompensa, Henry volvió a sentarse para lamerse las pelotas. Finalmente llegó hasta donde él se hallaba y Dan, un tanto reticente, ya que no sabía si el comportamiento de Henry era el adecuado, le dio su premio.

»Bien. Ahora pasaremos a órdenes más precisas. ¡Siéntate! —ordenó a un confuso perro que no sabía de qué narices le estaba hablando.

—Creo que, como no ha tenido mucho contacto con otros perros, no tiene ni idea de lo que debe hacer, por muchas chucherías que le muestres o más gestos que hagas con la mano —opinó Victoria mientras se adentraba en la estancia ojeando uno de sus libros de derecho.

—No quiero ninguno de los gratuitos consejos de la mujer que me ha denigrado al puesto de mero adiestrador —cortó secamente Dan, todavía molesto con las acciones de Victoria.

—Era eso o de ama de casa, y tú, querido, eres nefasto en las tareas del hogar.

—¿Y por qué no simplemente la verdad? Soy tu enamorado, tu compañero, tu amante... o el que te follas en ocasiones, si continúas negándote a darme un apelativo más serio como puede ser el de «novio».

—Tú y yo nunca hemos hablado sobre eso, y nunca llegamos a nada.

—¡Joder, Victoria, porque tú nunca me dejas hacerlo! Siempre que escuchas una palabra seria salir de mi boca, huyes, y si hace unas noches pudiste oír finalmente una confesión de mis labios fue porque te obligué a ello. A ver cuándo te decides a dejar de negar lo evidente, que es que tú y yo estamos juntos. Y especialmente frente a ese idiota pretencioso que sólo ha vuelto para volver a tenerte de nuevo.

—¡Eso es ridículo, Dan! Prácticamente tuve que arrastrar a Peter hasta aquí para volver a verlo, y en ningún caso fue porque quisiéramos estar juntos. Mi trato con él es puramente profesional.

—Ya. Y ahora que el señor Talred se ha acomodado, ¿no te extraña que hayan cesado tan repentinamente sus vagas protestas? —señaló Dan, acercándose a Victoria hasta que sus ojos se miraron con firmeza.

—Yo... —Victoria vaciló ante las nuevas dudas que Dan había introducido en su cabeza.

—Sólo te diré una cosa, princesa: de ningún modo te permitiré estar nuevamente con un hombre como él —advirtió Dan, antes de dedicarle un sutil beso a sus labios—. Ahora simplemente siéntate y observa cómo mis múltiples encantos acaban domando a este fiero animal —indicó, señalando burlonamente al cánido que había vuelto a tumbarse despreocupadamente, pero esta vez en el suelo, con la esperanza de no tener que caminar demasiado si se presentaba de nuevo la oportunidad de obtener otra jugosa recompensa.

En el sofá, desde detrás del libro de derecho que intentaba leer, trataba de disimular que mis risitas ante los nefastos avances de Henry solamente provenían del aburrido tomo que tenía entre manos. Tras observar durante horas cómo Henry acababa con la paciencia de ese hombre que intentaba infructuosamente enseñarle, pensé seriamente en la posibilidad de revelarle a Dan que Henry había tenido cinco entrenadores, todos ellos afamados y prestigiosos, pero que siempre acababan desistiendo ante los malos modales del chuchó y de mi querida tía Mildred, que no hacía otra cosa que mimar a ese animal.

Dan siguió a rajatabla los consejos de ese extenso manual, y milagrosamente consiguió que Henry respondiera a la orden de venir, eso sí, sólo cuando Dan tenía su premio debidamente preparado. Si sus manos carecían de comida, Henry se volvía a acomodar junto a mí en el sofá e ignoraba por completo las órdenes de su adiestrador, ya fueran cortas y secas, o largas y furiosas.

«Por lo menos está haciendo algo de ejercicio», pensé cuando Henry bufó nuevamente por tener que ir en busca de su comida. No se resistió a ello, pero, eso sí, acudió con mucha lentitud y parsimonia a la irascible llamada de Dan, que comenzaba a perder la poca paciencia que le quedaba.

Como Henry no tenía ejemplo alguno ante las órdenes más difíciles como eran «¡siéntate!», «¡tumbate!», o «¡dame la patita!», Dan lo colocaba en posición unas mil veces ante la reticencia del animal. Finalmente, era el propio Dan quien, tras dar las pertinentes órdenes, le indicaba con su vivo ejemplo lo que tenía que hacer.

No pude aguantar mis carcajadas cuando, ante la última de las órdenes, mientras Dan permanecía derrumbado en el suelo enseñándole la adecuada posición de «¡túmbate!», Henry corrió hacia la bolsa donde Dan guardaba las jugosas chucherías para él, cogió una y se la llevó, poniéndola en el suelo justo al lado de su cabeza, felicitando con ello a Dan por su gran actuación.

Me desternillé de risa ante la furiosa mirada de Dan, que no hizo otra cosa que levantarse abruptamente del suelo y amenazar de nuevo a Henry con la castración mientras lo perseguía por toda la habitación. Creo que, aunque para mí aquél fue unos de los momentos más divertidos de mi vida, a mi tía no le agradaba demasiado el nuevo método de enseñanza de Dan, ya que, tras señalarlo con uno de sus viejos y acusadores dedos, gritó, bastante enfadada:

—¡Está usted despedido!

A continuación, mi tía simplemente pasó a mimar al chuchito, que se quejaba falsamente del único maltrato que había sufrido: tener que levantar su gordo trasero del sofá.

Dan apenas se inmutó ante las enfurecidas palabras de mi anciana tía. Simplemente cogió su bolsa y se dispuso a salir de la casa sin mirar atrás. Yo lo observé apenada, pensando que ahora más que nunca necesitaba de su presencia en mi vida, y él, como siempre, no me falló. Volvió sonriente su rostro hacia mí y, delante de todos, declaró:

—Princesa, si me necesitas, ya sabes dónde encontrarme.

Después se marchó sin más, dejándome tan inquieta con su abierta invitación que pensé seriamente en ir en su busca para volver a introducirlo en mi vida, donde tanta falta me hacía.

Dan desahogaba sus penas en el bar de Zoe, donde esperaba a su entrañable hermano y a su inestimable cuñado. Ambos le eran imprescindibles a la hora de quejarse de todo lo que le iba mal en su vida amorosa, algo de lo que, sin duda alguna, se enterarían tarde o temprano en ese pueblo de chismosos.

Como las viejas cotillas solían exagerar bastante lo que sus enredadores oídos escuchaban, él había decidido contarles de primera mano a sus dos colegas lo que le ocurría, a ver si en esta ocasión le ofrecían un consejo que valiera la pena seguir para tratar tanto a tía Mildred como a su querida Victoria, que tanto lo desesperaba.

Después de que tía Mildred lo expulsara de la casa sin haber logrado obtener con

su trabajo de entrenador más que alguna amenazante mirada, tanto del sarnoso animal como de su dueña, Dan se marchó directo hacia el afamado bar de Zoe, donde nada había cambiado desde sus años de niño, cuando iba a ese lugar a disfrutar de una jugosa comida y un entretenido ambiente.

Con el dinero que esa vieja le dio como finiquito por su trabajo, se había pagado una deliciosa comida y, ahora, mientras esperaba en la barra la aparición de sus amigos, veía cómo el ambiente familiar gratamente acogedor de las mañanas, con sus grandes mesas de immaculados manteles blancos y bonitas flores, era retirado para dar paso a mesas rústicas de madera y un sombrío ambiente de luces más atenuadas, apto sólo para adultos que, con sus bromas y ganas de divertirse, o tan sólo con sus quejas y depresivos caracteres, hacían de ese local la vía de escape de su rutina.

Su hermano fue el primero en llegar y derrumbarse en un taburete a su lado mientras pedía una refrescante cerveza para que le ayudara a pasar el mal trago de escuchar sus lamentaciones una vez más.

—Bien, ¿y a ti qué te pasa ahora? —preguntó un tanto desganado Josh Lowell, cansado de su quejumbroso hermano menor, ya que él también tenía algún que otro problema en el amor de los que en esos momentos únicamente quería olvidarse.

—Tía Mildred me ha echado de casa, ese cabrón va aún detrás de Victoria, el perro me odia y Victoria todavía sigue enfadada conmigo, o yo con ella, no tengo muy claro quién está más furioso con quién en esta ocasión.

—¡No me jodas! —exclamó Alan, que en ese instante se incorporaba a la conversación, al parecer bastante afligido por los problemas de su amigo.

Dan se volvió agradecido hacia su cuñado, decidido a contarle alguna más de sus desdichas a esa grata persona que parecía tomarse en serio sus problemas, cuando le vio sacar de su cartera cincuenta dólares y pasárselos a su hermano un tanto enfurruñado.

—Te dije que sólo aguantaría una semana. Pero tú te empeñaste en que serían dos y pasa lo que pasa... —se jactó Josh, mientras se regodeaba en su victoria a la vez que cogía el dinero.

—¿Y tú no podías haber aguantado un poco más en la casa? —Alan fulminó con una de sus reprobadoras miradas a su amigo, que observaba asombrado cómo todos hacían apuestas sobre su inestable vida, que, al parecer y en esos momentos, carecía de privacidad alguna.

—¡No me puedo creer que hagáis apuestas sobre mi vida amorosa! —comentó un indignado Dan, acusando a esos viles sujetos con una de sus frías miradas.

—¿En serio? —ironizó Alan mientras alzaba una de sus cejas, recordándole que él mismo no había hecho otra cosa que apostar sobre su relación con Elizabeth desde la adolescencia en ese mismo bar.

—No me diréis que mi relación con Victoria está anotada en esa fastidiosa pizarra de Zoe, ¿verdad? —inquirió Dan, dispuesto a averiguar la verdad que se escondía detrás del aparente desinterés de sus amigos por sus problemas amorosos.

—¡Zoe, saca la pizarra! Dan nos ha pillado... —gritó Josh Lowell, haciendo que un gran y decepcionado «¡oooh!» de la multitud reunida resonara por el local.

Zoe, una mujer un tanto mayor pero que se conservaba aún como si apenas hubiera sobrepasado los cuarenta, con su pelo rojizo recogido en un entrañable moño y de rollizas curvas, sacó la inmensa y vieja pizarra que siempre guardaba en su cocina a la espera de algún oportuno cotilleo merecedor de alguna que otra singular apuesta.

En la apuesta de la semana todo el pueblo había apostado sobre el día en el que Dan sería fulminantemente despedido por tía Mildred. Al parecer, el bote acabaría en las manos de su fastidioso hermano, al cual miró resentido por sus infantiles acciones. Como apuesta del mes estaban anotados distintos días en los que haría nuevamente el ridículo por esa mujer, y sus ojos se abrieron de par en par ante la inusual apuesta fija, que sólo finalizaría cuando Victoria abandonara el pueblo.

El gran bote, en llamativas letras mayúsculas, decía así: «¿QUIÉN ESTÁ MÁS CERCA DE ABLANDAR EL CORAZÓN DE VICTORIA?». Lo que más asombró a Dan era que su competidor ante tal premio no era otro que Henry, y lo más surrealista de todo era que casi todo el pueblo había apostado contra él y a favor del perro.

—¡Vamos, no me jodáis! ¿Me vais a comparar a mí con un perro? Porque, por si no lo sabéis, Henry es un puñetero perro, un animal de cuatro patas, ¡un jodido chucho! —aclaró Dan, molesto ante la multitud que lo miraba bastante pensativa ante el descubrimiento de quién era ese personaje.

—¡Ah, claro! ¡Ahora me encaja todo lo que me decías sobre él! —declaró Alan, viendo al fin la luz.

Bien, ahora que todo estaba claro, seguramente esa estúpida apuesta sería eliminada de la pizarra de Zoe, ya que era lo más razonable del mundo. Pero los insensatos habitantes de Whiterlande no eran para nada razonables, ya que los muy hijos de... doblaron sus apuestas.

Al parecer, pensaban que un amigable animal podría llegar antes al tierno corazón de Victoria que él. ¡Cómo se notaba que no conocían las malas pulgas de ese altanero bicho!

—¡Vamos, por lo menos podíais haberme puesto como rival a su exnovio, no a un puñetero perro! —gritó Dan, indignado, dando paso a más de un murmullo por parte de la multitud.

—El exnovio de Victoria... ¿no será ese amable muchacho que ha llegado recientemente al pueblo, verdad? ¿O sí? —preguntó Zoe, bastante interesada en añadir un poco de emoción al juego.

—Sí —murmuró Dan a regañadientes, pensando que debería haber cerrado su enorme boca antes de ocurrírsele la brillante idea de hablar sobre ese sujeto al que todos los habitantes de Whiterlande sólo sabían alabar.

—¡Ese chico es maravilloso! Se acercó a mí para ayudarme con mis cargadas bolsas sin conocerme en absoluto. ¡No como otros...! —dijo alegremente una de sus ancianas maestras, que todavía le tenía manía, por lo que Dan siempre intentaba evitarla lo máximo posible.

—¡Dejó una propina descomunal! —alabó una de las nuevas camareras de Zoe, aún resentida con Dan porque en una ocasión dejó como propina un paquete de chicles, ya empezado.

—La verdad es que ha hecho un gran donativo al hospital para la nueva ala dedicada a los niños más enfermos... —informó Josh, hundiendo una vil puñalada en su espalda.

—Pues a mí no me cae nada bien. Es demasiado amigable con todas las mujeres... —declaró visiblemente furioso Alan, recibiendo a cambio un suspiro de cada fémica del bar que recordaba la sonrisa de ensueño de ese individuo.

—¡Pues hala! ¡Decidido! ¡El exnovio de Victoria se une a la pizarra de apuestas! —anunció Zoe ante el alborozo de todos y, en esta ocasión, ante el asombro de Dan, las apuestas pasaron a dividirse entre ese chuchito y el exnovio.

—¡Idos a la mierda! —gritó indignado el sujeto de apuestas, disponiéndose a marcharse hasta que tropezó con su padre, que entraba aceleradamente a la carrera en el bar de Zoe.

—¡Joder, Dan, quítate de en medio, que sólo tengo cinco minutos para apostar antes de que tu madre se entere!

Dan abrazó a su padre y luego lo dejó pasar seguro de que él, sabedor de sus más profundos sentimientos hacia Victoria, le mostraría su apoyo equilibrando la balanza hacia su nombre.

—¡Zoe, apúntame cincuenta dólares por Henry! —gritó John Lowell, poniendo con firmeza su dinero sobre el mostrador.

—¡Porque no tengo ni un duro, que, si no, apostaría por mí mismo, ya que yo sé mucho más del corazón de Victoria que un estúpido capullo que sólo le produjo dolor y que un chucho sarnoso que no le trae más que problemas! ¡Ya veréis cómo seré el único que conseguirá ablandar su corazón! —declaró fervientemente Dan antes de marcharse del lugar dispuesto a demostrarles a todos que él era el único merecedor del amor de esa chica.

Cuando Dan se alejó del bar, furioso, Zoe pudo al fin dar la vuelta a la pizarra y mostrar las verdaderas apuestas, donde casi todos apoyaban al niño bonito de Whiterlande, aunque todavía no tenían muy claro cómo podría conseguir Dan ese milagro. Pero, sin duda, era muy divertido ver cómo lo intentaba.

—Entonces, ¿por quién apuestas, John? —preguntó Zoe alegremente mientras sujetaba el billete de cincuenta entre sus dedos.

—Sin duda por el loco de mi hijo, que está tan enamorado de esa mujer como yo de mi Sarah cuando la conocí.

—¿Crees que hará el idiota tanto como hiciste tú? —sondeó Zoe, bastante interesada en su respuesta.

—Indudablemente, ya que es un Lowell —respondió sonriente.

—Pues nada, añadimos tu apuesta a la pizarra —confirmó Zoe, metiendo ante todos el dinero en el bote.

—Papá, yo no haré el idiota como Dan, ¿verdad? —inquirió Josh, un tanto preocupado por la respuesta de su padre ante las inquietantes preguntas de Zoe.

—¿Eres un Lowell?

—Sí —contestó Josh, confuso ante la pregunta de su progenitor.

—Entonces, hijo mío, ya he contestado a tu pregunta —anunció con alegría John mientras se reía abiertamente de su preocupado hijo y golpeaba su espalda con entusiasmo a la espera de que le tocara a él rellenar esa indiscreta pizarra, algo que no tardaría en suceder ahora que Molly Peterson había regresado a Whiterlande dispuesta a quedarse.

La pequeña Molly, esa joven tímida que John había visto en más de una ocasión rondando su casa en las escandalosas fiestas de pijamas que organizaba su hija Elisabeth en plena adolescencia... John había observado en aquellos días cómo seguía Molly, con ojos soñadores, a su hijo mayor, a pesar de que éste siempre intentara evitarla. Aunque luego, tras ignorarla, la mirada de Josh la buscaba incansablemente cuando Molly se encontraba lejos de él.

Al parecer, después de tanto tiempo, la situación entre ambos no había cambiado y

John aún se preguntaba qué historia esconderían, porque, aunque su hijo se negara rotundamente a hablar sobre esa mujer, su rostro se llenaba de una enorme tristeza cada vez que alguien la nombraba.

En fin, muy pronto todo Whiterlande conocería su historia, ya que esa pizarra siempre parecía perseguir las locuras de amor de los que llevaban su apellido y se enamoraban tan insensatamente como él mismo hizo en una ocasión.

Capítulo 18

Si finalmente había aceptado volver a salir con el idiota de Peter Talred era sólo para hablar de los progresos del caso de Loren sin la interrupción de su vieja y entrometida tía, del reprobador Harry, que la seguía hipnotizando con su magnética calva, y de Henry, que no hacía otra cosa que gruñirle a ese despreciable individuo cada vez que se acercaba a ella.

Como así no había forma alguna de comenzar una conversación coherente con nadie, al final le había comentado a Peter que quería hablar sobre Loren con él, y él, amablemente, la había invitado a cenar, cómo no, en un caro restaurante que seguramente acabaría pagando ella.

Se había acicalado sólo lo necesario para esa insulsa cita y, como buena letrada, Victoria se había colocado uno de los regios trajes de firma que su tía le había traído en su inmensa maleta, preocupada por la escasa indumentaria digna de un Wilford que podría llegar a encontrar en ese remoto pueblo.

Victoria lucía un austero traje negro, se había maquillado lo mínimo y el único provocativo detalle que se había permitido llevar era uno de sus hermosos pares de tacones de aguja que tanto le gustaban, y que serían enormemente adecuados si tenía que pisotear a ese vil gusano para dejarle claro cuál era ahora su lugar en su vida.

Increíblemente, las despreocupadas palabras que Dan dejó caer en su oído sobre las intenciones de ese hombre parecían ser ciertas, sobre todo cuando Peter se preocupó de pedir un caro champán que acompañó con la bonita e innecesaria melodía de un violín. Pero, por más que ese sujeto intentara crear el momento idóneo para una velada romántica entre ellos, nunca habría la más mínima muestra de cariño, especialmente porque ella amaba a otro hombre y Peter... Peter sólo estaba enamorado del dinero.

—Bien, preciosa, ¿no te recuerda, esta agradable velada, a lo que teníamos cuando estábamos juntos? Seguro que con ese tal Dan Lowell no has podido entrar en sitios tan distinguidos como éste. Después de todo, en algunos aspectos no creo que dé la talla.

—No, pero te puedo asegurar que, en otros, la da de sobra. —Victoria sonrió pícaramente recordando la pecaminosa comida que Dan le había servido en cierta

ocasión—. Además, esto no es nada nuevo para mí. En cambio, Dan Lowell, sí — señaló Victoria, despreciando sus vanos intentos de recordar algo que entre ellos nunca había existido, aunque en un tiempo ella ingenuamente así lo creyó.

—¡Venga ya, Victoria! ¡Seamos realistas! Ese veterinario de tres al cuarto sólo puede ser un entretenimiento para ti. Tu lugar está junto a un tipo como yo.

—¿Te refieres a un mentiroso embaucador que a la mínima oportunidad me traicionará? Gracias, pero no: ya he aprendido la lección. Y, sin duda, me instruyó el más cerdo de todos —replicó Victoria aún resentida con el doloroso recuerdo de aquel día, mientras brindaba por la vileza de ese sujeto que le había demostrado sin ningún género de dudas que Dan Lowell era mil veces mejor.

—Victoria, aquello sólo fue un pequeño desliz. Cuando me refiero a que debes estar con alguien que se encuentre a tu altura, me refiero a todo un triunfador, como soy yo, no a un pobre muerto de hambre como es ese veterinario casi arruinado — repuso Peter, sin considerar en absoluto a Dan como a un digno rival.

—*Ese veterinario vale más que tú, Peter. Él pretendió rechazar mi dinero cuando pagué las deudas de su clínica* —indicó despreocupadamente Victoria mientras daba vueltas a su cara copa de champán de importación.

—¿Ah, sí, preciosa? Respóndeme a una cuestión: si es tan bueno y digno como tú dices... ¿por qué finalmente lo aceptó? ¿O acaso vas a decirme que no lo hizo? — preguntó maliciosamente el abogado del diablo, haciéndola dudar de lo único de lo que en esos instantes estaba totalmente segura—. No es que sea mejor que yo o que te quiera más que ningún otro hombre, no te dejes engañar, cielo. ¡Ese hombre es lo único que me supera es a la hora de exponer sus mentiras ante ti! Y tú, como la incauta que eres, vuelves a caer en manos de un embaucador. ¿Acaso no te has dado cuenta de lo mucho que nos parecemos?

—No os parecéis en nada. Y, como veo que esta cena va a ser infructuosa y no nos llevará a ningún sitio, pues el único tema del que estoy interesada en discutir contigo en este momento es sobre mi cliente, Loren, voy a dejarte solo para que disfrutes de la compañía con la que más te gusta deleitarte: tú mismo. Y, para variar, esta vez pagas tú —anunció decidida Victoria mientras se llevaba con ella el caro champán, sin duda alguna una mejor compañía que la que había tenido durante esa insípida cena con un hombre por el que ya no sentía nada.

Ante el asombro de Peter Talred, un tipo que pocas veces había sido testigo de su osado carácter, Victoria salió del exclusivo restaurante sin olvidarse de mandar al servicial jefe de sala a la mesa en la que el embaucador sujeto, tras serle presentada

la cuenta, intentó explicar de mil y una formas distintas cómo había perdido su cartera. Al elegante *maitre* no le agradaron sus pretextos y, para desgracia de Peter, ninguno de los trabajadores era una hermosa mujer que pudiera camelar con sus encantos.

Victoria recordó las veces que ella había caído estúpidamente ante sus excusas y pagado sin rechistar una abultada nota cuyo reembolso nunca le fue efectuado. Animada, Victoria sonrió ante las dos opciones que tenía ahora ese tipejo: o bien llamaba a tía Mildred para que abonara su cuenta, lo cual constituía una temible elección porque nunca nadie sabía cómo podría reaccionar Mildred Wilford, o bien, por el contrario, se pasaba la noche fregando platos. Ésa, sin duda, sería la alternativa más sabia, pero una que el orgullo de Peter nunca le permitiría elegir.

Como ella suponía, Peter escogió la opción más insensata; eso pensó Victoria sonriendo gratamente cuando vio cómo un camarero pasaba a su lado portando en una de sus impolutas bandejas un teléfono inalámbrico.

—Buena suerte —le deseó irónicamente la chica, sabiendo lo que le esperaba a ese sujeto tras una lastimera llamada a Mildred Wilford y, por primera vez en años, casi se compadeció de ese hombre... sólo casi, porque luego recordó todas y cada una de sus malas pasadas de las que había sido objeto y brindó porque al fin Peter Talred recibiera lo que se merecía, aunque solamente fuera por una vez.

—Bueno, tú, yo y un veterinario de infarto tenemos una cita, pequeña —le dijo Victoria, algo achispada, a la cara botella de champán mientras cogía un taxi hacia la clínica de Dan, dispuesta a sacar de su mente cada una de las dudas que había dejado en ella ese despreciable tipo que ahora era nada más que un borroso recuerdo de su pasado.

Dan se despertó bruscamente cuando oyó cómo alguien irrumpía en su minúsculo apartamento provocando un ruido ensordecedor al chocar con las pocas pertenencias que permanecían expuestas junto a la entrada.

Decidido a echar con cajas destempladas a cualquiera de los idiotas de sus amigos que hubiera acudido a su casa en busca de consuelo en esos momentos, Dan encendió la luz dispuesto a reprender a alguien que lo necesitaba por primera vez en su vida. Pero sus furiosas palabras quedaron trabadas en su boca cuando ante él tuvo la visión más inaudita y excitante de su vida: Victoria, con uno de sus austeros trajes negros, bastante ceñido; la falda estaba algo arrugada y la chaqueta, totalmente

abierta, dejando ver un juego de ropa interior indudablemente creado para torturar a los hombres: un corpiño transparente color carne que se acoplaba a su cuerpo como una segunda piel, alzando y exponiendo sus turgentes pechos como un delicioso pecado.

Si eso lo llenó de asombro, los tambaleantes pasos de la mujer, que se dirigía hacia él con una botella de un caro champán en su mano derecha y sus insinuantes bragas de encaje en su mano izquierda, lo conmocionaron.

Y más aún cuando Victoria se subió a su cama y empezó a gatear sobre ella hasta colocarse encima de él. Dan, que en las noches más calurosas de verano dormía completamente desnudo, no tardó demasiado en mostrar su admiración por tan grata sorpresa con una poderosa erección de su rígido miembro, al que las finas sábanas poco hacían por ocultar.

—¡Vaya! Veo que te alegras de verme, Dan Lowell —murmuró emocionada Victoria mientras se rozaba contra su erección.

—Princesa, yo siempre me alegro de verte. Y él más todavía —bromeó Dan, intentando comportarse como todo un caballero y no aprovecharse de alguien que había tomado una copa de más, o casi toda una botella, como era el caso.

De repente, el alegre rostro de Victoria se tornó triste y, reteniendo los brazos de Dan por encima de su cabeza con sus delicadas manos, se enfrentó con una confusa mirada a esos ojos azules que tanto la atraían.

—Dan, ¿por qué no rechazaste mi dinero?, ¿tú también te quieres aprovechar de mí?, ¿sólo me quieres porque soy una Wilford? —preguntó decidida, mientras acorralaba a su presa en una posición en la que solamente pudiera enfrentarse a ella con la verdad de sus sentimientos.

—¿Quién narices ha metido todas esas dudas en tu cabeza, princesa? ¿O me estás diciendo que toda esa basura ronda siempre tu mente cuando estamos juntos? —quiso saber Dan, molesto, deshaciéndose de su débil agarre y sentándola junto a él en su lecho para poder enfrentar con raciocinio cada uno de los miedos de la chica a la que amaba.

—¿Sabes? Hoy he cenado con mi exnovio... —confesó Victoria mientras lo abrazaba para aligerar su agravio, algo que únicamente sirvió para que del rostro de Dan desapareciera esa entrañable sonrisa que siempre lo acompañaba y que, por el contrario, su mirada se volviera helada al enfrentarse a esa vil traición.

—Veo que él no tiene que insistirte demasiado para que le concedas una cita. En cambio, yo casi tengo que rogarte para que me acompañes a cualquier lado —expuso

Dan fríamente, a la espera de una respuesta que lo satisficiera y no convirtiera su apacible sueño en una pesadilla.

—Sólo fui con él porque necesitaba hablar de Loren, pero no me sirvió de nada —contestó Victoria, un tanto apenada.

—Ya, y como el tema de tu cliente no estaba disponible, se dedicó a llenarte la cabeza con mierdas sobre mí, ¿verdad? —adujo Dan, bastante ofendido, mientras enrollaba la sábana en torno a su cuerpo e iba a la pequeña cocina en busca de algo que nunca le faltaba a un buen veterinario cuando tenía que hacer su ronda: café. Necesitaba un café espeso y bastante cargado que lo ayudara a enfrentarse a su dubitativa amante, que nunca parecía tenerlo en muy alta estima.

—Dan, ¡al fin me enfrenté a él! ¡Y ya no me afecta en absoluto, no me dejé embaucar por ninguna de sus necias palabras! —explicó Victoria, bastante emocionada con su triunfo.

—No sé yo qué decirte si vienes a estas horas de la noche a despertarme sólo para preguntarme un montón de estupideces... En algo te habrá afectado el hablar con ese idiota.

—¡No son estupideces! Son dudas que... que necesito que me aclares —expresó Victoria, un tanto azorada, tomando la taza de humeante café que Dan le tendía.

—Tú necesitas que alguien responda a tus dudas... ¿Y qué hay de las mías?

—¿Tú tienes dudas sobre mí? ¿Por qué? —preguntó Victoria, sorprendida de que Dan estuviera tan confuso como ella con esa relación que aún no sabía cómo definir.

—Sí, Victoria, dudo constantemente en todo lo relacionado contigo. Pero lo más lamentable es que yo puedo responder a todas tus estúpidas preocupaciones sobre mí en un momento. En cambio, yo temo recibir tu respuesta porque sé que sólo va a herirme —declaró Dan, pasando con frustración una de sus manos por sus enredados cabellos.

—Yo...

—¡No! Ahora vas a escucharme y tal vez luego deje que hables, y así, a lo mejor, llegaremos a aclarar finalmente nuestros sentimientos —cortó tajante, mostrando por una vez en su vida la seriedad de la que era capaz—. No rechacé tu dinero porque no me diste opción alguna a hacerlo. Me enfurecí por ello y luego simplemente abrí una cuenta en el banco, a tu nombre, donde voy dejando cada mes el dinero que le pagaba antes a ese usurero. No soy tan rico como para tirarte la pasta a la cara con un cheque firmado con una desorbitada suma, pero sí lo bastante orgulloso como para devolverte lo que te debo.

»En cuanto a lo de quererte solamente porque eres una Wilford... La verdad, princesa, es que me importa una mierda el apellido que vaya detrás de tu nombre, así como esa prestigiosa familia tuya... Nada más pensarlo, ya me da dolor de cabeza imaginar que alguna vez tendré que lidiar con alguien con los modales de tu tía o con los personajes que tiene a su alrededor. La única acusación que nunca podré negarte de las que me has hecho es que quiero aprovecharme de ti, princesa —finalizó Dan, dejando caer la sábana que envolvía su cuerpo para que Victoria no tuviera duda alguna de cómo quería aprovecharse de ella—, ya que quiero hacerlo contigo a todas horas. Y te puedo asegurar que no es porque tengas dinero a raudales o un famoso apellido, sino porque, desde que te conocí, me has vuelto loco con tu mera presencia y, sin saber cómo, me he acabado enamorando de ti —confesó firmemente decidido, mientras tumbaba a su asombrada mujer en su lecho tras dejar despreocupadamente la taza de café en el suelo.

»¿Alguna pregunta más? —inquirió Dan, mientras dejaba un reguero de besos en el cuello de Victoria que la hacían olvidarse de todo lo que no fuera la desbordante pasión que la embargaba cuando se hallaba en los brazos de su amante.

—No, ninguna —respondió Victoria entre gemidos, rindiéndose al placer que le prodigaban sus besos.

—Perfecto. Entonces creo que tendré que asegurarme de responder a todas tus dudas y, como veo que mis palabras no te sirven de mucho, tendré que utilizar otros métodos —anunció Dan, mientras besaba con dulzura el cuerpo de Victoria, descendiendo desde su esbelto cuello hasta sus tentadores pechos, envueltos por esa delicada prenda, que tanto lo tentaba.

El corpiño se sujetaba por delante con pequeños botones bordados que Dan tuvo la osadía de ir abriendo con su hábil boca, provocando estremecimientos de placer en el cuerpo de su amada cuando su lengua pasaba por cada parte de la piel que quedaba expuesta ante sus ávidos ojos llenos de deseo.

En cuanto la prenda fue desprendida de todos sus cierres, Dan la retiró con lentitud, junto con una de esas chaquetas tan regias y serias que siempre la acompañaban, abriendo poco a poco el bonito regalo que podía llegar a ser el deseable cuerpo de su amada gatita.

—No me gusta que quedes con otros hombres —la regañó Dan mientras se deleitaba con el jugoso sabor de su piel y jugaba con sus turgentes pechos, haciéndola derretirse ante el gozo de sus caricias. Una de sus viriles manos pellizcó uno de los suaves senos de Victoria, mientras su boca prodigaba un leve mordisco de reproche a

su otro excitado pezón. Victoria se arqueó ante el placer que sólo Dan sabía darle, y se dejó llevar ante las duras reprimendas de su amante, que tan sólo reclamaba su cuerpo.

—No me agrada que ese falso al que todos comparan conmigo sea parte de tu pasado —susurró Dan, protestando en uno de los oídos de Victoria mientras le quitaba su arrugada falda, dejándola únicamente con sus atrayentes tacones. Por unos segundos, Dan admiró la desnudez del pecaminoso cuerpo de su amada. Luego, decidido a ser maliciosamente atrevido, admitió ante Victoria:

»Hay que reconocer que ese tipo tiene un gusto exquisito en cuanto a la bebida, aunque mi manera de disfrutar de este brebaje, sin duda, es la mejor —expuso, cogiendo entre sus manos la olvidada botella de champán casi vacía y dispuesto a hacer un buen uso de ella: brindó con ese caro espumoso y luego lo derramó sobre el cuerpo de su amada.

Victoria gritó sorprendida cuando el frío líquido tocó su cuerpo, pero no tardó mucho en olvidar sus protestas cuando su cuerpo fue dulcemente limpiado con la traviesa lengua de su amante.

Dan bebió de su ombligo, donde el delicioso brebaje se había acumulado, y continuó hacia abajo los regueros de champán que se esparcían por el cuerpo de Victoria. Lamió sus muslos y los abrió, exponiéndolos a su ávida mirada unos instantes antes de sumergirse entre ellos para probar el dulce sabor de Victoria mezclado con un caro champán que nunca había sido más delicioso ni había sido vertido en una copa más embriagadora que la que constituía Victoria en esos instantes.

Victoria gemía, llena de placer, cuando la lengua de Dan rozaba las partes más íntimas de su ser a la vez que las manos de él no se olvidaban de agasajar sus pechos con sus suaves caricias. Descontrolada ante el placer que invadía su cuerpo siempre que ese embaucador la hacía partícipe de sus indecentes juegos, Victoria se aferró con fuerza a las sábanas de la cama mientras sus caderas se movían en busca del placer al que Dan poco a poco la conducía.

Las manos de su amante dejaron de ser suaves cuando pellizcaron sus erguidos pezones, sacando algún que otro gemido de su estimulado cuerpo haciéndola pedir más.

Finalmente, un atrevido dedo irrumpió en su húmedo interior marcando un ritmo que hizo que se descontrolara ante el placer que recibía. Y en el instante en el que un segundo e intransigente dedo se unió al primero, mientras la impetuosa lengua de Dan encontraba la parte más sensible de su cuerpo, Victoria se rindió al éxtasis del

momento.

Cuando el lánguido y satisfecho cuerpo de Victoria descansaba ante el placer recibido, Dan sonrió perversamente a su amada y, manejándola con maestría, le dio la vuelta para regalar a su espalda un reguero de besos que la hicieron volver a estremecerse. Dan besó sus expuestas nalgas, a las que escarmentó con algún que otro atrevido mordisco, y su traviesa mano volvió a excitarla cuando acarició su sensible clítoris a la vez que alzaba sus caderas haciendo que Victoria apoyara su peso sobre sus rodillas.

—¿Sabes lo que más odio de todo? —dijo Dan mientras acariciaba con dulzura su trasero—. Que tú aún no reconozcas nuestra relación, cuando es obvio que tu cuerpo sí lo hace —declaró con firmeza, cogiéndola con fuerza de las caderas mientras se adentraba en su cuerpo de una firme embestida—. Aunque no seas capaz de decirlo en voz alta, yo lo haré por ti. ¡Tú, Victoria Olivia Wilford, eres mía! —proclamó Dan, marcando el ritmo de sus acometidas, que hacían languidecer su cuerpo en un nuevo orgasmo.

Victoria gritó sobre la almohada mientras sus uñas se marcaban en las frías sábanas cuando su cuerpo estalló ante el éxtasis. Fue entonces cuando los embates de Dan aumentaron en intensidad y él llegó a la cúspide del placer gritando el nombre de la única mujer que había conseguido hacerse con su corazón.

—¿Ésas son tus dudas? —preguntó Victoria, desvaneciéndose sobre el lecho un tanto adormilada por el alcohol y la fogosa unión de sus cuerpos.

—No, ésas sólo son mis objeciones. Cuando te confiese mis dudas, no podrás moverte por un tiempo —bromeó alegremente Dan, envolviéndola entre sus brazos mientras Victoria cedía al cansancio, durmiéndose profundamente entre los brazos del único hombre con el que se sentía segura.

Dan observó cómo su mujer dormía con una alegre sonrisa en los labios, y se preguntó cuánto tiempo más estaría destinado a disfrutar de esa plácida imagen antes de que el plazo se le agotara y ella volviera al que era su lugar: una enorme mansión, un reputado trabajo en el más caro bufete de abogados y millones de dólares... Nada de eso podía ser comparado con la presencia de un pobre hombre que lo único que tenía para ofrecer era su cariño.

No obstante, Dan estaba luchando con todo lo que tenía para demostrar que él podía ser merecedor de su amor. Por desgracia, a cada paso que daba, su camino se llenaba de trabas que los alejaban y limitaban el breve tiempo que les quedaba juntos.

Dan decidió disfrutar cada uno de los días que ella aún estuviera a su lado,

porque nadie sabía lo que pasaría después. Así que arropó sus desnudos cuerpos bajo el cobijo de las cálidas sábanas de su pobre cama, y besó con cariño los arremolinados cabellos de la impetuosa mujer.

Antes de dormirse junto al cálido sueño que era Victoria, Dan no pudo resistirse a abrazarla fuertemente y a suplicar una vez más al esquivo destino que los había unido que ahora no los separara.

—No me dejes —rogó Dan, acogiendo entre sus brazos lo único que le importaba y que nunca podría olvidar, su único y verdadero amor, que tan hondo había calado en su alma.

Tras rezar por un mañana, Dan cayó en un profundo sueño en el que su único deseo se hacía realidad y Victoria nunca lo abandonaba.

Victoria despertó con la espalda dolorida por haber dormido en un colchón demasiado viejo para su delicada persona. Desentumeció su cuerpo estirándose como hacía habitualmente hasta que se dio cuenta de que estaba desnuda y de que ésa, definitivamente, no era su cama.

Desesperadamente, intentó recordar la confusa noche anterior, que apenas lograba evocar en su mente, pero, cuando vio la pícaro sonrisa de Dan, cuyos ojos llenos de deseo la observaban expectantes desde detrás de una humeante taza de café, rememoró todo lo ocurrido.

Su rostro se ruborizó al repasar su atrevido comportamiento y cómo había alentado a Dan con su cuerpo y cómo le había reprochado alguna de las dudas que su ex había introducido en su cabeza. Victoria se excitó al recordar de qué manera había eliminado Dan todas las incertidumbres de su mente y alejado con su pasión cualquier otra pregunta que quisiera hacer su confuso y aturullado cerebro.

Definitivamente, cuando estaba junto a ese hombre, era como arcilla en sus manos. Pero ella se deshacía con agrado entre los dedos de ese gran embaucador que era Dan Lowell.

—¿Tienes alguna duda más que quieras discutir conmigo? —preguntó maliciosamente Dan, a la espera de su respuesta.

Y bajo la mirada de esos cálidos ojos azules que, una vez más, no hacían otra cosa que derretir su cuerpo lleno de deseo ante la expectación de lo que él podía ofrecerle de nuevo, Victoria dejó caer la sábana que ocultaba su desnudez y contestó a su atrevida pregunta con una grata invitación.

—Ninguna —contestó Victoria, aclarando lo que más deseaba en esos momentos.

Dan no pudo ignorar la invitación de la mujer que amaba y, dejando olvidada la taza de café sobre la barra de la cocina, avanzó hacia Victoria decidido a dejarle claro una vez más que ella sólo le pertenecía a él, por muchos hombres de su pasado que intentaran reclamarla. Su corazón ya había decidido a quién rendirse, aunque ella todavía tuviera miedo de admitir esa verdad que poco a poco se le revelaba.

—Hoy, definitivamente, llegaremos tarde al trabajo —anunció Dan, acallando las posibles protestas de Victoria con un ardoroso beso que los hizo hundirse de nuevo en la arrolladora pasión que había inundado sus cuerpos la noche anterior.

Dan lucía una feliz sonrisa en el semblante mientras recordaba cómo le había dado los buenos días Victoria esa mañana. Ante una inaudita cola de clientes, Dan y Victoria llegaron dos horas tarde sin dar explicación alguna a nadie y, bajo la atenta mirada de las habituales cotillas, su dulce gatita ocupó con su típica eficiencia su lugar tras el mostrador, mientras él comenzaba a pasar consulta sin que nadie pudiera hacer nada para que desapareciera su buen humor.

Tras tratar con sus habituales citas de viejas entrometidas, jóvenes pesadas y algún que otro paciente real, Dan había paseado de un lado al otro de la clínica sin poder dejar de observar a cada momento la incomodidad de su mujercita, que aún se sonrojaba cada vez que él le dedicaba una de esas atrevidas miradas con las que desnudaba su cuerpo.

Dan, delante de un insulso bocadillo que era su único almuerzo, se preguntaba cuántas horas tendrían que pasar todavía para que pudiera acorralar nuevamente a Victoria en su despacho y conseguir así escuchar esos gemidos con los que tanto le gustaba deleitarse cuando ella se derretía entre sus brazos.

Remoloneaba entre sus libros de cuentas, que de nuevo volvían a ser un dolor de cabeza, pero se negaba rotundamente a entregárselos a su eficiente ayudante para que admirara su incompetencia, cuando los extraños cuchicheos provenientes de su sala de espera lo hicieron salir antes de terminar con su pequeño descanso.

Dan Lowell creía que iba a encontrar la recepción llena de expectantes clientas a la espera de que atendiera a sus amados animales mimados en exceso, pero lo que de ninguna manera pensaba que hallaría en su sala de espera era a Peter Talred, apoyado despreocupadamente en el mostrador de la entrada mientras intentaba coquetear descaradamente con su amada Victoria.

Dan, como muchos animales, tuvo ganas de marcar su terreno ante esa empalagosa escena. Pero, como la sociedad humana era sin duda mucho más racional, simplemente se acercó a él dispuesto a preguntar cuál era el inusual motivo de su visita.

Si lo que buscaba era una castración, sin duda alguna sería el primero en ser atendido.

—Perdón por interrumpiros —comentó ásperamente Dan cuando de nuevo la mano de Peter se acercaba a los cabellos de Victoria para apartarlos de su cara mientras susurraba algo en su oído.

—No pasa nada. Victoria y yo ya habíamos terminado de hablar —respondió despreocupadamente Peter, alejándose del mostrador sin que los curiosos oídos de Dan pudieran escuchar de qué hablaban.

—¿Me puedes explicar a qué se debe tu visita? —inquirió Dan, un tanto molesto por su presencia, mientras lo alejaba lo más posible del lado de Victoria y lo conducía amablemente hacia la salida.

—Lo siento, pero aún no he terminado con mi visita —contestó Peter, negándose a seguir el camino al que era conducido tan ligeramente por el dueño del establecimiento.

—Pues, si ya has terminado de hablar con Victoria y no te acompaña mascota alguna, no sé para qué quieres verme.

— En realidad, yo no quiero verte, pero mi trabajo me obliga a ello —replicó despectivamente Peter, sin dejar de ojear cada uno de los movimientos de Victoria, ignorando por completo a su interlocutor.

—O me explicas lo que estás haciendo aquí, o te vas —lo amenazó rudamente Dan, haciendo que el hombre volviera a prestarle toda su atención al escuchar su furioso tono de voz acompañado de unos impacientes puños que Dan mantenía fuertemente cerrados.

—¿Sabes que cené con ella anoche? —preguntó Peter, exponiendo su triunfo ante su rival.

—Sí, lo sé. Y te agradezco mucho el excelente champán: era delicioso y lo disfruté como nunca —sonrió ladinamente, demostrándole que esa cena no le había supuesto victoria alguna para la conquista de la mujer que ambos se disputaban.

—¡Vaya! Veo que disfrutaste de la cena mucho más que yo. Pero recuerda una cosa: todo lo que tú hagas con Victoria, yo ya lo he hecho antes —susurró maliciosamente Peter al oído de Dan mientras agarraba con fuerza su brazo,

obligándolo a oír una verdad que, aunque no le gustaba escuchar, posiblemente fuese cierta.

Luego, Peter enfiló hacia su despacho, dejando que Dan lo siguiera como un perrito bien amaestrado mientras le comentaba al fin la cuestión que lo había llevado hasta su clínica.

—*Tía Mildred* quiere que revise tus cuentas y, ya que le debes bastante dinero a esa anciana, me ha enviado a mí a cerciorarme de que todo está en su sitio. Por tu bien espero que así sea, ya que esa mujer es un tanto rencorosa con los que le deben un solo centavo. En verdad no sé si lo ha hecho para fastidiarme a mí o para tocarte las narices a ti, pero, dado que yo no me puedo escapar y tú tampoco, lo mejor será que nos pongamos manos a la obra.

Dan asintió mientras dejaba a Peter Talred en la mesa de su despacho junto a sus alocados libros de cuentas. Después, simplemente dio un fuerte portazo mientras se dirigía a atender a sus pacientes.

—Tía Mildred, eres única jodiendo a la gente —murmuró Dan bastante furioso, notando cómo la alegre sonrisa que lo había acompañado durante todo ese hermoso día finalmente desaparecía de su rostro.

Capítulo 19

Victoria desconocía cuál era el verdadero motivo que había llevado a Peter a la clínica El Pequeño Pajarito. Únicamente tenía claro que llevaba horas encerrado en el despacho de Dan y, por las veces que había salido a tomar café pasando sus manos una y otra vez por sus revueltos cabellos, sin duda estaba llevando a cabo una ardua labor, ya que él sólo hacía eso cuando se sentía terriblemente frustrado.

Cada vez que Peter salía del despacho, Dan, casualmente, estaba junto a la entrada vigilando que los pasos del abogado no se excedieran más allá de la cafetera, cuyo brebaje tanto necesitaba al parecer.

Victoria negó resignada ante el décimo café que se tomaba ese hombre y ante la undécima mirada asesina que le dirigía Dan cuando estaba demasiado cerca de ella. Tenía ganas de levantarse y borrar todas sus dudas de un plumazo, revelándole a Dan que las únicas palabras que le había susurrado Peter al oído ese día eran de puro resentimiento, derivadas de la afrenta que le supuso haber tenido que quedarse la noche anterior en el restaurante, fregando platos, hasta que tía Mildred decidió apiadarse de él.

Entre Peter y ella ya no quedaba nada.

En más de una ocasión, Victoria quiso correr hacia Dan para confesarle esa verdad, pero luego veía su rostro celoso y no podía evitar deleitarse con él al saberse tan amada por un hombre por primera vez en la vida, así que decidió esperar, aunque fuera impacientemente, hasta el final de la jornada para invitarlo a cenar. Algo que sin duda él aceptaría, ya que en su frigorífico escaseaba la buena comida. Incluso la comida aceptable era demasiado para ese despreocupado hombre que nunca sabía dónde tenía la cabeza.

Pero, cuando se acercaba la hora del cierre, Dan se adentró en su despacho y, tras discutir con su irritante exnovio, simplemente les anunció a Nina y a ella que podían marcharse a casa. Victoria se sintió tentada de preguntar por el inquietante asunto que podía llevar a dos hombres que formaban parte de su vida a reunirse durante horas tras la puerta cerrada de un despacho.

Ella temió que todo fuera un astuto plan de su tía para hacer desistir a Dan de sus sentimientos, y que ésta finalmente lo consiguiera la aterró, pero no supo qué decir

para evitar que el hombre por el que comenzaba a sentir algo se reuniera con el que nada más era un amargo recuerdo de su pasado.

Había tantas cosas entre ella y Dan que todavía no se habían dicho, tantos secretos, tantas dudas sin aclarar y tan poco tiempo para ello... Victoria se inquietó ante la idea de que el hombre al que amaba escuchara alguna de las verdades de su vida filtradas bajo las mentiras de ese embaucador que tan bien sabía manejar a la gente y disfrazar los hechos para que, indudablemente, siempre lo favorecieran.

—¿Qué ha venido a hacer Peter aquí? Yo... quería invitarte a cenar —ofreció Victoria, temerosa de recibir la respuesta de Dan mientras éste la acompañaba hacia la salida.

—Princesa, en cualquier otro momento te lo agradecería enormemente, pero en estos instantes estoy atado de pies y manos con un asunto al que quiero poner fin cuanto antes —comentó, señalando al impertinente individuo que, desde la puerta de su despacho, le sonreía con satisfacción ante la idea de haber fastidiado una de sus citas.

—Yo no quiero que te quedes con él —rogó Victoria, aferrándose a uno de sus brazos mientras lo observaba con ojos suplicantes.

—¿Por qué, princesa? —preguntó Dan, un tanto confuso, mientras alzaba la cara de su amada para enfrentarse a su asustada mirada.

—Cuando Peter y yo terminamos, tenía alguna que otra amiga que, tras escuchar sus palabras, simplemente dejó de hablarme. Nadie me creyó y no quiero que tú llegues a odiarme.

—¡Vaya, no quieres que te odie! —repitió Dan con una sonrisa—. Parece que vamos avanzando algo en nuestra relación. Ahora sólo falta que no te molestes tanto cuando escuches mis palabras de amor.

—Nunca dije que tus palabras de amor me molestaran, sólo que todavía no estaba preparada para escucharlas —confesó Victoria, mirando los hermosos ojos de su amante y descubriéndole en silencio la profundidad de unos sentimientos que todavía no se atrevía a manifestar en voz alta.

—Y ahora pareces preparada para escucharme, pero todavía te falta valor para decir eso que tantas ganas tengo de oír de tus labios —declaró Dan, mientras pasaba uno de sus acusadores dedos por los bellos labios que tan bien silenciaban la verdad de un corazón.

—Yo... tengo miedo —reconoció Victoria, sin poder enfrentarse todavía a las palabras que tanto dolor le trajeron en una ocasión.

—Yo haré que olvides todos tus miedos, princesa —prometió Dan, besando con ternura sus labios, dándole con ello una dulce despedida a su inquieta amante—. Mientras tanto, puedo asegurarte una cosa: nada de lo que escuche sobre ti hará que deje de amarte. Jamás —aseguró decididamente el locuaz enamorado mientras la atraía hacia sus brazos y le demostraba con un apasionado beso que, a pesar de todos los que les rodeaban en esos instantes, sólo ellos dos importaban.

A sus espaldas resonó un fuerte portazo que anunciaba que el personaje que rondaba por el despacho de Dan desde hacía algunas horas había sido un espectador de primera fila de ese apasionado despliegue de amor.

Cuando Dan soltó a su presa, ésta se hallaba un poco aturdida, mientras que él lucía una ladina sonrisa llena de satisfacción. Sin duda, ese beso pretendía dejar dos cosas claras al intruso que había irrumpido nuevamente en la vida de Victoria: la primera, que ella ya no le pertenecía, y la segunda, que ninguno de sus sucios trucos harían la menor mella en él, porque, como todos decían en Whiterlande, él era un loco enamorado. Y los locos enamorados nunca atendían a razones, sólo a una única regla: el amor lo es todo.

Finalmente, Dan la acompañó a la salida y se despidió nuevamente de ella. Victoria se sintió confusa cuando se dio cuenta de que él no había atendido a sus súplicas, ni respondido a su pregunta sobre el motivo de esa extraña reunión. Se percató de que había sido embaucada de nuevo por un experto, y se preguntó cuándo narices dejaría de enamorarse de engañosos hombres como aquél.

Luego, simplemente recordó la pícaro sonrisa de su amante y las locuras de Dan, que siempre la hacían sonreír, y negó con la cabeza porque ya sabía la respuesta: los demás embaucadores del mundo la traían sin cuidado, porque, sin duda alguna, nunca podría dejar de amar a Dan... el único hombre que había conseguido convencerla de que no era tan terrible volver a arriesgarse en el amor, pero sólo si el hombre era el adecuado.

Dan tenía unas ganas terribles de cometer su primer asesinato, y lo peor de todo era que su clínica estaba provista de un gran equipamiento para que ese acto fuera llevado a cabo limpiamente.

Tentado de nuevo con sedar a ese imbécil y dejarlo dormitando en su incómoda silla giratoria mientras se iba a cenar con Victoria, aguantó estoicamente cada una de sus quejas, no sin dejar de pensar si le caerían muchos años si Peter Talred acababa

desapareciendo.

—¡No comprendo cómo alguien puede tener este desorden en sus cuentas! No me extraña que estuvieras en la bancarrota antes de conocer a Victoria... Lo que me alucina es que tu clínica haya aguantado tanto este insufrible caos. Ella y su dinero debieron de ser un milagro para ti.

—Vuelve a decir una palabra más de Victoria y te tiro por la ventana sin molestarme en abrirla siquiera.

—Creo que eso sólo traería más gastos a tu clínica, una abultada factura que sin duda no te puedes permitir —comentó despreocupadamente Peter, ignorando las amenazas de su rival.

—Ah, pero te puedo asegurar que serían pagadas con mucho placer. —Dan sonrió maliciosamente, advirtiéndole con ello de que sus amenazas no eran vanas en absoluto.

—¿Acaso te crees que tienes el monopolio de esa mujer? Te recuerdo que yo he sido su prometido y tú ni siquiera eres su novio.

—Yo soy el hombre del que está enamorada, y tú ahora no eres absolutamente nada en su vida —replicó Dan con orgullo.

—Ella también se enamoró de mí. No creas ni por un minuto que alguien como Victoria puede enamorarse de alguien como tú. Simplemente te ama porque eres muy parecido a mí, y unas bonitas palabras y unos amables gestos en el momento adecuado consiguen derretir a cualquier mujer.

—Te puedo asegurar que Victoria no se ha enamorado de mí por ninguna de esas razones. —Dan sonrió al recordar las bruscas palabras que se habían dedicado desde que se conocieron, y sus estúpidos detalles, que siempre habían acabado en un gran desastre.

—Entonces, ¿por qué, según tú, se enamoró de ti? No me dirás que es por tu dinero o por tu majestuosa presencia... —se burló abiertamente Peter, aludiendo a su descuidado aspecto, producto de toda una mañana de trabajo con distintos animales, entre los que, sin duda alguna, los peores eran los humanos...

—Entre otras cosas, Victoria ama mi sinceridad. Algo de lo que tú careces...

—¡Bah, estupideces! No niego que le pueda llegar a gustar ese rasgo de un paleta como tú, pero, dime, ¿ella te ha sido completamente sincera? ¿Te ha dicho que en realidad ese apellido del que tanto presume no es suyo, que sólo es una huérfana adoptada y que siempre hará todo lo que diga tía Mildred por miedo a perder su estabilidad, su dinero, todo? Esa mujer es más falsa y engañosa que yo, y la verdad la

esconde muy profundamente detrás de una bonita cara y su gran fortuna.

»Yo me dejé tentar por el dinero. Al parecer tú has sido más idiota y te has dejado engañar por su belleza. Si crees que eres importante en la vida de esa mujer, desengáñate pronto, porque, en cuanto tía Mildred diga que se ha terminado, se habrá terminado. Y vuestra relación será historia.

—Victoria no es así —negó Dan ante las calumniosas palabras de su rival.

—¡Qué poco la conoces! Detrás de su bonita sonrisa y de esa timidez que aparenta se esconde una mujer a la que le encanta alardear de su dinero. Pronto empezó a pagarlo todo, me hacía caros regalos a los que yo ni siquiera podía acercarme a devolverle, y en vez de decirme que me amaba, me regalaba más ostentosos juguetitos. Finalmente llegué a odiarla e intenté apartarla de mí de una forma bastante cruel. A pesar de haber hecho el idiota, creí que, si me amaba, me dejaría explicarme, pero se negó rotundamente a oír ninguna de mis palabras y me abandonó sólo por un pequeño error que, según los Wilford, deberé pagar eternamente.

—¡No te hagas la víctima ante mí! —gritó Dan enfurecido, sujetando amenazadoramente a ese irritante sujeto de las solapas de su camisa, sin saber qué parte de las palabras de ese hombre era mentira y qué parte pertenecía a la cruda realidad—. ¡Termina lo que has venido a hacer aquí y lárgate! —le ordenó airadamente, soltando a ese impresentable sujeto con el que había ensuciado sus manos. Si él finalmente quería saber la verdad de esa engañosa relación, sólo había una persona a la que podía preguntarle, y ésa no era otra que su amada y reticente Victoria, cuyo pasado ya era hora que conociera un poco.

—Esto es fácil: tus proveedores te han estado estafando desde hace años subiéndote el coste de los medicamentos a precios irreales. Cuando adquiriste la clínica, debiste cambiar de proveedores, algo que ya he hecho después de poner esos desastrosos libros de cuentas al día. En cuanto a esos estafadores, les he mandado un aviso de que deben reembolsarte un jugoso cheque con el dinero que te han estafado durante estos años o, de lo contrario, serán demandados por el prestigioso bufete de los Wilford. Así que, de aquí a unos días, debería llegarte una bonita indemnización por tu estupidez. No olvides ponerla a nombre de la mujer que lo ha pagado todo, o al de su espléndida y adinerada sobrina. Después de todo, las dos son tal para cual. Ahora me marchó, y lamento mucho haber estropeado tu cita —finalizó irónicamente Peter Talred, abandonando la clínica antes de que Dan dejara de acribillarlo con sus miradas y decidiera que era mucho más placentero utilizar las manos para expresar la frustración que sentía en esos momentos.

Tras cerrar la clínica, Dan subió a su apartamento y, arropada con una de sus viejas mantas en un rincón de su maltrecho sofá, halló a su amada gatita dormitando plácidamente en el único refugio que verdaderamente conocía.

Dan, cansado y aún afectado por las palabras de ese tipo, que harían dudar de su nombre hasta al más cuerdo, cogió a Victoria en brazos y se sentó en el sofá, cediendo al cansancio de ese horrendo día que, sin duda, había empezado con una hermosa mañana. Como todos empezaban a saber en Whiterlande, no había nada que tía Mildred no pudiera fastidiar...

Cuando me desperté, me hallaba entre unos brazos fuertes y confortables que ya conocía, acurrucada junto a un hombre cuyas palabras siempre me llegaban al alma. Lo abracé enérgicamente con la esperanza de no haberlo perdido y el miedo a que hiciera preguntas sobre mi vida, preguntas ante las que no quería enfrentarme todavía, aunque ya era hora de afrontarlas.

En mitad de mi efusivo abrazo, él me envolvió con cariño, demostrándome que ya había despertado y, cuando alzó mi rostro y nuestros ojos se encontraron, supe que era hora de responder a alguna de las cuestiones que seguramente rondaban por su mente después de haber hablado con Peter.

—¿Qué quieres saber sobre mí? —pregunté, indecisa, sin saber por dónde empezar a hablarle.

—Quiero que me cuentes sólo lo que tú quieras contarme —anunció pacientemente Dan, acomodándose en su regazo.

Yo me negué a mirarlo, por miedo a ser juzgada, y jugué nerviosamente con mis manos mientras comenzaba con mi historia, sin saber cómo me sentaría hablar nuevamente de ello después de tantos años.

—Conocí a Peter en el bufete de mi tía. Yo era una simple becaria, y él, una nueva y flamante incorporación. Peter fue el primero que me dirigió amables palabras en mi lugar de trabajo, pues yo apenas hablaba con nadie y siempre estaba sola.

—¿Por qué? —interrumpió Dan confuso—. ¿Acaso no estaban contentos de tener a alguien tan eficiente como tú a su lado?

—Soy una Wilford, y no todos se sienten cómodos con ese apellido. Al principio algunos me hacían la pelota exageradamente, y por ello esperaban ascensos o regalos que yo no podía darles. Cuando se dieron cuenta de ello, se ofendieron ante el desperdicio de tiempo que significaba cultivar mi amistad. Otros decían que no me

merecía mi puesto, a pesar de que yo era una de las que más se esforzaba y más horas extras trabajaba, y los que no estaban contentos con su posición simplemente buscaban cómo hacerme la vida imposible con montañas de trabajo... Casi abandoné en las primeras semanas allí, pero entonces mi tía me llevó a un lado y me recordó algo. —Rememoré, sonriente, la cara de mi tía en aquella ocasión mientras me aleccionaba sobre cómo era la vida en realidad.

—¿Qué es lo que te dijo tu tía? —preguntó Dan, muy interesado.

—Que yo era una Wilford y, como los Wilford siempre triunfábamos ante la adversidad, debía tener presente en todo momento la fuerza de mi apellido. Y así lo hice: les recordé a todos quién era yo, ganándome con ello más miradas desagradables, pero la verdad es que me quedé muy a gusto mientras lo hacía. — Sonreí ante el recuerdo de las asombradas miradas que me dirigió más de uno de los altos cargos al hacerles saber cuál era su lugar.

—¿Cómo comenzaste a salir con ese idiota? —se interesó Dan, dándome un abrazo de consuelo que me concedió fuerzas para seguir con mi historia.

—Como Peter fue el único que me dedicaba palabras cariñosas, caí en un estúpido enamoramiento adolescente. Lo seguía a todos lados, lo ayudaba con sus casos y, finalmente, cuando me pidió salir, fue como un sueño para mí, un sueño que me cegó y no me permitió ver todo lo que ocurría a mi alrededor. Y por mucho que mi tía intentara hacerme abrir los ojos a la realidad, yo siempre los cerraba.

—¿Le hiciste caros regalos como a mí? —preguntó Dan, interesado en saber cómo había sido su relación.

—No... bueno sí... Pero contigo es totalmente distinto: tú eres muy distinto... — intenté explicarme, un tanto desesperada, con el miedo a perderlo bien patente en mí.

—En una ocasión me dijiste que le habías comprado una mansión, ¿por qué? — inquirió el siempre sonriente Dan, con un rostro impassible en el que yo no podía descifrar ninguno de sus sentimientos.

—Yo empecé a regalarle cosas que le gustaban y que no se podía permitir, pero, cuando mi tía me llamó la atención sobre ello, paré. Ahí empezaron algunos de nuestros problemas: cuando le regalaba cosas simples, me decía que no lo quería y me exigía más, y yo, como una tonta, dispuesta a demostrar mi amor, se las daba. Lo último fue una cara casa donde debíamos pasar nuestros días y donde me engañó con una supuesta amiga mía, mostrándome la realidad de nuestra relación en un solo instante. La única enamorada era yo... —finalicé, mirando sus tiernos ojos, que no dejaban de observarme pensativos.

—Tú no lo amabas, Victoria. Lo que tenías con él no era amor —declaró con firmeza Dan, sorprendiéndome con su seca respuesta.

—¿Cómo puedes decir que no lo quería? ¡Lo di todo en esa relación y...! —Salté de su regazo, enfurecida por sus palabras antes de que él volviera nuevamente a interrumpirme con sus sabias palabras.

—No, Victoria: tú diste todo tu dinero en esa relación... una relación que en ningún momento tuvo amor alguno. Un noviazgo que sólo era perfecto porque era parte de tus sueños y te negabas a ver la realidad de la situación. Amar es ver los defectos del otro y aceptarlos, es apreciar cada parte de esa persona y no idealizarla, es intentar cambiar para estar a la altura de quien amas, como también es desquiciarte con algunas cosas de esa persona, pero, aun así, no desear que cambie...

—¡Vaya! ¿Y cómo es que te has vuelto tan sabio en el amor últimamente, Dan Lowell, si apenas hace unas semanas ni siquiera sabías cómo era estar enamorado? —le recordé, un tanto molesta por su presunción.

—Me acabé enamorando de una arisca gatita, y así es como me siento cada vez que estoy junto a ella.

—¿Y cómo sabes que me amas? —pregunté, confusa ante la profundidad de sus sentimientos.

—Como me dijo en cierta ocasión una sabia mujer: «Cuando estés enamorado, simplemente lo sabrás», consejo que al parecer ella rehúsa seguir. Ahora te daré yo otro: olvida de una vez ese estúpido pasado, si no, vas a perder un futuro con un hombre que te ame de verdad y que no sea una mera ilusión de una joven atolondrada. —Ante mi asombro, ésas fueron las palabras más serias que me dirigió un hombre que nunca olvidaba mostrar una sonrisa en su rostro.

Luego, ante mi enfado por la verdad de esas palabras que me catalogaban como una idiota, quise irme, pero él simplemente me abrazó y se negó a dejarme marchar por muy furiosa que yo estuviera o por más airadas que fueran mis palabras. No me soltó y, cuando dejé de forcejear entre sus brazos y finalmente me calmé, me besó con dulzura y me recordó lo más importante de esa charla.

—Te amo —confesó una vez más a mi oído, tumbándome en ese viejo sofá.

Y esta vez fui yo quien lo atrajo hacia mi cuerpo y se negó a dejarlo marchar.

A la mañana siguiente, Dan acompañó a Victoria hasta su casa, donde nuevamente un millón de cosas los alejarían. Pero, a pesar de ello, él notaba que el distante y

reticente corazón de Victoria poco a poco se acercaba a él y a la verdad de sus sentimientos.

Frente a la puerta, la inquebrantable Mildred Wilford los observaba con reproche, intuyendo sin duda alguna lo que habían estado haciendo la noche anterior, ya que, en la alocada pasión que sus cuerpos habían compartido, Dan había dejado alguna reveladora marca amorosa en el cuello de su amante, mientras que Victoria había vuelto a arañar con sus afiladas uñas su dura espalda, heridas de guerra que Dan miraba con orgullo y una sonrisa, sabiendo por ellas que sin duda había complacido una vez más a esa dulce gatita.

Victoria bajó la cara, un tanto avergonzada ante la reprobadora mirada de esa anciana, mientras que Dan simplemente la alzó tremendamente orgulloso, porque los instantes que pasaba junto a aquella muchacha eran algo que no estaba dispuesto a olvidar y, menos aún, a avergonzarse de ellos.

—Señor Lowell, usted y yo tenemos un tema pendiente —declaró la anciana mientras lo fulminaba con una de esas agrias miradas que tanto le recordaban a su querida Victoria.

—Con mucho gusto —contestó Dan con desparpajo, utilizando una de sus más encantadoras sonrisas, que parecía no tener efecto alguno en esa experimentada mujer.

—Victoria, tú deberías ir a hablar con tu cliente. Ayer tuvimos un intruso al que no pudimos identificar y Loren está bastante inquieta por la posibilidad de que fuese su marido —dijo secamente tía Mildred, negándose a que ella fuera parte de esa conversación y recordándole ásperamente cuál era su deber.

Ante la indecisión de Victoria por la idea de dejarlo solo enfrentándose a la temible Mildred Wilford, Dan apretó su mano dándole la seguridad que tanto necesitaba en esos momentos, y ella, después de apreciar la determinación de esos hermosos ojos azules, no tuvo duda de que él no tendría problema alguno en hacer frente a esa sobreprotectora anciana que en ocasiones la guardaba con demasiado celo para su gusto, pero de la que nunca se podría llegar a decir que no la quería de todo corazón.

Cuando las puertas de un regio estudio se cerraron, Mildred se dirigió hacia el aparador de madera que se hallaba tras el escritorio y sirvió dos copas de whisky, ofreciéndole una a su rival. Ante la atónita mirada de Dan, Mildred se acabó la suya de un solo trago y golpeó con fuerza el vacío vaso sobre el escritorio de madera noble.

—¿Cuál es su precio? —preguntó de forma impertinente la anciana, sacando su

talonario de cheques del bolso.

—Si pregunta por el precio de mis consultas, no creo que necesite eso —señaló Dan burlonamente desde el desventajoso lugar donde Mildred lo había invitado a sentarse.

—¡No se haga el tonto! Usted y yo sabemos muy bien de lo que estamos hablando. ¡No permitiré que Victoria acabe en manos de otro embaucador! —declaró firmemente decidida la anciana, mirándolo desde detrás de su escritorio, donde permanecía de pie para poder enfrentarse a ese hombre marcando el lugar superior al que sin duda ella pertenecía.

—Como ya le dije en una ocasión, Victoria no tiene precio alguno para mí y...

—Sí, sí... ya... Eso es lo que dicen los hombres antes de poner una cifra —lo interrumpió impertinentemente Mildred Wilford, exigiendo un número.

—Se lo repetiré una vez más, a ver si le entra en esa dura cabeza: yo quiero a su sobrina, y ni por todo el oro del mundo dejaré que me aleje de mi mujer.

—No le creo... ¿Cómo puedo creer a un hombre que acepta tan despreocupadamente el dinero de una chica para resolver sus problemas financieros muy poco tiempo después de haberla conocido?

—Yo no sabía que Victoria había pagado esa deuda... Si me lo hubiera propuesto, lo habría rechazado de lleno. Pero, como usted sabe, su sobrina hace las cosas como le da la gana y luego uno va y se entera de ello —comentó Dan distraídamente mientras pasaba su mano por su cabello, frustrado por la cuestión central de esa estúpida conversación—. Llame al banco si cree que estoy mintiendo, y de paso pregunte por la cuenta que he abierto a nombre de Victoria, donde todos los meses deposito una cuantiosa cantidad para intentar pagarle mi deuda. Yo no soy como usted, no me sobra el dinero para poder demostrar con un solo cheque lo mucho que me importa esa mujer.

—Dice que está enamorado de mi sobrina y que no va detrás de su dinero, supongamos que le creo... ¿Qué intenciones tiene hacia ella?

—¡Joder! ¡Pues la de todo hombre en mis circunstancias: casarme, tener hijos y todo lo demás! Quiero tener un futuro con ella, y hacerla feliz.

—¿Firmaría un acuerdo prematrimonial de separación de bienes?

—Cuando quiera y donde quiera... ¿Sabe? Ésta es la conversación más estúpida que he mantenido en la vida —indicó Dan, burlándose de la ironía del momento—. Nunca creí que quisiera formar una familia con alguien y, sobre todo, en caso de que así ocurriese, jamás pensé que, cuando me reuniera con los parientes de mi mujer para

hablar de ello, éstos estarían más interesados en el dinero que en la felicidad de su familiar.

Tía Mildred midió con una sombría mirada sus reprobadoras palabras y, a continuación, le hizo enfrentarse de lleno a lo que Dan más temía: la posibilidad de que él no fuera lo suficientemente bueno para la felicidad de Victoria.

—Cuando mi sobrina le diga que está enamorada de usted y usted acepte ese regalo, yo no podré hacer nada para hacerla entrar en razón. Pero recuerde que, cada día que usted la mantenga encerrada en esta feliz e idílica vida dentro de este pueblucho, Victoria se preguntará si podría haber hecho más en su carrera, si había algo más además de esto. Si verdaderamente la quiere tanto como dice, déjela marchar.

—¡Yo la quiero! —confesó Dan, mostrando en su sincera mirada cuánto le habían hecho dudar las palabras de tía Mildred sobre qué era lo mejor para su amada Victoria.

—Y ella a usted, pero no quiero que mi sobrina se levante un día arrepintiéndose de lo que pudo llegar a ser. Ella apenas ha comenzado su carrera profesional, y puede llegar a ser una fantástica abogada. Ahora se le presenta la oportunidad y lo conoce a usted, y tengo la corazonada de que lo elegirá a usted. Eso no me agrada.

—¡Maldita sea! ¿Qué tengo que hacer para que se dé cuenta de que amo a Victoria, para que entienda que mis sentimientos no son un capricho o un vano deseo de su dinero? —rogó Dan, negándose a desprenderse de lo que más quería en este mundo.

—Cuando mi sobrina decida quedarse con usted en este pueblo confesándole su amor, no se lo permita. Déjela que extienda sus alas hasta donde quiera llegar y, si vuelve a usted, no me opondré, porque sabré que realmente usted la ama tanto como ella merece.

—Hace apenas unas semanas usted me ofreció dinero por casarme con ella, ahora que justamente es eso lo que quiero hacer, me exige que la deje marchar... —comentó un desesperado Dan, intentando comprender el razonamiento de esa anciana.

—Creí que lo mejor para ella era olvidarse de su pasado. Ahora que lo ha hecho, creo que tiene que poder decidir qué quiere en su futuro.

—Entonces... sólo he sido una buena cura para un corazón roto, ¿verdad? —preguntó Dan, bebiendo finalmente esa copa que, en esos instantes, se le hacía demasiado necesaria como para ignorarla.

—Creo que puede llegar a ser el hombre perfecto para Victoria.

—Entonces, ¿por qué le tengo que demostrar nada y separarme de ella? —gritó Dan, furioso con las terribles palabras de esa anciana que le demandaban el gran sacrificio de alejarse de la mujer que amaba.

—A mí no tiene que demostrarme nada, y creo que Victoria está tan embobada con usted que lo encuentra perfecto. Pero pienso que, con ello, se demostraría a sí mismo si es el hombre que mi sobrina merece. —Tras esas crudas palabras, Mildred Wilford abandonó el despacho.

Las puertas de la estancia se cerraron, y tras ellas quedó un hombre confuso con lo que su corazón le exigía y su mente le reclamaba. Porque, aunque las palabras de esa anciana podían ser fácilmente ignoradas, él nunca podría negar que, en lo referente a Victoria, sin duda eran de lo más acertadas.

Y ahora tenía que elegir entre su propia felicidad o la de ella... Una cuestión bien sencilla de resolver para un hombre enamorado.

Capítulo 20

Me adentré en la casa sin tener la seguridad de que fuese una buena idea el dejar a solas a esos dos sobreprotectores personajes discutiendo sobre lo que era mejor para mí, cuando ni siquiera yo lo sabía.

Me había enamorado con locura de un hombre algo atolondrado que, aunque en algunos aspectos era parecido a la persona que tanto daño me había hecho, en otros siempre sería distinto, porque nadie se podía comparar a Dan Lowell.

Dan era un embaucador nato que sabía tratar con todo tipo de personas quedando siempre bien bajo el perfil de una falsa sonrisa, pero también era un loco desordenado y desastroso que a veces no sabía dónde tenía la cabeza y, en la mayoría de ocasiones, su boca hablaba sin detenerse a considerar las consecuencias.

A pesar de todos sus defectos, lo que más me gustaba de él era la sinceridad con la que hablaba, la sonrisa que siempre intentaba hacer emerger de mi rostro cuando algo me preocupaba, y, pese a que sus palabras muchas veces carecieran de tacto alguno, siempre sabía qué decir en el instante en el que más lo necesitaba.

La noche anterior, sin ir más lejos... Me había hecho enfrentarme a mis miedos y hacer que me percatase de que era una idiota y que simplemente me había escondido en el pasado para no seguir adelante con mi vida. Tras escuchar sus palabras, confesándome nuevamente que me amaba, no pude resistirme más a él y le demostré cuánto lo amaba yo, con cada milímetro de mi cuerpo.

Ahora sólo me faltaba decírselo con esas palabras de las que tanto había recelado yo en los últimos años, pero que de nuevo pugnaban por querer salir de mis labios para gritar al mundo entero que me había vuelto a enamorar, y que esta vez el hombre al que había decidido entregar mi corazón, sin duda, lo merecía.

Caminé decidida hacia donde mi tía me había indicado que se hallaba Loren. Desde la puerta trasera de la casa la vi meciéndose desconsoladamente en el viejo columpio de ese hogar. Algo alejado, Víctor observaba la melancolía de esa delicada mujer, pero no se acercaba a ella porque, sin duda, sus dos metros de altura, su ruda apariencia y la fea cicatriz que mostraba su rostro la asustarían más aún de lo que ya estaba. Víctor alzó su mano, como queriendo tocar a Loren desde la lejanía. Luego simplemente cerró su puño como si no mereciera hacerlo y lo bajó airadamente,

decidido a olvidarse de esa irracional idea.

Cuando pasé junto a ese hombre al que conocía desde hacía muchos años y al que siempre había admirado, él se alejó algo avergonzado por haber sido descubierto y, como siempre hacía, habló con las sabias palabras de un anciano a pesar de tener sólo unos seis años más que yo.

—El intruso era su marido. Lo derribé, pero logró escapar. Ahora mismo está atemorizada, tanto por lo que su marido le pueda llegar a hacer en un futuro como por lo violento que me mostré delante de ella.

—¿Te tiene miedo? —pregunté, extrañada de que Loren temiera las acciones del hombre que la había salvado.

—¿Quién no me teme, Victoria? —replicó Víctor con una irónica sonrisa mostrándome su cicatriz.

—Yo —contesté decidida, sin vacilar en ningún momento.

—Creo que los Wilford sois la excepción. Por eso me gustáis tanto —contestó Víctor, revelándome una falsa sonrisa que intentaba ocultar sus verdaderas preocupaciones mientras se dirigía al interior de la casa, desde donde, para nuestra tranquilidad, o tal vez la suya, no dejaría de vigilarnos.

Me senté en el otro columpio y me balanceé descuidadamente sin saber qué decirle a Loren para infundirle valor. Podría intentar convencerla de que todo saldría bien, pero eso no era cierto. En un caso en el que teníamos tantas cosas en contra, seguro que aparecería algún que otro problema que nos volvería locos. Podría asegurarle que con nosotros estaría siempre a salvo, pero la verdad era que la noche anterior no pudimos impedir que ese intruso invadiera nuestro hogar. Nada de lo que yo le dijera le extirparía su miedo constante, así que simplemente le dije la verdad.

Por primera vez en muchos años, hablé de un período de mi vida que siempre había querido olvidar, pero cuyas pesadillas aún me perseguían. Miré a la distancia recordando el dolor del pasado y hablé libremente de todo ello, diciéndole adiós a una parte de mi maltrecha alma.

—Sé lo que es tener miedo constante a hacer algo mal, sé lo que es dudar de ti misma porque nunca hagas nada bien y sé lo que es temer estar lejos de la persona que alza la mano contra ti por si la siguiente vez lo hace con más fuerza que la anterior.

»Antes de ser un miembro de la familia Wilford, antes de tener el poder para evitar que nadie pudiera dañarme, mis familiares se divertían mucho asegurándome lo poco que valía, tanto con sus palabras como con sus golpes. Solamente te puedo decir una cosa: al lado de los Wilford tendrás más posibilidades de salir del infierno que

estando tú sola. Y, si decides volver con él, la próxima vez que levante su mano puede ser la última para ti. —Tras estas palabras, levanté mis ojos hacia su triste mirada y ella se abrazó mientras me confesaba:

—Tengo miedo.

—Yo también lo tuve —contesté. Y mientras permitía que ella me abrazara desahogando sus lágrimas, yo también dejé salir algunas al recordar mi pasado.

Cuando volví mi rostro hacia la casa, vi a Dan de pie junto a la puerta. Supe que había escuchado cada una de mis palabras en el momento en el que su mirada me observó con anhelo y sus brazos se cruzaron sobre su pecho, un gesto que hacía cuando quería abrazarme con fuerza para protegerme entre sus brazos y yo no se lo permitía.

Mis ojos lo miraron, ansiando su cariño, y en un susurro le rogué:

—Más tarde.

Él, como siempre hacía, comprendió lo que necesitaba en esos momentos y me dejó a solas consolando el dolor de esa chica que tanto me recordaba al que una vez fue el mío.

—¿Por qué no estás fuera? —preguntó Víctor a Dan mientras observaba como éste no alejaba sus ojos de Victoria ni un solo momento.

—Necesitan estar solas —contestó seriamente el hombre que hasta hacía poco sólo había mostrado a todos sus estúpidas sonrisas.

Víctor, que en un principio lo había catalogado como «otro idiota igual al anterior que había pasado por la vida de Victoria», ahora no sabía cómo clasificarlo. A decir verdad, cuando lo conoció ganó algún que otro punto ante él por golpear a ese idiota de Peter Talred. Luego los perdió todos al abrir su enorme boca e insultar a los Wilford, aunque en esos momentos él no sabía que lo estaba viendo y tenía entre sus manos un caro libro de adiestramiento canino mientras se peleaba con ese perro que en algunos momentos podía llegar a volver loco a un santo. Parecía que ese tipo era serio en lo que se refería a su amiga. En verdad, en esos instantes tenía toda la apariencia de un hombre enamorado.

—¿Y por qué no estás tú allí fuera, consolando a Loren? —preguntó Dan, interesado, mientras miraba suspicazmente a ese rudo hombre que, como él, nada podía hacer para ocultar sus sentimientos.

—Ése no es mi trabajo —respondió secamente Víctor, sin poder apartar sus ojos

de la tierna escena que se desarrollaba fuera, deseando ser él mismo el consuelo de esa tierna muchacha que tanto lo temía.

Dan bufó despectivamente ante sus palabras. Luego volvió a llenar el incómodo silencio con una historia.

—Yo tenía una clienta que odiaba a los perros porque de pequeña uno le había mordido. Años más tarde, heredó de un tío suyo un perro descomunal, un dogo argentino. Prácticamente son tan grandes como un potrillo. Cuando ella quiso sacrificarlo, le fui dando largas y excusas, haciendo que conviviera con ese animal durante un mes. Tras ese tiempo, nadie pudo separarla nunca de ese noble ejemplar.

—¿Para qué narices me cuentas esa estupidez? —gritó Víctor, enfurecido con el tonto relato de ese necio veterinario.

—Si no te conoce, te seguirá teniendo miedo —indicó Dan, señalando a la mujer que era su más grande anhelo desde que la conoció.

—Tú no lo comprendes... Lo tuyo es más fácil... Tú...

—Sí, es verdad, yo sólo tengo un exnovio estúpido que cada dos por tres intenta meterse en medio, una vieja loca que cree que voy tras el dinero de su sobrina, un perro que me odia y una mujer que se niega a decirme que me quiere —ironizó Dan, haciéndole olvidar sus excusas y enfrentarse finalmente a su cobardía.

—¿Quieres una cerveza? —ofreció Víctor, resignado a tratar con ese alocado personaje que, después de todo, no daba tan malos consejos.

—¡Ya era hora de que alguien me ofreciera una bebida decente en esta casa! —Dan sonrió, aceptando de buen grado la invitación que se le hacía.

Víctor se sentó junto a él sin saber aún si era un idiota redomado, un genio oculto, un diamante en bruto o, simplemente, un loco enamorado. «Algo que todos los hombres llegan a ser en alguna ocasión», pensó Víctor mientras brindaba por la mujer que le había hecho darse cuenta de que al fin había llegado su hora de experimentar ese estúpido sentimiento que algunos llamaban «amor».

Era sorprendente que una joven tan decidida como Victoria Wilford hubiera pasado por algo parecido a lo que le había ocurrido a ella. Podía ser una mentira de esas que a veces contaban los abogados para apoyar a sus clientes, pero en los ojos de Victoria pudo percibir un dolor que, aunque había intentado ocultar, ahí estaba, recordándole su pasado.

En unos segundos, habían pasado de estar abrazándose como dos niñas

desconsoladas a contarse sus penas. Mientras Loren había elegido casarse con ese bruto por su cuenta a pesar de que conocía parte de su carácter, Victoria había pasado de tener una hermosa familia a ser tratada como basura por los parientes que debían hacerse cargo de ella.

Después de que Victoria le contara cómo su tía Mildred se había enfrentado a todos para obtener su custodia con todo su dinero y poder, y todo lo que esa anciana había logrado a lo largo de los años defendiendo a las mujeres en los tribunales, Loren se había tranquilizado un poco. Y, aunque sabía que no estaba a salvo de las garras de su marido, sí tenía claro que, indudablemente, esas mujeres serían para ella la mejor opción.

—¿Qué te inquieta? —quiso saber Victoria, tratando de calmar todos sus miedos, algo que nunca podría lograr por mucho que lo intentara.

—Ese hombre de la cicatriz. Es muy grande y fuerte... y puede ser muy violento en alguna ocasión. Ayer cogió al intruso y luchó con él delante de mí... Creo que se le escapó cuando vio cómo lo miraba yo... aterrorizada...

—¿Víctor? Tranquila, Loren, es el hombre más dulce y templado que conozco. Le encantan los gatitos y su *hobby*, no te rías, es hacer croché —le confesó, dejándola asombrada.

—Pero su cicatriz... —apuntó Loren, sin creer la ridícula revelación de Victoria.

—La tiene desde pequeño. Mi tía lo acogió con apenas diez años porque era el nieto de Mortimer, un agradable empleado y amigo de mi difunto tío. Víctor vivió con su abuelo hasta hace unos años, cuando éste murió. Entonces tía Mildred le ofreció un empleo que no pudo rechazar. En cuanto a la cicatriz... eso es algo sobre lo que quizá debas ser tú quien le pregunte, creo que se la hizo su padre, pero nunca me atreví a remover su pasado porque sus ojos, al igual que los míos, se llenan de tristeza.

»En cuanto al trabajo que desempeña Víctor para mi tía, es muy simple: además de ser su chófer personal, él es el hombre que se encarga de asegurar la protección de cada una de las mujeres que hay en nuestra asociación. No te impondré su presencia, pero deberías tener en cuenta que Víctor sería el último hombre en el mundo que se atrevería a dañar a una mujer.

Después de estas palabras, Victoria se marchó, dejando a Loren nuevamente a solas con sus pensamientos. Mientras ella se columpiaba intentando recordar los días felices, esos en los que no había conocido a su marido o la desesperación del miedo, oyó tras de sí unas pisadas y, al volverse, vio a un hombre de aspecto muy intimidante que se acercaba a ella.

Loren se encogió en su lugar, temerosa de alguien como él y de la terrible marca en su rostro. Lo observó un tanto reticente desde su sitio. Cuando él se halló finalmente junto a ella, miró el columpio que estaba a su lado sin saber qué hacer con él, ya que su enorme cuerpo sin duda no cabría en ese minúsculo espacio por mucho que lo intentara.

Pero, ante el asombro de Loren, ese hombre lo intentó de decenas de maneras diferentes. Cuando cayó cómicamente al suelo, Loren no pudo resistirse a reír con estruendosas carcajadas. Entonces recordó que la risa estaba prohibida y se calló, tapándose la boca, a la espera de los gritos, la desesperación y el miedo.

Y esperó y esperó, y... ante la confusión de lo que era normal para ella, Loren volvió su cara y encontró al hombre más atemorizante de todos cuantos había conocido en su vida aún tumbado en el suelo, sonriéndole como un niño pequeño ante un regalo nuevo.

—Me gusta tu sonrisa —dijo Víctor, sin moverse de su ridícula posición.

Y ante el asombro de todo lo que era nuevo para ella, Loren dejó de cubrir su sonrisa y miró más de cerca esa cara que ya no era tan aterradora. Luego, por impulso o tal vez por curiosidad, acarició su fea cicatriz.

—¿Te dolió? —preguntó Loren, sin esperar recibir una respuesta.

—Como mil demonios... pero sanó. Como algún día harás tú —declaró Víctor con ternura mientras rozaba con su rostro la dulce mano que lo tocaba. Loren se apartó rápidamente sin creerse lo que había tenido el atrevimiento de hacer.

Víctor abrió los ojos cuando las caricias cesaron y la miró con la pasión de un hombre enamorado.

—Quiero que sepas que me gustas, Loren, pero nunca te retendré o te haré daño. Sólo tomaré lo que tú quieras darme, y cuando estés plenamente preparada.

—Yo... yo... estoy casada —dijo Loren, sujetando contra su pecho la audaz mano con la que había tocado a ese hombre mientras lo miraba aterrada, sin saber qué hacer ante esa situación.

—Eso es algo que muy pronto remediamos —contestó Víctor despreocupadamente, acabando con su máxima objeción.

—Tengo miedo... —confesó Loren.

—¿De mí o de tu situación?

—De ambos.

—Entonces eso nos llevará algún tiempo, pero, sin duda alguna, lo solucionaremos —declaró alegremente el seducido sujeto, y Loren, después de ver su

determinación y su hermosa sonrisa que cada vez le parecía más atractiva, hizo lo único que podía hacer una confusa y asustada mujer en esos momentos: correr hacia la seguridad de su habitación y encerrarse en ella.

Loren no oyó airados gritos o aterradoras amenazas que afirmaran su cobardía. Desde su habitación, únicamente oyó las risas joviales de dos hombres que se dirigían leves reproches, lo que le hizo esbozar una pequeña sonrisa.

—¡Tus consejos son una mierda, Dan Lowell! —afirmaba Víctor, fastidiado, pero alegre por haber logrado que Loren hubiera dejado por fin atrás su triste balanceo sobre ese viejo columpio.

—Eso es porque nunca has escuchado los de mi cuñado y mi hermano. Si lo hicieras, sabrías que los míos son los mejores. —Dan sonrió alegremente, tendiéndole una cerveza.

—Recuérdame no seguir nunca los consejos de los Lowell —reprochó Víctor, disfrutando de su bebida y de la compañía de ese tipo, que cada hora que pasaba le caía mejor, aunque no sabía si era debido a que lo estaba conociendo un poco o a que le estaba haciendo efecto el alcohol.

—Pues te diré una cosa: los Lowell siempre conseguimos a las mujeres que amamos.

Definitivamente, que ese presumido sujeto le cayera mejor sólo podía ser por el efecto de la cerveza.

—Eso me lo creeré cuando lo vea —replicó Víctor alegremente, acabando con la sonrisa de Dan cuando le señaló cómo su amada Victoria se había encerrado de nuevo tras las puertas del despacho con ese despreciable individuo que una vez fue su prometido.

—Si me perdonas, creo que tengo que volver a marcar mi terreno —manifestó Dan, decidido a demostrar una vez más a Peter Talred que él era el único hombre en la vida de Victoria y que, por mucho que éste intentara apartarlo de ella, eso nunca ocurriría.

Cuando Dan llegó a la puerta del despacho, la halló entreabierta. Por unos instantes dudó si adentrarse o no en la estancia e interrumpir la conversación entre Victoria y Peter, que en esos momentos parecía de lo más aburrida, ya que estaba llena de términos legales que él desconocía.

Así que Dan, decidido a darle un espacio a Victoria y a no atosigarla demasiado

con sus celos, se quedó fuera. Aunque, eso sí, pegó bien su oreja, tal y como hacían esas viejas chismosas de las que él mismo tanto se quejaba últimamente, para oír si en algún momento esa profesional charla sobre su cliente cambiaba hacia temas más personales, los cuales no tendría ningún reparo en acallar.

—Esto se pone difícil. Si nuestra cliente quiere, además de su libertad, su dinero y posesiones, lo tenemos complicado, ya que, después de casarse, Loren avaló a su marido con gran parte de su patrimonio para refinanciar las deudas de él, y ahora el tipo amenaza con dejar de pagar, con lo que los acreedores ejecutarían los avales y se quedarían con todo. Por si fuera poco, ha interpuesto una demanda contra nuestra cliente por abandono conyugal, que es anterior a la petición de divorcio por maltrato que pusimos nosotros —le explicó Peter a Victoria, intentando que ella rebajara sus expectativas sobre ese juicio.

—Creo que Loren se merece que intentemos devolverle todo lo que es suyo de todas las maneras posibles.

—Me parece perfecto que todavía mantengas esos sueños idílicos donde todo sale bien, pero la realidad es muy distinta, y es muy posible que esa mujer se quede sin nada. Y más aún si nos empeñamos en atosigar al marido con exigencias que entorpezcan nuestros pasos. Aprende de mis sabias palabras: es mejor no perder demasiado tiempo en este caso; después de todo, esto no nos llevará a ganar prestigio o dinero alguno.

—¡Nunca cometería la aberración de aprender la más mínima cosa de ti! Si eres tan bueno en tu trabajo sólo se debe a que siempre juegas sucio y, aunque en estos momentos me conviene tu ayuda, no es así como quiero llevar este caso.

—¡Por Dios, Victoria! ¡Con los años te has vuelto más atrevida y apasionada en lo que haces! Casi no me puedo creer que la mujer que se enfrenta ahora a mí sea aquella misma tímida ratita presuntuosa que siempre me seguía a todas partes —comentó atrevidamente Peter, mientras dejaba a un lado los informes de ese caso y prestaba la máxima atención a la fémina que tenía ante él, quien parecía haber experimentado un gran cambio desde la última vez que se vieron.

—Por aquel entonces yo sólo era una idiota a la que tú sabías manejar muy bien... Ahora no lo soy, y nunca más me dejaré manipular por un hombre como tú, Peter Talred —repuso con decisión Victoria, ignorando la ávida mirada de los fríos ojos azules de Peter y sus absurdos avances que nunca llevarían a nada.

—Me tientas a intentar conseguirte de nuevo. Sabes que soy mil veces mejor que ese veterinario de tres al cuarto y que si sales con él es solamente porque se parece a

mí —se jactó con arrogancia Peter, acorralando a Victoria contra la montaña de papeles de la mesa.

Si Peter esperaba su habitual sonrojo, o timidez ante sus avances y una fácil rendición ante sus encantos, se llevó una gran decepción cuando Victoria lo apartó de ella como si de alguien insignificante se tratara para luego carcajearse en su cara haciéndole ver la verdad de sus palabras: él ya no tenía cabida en la vida de Victoria, una mujer que era indiferente ante él, porque simplemente estaba enamorada.

—Tú no te pareces en la más mínima cosa a Dan Lowell. ¡Él es mil veces mejor que tú!

—¡Ah! ¿Y qué tiene de especial ese niño bonito para que te hayas encaprichado de él?

—Sabe cómo hacer que una mujer olvide sus malos recuerdos, sabe hacerme reír y, lo más importante, me ama como nadie lo ha hecho jamás hasta ahora...

—¡Venga ya, Victoria! Si el estar contigo era como hacerlo con un bloque de hielo... ¡No me digas que ahora te gusta el sexo! Porque entonces estoy dispuesto a intentarlo de nuevo... —declaró maliciosamente Peter, acorralándola otra vez, en esta ocasión contra las estanterías del estudio.

«¡Suficiente!», dijo para sí mismo Dan mientras se adentraba silenciosamente en la estancia decidido a dejar inconsciente a ese sujeto. Sus pasos se detuvieron en mitad de la habitación cuando escuchó las palabras de Victoria.

—¡Tú eras quien me dejaba fría, Peter! He descubierto que, con el hombre adecuado, el sexo puede llegar a ser maravilloso —dijo Victoria, intentando librarse del agarre de ese mamarracho.

—¿Me puedes decir por qué ese hombre es tan especial para ti? —ironizó Peter, cogiendo las manos de Victoria, que lo golpeaban, con una sola de las suyas, y luego alzándolas por encima de su cabeza a la vez que se negaba a dejarla marchar.

—¡Porque lo amo! —confesó fieramente Victoria enfrentándose a esos fríos ojos azules que ahora sabía que en ningún momento habían sentido nada por ella, ya que nunca la habían mirado con la intensidad que llegaban a expresar los hermosos ojos de su eterno enamorado.

Dan quedó paralizado por unos instantes al oír la confesión que tanto había deseado escuchar salir de los labios de Victoria. Después simplemente se acercó a Peter en dos únicas zancadas y lo apartó con fuerza de Victoria como si fuera un simple e insignificante obstáculo colocado en su camino.

—¿Me amas? —le preguntó Dan, pletórico de felicidad, mientras la acogía con

fuerza entre sus brazos.

—Sí —contestó sin dudar Victoria, un tanto confusa por la súbita aparición de su amante que, como siempre, surgía en el momento más adecuado.

Dan no necesitó nada más para sentirse lleno de felicidad en esos instantes, así que, para demostrarle a Victoria cuánto le agradecía que al fin hubiera tenido el valor de pronunciar esas palabras, la besó con la pasión de un hombre enamorado.

«Aunque tal vez ese beso arrebatador sirva para algo más», pensó Dan mientras sonreía maliciosamente a la vez que hacía que Victoria se inclinara hacia atrás entre sus poderosos brazos y le mordía levemente sus jugosos labios para luego dedicarles sutiles caricias con los suyos.

Cuando ella gimió excitada por el ardor de los avances de su lengua, Dan agarró con suavidad sus cabellos y la incorporó, separándose de Victoria antes de que ambos perdieran el control de sus cuerpos como siempre hacían en los lugares más inadecuados. Cogió con firmeza la mano de Victoria y la animó a seguirlo, y ella, como toda mujer enamorada, no le negó nada.

Desde el suelo, pues con el manotazo de Dan había ido a parar allí, un hombre atónito los observaba alejarse del despacho.

—Ni se te ocurra volver a acercarte a ella. Tú, definitivamente, no das la talla — se burló el veterinario, mirando a esa sanguijuela con una de esas altivas miradas que los Wilford siempre utilizaban.

Dan no se quedó para oír las protestas de ese tipo que tan poco le interesaban, porque, sin duda, tenía cosas mejores que hacer que pelearse con él, pensaba mientras miraba a su sonrojada mujer, que seguía su acelerado paso hacia la planta superior, donde una cama los esperaba.

Pero su mala suerte o, mejor dicho, sus inoportunas carabinas, se interpusieron en su camino hacia lugares más placenteros. La inquebrantable figura de una furiosa anciana, acompañada por su rechoncho compañero perruno, los esperaban en lo alto de la escalera con los brazos cruzados y un gesto acusador. De una sola y apabullante mirada acabó con toda la excitación del momento y luego, mientras lo separaba de su sobrina, simplemente le ordenó:

—¡Fuera antes de que le eche a los perros!

—¿Qué perros? Si sólo tiene un chucho con sobrepeso... —replicó sarcásticamente Dan, fastidiado por su destierro mientras los ladridos de un furioso y ofendido animal lo perseguían hasta la salida... aunque resultó bastante divertido ver cómo ese orondo animal intentó seguirlo bajando con dificultad la escalera, y, tras los

tres primeros escalones, se negó a descender ninguno más, ladrándole intensamente desde la distancia.

—De verdad que necesitas ponerte a dieta —le comentó Dan a Henry, haciendo que éste se ofendiera más todavía por lo que significaban sus palabras: una nueva dieta de pienso *light*.

Victoria lo acompañó hasta la salida, y besándolo furtivamente antes de que su tía pudiera reprenderla de nuevo por sus acciones, le susurró «esta noche en mi habitación». Tras esa súbita declaración, Dan oyó a sus espaldas las exaltadas exigencias de una anciana que le sacaban de quicio.

—¡Y tú, jovencita, a trabajar!

—Si en eso estaba cuando me interrumpiste...

—¡Que yo sepa, lo que ibais a hacer no tiene nada que ver con tu caso! —reprendió la rígida anciana a su sobrina.

—¡Oh, pero si sólo me dirigía a la planta de arriba para pedir tu opinión! —respondió Victoria de forma inocente, burlándose de su tía.

—Sí, claro —replicó escépticamente Mildred mientras ponía los ojos en blanco—. Pues mi opinión, jovencita, es que no puedes utilizar las habitaciones de arriba para hacer eso.

—Bueno, tía, ahora que me ha quedado claro, vuelvo a mi trabajo —comentó alegremente Victoria.

—¿Por qué estás tan contenta? —preguntó Mildred Wilford, confusa por el repentino buen humor de su sobrina.

—Porque no me has dicho nada de las habitaciones de abajo... —dijo desvergonzadamente Victoria mientras, feliz, se alejaba de una anciana que no cesaba de perseguirla, dispuesta a recordarle lo que nunca debía hacer.

—¡Ven aquí, señorita insolente! —intentaba reprender severamente Mildred una vez más a su sobrina, pero, ante el estruendo de su risa, desistió por completo.

Al parecer, ese hombre había conseguido que su sobrina volviera a reír con alegría y, aunque esto era un punto a su favor, todavía quedaban muchas cuestiones por responder sobre cómo era en realidad Dan Lowell. Mildred esperaba que ese joven muy pronto le mostrara la clase de persona que era y que, finalmente, le demostrara que ella no se había equivocado en su primera elección y así, igual que su marido Henry había sido el único para ella, él sería el único para Victoria...

Capítulo 21

Después de que esa exacerbada anciana me echara de su mansión, tuve ganas de colarme por la puerta trasera para llevarme a Victoria a su habitación y escuchar una vez más esas palabras que tanto había deseado oír. Pero, como la seguridad de ese hogar era algo extrema y hasta el más leve movimiento era detectado por alguna de esas cámaras que tan celosamente había instalado Víctor, desistí enseguida de adentrarme otra vez en esa casa de locos y utilicé mi tiempo para tratar de convencer a ese forzado vigilante de mi lamentable situación.

Al ser Víctor un hombre enamorado como yo, se apiadó de mis lloros y me aseguró que me permitiría asistir esa noche a la invitación que mi amorosa mujercita me había lanzado antes de ser arrastrada por la celosa tía Mildred al que era su deber.

Así pues, me fui a perder el tiempo poniendo al día mis facturas sin dejar de observar ni un instante el lento transcurrir de las manecillas del reloj de mi despacho, deseando que llegara la noche para poder colarme en la cama de Victoria, para mostrarle lo mucho que me había gustado su efusiva confesión.

Tanto me daba que esa revelación hubiera sido expuesta ante otro en el calor del momento, lo que más me importaba era que Victoria lo había dicho para defender lo que sentía ante un hombre que intentaba alejarla de mí.

Me molestaba mucho que ese tipo que formaba parte del pasado de Victoria quisiera reaparecer en su vida e insistiera con gran terquedad en recordar una relación que siempre había estado vacía. Cada vez que lo veía cerca de ella, tenía que refrenar mis puños para no enterrarlos en su rostro, y en más de una ocasión tuve que morderme la lengua para no decirle todo lo que pensaba de él y ser invitado a abandonar esa gran mansión antes de lo que me gustaría.

Pero, después de escuchar esas palabras de Victoria, ya no tenía por qué tener miedo de que el recuerdo de ese indeseable se interpusiera entre nosotros. Tampoco me importaba lo que pensara su familia o que su perro me gruñera a cada minuto. Lo único que deseaba en esos instantes era apretarla entre mis brazos y devolverle esas palabras para expresarle mi cariño con el mismo ardor con el que ella había gritado el suyo.

Al llegar por fin la noche, hice caso de los consejos de Víctor, quien me había

sugerido que aparcara mi vehículo en un lugar apartado del camino y que, en cuanto llegara a la entrada de la propiedad, me arrastrara por el suelo para evitar los sensores. Y allí estaba yo, ensuciando mis mejores ropas con el mojado césped y la tierra húmeda. Ahora me encontraba, literalmente, reptando por el suelo para conseguir pasar la noche con una mujer que me volvía loco y que, sin duda, me llevaría a hacer el necio en más de una ocasión.

Sin embargo, ya que había conseguido salvar la mayoría de los obstáculos que se interponían en mi camino, me resultaba irónico que el mayor de ellos fuera mi propia conciencia, que me señalaba que las sabias palabras que dejó caer tía Mildred en su despacho seguramente eran ciertas y que, si yo realmente la quería y además pretendía convertirme en un hombre digno de ella, tendría que dejarla marchar.

Pero, como en la mayor parte de mi vida había sido bastante egoísta, no pude resistirme a tenerla una noche más entre mis brazos y grabar mi nombre en su cuerpo con el tacto de mis caricias a la vez que hacía que mis sinceras palabras de amor le imposibilitaran olvidarse de mí.

Al fin llegué hasta la parte trasera de la casa, serpenteando con bastante habilidad.

Cuando alcé mi rostro, encontré a Víctor deleitándose con un tentempié mientras observaba con una burlona sonrisa mi estúpida situación. Se dirigió hacia mí sin dejar de carcajearse por el camino y me tendió amigablemente la mano para ayudarme a volver a una posición más o menos digna.

—¿Se puede saber por qué no saltan los sensores? —lo increpé, un tanto disgustado.

—Simplemente desconecté la alarma —respondió Víctor con ligereza, procediendo a devorar de nuevo su sándwich.

—Y, si ibas a hacer eso, ¿por qué no me lo dijiste desde un principio y me hubiera evitado el ir arrastrándome por todo el camino hasta aquí? —le recliné, molesto, mientras intentaba ponerme presentable para Victoria.

—Considéralo una pequeña venganza por tu patético consejo de esta mañana.

—Recuérdame que no te dirija ninguna más de mis sabias palabras.

—¡Ja! Con tu boca, dudo que puedas quedarte callado. Bueno, mira allí: ésa es la ventana que da a la habitación de Victoria —replicó Víctor, señalándome la estancia del segundo piso que quedaba junto al canalón—. Te dejaría entrar por la puerta, pero el chucho vigila de cerca a Victoria, y tía Mildred se queda dormida en el salón con la televisión encendida, así que... espero que sepas escalar.

—No te preocupes... ¡Eso es pan comido! —dije, muy confiado.

Después de caerme tres veces de culo y de que Víctor se ofreciera burlescamente a traerme una escalera, subí decidido a no ser menos que mi amigo y cuñado Alan, que había hecho eso muchas veces en el pasado para colarse en la habitación de mi hermana Elisabeth.

¡Y a la cuarta fue la vencida!

¡Al fin me encontraba en la habitación de mi amada Victoria! O eso era al menos lo que yo creía hasta que me acerqué sigilosamente al lecho, donde por poco me dio un infarto cuando observé de cerca a un anciano con una especie de mascarilla verde en la cara y en parte de su calva.

Por suerte, sus ojos estaban tapados con un antifaz y sus ronquidos eran demasiado ruidosos como para que mi presencia lo hubiera molestado.

Me sentí realmente tentado de tirarle algo al idiota de Víctor por la ventana, pero, como yo era un intruso allí y tenía mejores cosas que hacer, atravesé sigilosamente la habitación en la que me encontraba y, tan silencioso como el mejor ladrón, abrí la puerta y me adentré en el pasillo.

Pensé que me llevaría un rato encontrar a Victoria hasta que recordé la devoción que mostraba ese chuchito por ella. Así que, tras girar en uno de los pasillos, hallé a Henry tumbado ante una de las puertas, durmiendo a pata suelta mientras gemía en sueños, lo más seguro persiguiendo su cena, ya que tía Mildred lo había vuelto a poner a régimen.

Abrí silenciosamente la puerta y, sin que ese perro se inmutara en absoluto, pasé por encima de él.

—¡Menudo guardián estás hecho! —susurré reprobadoramente mientras lo veía darse la vuelta con algo de dificultad y acomodar otra vez su gordo trasero.

Cuando por fin llegué junto a la cama, me acerqué con sigilo, asegurándome de que esta vez no me había equivocado en absoluto, y encendí la lámpara de la mesita de noche. Victoria, que parecía ser la única persona de sueño ligero en esa casa, comenzó a despertarse de su plácido sueño.

—¿Dan? —preguntó, algo confusa, apartando las sábanas y mostrándome un diminuto pijama de Snoopy.

Aunque esperaba ver alguna sexy prenda de lencería destinada a atraerme, la verdad era que ese escueto pijama no me decepcionó. Nunca creí posible que me excitara tanto ese insulso personaje animado hasta que llegué a ver lo reveladora que podía ser su ropa y me enardeciera sólo con pensar en acariciar el lugar donde reposaba la cabeza de ese perro de dibujos animados, que en esos instantes era «apto

sólo para mayores».

—Sí, princesa, soy yo —confirmé mientras me sentaba junto a ella.

—Creí que ya no vendrías —comentó, intentando despertarse de su somnoliento estupor.

—Entonces, ¿por eso le has cambiado la habitación al bello durmiente? —le pregunté, recordando que la habitación en la que me hallaba no era donde ella y yo habíamos hecho el amor.

—Sí. Harry no paraba de darme la lata sobre algo de un sueño reparador y finalmente cedí ante la perspectiva de librarme de un nuevo dolor de cabeza.

—¡Gracias a Dios que no me metí en la cama con él para seducirlo en la oscuridad! ¿Sabes que ese tipo usa una mascarilla verde en la calva?

—¡Ah, conque ése es su secreto! —exclamó distraídamente Victoria, olvidándose de mi presencia seguramente para planear cómo robarle la mascarilla a ese anciano y conseguir que sus zapatos brillaran igual que su hipnótica calva.

Harto de sus maquiavélicas ideas sobre cómo arrebatarme ese mejunje a Harry, me hice notar cuando la tumbé en la cama debajo de mi cuerpo y la miré a los ojos exigiendo escuchar nuevamente esas palabras que para mí aún parecían ser un sueño.

—Quiero que me repitas esas palabras que tanto tiempo he deseado escuchar —le exigí mientras recorría su cuello con cálidos besos, haciendo que Victoria gimiera de deseo—. Quiero oír otra vez de tus labios esos sentimientos que hasta ahora te has negado a confesarme —declaré, mientras la despojaba de su camiseta, revelando la desnudez de su cuerpo—. Quiero que declares con tanto ardor las palabras que le manifestaste a ese cretino y que a mí me has negado el placer de escuchar por tanto tiempo —reclamé, mientras alzaba sus brazos por encima de su cabeza y enfrentaba sus ojos, suplicantes de deseo, con los míos, que reclamaban una respuesta.

—Te quiero, Dan Lowell —admitió finalmente Victoria, convirtiéndome en el hombre más feliz del mundo.

—¡Y yo te amo con locura, Victoria Olivia Wilford! —respondí a mi vez, recibiendo de ella la más maravillosa de las sonrisas, una que sólo podía mostrar una mujer profundamente enamorada.

Ése era el preciso momento en el que nuestras palabras estaban de más, donde dejamos que nuestros cuerpos hablaran como habían hecho desde el principio, demostrando que siempre había sido el amor lo que nos había unido.

Fue Victoria la que alzó esta vez sus brazos alrededor de mi cuello y me atrajo hacia ella. Besó mis labios con una dulzura que pocos podían admirar en ella, y con

sus delicadas manos exigió que eliminara la barrera que representaba mi ropa entre nuestros desnudos cuerpos.

Cuando forcejeó torpemente con mi camiseta, yo me despojé de ella arrojándola sin miramientos a un lado mientras dirigía una de sus manos hacia donde mi pecho latía descontroladamente por cada una de sus caricias. Le repetí una vez más cuánto la amaba y ella aceptó nuevamente cada una de mis palabras.

—¿Sabes que mi corazón sólo late así de desesperado cuando tú estás conmigo? —confesé, ganándome de nuevo una de sus sonrisas—. Ninguna otra mujer lo ha hecho enloquecer como tú —revelé, queriendo pedirle que no se alejara nunca de mi lado, pero, en ese instante, las palabras de una anciana mujer hicieron eco en mi mente y me callé, besando con desesperación las manos que pronto me llevarían a la locura. Sobre todo cuando comenzaron a acariciar mi pecho con esas afiladas uñitas a las que tanto les gustaba dejar marcas en mi piel.

Rodé en la cama sin abandonar su agarre y coloqué a mi hermosa diosa encima de mi excitado cuerpo para deleitarme mejor con cada una de sus curvas. Sus senos desnudos, con los pezones erguidos por la excitación de nuestros cuerpos, fueron una tentación que no pude resistir, y me acomodé para deleitarme con su sabor sin dejar de sonreír ante los gemidos de placer que escapaban de sus labios. Jugueteeé con ellos a mi antojo besándolos, lamiéndolos, mordiéndolos...

Al percatarme de que Victoria se comenzaba a mover sobre mí con más inquietud, dirigí una de mis manos a través de su ropa interior y la hallé húmeda y preparada para recibirme. Le quité sin dudar el resto de las escasas prendas que ocultaban su cuerpo a mi ávida mirada y yo me despojé rápidamente de lo que quedaba de mi ropa.

Victoria me recorrió con sus ardientes ojos llenos de deseo y comenzó a acariciarme muy despacio con la fina línea de sus uñas: desde el cuello fue bajando despacio por mi pecho, luego por mi cintura y más allá. Cuando llegó a mi erecto miembro, me excité aún más, agrandando con el deseo de la espera mi protuberante erección.

El recorrido que hicieron sus uñas fue repetido a continuación por las delicadas yemas de sus dedos... Ahí me estremecí de placer, expectante ante su siguiente paso, que no fue otro que cubrir todo mi cuerpo con deliciosos besos.

Cuando por último fue su lengua la que continuó con estos ardorosos juegos, mi cuerpo por poco explotó de goce en el instante en que Victoria rodeó con ella mi pene, y yo, como cualquier hombre, llegué a mi límite. Así que, simplemente, me adentré en su interior con una feroz embestida.

Victoria gimió inquieta, por lo que cesé los rudos embates que exigía mi cuerpo. La volví a colocar, como la diosa que era, encima de mí y acaricié su excitado clítoris a la vez que mi boca nuevamente devoraba el pecado que representaban para mí sus jugosos senos. Ella no tardó mucho en alzarse sobre mí, exigiendo que me moviera en su apretado interior y yo le permití marcar el ritmo con su necesitado cuerpo.

Cuando Victoria comenzó a moverse descontroladamente, acallé su boca con mi mano, sabiendo que pronto le sobrevendría un potente orgasmo. Ella, sin poder remediarlo, mordió mi mano en el momento en el que llegó a la cúspide de su placer, pero yo me negué a apartarla de sus labios porque entonces fui yo quien dirigió el placentero ritmo y, cogiendo con brusquedad su cadera con mi otra mano, seguí el instinto de mis impetuosas embestidas, que me decían que ella era todo lo que necesitaba.

Victoria apenas terminó de gritar mi nombre por el orgasmo anterior cuando éste nuevamente acudió a sus labios, y en el momento en que sus dientes volvieron a marcar mi piel, yo me derramé en su interior, derrumbándome ante el asombro de un placer del que nunca volvería a disfrutar si la dejaba marchar, porque nadie nunca podría compararse a la mujer que llevaba grabada tanto en mi corazón como en mi alma.

Cuando ella se acurrucó contra mi pecho como una complacida gatita y me confesó una vez más su amor, supe lo que tenía que hacer, ya que mi conciencia no paraba de gritarme cuál era mi deber, pero una vez más hice caso a mi corazón que me rogaba: «Tan sólo un minuto más».

Victoria, acurrucada entre los brazos del hombre al que verdaderamente amaba, después de haber gritado a los cuatro vientos sus sentimientos y ser recompensaba con la profundidad de los de su amante, se sentía pletórica de felicidad.

Era un persona nueva, y por nada del mundo pensaba separarse de esa felicidad que había invadido su vida, así que, mientras besaba el pecho de su enamorado, comenzó a planificar su nueva vida, que ya no estaría llena de lujos o *glamour*, pero que con toda seguridad nunca podría decir que sería aburrida en ese pueblo.

—Creo que dejaré que Peter lleve el caso él solo, y que acompañe a Loren a Boston, donde finalmente hemos conseguido que se lleve a cabo el juicio como terreno neutral —compartió Victoria con Dan.

—Tenemos que hablar —expresó muy serio Dan, apartándola de su lado.

Victoria se tensó ante esas palabras, que nunca habían traído nada bueno para ella. Se apartó de él a la espera de su traición mientras cubría su desnudez, avergonzada, sin poder creerse que, tras haber logrado acabar con todos los miedos que llenaban su mente de dudas sobre ese hombre, éstas volvieran para mostrarle que todas sus sospechas eran ciertas.

—Victoria, tienes que ir a Boston a defender a Loren. Tienes que marcharte de este pueblo y encontrar tu camino —declaró Dan, cogiendo firmemente de los hombros a Victoria y obligándola con ello a enfrentarse a su grave mirada—. Ésta es una gran oportunidad que no puedes dejar escapar.

—¿Vendrás conmigo? —preguntó Victoria, confusa por las palabras que la apartaban del hombre que amaba.

—No puedo, aún tengo cosas pendientes aquí —contestó Dan, apartando su rostro avergonzado al recordar que su orgullo y la deuda que todavía tenía con los Wilford eran lo único que lo retenía allí.

—¡Pero tú me amas! —señaló Victoria, confundida, volviendo el rostro de Dan hacia ella con una de sus delicadas manos.

—Sí, lo hago. Y lo haré siempre —confesó para luego besar la mano de la mujer que más hondo le había llegado en su alma. Luego simplemente la alejó de él, preparándose para la despedida que se cernía sin remedio sobre la vida de dos personas tan distintas como eran ellos.

—¡No te comprendo! ¡Me insistías una y mil veces en que me querías! Aun ahora dices que me amas, pero ¿quieres que me aleje de ti? ¿Quieres que nuestra relación se quede en esto?! —preguntó Victoria furiosa, alejándose del lecho con la sábana enrollada cubriendo su desnudez mientras señalaba la revuelta cama donde minutos antes ambos habían proclamado la intensidad de sus sentimientos con el ardor de sus cuerpos.

—Sí... No... —trató de justificarse Dan, frustrado, sin saber qué decir mientras se sentaba en la cama y se mesaba el cabello con nerviosismo, ya que él era el primero que era reticente a esta acción. Pero, debido a que la amaba, Dan sabía que, si se quedaba con ella, sería un hombre muy egoísta, y eso no era lo que Victoria se merecía.

—¡No te entiendo, Dan! —gritó airadamente Victoria mientras se vestía sin dejar de cubrirse con las sábanas que minutos antes los habían arropado—. ¿Para qué me hiciste confiar de nuevo en un hombre? ¿Por qué tenías tanto empeño en que volviera

a enamorarme? ¿Para qué hiciste que sanara mi corazón si luego ibas a ser tú el que le asestara la peor puñalada de todas? ¡Vete! ¡Márchate! ¡Entre tú y yo ya no queda nada! ¡Bueno, sí: queda esto! —exclamó con furia, arrojándole a la cara la sábana que desde ese momento solamente le traería malos recuerdos, antes de salir de la habitación—. ¡Guárdala como trofeo de otra estúpida que ha caído ante tus embaucadoras palabras! ¡Mira por dónde, al final Peter tenía razón y sois tal para cual! Suerte con la próxima idiota que pase por este cochambroso pueblo, porque ten presente una cosa, Dan Lowell: ¡cuando me vaya de aquí, no volveré nunca! Después de todo, me has hecho ver que, para mí, no hay nada en este lugar que sea digno de recordar —anunció Victoria, dispuesta a devolver el daño que había recibido su herido corazón mientras miraba con desprecio al culpable de ese dolor.

—¡Victoria, déjame que te explique! ¡Victoria...! —gritó Dan mientras se vestía rápidamente para ir tras ella.

Pero, cuando la puerta se abrió, lo único que halló frente a él fue a ese chucho que siempre lo reprendía con la mirada y que esta vez le advertía con sus fieros gruñidos que él era el culpable de todo, y, por mucho que lo intentara, Dan no pudo negar ninguno de sus reproches, porque todos eran ciertos.

Victoria no comprendía por qué el hombre que decía amarla la apartaba de su lado y por qué, de repente, surgían tantas dudas en la mente de Dan cuando algo que siempre había tenido claro él era precisamente que no quería separarse de ella. ¿Acaso era que Dan no había sido sincero en sus palabras? ¿Es que sólo había jugado con ella?

Al parecer, su capacidad de juzgar a los hombres era nula, y la persona que le había devuelto la confianza en sí misma acababa de convertirse en el que más daño le había hecho jamás... Tanto tiempo temiendo pronunciar unas palabras que se había negado a volver a repetir durante años y, cuando al fin habían emergido de sus labios, sólo habían servido para dejarle claro que el hombre en el que había confiado era una farsa.

Su tía tenía razón en ser precavida, ya que los hombres sólo iban detrás de su dinero o del poder de su apellido. Pero Dan había sido tan distinto desde un principio que por unos instantes llegó a pensar que en verdad la amaba... para luego darse de bruces con la irónica realidad de que él no la quería a su lado...

Victoria había tenido que salir de la habitación negándose a escuchar ninguna más

de sus baratas excusas porque su rostro comenzaba a mancharse con unas lágrimas que demostraban todo el dolor que unas simples palabras habían infligido a su maltrecha alma.

A ella nunca le gustaba mostrar su debilidad, pero, mientras antes permitía que los consoladores brazos de un hombre la protegieran, ahora quería correr lo más lejos posible de ellos, porque, si la abrazaba de nuevo, Victoria se derrumbaría en ellos y olvidaría su fría fachada de mujer ofendida para suplicarle que le revelara el motivo por el cual nunca nadie podría amarla como necesitaba.

Dispuesta a concentrarse en otra cosa que no fuera su dolor, Victoria bajó hacia donde Víctor se encontraba haciendo su guardia, y le rogó que alejara a Dan de esa casa antes de que cambiara de opinión y decidiera escuchar alguna de sus estúpidas justificaciones sobre por qué tenían que alejarse, si justamente un hombre como él era lo que siempre había estado esperando su herido corazón.

Después de que Víctor viera sus lágrimas, no tuvo que volver a repetírselo y marchó furioso en busca de su hasta entonces loco amante, decidido a sacarlo a patadas de esa propiedad.

Victoria, todavía abatida por todos los sentimientos que se agolpaban en su interior, se sirvió un té de los que tanto le gustaba a su tía tomar en los momentos de crisis, y se dirigió hacia su habitación.

Mientras subía la escalera, vio cómo Víctor empujaba a Dan, todavía a medio vestir, hacia la salida. Dan forcejeó con él para llegar hasta ella y, cuando Víctor lo retuvo con una de sus efectivas llaves, Dan la miró con sus fríos ojos azules exigiéndole ser escuchado.

—No me vas a dejar explicarme, ¿verdad? —preguntó Dan, resentido con la altiva mirada que Victoria le dirigía mientras se alejaba de él.

—Entre tú y yo, Dan Lowell, ya está todo dicho —declaró, siguiendo su camino e ignorando los reclamos de un hombre que, a pesar de todo, seguía gritando que la amaba.

Antes de dirigirse hacia una habitación donde sólo tendría malos recuerdos, decidió pasar por la de Loren para ver cómo se sentía. Si estaba despierta, tal vez pudieran ultimar algunos de los pasos que seguir en su declaración.

Cuando llegó al pasillo, Victoria vio la sombra de un individuo cerca de la puerta de Loren y, antes de que pudiera gritar dando el aviso, el rudo personaje llegó junto a ella y con gran rapidez la acorraló contra la pared con su fuerte cuerpo mientras una de sus manos apretaba con fuerza su garganta, usando la otra para tapar su boca,

impidiéndole gritar.

Victoria forcejeó, luchó y se debatió con el intruso para lograr introducir aire en sus pulmones. Pateó su cuerpo sin que ese tipo se inmutara, arañó sus brazos y las manos que mantenían un terrible agarre sobre su dolorida garganta, pero en vano.

«¿Es así como voy a morir? —pensó Victoria cerca de la inconsciencia cuando las fuerzas comenzaron a abandonar su cuerpo—. ¿Por las manos de un hombre furioso y sin haber conocido el amor?» Y aun en esos críticos momentos, su mente voló hacia Dan y supo que sí, que había conocido el amor, aunque había tenido la desgracia de que éste no le correspondiera. Tras meditarlo unos segundos, que era el poco tiempo que le quedaba, supo que, a pesar de todo, nunca cambiaría ni uno solo de los instantes que había disfrutado con el hombre que amaba. Luego, sonrió irónica a la muerte y se dejó llevar hacia el vacío de la inconsciencia. Antes de desvanecerse por completo, llegó a oír unos feroces gruñidos que hacían frente a su agresor.

—Mi héroe... —susurró sarcásticamente Victoria, pensando que la tendencia de ese chucho a perseguirla a todos lados no era tan mala después de todo.

—¡Suéltame Víctor! ¡Ya conozco la salida! Después de todo, en esta casa ya me la han mostrado en más de una ocasión... —declaró furioso Dan, desasiéndose del fuerte agarre de ese hombre, que sólo estaba haciendo su trabajo, pero que indudablemente cada vez le caía peor.

—¡Si no hubieras molestado a Victoria, no tendría que sacarte a rastras! Además, después de ver su lloroso rostro, me arrepiento de haberte ayudado. ¿No podías comportarte bien por una vez en...?

—¡Espera un momento! —interrumpió Dan, parándose en seco un tanto inquieto por los gruñidos que acababa de oír provenientes de la planta superior.

—Eso no es nada raro: son las quejas de Henry hacia Victoria. En ocasiones duran toda la noche, es algo a lo que ya estamos acostumbrados...

—¡No! ¡Ésos no son gruñidos de queja, sino de advertencia! ¡Los perros sólo los emiten cuando están en guardia porque algún intruso se acerca a su territorio o a alguien que consideran suyo! —exclamó Dan, adentrándose de nuevo en la casa y dirigiéndose con celeridad hacia la escalera.

—¡Espera un momento! ¡No te creas ni por un segundo que me vas a engañar con esos cuentos de viejas: tú sólo quieres volver a ver a Victoria, y ella ya te ha rechazado! ¡No me obligues a sacarte a rastras, amigo, porque no tengas dudas de que,

por los Wilford, lo haré! —advirtió Víctor, agarrando con fuerza el brazo de Dan, dispuesto a detener su caminar.

—¡Perfecto! ¡Sácame a rastras si quieres! ¡Te dejo incluso que me lleves a patadas hacia la puerta, pero sólo después de que me haya asegurado de que Victoria no está en peligro! Porque si ese chuchito cobarde, que no se mueve ni para cambiar de postura, está defendiendo a alguien, sin duda es a la persona que más quiere ¡y ésta no es otra que Victoria! —dijo Dan, decidido a averiguar qué estaba ocurriendo y desafiando a Víctor con la mirada a que intentara detenerlo.

Víctor alzó los brazos, exasperado, y, dispuesto a mostrarle que esos ruidos eran nada más que otra falsa alarma, lo acompañó hacia la habitación de Victoria.

En cuanto giraron en el pasillo de la planta superior, vieron ante ellos cómo un fornido hombre apresaba la garganta de Victoria hasta casi asfixiarla, mientras el inmutable perro que nunca se movía por nada mordía ferozmente la pierna del sujeto, haciendo que la sujeción de sus manos sobre el delicado cuello de la mujer se aflojara cada vez más, dándole la oportunidad a Victoria de llenar sus pulmones del aire que en esos instantes tanto necesitaba.

En el forcejeo, los caros adornos de hermosos jarrones habían sido destrozados, ya que ese energúmeno intentaba librarse del mordisco del insistente Henry golpeándolo contra todo lo que hallaba en su camino.

Antes de que Dan y Víctor pudieran abalanzarse sobre el intruso, éste los vio y, dando una última y fuerte patada, finalmente se deshizo de Henry, arrojándolo con violencia contra una de las paredes del sinuoso pasillo, tras lo que el aguerrido defensor no se movió.

Tras comprobar que Henry aún respiraba, los dos hombres avanzaron furiosos, dispuestos a enfrentarse a ese agresor hasta que el intruso interpuso cobardemente el cuerpo de Victoria como escudo mientras se burlaba de ellos al tener el fino y delicado cuello de la joven entre sus manos, haciendo que la mirada suplicante de su víctima observara a sus amigos enseñándoles su dolor sin que éstos pudieran hacer nada por miedo a perderla.

—¡Si dais un paso más, le rompo el cuello! Después de todo, los cuellos de las mujeres son tan delicados que con un simple chasquido se acaba todo...

—No querrás convertirte en un asesino, además de ser un maltratador... —intentó razonar Dan, mientras se acercaba poco a poco a ese tipo.

—¡No soy ningún maltratador! ¡Sólo enseñaba buenos modales a mi esposa, y, como es mía, puedo hacer lo que me dé la gana con ella! En cuanto a ésta... ¡a ésta

habría que enseñarle a no meterse donde no la llaman! ¡Por su culpa mi esposa se ha marchado y ahora dice que quiere el divorcio!

—Bueno, si me das a mi mujer ya la aleccionaré yo, y tú podrás quedarte con la tuya —mintió descaradamente Dan, intentando conseguir que ese energúmeno soltara a Victoria.

—¡Ja! ¿Te crees que soy idiota? En cuanto suelte a esta puta, tú mismo llamarás a la policía. ¡Pues te diré algo! Si voy a la cárcel, me gustaría tener algún motivo para estar allí, así que, si no me traes a Loren, voy a romperle el cuello a ésta. Así, por lo menos, me encerrarán con una sonrisa de satisfacción...

Dan mantenía los ojos fijos en el asustado rostro de Victoria, sin apartarlos un solo momento de ella. Mientras tanto, Víctor, a su espalda, con un gesto afirmativo y una mirada firme hacia el lugar donde se encontraba ese maníaco, exclamó:

—¡Hazlo ahora!

—¿Acaso crees que estoy bromeando? —gritó airadamente el estúpido hombre, sin darse cuenta de que las palabras de Víctor no iban dirigidas a él, y que a sus espaldas alguien levantaba un pesado objeto con el que golpear su cabeza.

El intruso se desplomó sobre el suelo, soltando a Victoria.

Ésta cayó de rodillas, directa a los brazos de Dan, que se negaba a soltarla.

Víctor avanzó decidido hacia la temerosa persona que finalmente había tenido el valor de enfrentarse a lo que más la asustaba: de las manos temblorosas de Loren, Víctor recogió el busto con el que había golpeado a su marido y, mientras calmaba a la aterrada mujer, todavía espantada por la violencia de la que había sido testigo, no pudo evitar felicitarla.

—Muy buena elección, aunque algo irónica —comentó Víctor mientras repasaba mentalmente, entre las múltiples lecciones de historia sobre los derechos de la mujer que siempre le ofrecía gratuitamente la tía Mildred, quién era el personaje del busto, una viejecita con gafas y un austero moño que los reprendía con su mirada—. Si no me equivoco, has golpeado a tu marido con el busto de Susan Brownell Anthony, que fue una pionera en la lucha por los derechos de la mujer en Estados Unidos en el siglo XIX. Creo que, a pesar de su estricta mirada, estaría de acuerdo con lo que finalmente has tenido el valor de hacer, Loren —señaló Víctor, dejando el busto en su lugar sin evitar sentirse complacido cuando finalmente al rostro de Loren asomó una tímida sonrisa, mostrando que, pese a todo lo que había sufrido, esa joven nunca se daría por vencida.

Mientras Víctor llamaba a la policía sin perder de vista a Loren, Dan acogía a

Victoria entre sus brazos intentando tranquilizar sus alterados nervios que no le permitían que dejara de temblar ante lo cerca que había estado de la muerte.

Los llorosos ojos de Victoria buscaron con desesperación al molesto personaje que siempre la perseguía para aburrirla con sus quejas. Se extrañó al no oír sus ladridos o sus gemidos, que siempre la acompañaban cuando ella lloraba. En el momento en el que volvió su vista hacia el largo pasillo, lo halló tumbado e inconsciente en el suelo.

Soltándose de los brazos de Dan, Victoria corrió hacia Henry y, tras mover un poco su cuerpo y ver que respiraba, no comprendió por qué no recuperaba la conciencia hasta que observó que sus manos estaban manchadas de sangre. Por primera vez en su vida, Victoria no se desmayó a la vista de ésta, y suplicó ayuda al único hombre en el que confiaba para salvar a Henry.

—¡Dan! —gritó desesperada, mostrándole sus manos ensangrentadas.

—¡Mierda! —exclamó Dan al percatarse de que Henry había recibido una profunda herida en un costado al golpearse contra los restos de cristal de algunos de los adornos que quedaron esparcidos por el suelo durante el forcejeo.

Dan se quitó rápidamente su camisa para taponar la herida e intentar detener la hemorragia y, cogiendo entre sus brazos a Henry, lo llevó con cuidado hacia la salida. Estaba dispuesto a llegar a la clínica en tiempo récord si hacía falta, con tal de salvar a ese chuchito que, aunque a veces lo irritaba profundamente, en esta ocasión se había comportado como un héroe. Sin su aviso y su intervención, quién sabía lo que hubiera pasado con su querida Victoria.

Dan tomó prestado uno de los caros vehículos de tía Mildred y ya se disponía a arrancar cuando Victoria se introdujo en él, acomodándose junto a Henry en los asientos traseros.

—¡Sálvalo, por favor! —rogó desesperada, sin dejar de presionar la profunda herida con la camisa de Dan.

—¡No te desmayes! —advirtió severamente Dan, dispuesto a hacer todo lo que pudiera para auxiliar a ese magnífico animal al que tanto quería Victoria.

—¡No lo haré, él me necesita! —anunció con valentía, mirándolo con decisión a través del retrovisor.

Dan pisó el acelerador y corrió como un loco hacia su clínica. Los segundos eran importantes en cualquier intervención, ya que no sabía lo que encontraría cuando limpiara la herida y consiguiera parar la hemorragia: podía tratarse solamente de una escandalosa herida superficial, o podía deberse a algún grave problema interno.

Dan sólo sabía que, fuera como fuese, tenía que salvar a ese animal que significaba tanto para los Wilford, y en especial para su dulce Victoria, quien, como una niña desconsolada, lloraba en silencio sin dejar en ningún momento de susurrarle a Henry decenas de sobornos para convencerlo de que permaneciera junto a ella.

—¡Maldito chucho! —susurró Dan, limpiándose las molestas lágrimas que brotaban de sus ojos... Todas por culpa de ese estúpido animal al que finalmente se había acostumbrado.

Capítulo 22

Cuando llegaron a la clínica, Dan ordenó a Victoria que siguiera presionando la herida mientras él preparaba todo el material necesario para la intervención de Henry, y apartó de su mente cualquier pensamiento que no fuera salvarle la vida.

No le preocupaba tanto la pérdida de sangre, que al ser de color oscuro sólo podía provenir del circuito venoso y, por tanto, era una hemorragia más sencilla de controlar. Lo que más le inquietaba eran los posibles daños internos en algún órgano y, sobre todo, las infecciones que podían sobrevenirle por la suciedad de la herida.

A contrarreloj, Dan depositó a Henry en la mesa de operaciones, le colocó una vía con suero y, antes de decidir qué tipo de anestesia utilizar, se dispuso a limpiar la herida con bastante precisión para ver hasta dónde habían llegado los daños. A pesar de haberle ordenado a Victoria salir del quirófano, ésta se negó a hacerlo, así que, dándole algo para mantenerse ocupada, Dan le dio instrucciones.

—Cámbiate de ropa, ponte esa bata de quirófano estéril —indicó Dan, señalándole la ropa de más que guardaba en los armarios—, lava tus manos hasta los codos con ese gel antibacteriano y no olvides los guantes y la mascarilla. Necesito que me ayudes, ¡y por lo que más quieras, no te desmayes! —finalizó severamente.

Victoria hizo con celeridad todo lo que Dan le había ordenado y, cuando estuvo junto a él, observó con admiración cómo hacía su trabajo, algo en lo que hasta entonces no se había parado a pensar: sin duda, Dan Lowell era un maravilloso veterinario.

Hasta ese momento él nunca le había permitido pasar más allá de la zona de recepción, tanto por su miedo ante la visión de la sangre, que ahora parecía cosa del pasado, como por no estar lo suficiente cualificada para ayudarlo. No obstante, ahora le pedía su apoyo y ambos sabían que era fundamentalmente para que ella mantuviera su mente ocupada hasta que todo hubiera terminado y Henry se encontrara mejor, porque, si alguien podía curar a Henry, ése era Dan.

Victoria vio cómo su serio semblante evaluaba los daños mientras poco a poco limpiaba y desinfectaba la herida. Victoria le fue pasando gasas y suero hasta que la limpieza de la zona afectada mostró algunas esquirlas de cristal incrustadas en la piel. Antes de empezar a hurgar en la lesión, Dan sedó a Henry y lo intubó hábilmente. Tras

comprobar sus constantes vitales, comenzó a retirar minuciosamente cada pequeño trozo de cristal.

—No es tan grave como pensaba —comentó Dan, tranquilizando a Victoria, cuyas manos temblaban ante la mera visión de la sangre—. La herida no es demasiado profunda, y no tiene dañado ningún órgano vital. No obstante, tiene desgarrado algo del tejido muscular. Ahora sólo se trata de coser y administrar algún que otro antibiótico para prevenir cualquier posible infección. Será mejor que esperes fuera, no quiero tener dos pacientes a los que atender esta noche —concluyó Dan, señalando la palidez de su rostro.

—Prefiero ayudarte —replicó dubitativa Victoria, mientras admiraba al hombre que nunca podría dejar de amar.

—Bien... Entonces pásame esas pinzas —le ordenó mientras comenzaba a suturar con celeridad.

Sus manos eran rápidas; sus acciones, efectuadas con determinación y precisión, y cada poco preguntaba por las cifras que aparecían en la pantalla que mostraba las constantes vitales del animal. Antes de que pudiera darse cuenta, todo había terminado: Dan desentubaba a Henry y éste comenzaba a recuperar la conciencia. Por último, Dan le inyectó unos antibióticos y empezó a limpiar el material quirúrgico y el pequeño quirófano.

—Puede que, cuando Henry recupere la conciencia, vomite, por la anestesia. Tendré que hacerle un seguimiento para que su herida no se infecte, y si decides marcharte pronto de este lugar, debes darme el número de su veterinario para que le pase el historial de Henry —dijo Dan, mientras tiraba sus guantes manchados de sangre sin dejar de observar las reacciones de su paciente—. Esta noche se quedará conmigo, quiero asegurarme de que no surge ninguna complicación. Como no tengo ningún otro animal en la clínica, le habilitaré una cama en mi despacho y pasaré la noche vigilándolo en ese viejo sofá

—Gracias —susurró Victoria mientras se dirigía al baño de recepción para cambiarse de ropa.

—Entre tú y yo aún hay mucho que decir... —señaló Dan antes de que Victoria saliera de la habitación—. Pero éste no es el mejor momento para ello, así que cámbiate y llama a esa vieja entrometida. Seguro que está inquieta por el estado de Henry.

—Creí ser bastante clara cuando te dije que entre tú y yo ya estaba todo dicho —replicó Victoria, mientras sujetaba la puerta negándose a mirar directamente esos ojos

azules que tanto la atraían.

—Ésas fueron tus palabras. Todavía no has escuchado las mías, pero, antes de irte, lo harás —aseguró Dan, sujetando el brazo de Victoria con firmeza y obligándola finalmente a mirar la determinación escrita en su rostro.

—No sé si quiero escuchar lo que tienes que decirme, Dan, porque últimamente tus palabras sólo saben herirme, y estoy harta de que me hagan daño —declaró Victoria, zafándose del agarre del hombre que todavía amaba y apresurándose hacia la seguridad de una habitación cerrada que ocultara las lágrimas que comenzaban a asomar a su desolado rostro, porque en esos momentos se había dado cuenta de que Dan era el hombre con el que ella siempre había soñado. ¡Lástima que los sueños nunca se hicieran realidad y el hombre al que amaba no la quisiera a ella!

Dan llevaba una semana siendo el esclavo de ese chucho.

Después de la visita de tía Mildred, que pareció mirarlo con un poco menos de inquina que en las otras escasas ocasiones en las que habían tenido la desgracia de coincidir, la preocupada mujer se aseguró de pagarle una suma exorbitante por tratar a Henry.

En más de un momento, Dan se sintió tentado de tirarle el dinero a la cara a esa molesta y altiva mujer y revelarles que Henry no estaba tan mal como aparentaba, pero, después de ver el semblante afligido de la anciana, que parecía no tranquilizarse con nada que no fuera la presencia de Henry en su clínica, aceptó hacerse cargo de ese animal que no hacía otra cosa que molestar con sus continuas quejas.

Los primeros días, Dan se preocupó por las posibles infecciones que podían producirse, por lo que le hizo las convenientes curas para evitarlo y estuvo atento a los posibles dolores del can. No hubo secreción purulenta, mal olor o fiebre, por lo que se tranquilizó y en los siguientes días examinó atentamente a Henry por si el golpe recibido había producido algún daño adicional a la herida tratada. Le hizo también algunas radiografías para asegurarse de ello.

Ya no faltaba demasiado para que pudiera quitarle los puntos externos y ese maldito collar isabelino con el que Henry se asemejaba más a una lámpara con patas que al molesto chucho que conocía. El perro lo embestía constantemente con él desde que se lo puso, para que se lo quitara, y también lo aprovechaba para mostrar su descontento, golpeando cualquier objeto que se hallara en su camino.

Después de su operación, en tan sólo unos pocos días, Henry había vuelto a ser

ese chucho molesto que no sabía hacer otra cosa que incordiar y perseguirlo a todas partes con sus lamentos de amor por su querida Victoria, algo que él también quería hacer, pero, como tenía su orgullo, no estaba dispuesto a suplicar a Victoria para que oyera sus palabras... aunque ¡cómo que se llamaba Dan Lowell que, antes de marcharse de Whiterlande, esa cabezota lo escucharía!

Una vez más, cuando tuvo un momento de descanso de su dura jornada de trabajo, que ya no era tan emocionante desde que Victoria no lo acompañaba, se adentró en su despacho para ver qué estaba haciendo esa vez ese saco de pulgas que siempre lo esperaba con alguno de sus gruñidos de protesta que le exigían ser atendido.

Al estar todo en silencio, Dan intuyó que Henry estaría haciendo alguna de las suyas y, tal y como pensaba, tuvo razón: el cánido roía desconsoladamente el teléfono inalámbrico de su despacho mientras se quejaba por uno de los auriculares de su lamentable situación con algún que otro lamentable gimoteo.

Para su desgracia, en ese teléfono, el único número registrado en marcación rápida era el de Pollos Jumbo, desde donde alguien preguntaba qué número de menú decidía elegir.

Dan colgó antes de que Henry gimoteara nuevamente al joven encargado de la comida rápida y reprendió al molesto perro, prohibiéndole una vez más morder su teléfono.

—¿Es que no tienes orgullo? ¡Compórtate como un macho alfa y espera a que ella venga a recogerte! Sólo faltan dos días...

Ante esa cantidad de tiempo tan enorme para él, Henry comenzó a quejarse otra vez de su desgracia.

—¡No voy a llamarla! Tengo ganas de hacerlo, ¡pero no! Porque ella me soltará alguna estupidez, yo le gritaré y al final discutiremos de nuevo... —murmuró Dan, mientras paseaba nervioso de un lado a otro de la estancia a la vez que caía en la cuenta de la ridícula situación que estaba protagonizando explicándole a un perro cada una de sus acciones.

Henry lo miró de forma interrogativa y, alzando una de sus altivas cejas, se dirigió hacia donde Dan tenía las revistas deportivas que tanto le gustaban y las destrozó con saña sin dejar de dirigirle en ningún momento una de esas miradas que sólo podían significar: «Esto es lo que quiero hacerte a ti».

Cuando se dispuso a destrozarse otra de sus preciadas reliquias, antes de que Dan lo alcanzara, Henry halló ante él uno de esos elegantes ejemplares de moda de pasarela que seguramente Victoria habría dejado olvidado. Henry se acordó de ella sin duda,

ya que se tumbó junto a ese trozo de papel y, suspirando desamparado, comenzó a gemir de nuevo por su querida Victoria.

—Creo que ya es hora de que vayas a recoger a Henry. Seguro que el pobrecito está tremendamente asustado en esa solitaria clínica, ¡y a saber lo que le habrá hecho ese malvado veterinario! —dijo tía Mildred una vez más a su sobrina mientras disfrutaba de un sabroso tentempié en la pequeña cocina.

—Tía, voy todos los días a ver a ese chuchó y está en perfectas condiciones. En cuanto a ese *malvado veterinario*, no ha hecho otra cosa que salvarle la vida a tu querido perro.

—Henry es algo más que un perro, y ya sé que vas todos los días a verlo, pero ¿por qué, cuando vuelves, nunca me hablas de lo que te ha dicho ese veterinario sobre cómo va su tratamiento o su mejoría tras la operación?

—Muy fácil: voy a ver a Henry cuando Dan no está.

—¿Y eso a qué se debe? —preguntó inquisitivamente tía Mildred a su sobrina.

—A que no estoy preparada para oír lo que tenga que decirme Dan. No quiero escuchar más mentiras ni que nadie me haga daño de nuevo.

—¡Victoria Olivia Wilford, yo no he criado a una cobarde! —reprendió Mildred a su perdida sobrina.

—Por una vez, tía Mildred, déjame no ser una Wilford y tener miedo como cualquier otra persona —rogó cabizbaja, negándose a enfrentar la mirada decepcionada de su tía.

—Nunca he dicho que los Wilford no tengamos miedo —replicó la sabia anciana, alzando la cara de su sobrina y mirándola con el orgullo de una madre—. Sólo que sabemos enfrentarnos muy bien a ello. Escucha lo que tenga que decirte ese hombre; al fin y al cabo, no es tan malo como pensaba. Aunque siempre creeré que no hay ningún hombre digno de mi sobrina, creo que él podría ser bueno para ti.

—Lo pensaré —concedió Victoria mientras se alejaba y cientos de dudas continuaban rondando por su mente sobre las palabras dichas por Dan y las que aún tenía que decir.

—¿Qué le pasa? —preguntó burlonamente Peter, cuando Victoria pasó junto a él sin fijarse en su presencia en absoluto.

—Que al fin mi sobrina se ha enamorado —contestó la anciana, mostrando a ese hombre que tanto detestaba la más satisfecha de sus sonrisas—. Y esta vez el

candidato parece bastante adecuado.

—Seguro que es porque todavía no lo ha tentado con su dinero como hizo conmigo, querida tía —ironizó Peter, buscando algo frustrado el placer de un buen café en esa maldita cocina que parecía ser siempre el lugar más concurrido de la casa.

—Lo hice desde el principio y, al parecer, ese chico tiene algo de lo que tú careces —dejó caer tía Mildred mientras se alejaba de la estancia.

—¿El qué? —inquirió Peter, cayendo en la trampa de la anciana.

—Orgullo.

—El orgullo, la sinceridad, la honestidad... son cualidades que no llevan a nadie a hacerse rico.

—Ya sabía yo que por algo no me gustabas, Peter, y acabo de caer en la cuenta de que no posees ninguna de esas cualidades. Eres un magnífico abogado, pero nunca serás una buena persona, y mucho menos alguien adecuado para una Wilford, así que no te vuelvas a acercar a mi sobrina o esta vez haré realidad mis amenazas y convertiré tu vida en un infierno —declaró con contundencia la anciana, poniendo fin a las burlas de un hombre que sabía hasta dónde llegaba el poder de un Wilford, ya que en más de una ocasión había codiciado ese ilustre apellido y todo lo que conllevaba.

Dan se derrumbó una vez más sobre la mesa del jardín de casa de sus padres mientras le contaba a su hermana Elisabeth todas sus desdichas en el amor. Y ella, como buena hermana, aguantaba pacientemente las quejas de ese lastimoso hombre sólo porque era parte de su familia, y también porque Alan aún no había vuelto de su recado y sus padres habían desaparecido para realizar unas repentinas y sospechosas compras en cuanto vieron llegar a Dan.

Definitivamente, su esposo se estaba vengando de ella por haberlo mandado a buscar algún que otro apetecible antojo a horas tan inquietantes, como un dulce recién hecho a las tres de la mañana o una sandía en pleno invierno.

Su embarazo no la convertía en la mujer más sociable del mundo, y menos aún cuando parecía una ballena varada a punto de reventar y las hormonas afectaban a su siempre perfecta apariencia y exquisitos modales.

Cuando su hermano llegó en su moto, una barata imitación de una Harley Davidson, llevando con él la molesta carga de un chucho quejica, Elisabeth apenas había prestado atención a su presencia, sabedora de que, seguramente, vendría a

hablar con su amigo de toda la vida.

Pero, en el momento en el que Alan salió como una bala de la casa más que dispuesto a cumplir con todos los encargos que ella le había estado solicitando desde hacía días, sospechó que allí pasaba algo.

Finalmente, después de más de una hora escuchando al quejumbroso de Dan hablar sobre su amor imposible y los lamentos de un perro que le hacían eco en más de una ocasión con sus deprimentes alaridos, Elisabeth estaba más que harta de todo.

Rápidamente, se marchó a la cocina para preparar una limonada para su hermano. Tal vez, si bebía algo, podría callarse durante unos instantes. Y si eso no servía, siempre podría ahogarlo con ella o dejarlo inconsciente con la jarra... cualquiera de esas opciones era válida siempre que cesaran sus lamentaciones.

Mientras estaba en la cocina, Elisabeth pensó que al fin tendría un poco de paz, ya que las palabras de Dan no llegarían hasta ella, pero éste continuó relatándole toda su historia, esta vez gritando a pleno pulmón para que no pudiera perderse nada de tan interesante relato.

Por unos instantes, Elisabeth pensó seriamente en la posibilidad de taponar sus oídos y pasar de todo. Pero, como su hija Helena estaba intentando jugar con ese vago animal que había traído su tío junto con el adorable niño de los vecinos, que siempre corría detrás de ella cuando llegaba a casa de sus abuelos, decidió dejar de lado la idea de aislarse de todo ruido sabiendo que muy pronto tendría que vociferar una de sus chillonas advertencias a su traviesa hija. De modo que, en lugar de eso, Elisabeth se concentró en silenciar solamente al culpable de su incipiente dolor de cabeza, que no era otro que su hermano.

—... Y así salvé a Henry... y, después de todo lo que hice, se niega a escucharme. Sólo viene a la clínica cuando he salido a almorzar o he tenido que hacer alguna de mis visitas domiciliarias. Se me acaba el tiempo y no sé qué hacer para que me escuche... ¿Tú qué opinas, Elisabeth? —preguntó Dan, un tanto cabizbajo, a su entrañable hermana menor.

—Que eres idiota —contestó duramente Elisabeth, colocando con brusquedad delante de su hermano una deliciosa limonada—. Oblígala a que escuche tus palabras, chantajéala, sobórnala, amenázala si hace falta, pero que escuche todo lo que tienes que decirle antes de que abandone este pueblo, porque, de lo contrario, tanto tú como ella os arrepentiréis toda la vida de ese silencio que quedó entre vosotros cuando podríais haberos dicho tanto.

—¿Y cómo la obligo, según tú, a escucharme?

—¡Por Dios, Dan! ¿Acaso no has salvado al perro de esa anciana amargada? Eso significa que te debe una, así que exígele hablar a solas con su sobrina. Ninguna de las dos podrá negarse y tú tendrás una oportunidad de exponer todas tus quejas a la persona adecuada y no a tu hermana y tu sobrina, que es demasiado pequeña para oír alguno de tus escabrosos relatos —reprendió severamente Elisabeth a su loco hermano, que incluso en el amor era un atolondrado.

—Gracias, Elisabeth, creo que voy a seguir tus consejos. Los de Alan no sirven para nada, no sé cómo pudo llegar a conquistarte.

—Era terriblemente insistente y me demostró que me amaba como nadie podría hacerlo jamás. Esa clase de hombres son los que finalmente te roban el corazón.

—Como eres mi adorable y perfecta hermanita, no te importará cuidar de este chuchito por mí durante unas horas, ¿verdad? —dejó caer Dan y, sin esperar respuesta alguna, se subió a su moto y salió disparado antes de escuchar contestación alguna a su petición.

—¡Jodido hijo de...! —maldijo Elisabeth mientras observaba el panorama que le esperaba: ella, sola y embarazada, al cuidado de dos niños bastante inquietos y de un baboso y quejica animal. En esos instantes supo que era el momento adecuado para hacer una llamada a su marido y exigirle que volviera al hogar con o sin alguno de sus antojos.

—¡Mamá, quiero una bici nueva! —Una vez más, la pequeña Helena, de cinco años, se quejaba de su terrible desdicha causada por el accidente sufrido por su vehículo, aunque fue de nuevo ignorada.

—No, Helena. No te pienso comprar otra bicicleta. Así tal vez te lo pensarás dos veces antes de intentar volver a jugar a esa estupidez de justas medievales con ella. Podrías haber resultado herida —negó decididamente Elisabeth mientras se adentraba en la casa siendo perseguida de cerca por su insistente hija.

—¡Pero mamá! Lo vi en la tele... ¡Y a Roan ya le han comprado otra!

—Me es indiferente lo que tenga el vecino. Mi respuesta sigue siendo no. Para que aprendas la lección, tus pagas irán a parar a la hucha del cerdito y, cuando tengas el suficiente dinero como para arreglar tu bicicleta, romperemos la hucha y la llevaremos a reparar —intentó razonar la mujer con su obtusa hija.

—¡Pues se la pienso robar a Roan! —anunció Helena, molesta con que la solución a su problema tardaría demasiado para su gusto.

—¡Pues pienso castigarte cuando lo hagas! —advirtió Elisabeth.

—¡Jo, mamáaa...! —gritó una vez más Helena, mientras se agarraba a la pierna de

su madre suplicando por enésima vez ante la injusticia que se había cometido con ella.

Elisabeth simplemente siguió andando, en dirección al teléfono. Cuando descolgó el auricular, y tras marcar un conocido número al que ya había dedicado muchas quejas en los últimos días, simplemente gritó algunas más a través de él.

—¡Alan Taylor, vuelve ahora mismo a casa! Estoy cuidando de tu enrabiada hija, de Roan y del rico heredero de cuatro patas que me ha dejado mi hermano aquí, y te aviso de que en estos momentos no estoy de muy buen humor. ¡Si no quieres que me tome la venganza por mi mano, más vale que estés aquí antes de quince minutos o créeme cuando te digo que te acordarás de ésta!

Después de la llamada, Helena, esa revoltosa de rizos negros y ojos azules, salió al jardín, donde el niño molesto que siempre la perseguía tiraba de nuevo un palo a Henry; al contrario de lo que hacían los perros en todas las películas de animales que habían llegado a ver, ese chucho no perseguía palito alguno... Simplemente levantaba la cabeza un tanto molesto y les dirigía una mirada llena de reproche que parecía decir: «El palito lo coges tú». Luego volvía a su posición de tumbado perenne y no se movía del lugar lo más mínimo, a no ser que fuera para rascarse o lamerse alguna de las partes de su cuerpo durante unos segundos.

—Ese chucho no sirve para nada —se quejó Helena señalando al animal, que hizo caso omiso a sus protestas.

—Creí haber conseguido que se moviera un poco para ir a por uno de los palos, pero solamente cambió de postura para rascarse una oreja.

—¡Deberías avergonzarte de llamarte perro! ¡Se supone que tienes que jugar con los niños y entretenerlos! —lo aleccionó Helena, poniendo los brazos en jarras mientras lo reprendía.

El chucho únicamente bostezó ante la reprimenda de la airada niña y volvió a acomodar su cabeza sobre sus cortas patitas.

—Déjalo, es imposible que eso se mueva para otra cosa que no sea rascarse su trasero —señaló Helena, molesta con el inactivo animal cuando vio cómo su amigo tiraba nuevamente el palo hacia un lado.

—Bueno, creo que te será imposible conseguir una nueva bici. Si este chucho tuviera pedigrí, podríamos ganar dinero llevándolo a concursos... Eso es lo que hace mi tía Gilda con su caniche y siempre presume de tener muchos premios y cosas así.

—Bueno, he oído decir a mamá que es un rico heredero, ¿eso es lo mismo que tener pedi... de eso que dices? —preguntó Helena, ilusionada con la posibilidad de

conseguir al fin su bici nueva.

—¡Ni por asomo! —negó Roan—. Eso solamente significa que su familia tiene mucho dinero. Pero dudo de que a nosotros nos den algo sólo con pedírselo.

—¡Tengo una idea! —exclamó Helena mostrando una de sus maliciosas sonrisas que siempre los metían en algún problema—. Necesitaremos una revista, una hoja de papel, pegamento, un buen escondite y lo más difícil de todo: ¡conseguir que este chucho se mueva de ahí!

—Ah, por eso no hay problema. Mira —dijo Roan mientras le enseñaba su bocadillo a ese inactivo animal desde una larga distancia. El perro se levantó muy lentamente y caminó con parsimonia hasta llegar donde estaba su apetecible premio, el cual reclamó con uno de sus ladridos.

—¡Perfecto! —dijo Helena, mientras intentaba imitar la risa de los personajes malvados de las películas de acción que tanto le gustaban a su tío Josh.

—Creo que, antes de hacer cualquier cosa, deberías hablar con un adulto —recomendó Roan, haciendo uso de la sabiduría que le proporcionaban sus siete años, tratando de no ser castigado otra vez por las locuras de su amiga.

Tras unos minutos de una inquietante conversación telefónica con un adulto, Helena salió alegremente de la casa anunciando las novedades.

—¡Ya está! ¡Tío Josh dice que nos ayudará!

—¿Y se puede saber qué vamos a hacer? —preguntó el crío, confuso con tanto misterio.

—Vamos a secuestrar a un heredero: ¡a *ese* heredero! —anunció, señalando al vago animal que por primera vez levantó la cabeza un tanto ofendido y comenzó a gimotear por su lamentable destino.

—Creo que deberíamos comentar tus planes con un adulto algo más responsable... —musitó Roan, tratando de hacer entrar en razón a su alocada vecina mientras masajeaba su frente, preocupado por el futuro castigo del que sin duda no podría librarse.

—¿Por qué? Mi papá me ha dicho que también nos ayudaría...

—Tus adultos no son de fiar... —sentenció el vecino, percatándose de que, en ocasiones, los mayores cometían las mismas irreflexivas acciones que los niños, pero sin recibir reprimenda alguna por ello.

—¿Me vas a ayudar o no? —preguntó Helena finalmente, enfadada, colocando sus brazos en jarras, como siempre hacía cuando reprendía a alguien.

Y Roan Miller, un niño que comenzaba a manifestar todos los síntomas de un loco

enamorado, respondió de la única manera que éstos sabían hacer.

—Sí, como tú quieras... —dijo finalmente, dando comienzo a toda esa infantil travesura.

Ahora que se hallaba delante de la casa de Mildred Wilford, Dan no sabía cómo adentrarse en esa pequeña mansión para pedirle un tiempo con su sobrina, ya que quería aclarar todas las dudas que los rondaban a ambos. Con toda seguridad, tal y como le había comentado Elisabeth, lo mejor sería recordarle a esa anciana todo lo que había hecho por ese chuchó y lo mucho que amaba a Victoria para obtener su favor, así que tomó aliento para poder enfrentarse una vez más al beligerante temperamento de los Wilford y, en el momento en el que alzaba su mano para llamar a la puerta, ésta fue abierta por la mismísima Mildred Wilford, que lo acribillaba con una de sus ofendidas miradas declarándolo culpable de todos sus males.

—¡Gracias a usted han secuestrado a mi querido Henry! —lo acusó la anciana antes de que Dan pudiera abrir la boca para efectuar petición alguna.

—¿Cómo que Henry ha sido secuestrado? Si hace un rato que lo he dejado con mi hermana —preguntó confuso, pensando quién podía ser el tarado que se atrevía a raptar un perro con tan pocos modales como Henry, además de un escaso pedigrí.

—¡Sí! ¡Han raptado a mi pobre niño! ¡Hace unos minutos llamó su hermana relatándome lo ocurrido! Me dijo que habían dejado una nota en su porche donde pedían un absurdo rescate por él. ¡Sólo tenía usted que hacer un trabajo muy simple: vigilar a Henry! ¡Y ha fallado! —le recriminó tía Mildred, haciéndolo sentir culpable.

—No se preocupe, ya me aseguraré yo de encontrar a Henry y traerlo de vuelta sano y salvo —sentenció Dan, decidido a no fallarle una vez más a esa anciana.

—¡Ah, no! ¡Ni loca dejaré que usted se encargue solo de esto! —decidió la anciana. Y luego, sin más palabras, dirigió su rostro hacia el interior de la casa y gritó una orden a la espera de que fuera cumplida con la mayor prontitud—. ¡Victoria Olivia Wilford, acompaña a este despistado hombre a recuperar mi perro y, si es verdad que lo han secuestrado, te doy permiso para que pagues lo que creas necesario por un Wilford!

—Tía, ¿les puedo pagar a los secuestradores para que se lo queden? —ironizó Victoria antes de salir de la casa y toparse con Dan, un hombre al que todavía no estaba preparada para ver y que hizo que su sonrisa se borrara muy pronto de su cara.

—¡No bromees con esas cosas, jovencita! ¡Ve y trae a Henry a casa lo más pronto

posible! —ordenó tía Mildred, cerrando la puerta a sus espaldas y lavándose las manos de ese cuestionable asunto.

—Hola, princesa, ¿cómo estás? —preguntó Dan, intentando entablar conversación con su suspicaz mujer.

—Todo lo bien que se puede estar después de que el hombre que aseguraba amarme me aleje de su vida.

—¡Joder, princesa! ¿Es que no vas a dejar que me explique?

—¡Ahora no hay tiempo! Tenemos que salvar a Henry... y, como el lugar del secuestro ha sido la casa de tu hermana, creo que deberíamos empezar por ahí.

—Perfecto. Vamos en mi moto, que es más rápida y fácil de manejar —propuso Dan, lanzándole el casco a su compañera—. Pero, antes de que acabe el día, quiero tu promesa de que escucharás lo que tengo que decirte.

—¿Y por qué debería hacer eso, Dan? —preguntó escéptica, mirando recelosa la gigantesca moto.

—Porque, si la situación es la que yo pienso, sin duda alguna voy a ser el primero en encontrar a ese chucho y en darles una severa lección a sus secuestradores.

—¿Crees que Henry está a salvo? Ya sabes que está herido... ¿Y si, los que se lo han llevado, son conocidos del esposo de Loren y quieren vengarse o...? —divagó Victoria, poniéndose en lo peor.

—No te preocupes, princesa, lo encontraremos —prometió Dan mientras la hacía abrazarse fuertemente a él para llegar en tiempo récord al lugar en el que Henry había desaparecido.

Una vez en casa de los padres de Dan, tras estacionar la moto de forma descuidada y hablar con su hermana, éste cogió entre sus manos la nota de los secuestradores... una nota bastante delatora, como pudo percibir Dan. Ya sólo quedaba esperar a recibir la llamada de los secuestradores, que sin duda les revelaría el lugar donde estaban esos dos pilluelos que habían osado hacer tal gamberrada.

—¿En serio? ¡No me puedo creer que mi tía no me revelara el contenido de esta nota y que me haya pasado preocupada todo el viaje hasta este lugar pensando en todas las atrocidades que le podrían haber ocurrido a Henry! —se quejó Victoria, irritada—. ¡Y tú también podrías haberme dicho algo!

—Te dije que te tranquilizaras, princesa. Además, todavía no estaba seguro de que fuesen ellos. Después de leer esto, no me cabe ninguna duda de que la pequeña y taimada de mi sobrina está jugando esta vez a los secuestros.

El mensaje que Elisabeth les había entregado un tanto molesta mientras maldecía a

su esposo y recitaba los castigos que le haría padecer a su salvaje hija, quien por lo visto había resultado más parecida a su impetuoso marido que a ella, decía lo siguiente:

Tenemos a su chucho. Si lo quiere volver a ver sano y salvo, pagará la recompensa de dos bicis nuevas y cien dólares en billetes pequeños, además de dos bolsas gigantes de golosinas. Contactaremos con usted para decirle dónde será llevado a cabo el intercambio.

Toda la nota había sido hábilmente elaborada con recortes de palabras de distintas revistas con los que habían hecho un maravilloso y amenazante *collage*.

—Si conozco a mi sobrina, en breve recibiremos su llamada y seguro que delatará dónde se encuentra su escondite. Además, bregar un rato con ese pretencioso animal no les vendrá nada mal como principio de su castigo —anunció relajado y sonriente Dan mientras disfrutaba de un refresco en la cocina de sus padres—. ¿Y bien, princesa? ¿Estás decidida a escucharme o tendré que empezar a chantajearte y sobornarte para que acabes accediendo a ello?

—¿Y cómo piensas chantajearme? —preguntó Victoria, algo desconfiada por su infantil comportamiento.

—Me negaré a revelarte dónde está Henry hasta que accedas a prestarme atención. En cuanto al soborno... no sé qué más darte, si ya tienes lo más importante de mi persona y aun así te niegas a escucharme.

—Yo no tengo nada tuyo, Dan —replicó.

—Tienes mi corazón, Victoria, ¿o es que acaso no te he dicho ya lo mucho que te amo? —recordó Dan, intentando hacerse oír. Pero sus palabras fueron interrumpidas por la llamada esperada.

—¡Tenemos a su perro! ¡Si quiere volver a verlo vivo, debe dejar el dinero y las bicis en el árbol de su vecino; si no, le enviaremos una de las orejas de ese chucho por correo! —se oyó a través del teléfono una aniñada voz distorsionada con uno de esos infantiles juguetes de *La guerra de las galaxias*, que convertían la voz de quien hablase a través de él en la de Darth Vader.

De fondo resonaban las voces de una torpe pelea entre maleantes que les hizo saber a Dan y Victoria que, sin duda alguna, Henry estaba siendo tratado a cuerpo de rey.

—¡Dile que se queje para que crean que le hacemos daño! ¡Si no, no pagarán! —

insinuó en un susurro la niña a su compinche.

—¡No quiere: está comiéndose mi bocadillo!

—¡Pues quítaselo!

Después de esa conversación de fondo, al fin pudieron escuchar los penosos quejidos de Henry. Tras esto, la niña les dio una hora para efectuar el intercambio.

Cuando Dan colgó el teléfono, no pudo evitar desternillarse ante la travesura de Helena, aunque no sería esto lo que le mostraría a su sobrina, ya que ella tenía que aprender la sabia lección de que, para conseguir lo que uno desea, nunca hay un camino fácil ni rápido.

—Quiero que, antes de que te vayas mañana, me escuches —pidió Dan, decidido, cogiendo las delicadas manos de Victoria entre las suyas—. Una vez tú me expresaste todas tus dudas. Creo que ahora me toca a mí hacerte oír las mías.

Cuando finalizó estas palabras, Dan besó con cariño las dulces manos que se resistía a dejar marchar y le indicó el camino que debían seguir para salvar a Henry.

Dan recordaba perfectamente dónde se hallaba el lugar que los niños habían utilizado como escondite. Como bien sabía Dan, el perfecto niño de los vecinos, que ya no era tan perfecto desde que conoció a Helena, se negaba en redondo y bajo cualquier circunstancia a dejar salir su distorsionador de voz de *La guerra de las galaxias* de su base de operaciones, la cual estaba en su casa del árbol. Así que Victoria y él sólo tuvieron que cruzar al jardín de enfrente para hallar a los criminales.

Cuando llegaron, alzaron un poco la trampilla del suelo de la casa del árbol para observar sin ser vistos antes de irrumpir abruptamente en el lugar. Todas las preocupaciones sobre Henry y el maltrato que éste podría haber recibido fueron borradas de inmediato de la imaginativa mente de Victoria: Henry se hallaba tumbado sobre unos blandos sacos de dormir junto con algún almohadón que acomodaba su gordo trasero, mientras los niños, sentados en el suelo, parecían haberse convertido en sus sirvientes. Uno de ellos le leía un cuento mientras el otro lo alimentaba con alguna que otra chuchería para perros.

—¿Se puede saber por qué tengo que leerle una vez más este libro del perrito Pipo a este chuchó? —se quejó Helena, tras su quinto repaso a esa forzosa lectura.

—Porque, si paras, pasa esto —señaló el niño, indicando los quejumbrosos aullidos de Henry, que resonaron nuevamente por todo el lugar. Luego, el inteligente niño los silenció con otra vana golosina y siguió reprendiendo a su amiga—. ¡Si no quieres que nos delate, sigue leyendo ese horrible cuento! ¡Además, recuerda que la

idea ha sido tuya!

—Tengo una idea —susurró Dan a Victoria mientras se alejaban del escondite tras ver que Henry se lo estaba pasando de maravilla adiestrando a esos dos críos y demostrándoles quién era el que mandaba allí.

Tras dejar una nota en el lugar indicado por los secuestradores, redactada y firmada por Victoria, en la que ponía simplemente «Ahora es todo tuyo, disfrútalo», los niños no tardaron en volver a sus respectivos hogares un tanto molestos porque su elaborado plan no hubiera salido como ellos deseaban.

Henry volvió a aparecer en el jardín de los Lowell. No obstante, antes de subir a uno de los caros coches de tía Mildred que lo llevaría nuevamente a su hogar, dirigió a Victoria una mirada ofendida, que sin duda le recriminaba que no hubiera tenido la decencia de pagar recompensa alguna por su pellejo.

—¿Quién iba a pensar que te devolverían? —ironizó Victoria, acompañando al enfadado saco de pulgas hasta su casa para que éste le relatara, gemido a gemido, la lamentable situación que había atravesado a la adorable tía Mildred y le echara a ella toda la culpa con cada uno de sus gruñidos.

Capítulo 23

Decidido a que Victoria escuchara cada una de mis palabras antes de dejarla marchar para que no le quedara duda alguna de lo que sentía, la llamé nada más levantarme. Para mi desgracia, la persona que contestó al teléfono no fue otra que la arisca tía Mildred, quien desahogó conmigo cada una de las quejas que tenía sobre el comportamiento de mi revoltosa sobrina, Helena.

Mientras me preparaba para ir en busca de Victoria, simplemente dejé que la anciana se despachara a gusto con su enrabiado sermón sobre el traumatizante daño psicológico que había sufrido ese chucho sarnoso de Henry mientras yo abandonaba mi móvil encima de la mesa y no prestaba demasiada atención a sus palabras. En ocasiones me acercaba y musitaba estar de acuerdo con esa loca mujer, pero, mientras ella proseguía con su interminable discurso, tuve tiempo de desayunar, darme una ducha, decidir qué ponerme para estar meramente presentable ante los ojos de Victoria y comprar un bonito presente con mis escasos recursos.

Creo que finalmente tía Mildred se dio cuenta de que nadie la escuchaba cuando en mitad de su discurso sobre Henry me hizo una nueva declaración de guerra intentando separarme otra vez de la mujer a la que amaba.

—¡Y sin duda a Henry le quedarán secuelas sobre el maltrato recibido y...! ¡Señor Lowell! ¡Señor Lowell! ¿Me está escuchando? ¡Si no lo está haciendo, pienso que lo hará cuando le notifique que me pienso llevar a mi sobrina de este pueblucho en este mismo instante! ¡Y no intente acercarse a ella! ¡He dado órdenes a Víctor de impedirle la entrada en mi propiedad!

—¿Ni siquiera va a permitir que me despida de ella?! —grité furioso, dejando de ignorar a esa irritante anciana y apretando con fuerza el teléfono entre mis manos.

—No le prohibiré verla, señor Lowell, pero tampoco se lo pondré fácil... — declaró, vanagloriándose, mientras me colgaba. Y esta vez fui yo el ignorado cuando cada una de mis siguientes llamadas fueron rechazadas.

Intenté desesperadamente contactar con Victoria una y otra vez, pero la respuesta siempre era la misma. Ante mis ojos veía cómo ella se alejaba sin escucharme, sin entender por qué la había apartado de mi lado y con un nuevo daño en el corazón del que esta vez yo era responsable.

Como sabía que las órdenes de esa anciana siempre eran cumplidas a rajatabla por sus fieles empleados, ni me molesté en acercarme a su casa. Me pregunté cómo podía llegar a la mujer que amaba para hacerle comprender que lo nuestro aún no había terminado. Mientras caminaba con celeridad hacia mi vehículo, comenzó a llover. Ignoré la inclemente meteorología, que sólo era un obstáculo más en mi camino para llegar a Victoria en el menor tiempo posible, y, mientras conducía como un loco hacia mi incierto destino, supe cuál era el lugar indicado donde esperarla, un sitio que sin ninguna duda ella no podría olvidar y en el cual no podría ignorarme ni a mí ni a ninguna de mis palabras. Y aunque tuviera que esperar todo el día bajo la lluvia, ¿qué era eso en comparación con estar toda una vida separados si ella no llegaba a comprender que yo aún la amaba?

Ese día Victoria se había levantado decidida a escuchar finalmente las palabras de Dan.

Éste se empeñaba en tratar de explicar las dudas que tenía acerca de una relación que ya se había acabado... pero, aunque había intentado evitarlas con insistencia, Victoria sentía que, si no escuchaba lo que ese hombre tenía que decirle, entre ellos siempre quedaría un vacío y una pregunta sin respuesta.

Todo había pasado tan rápido esa mañana que Victoria no tuvo tiempo de verlo, ni mucho menos de hacer una llamada para quedar con él. Su tía se había levantado bastante enfadada por la trastada que esos niños habían llevado a cabo con Henry y, pese a que el perro no hubiera sufrido daño alguno, una partida que estaba prevista para las seis de la tarde se había adelantado a esa misma mañana, después del desayuno.

Así que Victoria había estado muy ocupada organizándolo todo y gestionando que la nueva casa quedara debidamente cerrada y cuidada mientras ningún Wilford hiciera acto de presencia en aquel lugar.

Después de escuchar los gruñidos de desagrado que tanto tía Mildred como ese chucho dirigían a ese recóndito pueblo, Victoria dudó de que alguno de ellos se decidiera a volver a poner un pie en él por muchos años que pasaran. Pero ella, a pesar de lo mucho que había protestado y gritado, a pesar de las faenas que habían perpetrado contra ella los habitantes del lugar, al pensar en la posibilidad de marcharse sin volver su vista atrás, no dejó de rememorar los buenos momentos que había vivido allí, todos ellos gracias a una única persona: Dan Lowell.

Éste no era un hombre fácil de olvidar y, pese a las palabras que Dan le había dirigido, alejándola así de su lado, ella no quería borrarlo de su mente por mucho que le doliera, porque él había sido el único hombre al que había amado de verdad.

La mañana pasó tan rápidamente que, cuando quiso darse cuenta, Victoria ya estaba en el interior de la enorme limusina junto a tía Mildred y ese chuchito lastimero que no cesaba en sus quejas. Mientras su tía y Harry ultimaban algunos negocios que se habían mantenido parados por su ausencia, Victoria no podía dejar de observar a través de los cristales empañados por la leve llovizna cómo, poco a poco, se iban alejando de Whiterlande y, sin poder resistirlo, algunas lágrimas empañaron su rostro por todo lo que dejaba atrás para seguir a sus seres queridos y hacer frente a los deberes que comportaba su digno apellido.

En momentos como ése, Victoria pensaba que lo daría todo por no portar ese apellido que tantas responsabilidades conllevaba y tanto la alejaba de su mayor deseo, que no era otro que ese loco veterinario al que, después de todo, nunca dejaría de amar.

Mientras veía el camino, absorta en sus pensamientos, más de una vez estuvo tentada de llamarlo. Pero sus dedos no tuvieron el valor de contactar con él para decirle... ¿Qué? ¿Que no había cumplido su promesa? ¿Que se marchaba sin oír sus palabras? ¿Que se alejaba de él para siempre?

Victoria temía que, si hacía esa llamada, si pronunciaba esas palabras en voz alta, todo sería más real, y la distancia que los separaba se haría aún más grande. Sus manos temblaban, indecisas, cuando el suntuoso coche de tía Mildred se acercó a ese cartel que tanto había odiado cuando llegó a Whiterlande, que realmente no hacía otra cosa que dar la bienvenida a quienes llegaban al pueblo, pero que para Victoria ahora sólo hacía más definitiva su marcha.

Sus borrosos ojos estuvieron a punto de no advertir una vaga imagen que, aun después de observarla con atención, parecía una estúpida locura: Dan Lowell, con su moto, junto al cartel de entrada al pueblo y portando un ramo de flores un tanto mustio la esperaba a ella, sin importarle el frío que hacía, el agua que lo empapaba o el tiempo que tendría que esperar hasta que ella pasara junto a él. Su rostro mostraba una gran determinación: ese hombre estaba decidido a ser escuchado y ella, finalmente, no podía negarse a oír esas palabras.

—¡Para el coche, Víctor! —gritó Victoria de repente y, ante el asombro de tía Mildred, bajó con celeridad de la enorme limusina sin que ésta pudiera hacer nada para detener sus pasos.

Cuando llegó junto a Dan, no pudo resistir sus ganas de abrazarlo y, mientras él la envolvía en la seguridad de su cuerpo reteniéndola con fuerza junto a sí, como si se resistiera a dejarla marchar, Victoria escuchó al fin cada una de las dudas de Dan y supo que no podría hacer otra cosa que seguir amándolo con más intensidad todavía, ya que sus palabras le demostraban que Dan nunca había dejado de quererla.

—Mis dudas son muchas, Victoria, y no tengo tiempo para exponerlas todas. Pero una de ellas es que dudo sobre si dejarte marchar, porque no sé si te olvidarás de mí tan pronto como cruces esa estrecha línea que separa nuestros caminos. Tal vez te olvides pronto de mi rostro entre tanto glamuroso abogado, o de mis regalos, que nunca serán tan especiales como los que te ofrecerán esos hombres de la ciudad. Puede que desdeñes los momentos que pasamos juntos porque tal vez estés demasiado ocupada con tu nueva vida para recordarlos. Y mis palabras, que nunca son especiales, posiblemente sean relegadas al fondo de tus recuerdos ante los hermosos y elegantes halagos de hombres que saben cómo tratarte y a los que estás acostumbrada desde tu infancia.

»A pesar de todos mis miedos, sé que debo dejarte partir, porque la duda más grande que me perseguiría toda la vida es si no te arrepentirías en algún momento de haberte quedado a mi lado y haber dejado escapar esta oportunidad que ahora se presenta en tu carrera. Por ello te alejo de mí, Victoria, pero esto no es una despedida, sino un hasta pronto. No me olvides, como yo nunca podré olvidarte. Y ten presente que un día iré a por ti. —Tras estas palabras, Dan la besó ardientemente, recordándole lo mucho que la amaba y cuánto la añoraría.

Victoria no intentó quedarse junto a él porque sabía que Dan nunca le permitiría cometer ese error, así que simplemente murmuró un silencioso «Hasta pronto», mientras se alejaba de un hombre al que nunca podría olvidar.

A medida que se distanciaba de él, Victoria observó que en el rostro de Dan las gotas de lluvia se mezclaban con sus lágrimas, permitiéndole expresar abiertamente lo mucho que le dolía dejarla marchar. Ella contempló finalmente a un hombre que sin duda la amaba, y sonrió con desgana ante lo irónico de la situación: cuando al fin había encontrado lo que tanto deseaba, tenía que alejarse de él para no arrepentirse nunca de haber elegido amarlo.

Después de algunos meses de duro trabajo, al fin tenía el reconocimiento que siempre había deseado. Podía pasear a mis anchas por el bufete de tía Mildred sin oír

tras de mí alguna risita o algún que otro molesto y chismoso susurro, y tras mi nombre ahora sólo se oían halagos y palabras de admiración. Ya no era la abogada del chuchosarnoso, sino una gran profesional cuyos casos salían en la prensa y cuyo nombre, al igual que el ilustre apellido que llevaba, era respetado por todos. Increíblemente, yo, una novata y contra todo pronóstico, había conseguido ganar el juicio de Loren, un juicio que acabó en la prensa porque alguien anónimamente había gritado el nombre de los Wilford a los medios de comunicación, y éstos quisieron hacer un jugoso reportaje de esa causa, ya fuera para alabar ese famoso apellido o para hundirlo en la miseria.

Por fortuna todo salió bien y la fama de ese caso trajo muchos nuevos clientes al bufete de mi tía, y a mí, un merecido lugar en él. Debería ser la mujer más feliz del mundo, ya que al fin había conseguido alcanzar la meta que tanto había estado persiguiendo, pero esa meta se había quedado atrás después de conocer a un hombre que había cambiado todo mi mundo.

Dan Lowell me había hecho ver que el dinero o el prestigio de ese apellido que yo tanto valoraba carecían de importancia si no podía permanecer junto al hombre que amaba. En muchas ocasiones me sentía tentada de coger el teléfono y volver a oír su voz, o de presentarme en Whiterlande para no marcharme jamás de ese pequeño y molesto pueblo que finalmente me había robado el corazón... pero luego desistía de mis impulsivas ideas, consciente de que Dan no me permitiría quedarme a su lado hasta que decidiera que yo nunca me arrepentiría de esa decisión.

En otros momentos simplemente me deprimía pensando que él me habría olvidado con facilidad y que, seguramente, en esos instantes estaría disfrutando de su alegre vida de soltero en brazos de alguna de las pegajosas mujeres que tanto lo perseguían allí. ¿Cuánto tiempo sería suficiente para que Dan se diera cuenta de que, a pesar de que todos mis sueños se hubieran cumplido, mi único deseo en esta vida era estar a su lado?

Desde mi nuevo y lujoso despacho, enterrada entre los archivos de un nuevo caso, no podía alejarlo de mi mente. Así que, enfadada con ese hombre y su estúpida idea de alejarme de su lado, decidí anotar en mi agenda electrónica una fecha, dándole a ese obtuso de Dan un plazo de tiempo para que viniera en mi busca. Si para cuando finalizara ese plazo él no había decidido venir a por mí, sería yo quien iría a su encuentro, para demostrarle que en esta vida él era lo único que me importaba.

Más animada tras adoptar esa resolución, seguí inmersa en mi trabajo ignorando una vez más las llamadas de mi adorable tía, que aún intentaba alejarme de Dan

presentándome a un sinfín de solteros y haciéndome asistir a innumerables y prestigiosos eventos en su nombre con la esperanza de que conociera a algún hombre que me hiciera olvidar a mi veterinario.

Por lo visto, la fama y el éxito atraían a innumerables individuos bastante inadecuados: muestra de ello era el impresentable de Peter, que todavía intentaba hacerme creer que él era el hombre de mi vida. Pero yo no estaba dispuesta a caer tan fácilmente como antes en esas estúpidas mentiras. Después de todo, yo ya había conocido a ese hombre y, aunque por el momento estuviéramos separados, estaba más que decidida a ir a por él con todas las armas de las que una Wilford era capaz de usar.

De repente, una llamada telefónica interrumpió mis pensamientos. Como eran las cinco, no tuve dudas de que se trataba de un peludo sarnoso que de nuevo reclamaba su cuota diaria de atención. Definitivamente, no marcharme de casa de tía Mildred había sido un gran error. Por ello estaba decidida a mudarme a un lugar bien alejado de esos dos personajes que siempre se entrometían en mi vida...

Así transcurría mi apasionante día a día: sumergida en el trabajo, rodeada de moscones y con las insistentes llamadas de un baboso enamorado.

—¡Qué más se puede pedir! —declaré irónicamente atendiendo esa insistente llamada que no cesaría hasta que Henry escuchara mi voz. Y, mientras ignoraba los gruñidos de Henry, miré pensativamente la fecha que había señalado rogando porque Dan no tardase mucho en venir en mi busca, o definitivamente sería yo la que iría a por él.

—¡Ya falta menos! —exclamó Dan mientras tachaba otro día en el viejo calendario que tenía colgado junto a la puerta y se derrumbaba cansadamente en el maltrecho sofá de su solitario apartamento.

Desde el momento en el que dejó marchar a Victoria, Dan se había propuesto cumplir su promesa y volver por ella. Se había dado de plazo un año. Un año en el que estaba decidido a devolver todo el dinero que la vieja arpía de tía Mildred le había prestado para que, definitivamente, esa anciana no pudiera poner impedimento alguno a que estuviera con su sobrina, declarándolo una vez más un interesado.

Un año en el que no irrumpiría en la vida de Victoria para no convertirse en un obstáculo en su escalada hacia el éxito. Un año en el que no la llamaría ni contactaría con ella para no echarla aún más de menos y arrojar por la borda sus buenas

intenciones de concederle ese tiempo que le permitiera darse cuenta de si era el éxito todo lo que necesitaba y él solamente había sido un capricho pasajero.

Un año que Dan no sabía si podría aguantar, porque su vida sin ella era un infierno. A cada minuto que pasaba sin Victoria, se preguntaba si ya lo habría olvidado; si, entre los prestigiosos y adinerados hombres que la rodeaban, un humilde veterinario como él sería descartado con facilidad, y si los momentos que habían vivido juntos serían recordados con añoranza o sólo como un grato recuerdo de un hombre con el que jugar.

Todos los días desde que ella se marchó, Dan trabajaba hasta desfallecer en innumerables tareas, ya fuera ayudando a su padre en la venta de casas, a su cuñado en pintar esos aparatosos muebles que elaboraba o ejerciendo en su preciada clínica, que se veía cada vez más desolada desde que Victoria se había ido.

Todo su esfuerzo se centraba en cumplir dos objetivos: uno de ellos era muy simple, conseguir ahorrar el dinero que necesitaba para restregárselo por las narices a la anciana impertinente que quería alejarlo de su sobrina, y el otro, tal vez el más complicado, no ceder ante la tentación de llamar a Victoria o ir en su busca para quedarse junto a ella para siempre, ya fuera en esa gran ciudad o en el pequeño pueblo que siempre lo había adorado.

En este último objetivo había fallado en más de una ocasión, ya que Dan no había podido resistirse a escaparse de su ajetreada vida cada vez que podía para ver a esa aguerrida mujer en los juzgados. Sólo una vez se había acercado a ella, y fue únicamente para recordarle lo fuerte que era cuando más lo necesitaba. Después de ese día, simplemente se limitó a admirarla desde lejos. Escondido entre los asistentes de algunos de los juicios de Victoria, Dan admiraba a la mujer a la que amaba y a la que creía que jamás podría alcanzar, pero, aunque no llegara a presentarse frente a ella porque aún no era el momento indicado, cada vez que vislumbraba nuevamente su imagen retomaba las fuerzas que necesitaba para cumplir sus objetivos y convertirse en ese hombre que ella nunca podría rechazar.

Porque, cuando volvieran a reunirse, Dan estaba dispuesto a demostrarle lo mucho que la amaba y que nadie era más adecuado para ella que un hombre que alejaba de sí su corazón sólo para verlo avanzar en la vida cumpliendo cada uno de sus sueños, aunque él no fuera uno de ellos.

Pero ¿y si cuando volvieran a reunirse era demasiado tarde para ambos y ella ya lo había olvidado o simplemente había encontrado a alguien mejor? Tentado una vez más de escuchar el simple sonido de la voz de la persona que más añoraba, Dan sacó

el teléfono móvil de su bolsillo, pero, antes de que marcara número alguno, éste comenzó a sonar.

—¿Sí? Al habla Dan Lowell... —contestó Dan, resignado a atender una vez más las llamadas de sus inquietos familiares que no dejaban de asombrarse al ver cómo el despreocupado e irresponsable Dan Lowell al fin había madurado.

—Nunca creí que tendría que decirte esto, pero ¿no crees que estás trabajando demasiado? Tal vez sería bueno que te tomaras un descanso y...

—Descansar no entra en mis planes de momento. Tal vez, después de un año, me lo piense —interrumpió Dan abruptamente a su insistente hermano mayor.

—En serio, ¿crees que una mujer merece todo el esfuerzo que estás haciendo, si ni siquiera sabes qué ocurrirá cuando vayas en su busca? —declaró Josh, sabiendo que cada una de las acciones de su hermano sólo eran para estar con Victoria.

—Dímelo tú, Josh... ¿vale la pena esforzarse por la mujer a la que amas? —replicó Dan, consciente de que la historia entre Josh y Molly Peterson había estado llena de malentendidos desde la adolescencia y, a pesar de que Josh siempre había jurado olvidarla, cuando se volvían a encontrar la historia entre ellos irremediablemente continuaba. Su amor por Molly era algo de lo que su hermano siempre se había negado a hablar, pero, ahora que su nombre estaba en la pizarra de Zoe, no podía hacer nada por ocultarlo.

—Aún no lo sé. Creo que eso es algo que ambos tendremos que averiguar a su debido tiempo —confesó Josh, uniéndose a su depresivo hermano.

—Por lo menos Molly ha vuelto a Whiterlande y parece que en esta ocasión está decidida a quedarse...

—Eso es porque aún no conoces a Molly: en cuanto le dé la espalda, huirá nuevamente de mí o me la arrebatará su sobreprotectora familia... Alégrate, hermano, de que tú por lo menos sabes dónde está Victoria y siempre podrás encontrarla.

—Algún día tendrás que contarme la historia que hay entre Molly y tú. No comprendo por qué te has negado a hablar de ella hasta ahora.

—Fácil: porque, con un bocazas quejumbroso en la familia, nos basta —respondió Josh cambiando repentinamente de tema, haciéndole saber a su hermano que Molly era algo de lo que él aún no estaba preparado para hablar.

—Pues te advierto que Alan y yo estamos muy decididos a apostar en esa pizarra del bar de Zoe en la que está escrito tu nombre —confesó Dan, sonriendo con malicia ante la confusión de su alterado hermano, que aún desconocía que él era el nuevo motivo de chismes de todo el pueblo.

—¡No me jodas! ¿Y qué pone? —exigió saber Josh, bastante exaltado, esperando impaciente su contestación.

—Eso, sin duda, es algo que tendrás que averiguar tú mismo —replicó Dan poco antes de colgar, decidido a divertirse con la historia de amor de su hermano tanto como Josh había hecho con la suya.

Tras sonreír con la idea de que ahora era el turno de Josh de hacer el idiota por amor tanto como lo habían hecho Alan o él mismo, Dan volvió de nuevo a derrumbarse en el sofá en el momento en el que comprendió que su historia todavía no había concluido, y que no sabía si finalmente habría un final feliz cuando Victoria y él volvieran a encontrarse.

Capítulo 24

—¡Último día! —exclamé orgulloso mientras tachaba alegremente la esperada fecha señalada en el calendario, con mi improvisado equipaje en una pequeña bolsa y una sonrisa en mi rostro, muy dispuesto a emprender mi viaje para recuperar a Victoria.

Increíblemente y contra todo pronóstico, había acabado cumpliendo cada uno de los objetivos que me impuse antes de ir a por Victoria. Ahora sólo faltaba ver si ella me había olvidado o no, y, si así era, pensaba recordarle cada una de las razones por las que una vez me había amado. Si estaba con otro hombre, la arrebataría de los brazos de cualquiera, porque, por muy distinguido o rico que éste fuera, nunca la amaría como yo. Y esta vez nada ni nadie me impediría estar junto a ella.

Mi clínica quedaría en manos de Tom Clarens, un amigo y compañero de estudios de la universidad con el que había contactado, hasta que decidiera qué hacer con ella. Ante mi insistencia, Tom había decidido mudarse a Whiterlande para hacerme ese gran favor, y, para mi sorpresa, en los últimos días, Nina se había convertido en la eficiente ayudante que siempre había ignorado que era. Eso sí: sólo cuando estaba frente a Tom.

Pensé en despedirme de todos antes de marcharme a la ciudad en busca de una mujer que aún no sabía si me esperaba o simplemente se había olvidado de mí. Luego lo descarté, sabiendo que, siempre que iba a visitar a mis familiares, éstos huían como la peste de cada una de mis lamentaciones.

Realmente no sabía cuándo volvería a Whiterlande, o si lo haría en alguna ocasión, pero lo único que me interesaba en esos momentos era recuperar a la mujer a la que amaba. Lo demás, sencillamente, carecía de importancia alguna en mi vida.

Pensé en cómo debía reencontrarme con Victoria para que ella no tuviera duda alguna de que había ido en su busca y, mientras miraba una dirección en un viejo y arrugado papel, supe que la primera parada en Boston no sería para ver a la mujer a la que amaba, sino que se trataría de una visita muy necesaria para dejar claro a todos que en esa ocasión no pensaba alejarme de ella.

Mildred Wilford observaba desde su despacho del bufete, al que ya acudía muy

pocas veces, cómo había cambiado su sobrina en el último año. Después de su primer juicio, en el que el infame Peter Talred dejó sola a una novata ante un complicado proceso pretendiendo poner en ridículo su ilustre apellido, Victoria había conseguido triunfar en el caso de Loren. Su primer pleito en solitario, tras el cual, y gracias a su sobrina, esa mujer consiguió recuperar todos sus bienes y anular su matrimonio, además de librarse del bruto de su exmarido.

¡Quién hubiese podido llegar a averiguar, salvo su minuciosa sobrina, que Loren se había casado siendo menor y sin el permiso de familiar alguno! Victoria no llegó a realizar una petición de divorcio, sino que mostró ante los tribunales cómo el maltrato de ese hombre había comenzado antes del matrimonio y se había aprovechado de una inocente menor atándolo a él de por vida. Ante esos hechos, los avales aportados por Loren fueron anulados, y sus posesiones le fueron devueltas.

El arresto del exmarido de Loren por allanamiento e intento de asesinato no le favoreció en absoluto y, cuando el abogado de ese impresentable se quiso hacer oír, Victoria ya tenía al juez en el bolsillo. Ésa fue la primera vez que Mildred disfrutó con la innata maestría que mostraba su sobrina en un juzgado.

A ése le siguieron muchos más triunfos. Sin duda, Victoria era digna de su apellido, pero había algo que no terminaba de gustarle a Mildred, y era ese triste semblante que siempre cubría su rostro cuando finalizaba su trabajo. Victoria únicamente vivía para el bufete, se negaba a salir, a divertirse o a desconectar, y Mildred sólo conseguía obligarla a abandonar su doliente encierro cuando se trataba de algún asunto relacionado con el trabajo.

Mildred Wilford sabía en lo que estaba pensando su sobrina en todo momento, que no era otra cosa que en aquel insufrible individuo que, a pesar de todo el tiempo que había pasado, todavía seguía empeñado en demostrarle a todos lo adecuado que era para su sobrina. Y poco a poco, con su empecinado comportamiento, lo estaba consiguiendo.

Increíblemente, Dan Lowell había sido capaz de devolverle casi todo su dinero en un tiempo récord, lo cual sólo podía significar que, si el señor Lowell quería algo, indudablemente más tarde o más temprano lo conseguía.

Y ese hombre, en definitiva, quería a su sobrina.

Tal vez su carrera no fuera lo primero para esa Wilford en concreto como en un principio sí lo fue para ella misma, ya que Victoria no tenía vida fuera del trabajo, y la pasión que había demostrado en su primer caso iba disminuyendo cada día.

Si pudiera, Mildred le diría nuevamente a su sobrina que ese hombre no era el que

ella se merecía, ¡pero cómo decirle eso, si el viejo juez de ese olvidado pueblo la llamaba a cada instante para contarle que Dan coleccionaba como un adolescente enamorado cada recorte de prensa donde salía Victoria, que acudía a sus juicios cada vez que podía para observarla desde lejos como un mero espectador, que la seguía amando desde la distancia como el primer día y que tenía exactamente el mismo rostro desolado que mostraba su sobrina, únicamente por permanecer alejado un día más de la persona que amaba...!

Definitivamente, Mildred ya no se opondría más a que ese joven formara parte de su familia. Ahora sólo faltaba pensar cómo atraerlo desde ese olvidado pueblo hasta su bulliciosa ciudad.

Mientras ideaba alguno de sus alocados planes, la llamaron desde recepción para indicarle que un mensajero había dejado un sobre para ella. Mildred hizo que uno de los becarios se lo llevara a su despacho y, después de despedirlo con un simple movimiento de mano, lo abrió con desgana a la espera de hallar otra pesada invitación a alguna fiesta o alguna queja de un resentido expleado.

Cuando leyó el mensaje, Mildred supo que ya no tendría que llevar a cabo ninguno de sus planes. Después de todo, Dan Lowell ya estaba allí. Así lo demostraba la nota que dejó despreocupadamente sobre su mesa, y que decía:

Último pago, vengo a por ella.

Tía Mildred sonrió y, decidida a ayudar a ese atolondrado hombre, hizo que le enviaran una invitación que él no pudiera rechazar. Ésa fue la parte fácil. La difícil sería convencer a su sobrina para que acudiera a tan distinguido lugar.

Después de llamarla por teléfono y sacarla de su despacho, donde estaba enterrada bajo una montaña de papeles, Mildred intentó convencer a Victoria para que asistiera de nuevo a algún evento donde la comida no fuera insulsa y el tema principal no fuese el último juicio celebrado.

Para su desgracia, el único acontecimiento que tenía lugar ese día tal vez no fuera demasiado adecuado y su sobrina se resistiera a ir con uñas y dientes, pero si por algo eran conocidos los Wilford era por el gran poder de persuasión que ostentaban y, sin duda, ella aún era la mejor en ese aspecto.

—Tía, ¿para qué me has hecho venir? Todavía estoy con el caso Merlin, las alegaciones son dentro de unos días y aún no sé qué decir.

—Victoria, quiero que salgas.

—¿Tienes un nuevo caso para mí? —preguntó prudentemente, prevenida ante las trampas que siempre le ponía su anciana tía para que acudiera a alguna cita.

—No, esta vez tendrás que asistir como mi representante a un evento social.

—¿De qué se trata esta vez: de apadrinar una foca, de asistir a una función de ancianos del coro o de entregar un exorbitante cheque en alguna de esas pomposas galas benéficas? —comentó Victoria con hastío mientras revisaba su apretada agenda.

—Tendrás que asistir a la fiesta de celebración con motivo del nombramiento del nuevo socio del bufete.

—¿Y quién es el iluminado en esta ocasión?

—Peter Talred.

—¡Estás loca o has perdido el juicio si piensas que voy a darle la mano a ese tiparraco que me dejó sola para que arruinara mi primer juicio! ¡¿Es que has comenzado a chochar o no conoces a tu sobrina?! ¡Por nada del mundo pienso asistir a ese evento! Manda a Harry, o ve tú misma, ¡pero definitivamente, olvídate de mí!

—Irás tú porque eres una Wilford y, por tanto, la que mejor me representa. Con tu presencia le demostrarás a ese tipejo que ya no te importa en absoluto y también demostrarás a todos que las palabras que él dejó caer un día en sus oídos contra ti sólo eran maliciosas mentiras.

—¡Ésta es la última vez que me manipulas, tía Mildred! ¡Y ése será el último evento al que vaya en tu nombre! Desde mañana pienso mudarme a una nueva casa lo más lejos posible de tus artimañas.

—Lo sé —suspiró resignada tía Mildred, pidiéndole a Victoria un último favor—. Por favor, asiste a ese evento. Es importante para mí y, sin duda, para ti también lo será.

—Lo dudo mucho —replicó Victoria, bastante molesta, mientras salía airadamente del despacho de su tía dando un fuerte portazo con el que mostrar su descontento.

—¡Niños! Nunca son demasiado mayores para tener sus berrinches... —opinó con sabiduría la anciana mientras observaba cómo su sobrina se alejaba de su vida para comenzar a volar por sí misma. Ya era hora de dejar de protegerla. Ahora era toda una Wilford y, sin duda alguna, sabría caminar por sí sola tan bien como lo había hecho ella misma en su momento.

Victoria se había vestido con uno de esos elegantes trajes de noche que en alguna

ocasión su tía le había obligado a comprarse. Era negro y largo hasta los tobillos. Por delante, bastante recatado, sin escote alguno y cogido al cuello dejando sólo los brazos y parte de los hombros expuestos; sin embargo, por detrás mostraba tentadoramente toda su espalda hasta el principio de ese lugar donde ésta perdía su nombre.

El único adorno que llevaba eran unos caros pendientes de diamantes, que lucía abiertamente, ya que su peinado consistía en un recatado recogido nada atrayente, y el único toque coqueto que se había permitido eran un par de zapatos negros de pedrería, con unos afilados tacones de aguja.

Una vez más, Victoria asistía a una de esas aburridas fiestas del bufete que se organizaban en las opulentas oficinas para que todos los socios capitalistas observaran en qué se había invertido su dinero. Una cena tipo bufé frío, música en vivo y montones de petulantes y arrogantes abogados... eso era lo normal en esos anodinos eventos.

Como siempre, tía Mildred los esquivaba como a la peste, y era ella, su única sobrina, la que tenía que aguantar cada uno de los insufribles comentarios hacia los Wilford, ya fueran insustanciales halagos o malévolas críticas sobre su labor en la abogacía.

Desde que ganó su primer caso, nadie había vuelto a meterse con ella, tal vez porque les demostró a todos de qué pasta estaba hecha y que ese apellido que llevaba nunca le vendría grande. Quizá, si alguien se hubiera interesado en conocer la verdad, habría averiguado que todo su aguerrido comportamiento en el juzgado aquel día se debía únicamente a una persona en concreto.

Después de que Peter la dejara sola para defender a Loren en un complicado caso, ella pidió un receso que aprovechó para esconderse en los baños, sin saber qué hacer o cómo proceder. En esos instantes estaba muerta de miedo. Sabía que tenía que defender a Loren, pero no quería perder y arrastrar con ella a una mujer que se había convertido en su amiga. Increíblemente, la persona que menos esperaba encontrar allí apareció en el momento más oportuno. Dan se adentró en el baño de mujeres y, saltándose todas las normas y convenciones sociales, cerró el pestillo. Luego, simplemente cogió las temblorosas manos de Victoria entre las suyas y le dijo:

—Haz lo que mejor sabes hacer, princesa: defender a aquellos que quieres con toda la pasión de la que eres capaz. Y demuéstrales a todos... no que eres una Wilford, sino que eres mi amada Victoria, una mujer con un genio de mil demonios que siempre sabe cómo hacerse escuchar.

Tras esas tiernas palabras, Dan le dio un gentil beso en los labios y desapareció, pero mientras ella presentaba sus alegatos, mientras defendía a Loren poniéndose en la piel de su cliente y mostrando a todos el miedo y la impotencia que se podía sentir en situaciones como éstas, Victoria sabía que Dan la estaba observando a cada paso que daba y eso le dio fuerzas para ganar.

Después de ese día no lo había vuelto a ver y, tras un año, Victoria se preguntaba si ese hombre al que aún amaba la habría olvidado o todavía guardaría algún grato recuerdo de la mujer que una vez había amado.

Definitivamente, el plazo que había apuntado en su agenda electrónica hacía algún tiempo que había finalizado, y ese hombre debería comprender que, indudablemente, ellos debían estar juntos, ya fuera en Boston o en el pequeño pueblo en el que sus vidas se habían cruzado. Y si aún no lo entendía, ya se encargaría ella de que lo hiciera cuando fuera en su busca. Porque, evidentemente, ya era hora de que los dos volvieran a encontrarse.

Mientras pensaba cómo comunicarle a tía Mildred que a la mañana siguiente partiría en busca del hombre al que amaba, Victoria se apoyaba en una de las columnas del bufete sosteniendo entre sus manos una elegante copa de un seco Martini, a la vez que se dejaba ver por todos para dejar constancia de que una Wilford había hecho acto de presencia en ese evento. Porque por nada del mundo pensaba acercarse a esa despreciable sanguijuela de Peter para felicitarlo por alcanzar una posición que, sin duda, solamente había conseguido con engaños y mentiras.

Como Peter estaría ocupado durante toda la noche recibiendo felicitaciones y halagos de todos, por lo menos Victoria se libraría de aguantar una velada llena de amargos reproches y estúpidas mentiras, o eso era lo que pensaba hasta que a su espalda resonó la chillona voz de una arpía, que ella conocía bastante bien.

—¡Oh, pero si es Victoria Olivia Wilford, la última promesa de la abogacía! ¡Y, para variar, ha vuelto a venir sola a uno de estos eventos! —recalcó la pérfida bruja, que de nuevo era la prometida de Peter y que últimamente se creía que todas las mujeres iban detrás de su futuro marido.

—Hola a ti también, Jennifer —saludó Victoria, levantando con ironía su copa y deseando tener algo más fuerte entre sus manos para soportar los desvaríos de esa bruja.

—¿A qué has venido? Ya te digo que, si piensas intentar recuperar a Peter, no tienes ninguna posibilidad: ya hemos comprado una casa, y muy pronto tendremos la

fecha para nuestra boda. Además, a mí no me va pasar como a ti, porque yo soy suficiente mujer para él y...

En el instante en el que la mente de Victoria comenzaba a divagar sobre algún aburrido programa de televisión para ignorar las necesidades de esa idiota, alzó la vista de su solitario Martini para ver delante de ella la imagen más seductora de todas: un atractivo hombre de hermosos ojos azules, revueltos cabellos rubios y un impresionante cuerpo que hasta ahora no había tenido el placer de apreciar ataviado con un elegante e impecable traje, que se dirigía hacia ella con paso decidido.

—Todo tuyo —dijo con despreocupación Victoria mientras entregaba su copa distraídamente a una boquiabierta Jennifer, refiriéndose con esas palabras tanto a su bebida como a su exnovio, que ya no tenía cabida alguna en su vida—. Para tu información, yo no cometo dos veces el mismo error. Ni me quedo con artículos de saldo: sólo de primera calidad —declaró, decidida a ir al encuentro de Dan porque ya había esperado durante demasiado tiempo por algo que debería haber tenido el valor de reclamar como suyo.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde está ese maravilloso hombre tan adecuado para tu prestigioso apellido? —preguntó despectivamente la infame mujer sin percatarse del apuesto individuo que se aproximaba a ellas.

—No te preocupes por mí, querida Jennifer; aunque llega un poco tarde, finalmente ese hombre ha venido...

Cuando Dan llegó hasta ellas, ante el asombro de una atónita Jennifer, besó teatralmente la mano de Victoria para luego pasar a recordarle la promesa que le había hecho en una ocasión y que ella nunca pudo olvidar, a pesar del paso del tiempo.

—Te dije que vendría a por ti, princesa mía —declaró Dan abiertamente ante todos.

Y Victoria, sin poder evitarlo, lo abrazó sin terminar de creerse que ese hombre estuviera realmente a su lado. Los dos, ignorándolos a todos, se alejaron. Y en mitad de una improvisada pista de baile de la que pocos se atrevían a disfrutar, unieron sus cuerpos al son de una música que ocultaba sus palabras, que, después de tanto tiempo, eran tantas que no sabían por dónde empezar.

—Un año sin llamadas, sin cartas, sin venir a verme... ¿se supone que debo seguir amándote? —reprochó Victoria, haciendo salir a la abogada que llevaba dentro.

—Un año recortando todos los artículos de periódico donde salía tu nombre, asistiendo a escondidas a algunos de tus casos sólo para verte durante unos instantes,

trabajando en mi clínica o para mi padre, e incluso para mi cuñado, para tratar de reunir todo el dinero que me diste y ser un hombre digno de ti... Un año sin poder olvidarme de ti en ningún instante. Un año que para mí ha sido eterno. ¿Cuánto más crees que puede sobrevivir un hombre sin su corazón? —preguntó Dan, mientras colocaba una de las dulces manos de Victoria sobre su pecho, donde su desbocado corazón sólo latía por ella.

—¿Y qué harás si te digo que ya no te quiero? —tanteó Victoria, decidida a escuchar la respuesta de ese hombre que nunca la decepcionaba.

—Recuperarte día a día —replicó, mientras con una de sus manos sujetaba con ternura la mano de Victoria y con la otra rebuscaba algo en su bolsillo—. Porque, como te dije en una ocasión, nunca te dejaré marchar. Y con esas palabras no me refería a un lugar como mi pueblo o esta hermosa ciudad, sino a mi corazón, que siempre pertenecerá a una única mujer... —confesó, colocando al fin en uno de sus dedos un hermoso anillo y besando con dulzura a Victoria—... a la que amo —finalizó Dan, besando los labios de la persona que más había echado de menos y que tanto había necesitado.

Cuando Dan acabó su beso y la miró esperando una respuesta a sus sinceras palabras, Victoria gritó alocadamente en medio de la seria multitud que los rodeaba.

—¡Te quiero, Dan Lowell! —exclamó, rindiéndose finalmente ante las palabras de él.

—¡Te quiero, Victoria Olivia Wilford, y me importa una mierda tu apellido! —contestó Dan, uniéndose a la alegre locura de su mujer y dejando a todo un bufete desconcertado ante tamaña ofensa—. ¿Y sabes lo mejor? Que muy pronto llevarás el mío, ¡y entonces podrás comportarte como toda una Lowell!

—¿Y cómo se comportan los Lowell? —inquirió Victoria, feliz ante tan tremenda proposición.

—En la vida, como nos da la real gana. Por desgracia, en el amor somos todos unos chiflados atolondrados.

—Creo que me irá bien siendo una Lowell, porque, desde que te conozco, todo mi mundo ha sido una locura —sentenció Victoria, aceptando su nueva vida y abrazando el amor que durante tanto tiempo había buscado.

Más tarde, desde la ventana del hotel donde se había hospedado Dan, Victoria miraba la ciudad que por un tiempo había estado a sus pies, pero que en esos

momentos no era lo que necesitaba. Y recapacitando sobre el nuevo mundo que se expandía ante ella, se decía a sí misma: «Primero fui una poderosa Wilford, en un futuro seré una impetuosa Lowell... y ahora mismo simplemente quiero ser una mujer enamorada».

Tras ese leve susurro a su futuro, Victoria volvió junto al hombre que hasta en sueños la reclamaba. Sonrió ante todos los problemas que aún los separaban y se rio de ellos, porque nunca más los distanciarían por mucho que se empeñaran, ya que ambos estaban decididos a no dejar escapar jamás el intenso amor que sentían en sus impetuosos corazones. A pesar de que la vida se obstinara en mostrarles lo distintos que podían llegar a ser, sus corazones sólo seguían un único camino: el del amor, que ni siquiera la distancia había podido hacerles olvidar.

Epílogo

Después de vivir un tiempo en la ciudad junto al hombre que amaba, ambos decidimos que echábamos de menos ese fastidioso pueblo. Whiterlande nos había conquistado. A pesar de sus vecinos cotillas, de sus entrometidos personajes y de sus mascotas con sobrepeso, teníamos tan buenos recuerdos de ese lugar donde nuestras vidas se cruzaron que decidimos volver a él.

Lo más difícil de todo sería comunicarle a mi sobreprotectora tía y a su leal protegido que Dan y yo pensábamos trasladarnos del dúplex que ella nos había regalado en Boston a alguna bonita y tranquila casa en Whiterlande, donde pasaríamos el resto de nuestras vidas.

La verdad era que, pese a lo molesto que podían llegar a ser tanto mi tía como ese chucho en muchas ocasiones, no quería separarme de ellos. Pero Dan trabajaba en molestas y rígidas clínicas veterinarias de la ciudad, tratando a orgullosos animales y a sus altivos dueños que poco a poco le iban quitando esa sonrisa que tanto amaba en su rostro, y yo no valoraba tanto mi trabajo desde que tenía que llevar importantes demandas de prestigiosas empresas en lugar de tratar con personas tan reales como había sido Loren, mi primer caso.

Me encontraba sola ante la puerta de la enorme mansión de los Wilford, dispuesta a comunicarle a mi tía mi marcha mientras Dan terminaba de empaquetar nuestros bienes. Alcé la mano para tocar la maciza puerta de roble, cuando la puerta se abrió abruptamente y ante mí hallé a Víctor, que transportaba algunas inmensas cajas hacia la entrada.

Tras saludar al leal y eficiente empleado de mi tía, me adentré en la casa dispuesta a averiguar qué ocurría y encontré un gran revuelo en el interior: todos los muebles estaban tapados con viejas sábanas, y decenas de cajas se amontonaban por doquier a lo largo de los pasillos. María corría de un lado a otro con gran nerviosismo sin dejar de maldecir a Henry en ningún momento, quien, como siempre, había robado algún jugoso aperitivo que acabaría de nuevo con su dieta.

Ante la sorpresa por la repentina mudanza de mi tía, la busqué por toda la finca hasta que finalmente la localicé en su despacho guardando en una caja, con mucho cariño, las fotos de mi tío Henry, que ella tanto adoraba.

—Tía Mildred, ¿qué significa esto? —pregunté, confusa, señalando la vacía habitación.

—Nos mudamos a Whiterlande —respondió tía Mildred, tomándome por sorpresa—. Ya sé que te parecerá algo repentino y que tal vez no estés preparada para separarte de mí, pero he encontrado una bonita casa allí, y después de hablar detenidamente con Henry, hemos decidido marcharnos.

La noticia me dejó un tanto confusa, no tanto como la alocada idea de que mi tía hubiera entendido los gruñidos de ese saco de pulgas, pero me sentí feliz al saber que no tendría lejos de mí a mi familia, a la que tanto adoraba.

—Pero ¿y tu bufete? ¿Y tus negocios en la ciudad? ¿Y tus amigos? —indagué con curiosidad.

—Eso no será problema alguno. Harry se encargará de todo en mi ausencia y, si tengo que venir a la ciudad por algún asunto importante, siempre habrá alguien que podrá traerme para arreglar cualquier desaguisado que causen esos inútiles —comentó despreocupadamente mi anciana tía—. Lo más importante y lo que más me preocupa es si tú estarás bien en mi ausencia —se interesó tía Mildred, intentando consolarme con un acogedor abrazo.

—Pues verás, tía, de hecho, yo venía a anunciarte que Dan y yo también hemos decidido mudarnos a Whiterlande —declaré, observando por el rabillo del ojo cómo mi tía sonreía pícaramente ante mi anuncio.

—¿En serio? Eso es algo que nunca hubiera podido sospechar... —soltó Mildred Wilford, haciéndome saber con sus falsas palabras que de nuevo me había manipulado—. Entonces deberíais tener vuestra propia casa allí —afirmó, mientras me entregaba las llaves de la casa de la que me había enamorado y que tantos gratos recuerdos guardaba de mi amor por ese alocado hombre que era Dan Lowell.

—Después de todo —continuó tía Mildred—, a Henry no termina de gustarle y es un desperdicio que esa propiedad acabe abandonada. Además, te prometí una casa y ese cochambroso dúplex que compartes con Dan no puede ser definido como un hogar digno para una Wilford.

—Pero no está nada mal para una Lowell —interrumpió mordazmente Dan, adentrándose en el despacho de mi tía con una ladina sonrisa en el rostro.

—¡Victoria sigue siendo una Wilford y, hasta que no te cases con ella, seguirá llevando mi digno apellido! —exclamó tía Mildred, indignada con su eterno rival, con quien aún quedaba alguna que otra rencilla por resolver.

—¡Ah, pero muy pronto nos libraremos de ese apellido y Victoria pasará a ser una

mujer casada, sin noble apellido o fortuna alguna! —pinchó mi incorregible Dan.

—¿Es que todavía no se lo has dicho? —me preguntó tía Mildred, con una sonrisa llena de satisfacción en los labios.

—¿El qué? —quiso saber Dan, confuso ante el secreto que mi tía y yo guardábamos.

—Mi sobrina posee una fortuna propia que yo he ido administrando a lo largo de los años, pero, hasta que no se case, no podrá tocar ni un solo centavo, así que, aunque te libres de su apellido, nunca lo harás de su fortuna, Dan Lowell —anunció, gratamente satisfecha al ver cómo el rostro de Dan se volvía blanco ante tan sorprendente noticia que no pareció agradarle en absoluto.

Luego, mi aturrido amante simplemente sonrió tan despiadadamente como mi tía y se enfrentó a ella con una contundente mentira que afectó a mi anciana protectora, como siempre hacían las sorpresas que no entraban en sus organizados planes.

—¡Pues entonces no nos casaremos! —dijo, mientras me cargaba sobre sus hombros y me sacaba del despacho a la vez que mi tía lo perseguía por toda la casa sin dejar de reprimirlo junto al, claro estaba, molesto saco de pulgas que siempre se unía ante una posibilidad de que sus quejas fueran escuchadas.

Me sentí tentada de revelarle a tía Mildred que la afirmación de Dan era imposible, ya que hacía un mes que nos habíamos casado, pero, tras ver su malvada y encantadora sonrisa, lo dejé disfrutar un poco más de su triunfo. Después de todo, no le duraría mucho cuando le comunicara que llevaríamos una gran carga adicional a ese pueblo que se convertiría muy pronto en nuestro hogar.

Al final había sido vilmente engañado por una Wilford y, cuando me enteré de que tía Mildred se trasladaría también a Whiterlande, ya era demasiado tarde para huir. Pero al menos había conseguido lo que pretendía desde un principio y tenía junto a mí a mi amada Victoria.

Cuando llegué a mi aburrido pero acogedor pueblo, retorné a mi trabajo en mi pequeña clínica, esta vez junto a mi amigo Tom, y convencí a Victoria de que abriera un pequeño despacho para defender casos de personas tan necesitadas y reales como lo había sido Loren en su momento.

Por si esa insistente y aburrida anciana decidía inmiscuirse mucho en nuestras vidas, la introduje en el apasionante mundo de la pesca, presentándole a un digno compañero como era el honorable juez Walter, así que ahora ella era su problema.

Todo parecía ser perfecto en mi vida con Victoria, y más aún en un maravilloso día como éste, en el que disfrutábamos de un romántico almuerzo en uno de los hermosos parques de Whiterlande, y que sin duda lo sería aún más si no fuera porque había alguien del que, definitivamente y por más que lo intentara, nunca podría librarme.

Después de que nuestras miradas se enfrentasen de nuevo, cogí la pelota de goma con la que intentaba adiestrar a Henry y la lancé lejos en una perfecta parábola. Henry, con su habitual letargo, alzó su peluda cabeza, me observó, luego a la pelota y, tras un sonoro bostezo, me dirigió una pasiva mirada que sólo podía significar «Ahora vas tú a por ella». A la décima vez que tiré esa fastidiosa pelotita por los aires, un perro desconocido, un bello pastor belga de hermoso pelaje, surgió de la nada y, rápido como el viento, se dirigió hacia la pelota que había lanzado para recogerla y traérmela.

Cogí la pelota, emocionado ante la primera ocasión en la que un animal había obedecido mis órdenes, cuando Henry se levantó y por primera vez en todo el día se acercó a mí lo más rápido que le permitieron sus cortas patitas. Pero no lo hizo para jugar conmigo, sino para reprender al intruso que había osado interrumpir su entrenamiento. Fue en ese momento cuando me pregunté si yo era el entrenador o el entrenado.

Mientras permanecía confuso ante el comportamiento de Henry, algo a lo que ya debería haberme acostumbrado, Victoria se lanzó a mis brazos fulminando con sus ojos a todas las mujeres que observaban cada vez con más atención mi entrenamiento, en especial después de que el calor me hubiera obligado a desprenderme de la camiseta.

Victoria gruñó a la multitud que comenzaba a agolparse y me reclamó con un enérgico beso que yo nunca rechazaría.

—Mi celosa gatita... ¿Es que no sabes que sólo tengo ojos para ti? —confesé a mi mujer mientras la abrazaba con fuerza, a la vez que la tumbaba en el mullido césped de ese modesto parque.

—Sí, pero ellas eran demasiadas y yo tengo muy mal genio —declaró Victoria, haciendo uno de esos pequeños mohines que tanto me gustaban.

—No tienes mal genio, cariño. Sólo alguna que otra mala pulga que yo te quitaré encantado —anuncié, colocándola bajo mi cuerpo.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo harás? —preguntó tentadoramente, reclamando una vez más mis cuidados.

—Simplemente diciéndote todos los días cuánto te amo —respondí, dictando el

tratamiento necesario para eliminar ese mal humor que en alguna ocasión acompañaba a mi adorada esposa, uno que sin duda tendría que administrar durante toda la vida. Algo que, en definitiva, no estaba nada mal cuando se disfrutaba de la compañía de la persona amada.

Mientras admiraba la sonrisa de Victoria, recordé aquel lejano día en el que planifiqué mi vida cuando apenas era un niño, y llegué a la conclusión de que, aunque ninguno de mis propósitos se había cumplido como yo deseaba, nunca podría quejarme, porque en definitiva había descubierto lo que era el amor y al fin había comprendido que las cosas, en ese loco sentimiento, nunca surgen como ideamos, y que, indudablemente, éstas son mejores de lo que una vez llegamos a imaginar.

Una heredera con muy malas pulgas
Silvia García Ruiz

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© fotografía de la autora: archivo de la autora

© Silvia García Ruiz, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2016

ISBN: 978-84-08-14943-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Átona - Víctor Igual, S. L.

www.victorigual.com